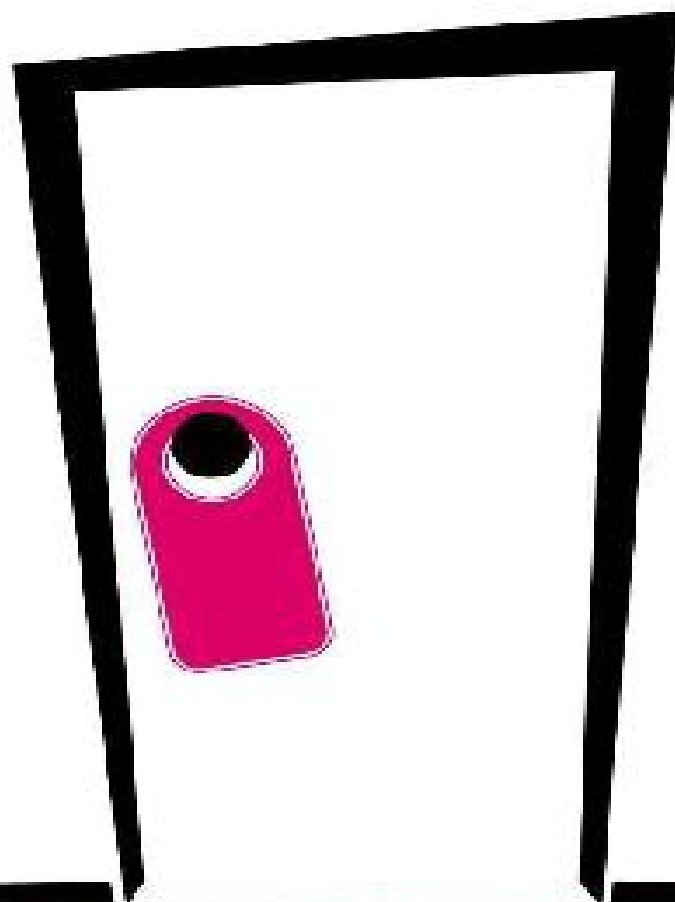


Siete Ceros Dós



PALOMA AÍNSA

Siete Cero Dos

Paloma Aínsa

Diseño de portada: Julio León Burke

Prólogo

No soy mitómana.

No va conmigo.

Cuando veo esas imágenes en blanco y negro de conciertos de *Los Beatles* con todas esas chicas llorando y arañándose la cara, no me siento identificada para nada. No es que sea una estirada, es sólo que no entiendo a la gente que pierde el control cuando ve a un famoso, no creo que gritar dando saltos con su nombre escrito en la cara sea la mejor forma de llamar la atención de una persona a la que admiras. Para mí tiene más sentido permanecer impassible y comportarse con normalidad.

Es mi humilde opinión.

No tengo nada en contra de la gente que lo hace y supongo que debe ser hasta divertido pero siempre he sido un alma vieja, qué le vamos a hacer.

Nunca hubo pósters de actores o cantantes guaperas en mi habitación, ni siquiera de adolescente; sólo uno de Sid Vicious tocando el bajo con la mirada perdida y el pecho lleno de pequeños cortes sanguinolentos que ponía enfermo a todo el que entraba y otro de *La naranja mecánica* con Álex levantando su vaso de leche-plus a modo de brindis, también bastante inquietante. ¿Cómo te puede gustar *eso?*, me preguntaban Rita y Sara arrugando la nariz. Yo me encogía de hombros. ¿Qué iba a decirles a dos fans de las comedias románticas? Hasta mi madre, siempre preocupada por mis gustos extravagantes y nada femeninos intentó disuadirme de mil maneras para que los cambiara.

—Hija, ¿no te gusta más Tom Cruise con uniforme de piloto? —dijo en una ocasión mirando los pósters con los brazos en jarras.

—Es muy bajito, mamá —contesté tumbada en la cama sin levantar la vista de mi libro.

—Ya, pero tiene unos dientes preciosos...

—¿Y para qué quiero yo sus dientes? ¿Para hacerme un collar?

Cuando hacía eso se limitaba a mirarme como si hubiera perdido el juicio, suspiraba y salía de la habitación pensando que su hija era un caso perdido. Nadie entendía que esa extraña fijación por Sid o Álex no respondía a nada romántico sino a la necesidad que tenía de ser diferente, al terror que sentía por ser como la mayoría.

Me negaba a sucumbir ante el espécimen que provoca largas esperas en colas abarrotadas de mujeres histéricas, aquel cuya fotografía empapela las carpetas y libros de toda una generación, el que llena las salas de cine. Ése con el que sueñas despierta después de haber visto una peli suya una tarde deprimente. El protagonista por excelencia, el rey de la comedia romántica, el héroe de la película de acción. Un triunfador en el mejor momento de su carrera.

Guapo, rico y famoso.

Menudo estereotipo, me daba ganas de vomitar. ¿Qué tiene de malo? Es un espécimen muy peligroso. Simboliza todo aquello que buscas y nunca podrás tener. Una imagen creada por los medios para frustrar a los hombres y hacer sentirse incompletas a las mujeres. Una imagen que no es real y, para mí, muy lejos de ser perfecta.

Yo soy la que se queda sentada en la butaca del cine después de ver el beso final y piensa: Y mañana ¿qué? ¿Y dentro de 10 años? ¿Seguirán queriéndose tanto después de aguantar alientos mañaneros, hábitos molestos y parientes políticos? ¿Qué pasará con ellos cuando vayan cortos de pasta y tengan que pagar la hipoteca? Cuando las luces del cine se encienden y veo a mi alrededor

multitud de ojos llorosos, me pregunto si soy un bicho raro.

¿Soy un bicho raro por comprender que mi vida no es una comedia romántica? Puede ser. O quizá es que no me gusta perder el tiempo soñando.

Vale, lo reconozco, soy un bicho raro.

De hecho, creo que esa fue la razón de que uno de esos especímenes se fijara en mí aquella noche.

Fui la única que permaneció impasible.

Capítulo 1

El día que mi sencilla, ordenada y ¿por qué no decirlo?, algo aburrida existencia, dejó de serlo, amaneció como otro cualquiera. Apagué el despertador de un manotazo, como siempre, y me costó salir de la cama, como siempre.

Nada fuera de lo normal.

Sin embargo, aquella mañana de marzo me sentía algo más deprimida de lo habitual: era mi cumpleaños.

32 tacos.

Y mis amigas se habían empeñado en salir a celebrarlo.

¡Dios!, odio celebrar que cumpla años, lo siento, no puedo evitarlo.

Empecé a sentirme así más o menos al cumplir los 25. Allí, en medio de la discoteca a la que iba desde la adolescencia y sin previo aviso, la gente que conocía había sido sustituida por una panda de jovencitos que no dejaban de empujarme, la música se había vuelto mala y estridente y las conversaciones que oía en la cola del servicio superfluas e infantiles. Me sentí mayor y empecé a salir cada vez menos. El momento había pasado, así sin más.

Es ley de vida. Supongo que el cuerpo no aguanta tanta juerga y alcohol, y podemos dar las gracias por haber llegado a los treinta sin una cirrosis hepática.

Levanté la persiana y miré hacia la calle con la esperanza de ver la luz del sol. Y allí estaba, cómo no, son las ventajas de vivir en Valencia. Aprendí a apreciar ese detalle aún más durante mi estancia en Londres, cuando empecé a temer que mi piel se volviera gris por la ausencia de luz solar. En realidad, creo que esa fue la razón por la que decidí volver a España después de tres años de libertad alejada del yugo materno, mi vía crucis particular. Bueno, ésa y el hecho de echarme a llorar de un súbito ataque de nostalgia el día que oí a Serrat cantar *Mediterráneo* desde la habitación de Miquel. Miquel era un catalán con rastas y la única persona con la que podía comunicarme sin problemas, siempre que no hubiera fumado demasiada maría. Recuerdo que estaba fregando los platos y al oír la canción me derrumbé, así, sin más, mientras Helga —otra de las cien personas con las que compartía casa en Queen's Park—, me observaba arrugando la frente.

Me miré al espejo y me recogí el pelo en una coleta llena de bultos.

Una vez en la cocina, me preparé un café, lo necesitaba, la noche anterior había estado trabajando hasta muy tarde. Mientras esperaba impaciente junto a la cafetera, sonó el móvil dándome un susto de muerte.

Era mi madre, por supuesto —siempre quiere ser la primera en felicitarme.

—Hola mamá —contesté con la boca llena.

—Felicidades cariño.

—Gracias.

—¿Qué vas a hacer hoy? ¿Algo especial? —preguntó.

—No, nada especial. Saldré un rato con Sara y Rita.

—Hummm...

Sonreí. Siempre me había parecido divertido ver cómo esa mujer fuerte e independiente se sentía tan insegura cuando alguien que no fuera ella cobraba cierto protagonismo en mi vida.

Y mis amigas eran su competencia más directa.

Mi madre y yo no nos llevamos demasiado bien pero es una figura muy importante en mi vida. Tuvo que sufrir la muerte de su marido a una edad en la que una ni imagina que pueda llegar a encontrarse en esa situación. Mi padre trabajaba en la construcción y sufrió un desgraciado accidente del que se responsabilizó a la empresa por negligencia. Sólo tenía 37 años. Mi madre cobró una buena indemnización y su carácter se agrió sin remedio.

Ahora, con el tiempo, había llegado a admirarla por haberme criado sin ayuda y haber conseguido no derramar ni una sola lágrima en mi presencia. Siempre ha sido un pilar de fuerza para mí a pesar de tener un carácter dominante. En el fondo la entendía, yo era lo único que le quedaba.

—Mamá, hace muchos años que las conoces —ladeé la cabeza para que no se me cayera el móvil mientras llenaba la taza de café— ¿No crees que deberías haber superado ya ese rollo?

—¿Qué rollo? —contestó como si no supiera de qué le hablaba, algo típico en ella.

—Ya sabes de qué hablo, no te hagas la despistada.

Tuvo que rendirse ante la evidencia.

—Es sólo que cuando sales con ellas acabas haciendo cosas impropias de ti.

—¿A qué te refieres? —pregunté empezando a mosquearme, esta vez no había tardado mucho en conseguirlo.

—¿Es que tengo que recordarte aquel incidente?

Cubrí el teléfono con la mano para que no me oyera reír.

—Emma ¿te estás riendo? —preguntó enfadada.

—No...

—¿Cómo puedes reírte de *aquello*?

—¡Mamá! ¡Aquello pasó hace más de diez años! —fingí estar cabreada para disimular mi risita— ¡Llegué borracha a casa y vomité en el primer sitio que encontré! ¡No es culpa de Sara ni de Rita!

—¿Y el suelo no te pareció un sitio más apropiado?

Me tapé la boca para no hacer ruido pero era imposible.

—Ríete todo lo que quieras, Emma, pero Freud tendría mucho que decir de lo que hiciste.

No pensaba discutirlo.

—Bueno, tengo que dejarte y no pienso volver a tener esta conversación otra vez, de verdad.

—Como quieras.

—Adiós mamá.

Colgué sin darle opción a réplica, era muy capaz de sacar otro tema parecido. Para las cosas buenas no tenía tanta memoria.

El móvil volvió a sonar. Esta vez era Rita.

—¿Es que no voy a poder desayunar en paz o qué?

—¿Y tú qué haces comunicando tan temprano? —preguntó.

—A ver si lo adivinas...

—Hummm... —fingió que lo pensaba—, tu madre.

—¡Premio!

—Cómo no... no vaya a ser que te llamemos nosotras primero —dijo con resignación—. Bueno, ¡felicidades!

—Gracias.

—Tengo unas ganas de salir esta noche... Estoy harta de estas viejas —susurró—. A la próxima que me hable de sus nietecitos le dejo el pelo al mohicano *style*.

Rita tenía una pequeña peluquería en el barrio del Carmen y vivía en el piso de arriba, un

apartamento de 30 metros cuadrados que compartía con dos gatos. Era algo antisocial pero muy buena en su trabajo. Tenía ese don que todo estilista debería tener y casi ninguno posee en realidad. Sabía exactamente qué corte iba a sentarte bien estudiando tus rasgos. Te miraba a través del espejo, entornando los ojos durante unos minutos, mientras tú te obligabas a permanecer inmóvil, casi con miedo a respirar para no hacerle perder la inspiración. Aquello podía hacerse eterno. De repente, lo veía claro y todas suspirábamos aliviadas. Sabías que había llegado el momento porque su cara se iluminaba con una gran sonrisa y sus manos empezaban a moverse con rapidez y precisión. Era infalible y se había ganado cierta reputación en la ciudad. Varios salones de belleza de reconocido prestigio habían intentado, sin éxito, llevarla a su terreno, pero Rita no se vendía, le encantaba trabajar por su cuenta y no tener que someterse a las órdenes de nadie.

Para mí, eso era un punto a su favor.

—Bueno, ¿a qué hora vendréis? —preguntó.

—A las nueve y media, más o menos.

—Joder, qué largo se me va a hacer —dijo suspirando.

Nos despedimos y me arreglé para ir a trabajar.

.....

Soy contable y trabajo para pequeñas empresas, casi siempre desde casa, sin embargo, aquella mañana tenía que ir a hacer unas gestiones para uno de mis clientes, el señor Luis, farmacéutico del barrio, un anciano de cara agradable y modales algo anticuados. Entrar en la farmacia y verle sonriente detrás del mostrador siempre me hacía pensar en una de esas láminas de Norman Rockwell en las que el mundo parece un lugar amable y acogedor.

—¡Buenos días! —dije entrando en la tienda.

—Buenos días, Emma —contestó el Sr. Luis más serio de lo normal. En ese momento estaba atendiendo a la señora Nieves, una cliente habitual con un problema grave de hipocondría y mala educación.

—Le digo que me ha picado algo venenoso. ¡Estoy perdiendo sensibilidad en la zona! —dijo la señora con la manga recogida hasta el codo.

—A mí me parece una picadura de mosquito —dijo el farmacéutico examinando el antebrazo.

—¡No diga tonterías, hombre! ¿Es que no ve que no tiene nada que ver con eso? —la voz de la cliente subió unos decibelios.

El hombre parecía diminuto en comparación con aquella bruja estirada con pelo de casco y decidí echarle un cable. Me acerqué a ellos y miré la picadura.

—¿Ha comprado fruta tropical últimamente, señora Nieves? —ella se volvió hacia mí sin entender a qué me refería.

El Sr. Luis me miró extrañado mientras ella meditaba la respuesta analizándome con desconfianza al no provenir la pregunta de una profesional cualificada.

—Pues... unas bananas en Mercadona, ¿por qué? —dijo.

—Porque parece un queloide aracnoideo.

—¿Un QUÉ? —preguntó horrorizada. El Sr. Luis entendió lo que pasaba y se cubrió la boca para disimular su sonrisa.

—A veces, en los cajones de fruta que vienen de países tropicales se cuelan arañas que ponen huevos en las picaduras. El grano se hace cada vez más grande hasta que revienta y de él salen miles de arañitas que...

Su cara palideció. El Sr. Luis luchaba por no reírse a carcajadas.

—¡Dios mío! —dijo la mujer saliendo por la puerta.

Esperamos a que estuviera lo bastante lejos para empezar a reír.

—Eres muy joven para ser tan diabólica —dijo el anciano limpiándose los ojos con un pañuelo.

—Bueno, ya conoce a mi madre —contesté encogiéndome de hombros— de tal palo...

—¿Cómo se te pueden ocurrir esas cosas tan desagradables?

—Lo vi en una película —contesté—, una escena preciosa.

Me dirigí al despachito de la trastienda y empecé a organizar los papeles, tenía mucho que hacer.

.....

Pasé la tarde en casa trabajando y mirando el reloj. A las ocho con los ojos destrozados decidí apagar el ordenador y empezar a arreglarme.

Dos días atrás me había vuelto loca recorriendo la calle Colón de arriba abajo con la esperanza de dar con algo especial para la ocasión y justo cuando empezaba a desesperarme de tanto oír los resoplidos de Sara, allí estaba aquel vestido negro esperándome bajo un revoltijo de ropa rechazada en Zara. Abrí el armario y lo aprecié; era ajustado y sin mangas y me llegaba hasta las rodillas. Sencillo pero elegante, perfecto. El resto de mi ropa parecía aburrida en comparación.

Después de una larga ducha caliente y de pelearme con mi pelo y un *eye liner* rebelde, me sentí preparada para enfrentarme al mundo exterior.

No estás nada mal esta noche, pequeña, pensé mirándome en el espejo de cuerpo entero que había en la puerta del armario. Me puse mi colonia de bebé y salí a la calle.

Mi “flamante” Volkswagen Golf del 85 me esperaba en la acera, siempre fiel, evitándome las aglomeraciones del transporte público que trataba de evitar a toda costa. *Menudo cacharro*, pensé mirando el coche que había sido rojo en otra época y que, por alguna razón, me resistía a sustituir. Subí, lo puse en marcha y la radio me respondió con *Pride and joy* de Stevie Ray Vaughan. La noche empezaba bien.

.....

Tardé cinco minutos en llegar a casa de Sara. Ambas vivíamos en Benimaclet, a sólo unas manzanas de distancia pero en dos mundos muy diferentes. Yo vivo en una de esas viejas casas anacrónicas con patios delanteros que resistieron el *boom* de la construcción y que ves cuando vas en el tranvía en dirección a la Universidad Politécnica. La casa de mis abuelos, herencia de mi padre y que Sara, excepcional interiorista, me ayudó a reformar hasta convertir en algo decente eliminando el alicatado de la fachada y sustituyendo el muro delantero por una pretenciosa verja de hierro con pinchos que nunca acabó de convencerme. Ella, sin embargo, vive en un chalet frente al Jardín de los Viveros, de esos que siempre hacen preguntarte quién puede tener la suerte de vivir allí.

Al igual que yo, se había resistido a abandonar el barrio en el que las tres nos habíamos criado, inseparables como hermanas. A Sara y a mí, nos resultaba imposible alejarnos de los

recuerdos de nuestra infancia, del colegio en el que nos conocimos, del instituto en el que estudiamos, de las escapadas al Corte Inglés en horas de clase, de cómo nos reíamos probándonos gafas de sol horrosas en el mercadillo del Parterre...

Rita, más desapegada que nosotras, había intentado alejarse pero no había logrado llegar más que al otro lado del cauce del río.

Hice sonar el claxon para ver si daba señales de vida. Nada. Después de insistir un par de veces más y cuando ya cabreada estaba a punto de bajar del coche, la vi salir por la puerta.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo?

—Mimitos de última hora —dijo retocándose el pintalabios y guiñándome el ojo.

—Ahórrame los detalles por favor —contesté incorporándome al tráfico. Sara era la única que estaba casada. Ella y Carlos llevaban juntos desde el instituto, algo increíble hoy en día. Yo pensaba que tenían mucha suerte pero a Rita le parecía rarísimo que nunca discutieran. *Parecen hermanos*, me decía a veces susurrándome mientras les veía compartir una comida, *seguro que cagan con la puerta abierta*.

—El pobre ya no está acostumbrado a verme arreglada...

La miré. Estaba muy guapa. Se había planchado el pelo y llevaba un suéter azul que disimulaba los kilos que había cogido después de la boda. Hacía mucho tiempo que no la veía maquillada.

—Sé lo que estás pensando ¿sabes? —dijo mirando hacia delante— Que debería adelgazar y arreglarme más ¿no? —se volvió hacia mí.

—Tú lo has dicho —no podía mentirle por dos razones: una, me conoce demasiado y dos, no soy muy diplomática. No es que lo considere una cualidad pero no me gusta perder el tiempo, es así de sencillo. Ella no dijo nada, estaba acostumbrada.

Conseguimos aparcar no muy lejos de donde Rita tenía la peluquería y subimos al diminuto apartamento. La casa era un verdadero desastre, el fregadero estaba lleno de platos sucios y los gatos dormitaban encima del sofá. Había ropa tirada por todas partes y Rita iba de un lado a otro con una toalla enrollada en el pelo.

—¡Ya casi estoy! ¡Ya casi estoy!

Buscamos un lugar decente donde sentarnos.

—Esto está hecho una mierda —dijo Sara apartando a un gato del sofá— me voy a llenar de pelos. ¿Por qué no limpias un poco, guapa?

—Si tanto te molesta puedes fregar los platos mientras esperas —dijo Rita desde el baño— el jabón está debajo del fregadero.

Sara resopló y puso los ojos en blanco. A mí me hacía gracia ya que nadie diría que Rita es así de descuidada. Cuando sale de casa siempre va impecable, pelo perfecto, maquillaje perfecto, perfume perfecto, no importa el día de la semana. A veces hace que te sientas como un adefesio a su lado pero ella nos tranquiliza diciendo que tiene que ver con su trabajo. *A nadie le gusta ponerse en manos de la doble de Amy Winehouse, que en paz descanse* —dice santiguándose.

Veinte minutos después salió del baño.

—¿Qué tal estoy? —preguntó posando como una modelo.

La miramos de arriba abajo, estaba impresionante. Llevaba un vestido ajustado y se había recogido los rizos rubios en un moñito descuidado. Tenía un cuerpazo y lo lucía en cuanto tenía ocasión. Raro era el chico que se fijaba en Sara o en mí estando ella delante. De hecho, Carlos fue uno de los múltiples hombres que rechazó. Sara recogió lo poco que quedaba de él. El pobre no tenía nada que hacer con aquella diosa y a Sara, en cambio, le inspiraba mucha ternura. Lo comparaba con un osito de peluche —Carlos tenía un ligero sobrepeso y una cara muy dulce— y

decidió darle cariño hasta que él cayó en la cuenta de que iba a ser mucho más feliz con ella. Los hombres son tan simples...

Para fastidiarla, Sara y yo nos encogimos de hombros y dijimos a la vez:

—Como siempre.

Nos fulminó con la mirada y se puso el abrigo.

.....

—¿Dónde cenamos? —pregunté dirigiéndome a Rita. Sabía que al final acabaríamos yendo donde ella dijera, era inútil perder el tiempo. Sara me miraba de reojo y sonreía, pensaba lo mismo que yo.

Rita me miró con sus ojos azules a través del retrovisor.

—Pues, si no os importa, me gustaría ir al Sorrentino —siempre camuflaba sus deseos/órdenes con eufemismos como “si no os importa” o “si os parece bien”.

—¿Otra vez? —dijo Sara con fastidio.

—¿Para qué vamos a cambiar si a las tres nos encanta? —contestó Rita indiferente poniéndose *gloss* en los labios.

Decidimos hacerle caso, incapaces de rebatirle. Tenía toda la razón.

.....

Entramos en el local y me invadió el familiar olor a pizza y especias que siempre me hacía salivar, incluso cuando no tenía hambre. Era algo oscuro pero había velas encendidas en las mesas que dejaban restos de cera en los manteles y aportaban calidez al ambiente.

Al fondo, en el gran horno de leña estaba Arturo lanzando una masa al aire y volviéndola a coger como si fuera lo más fácil del mundo. Era un hombre enorme de aspecto rudo y tenía los brazos más peludos y los ojos más dulces que había visto en mi vida. Vio que le miraba y me sacó la lengua, le sonreí y saludé con la mano.

La camarera nos vio y caminó hacia nosotras con desgana. Era el único inconveniente de ir a comer allí, esa chica nos odiaba a muerte, sobre todo a Rita.

—Ya viene la señorita Rottenmeier —dijo con fastidio. Sara y yo nos reímos. Andaba muy estirada con cara inexpresiva y su delgadez era extrema pero tenía mucho estilo incluso llevando un simple delantal.

—¿Queréis la mesa de siempre? —preguntó con voz aburrida.

—Sí, por favor —contestó Sara. Rottenmeier, que en realidad se llamaba Elena y tenía más o menos nuestra edad, nos guió hasta nuestra mesa favorita y nos tomó nota de las bebidas.

—Gracias —dijo Sara. Elena le dedicó una sonrisa forzada y se alejó.

—¿Por qué te empeñas en ser simpática con ella? —preguntó Rita.

—Es que no soporto que la gente me odie, no sé qué le hemos hecho.

—Nosotras no le hemos hecho nada, es así y punto —dije yo.

Sara la contempló con tristeza y Rita y yo nos miramos divertidas, las dos sabíamos que no iba a rendirse en su empeño por caerle bien a la camarera, era así de encantadora.

—Qué hambre tengo... —dijo Rita cogiendo un colín.

Como siempre, me quedé absorta contemplando la fotografía del lago de Como que había en la

pared; la belleza del paisaje era impresionante, las montañas y las antiguas villas... había algo hipnótico en esa foto. Noté que me estaban mirando.

—No-me-tengo-que-morir-sin-ir-allí —dijeron al unísono en tono burlón.

—No he dicho nada —contesté.

—Pero ibas a decirlo —dijo Sara— como cada vez que te sientas aquí.

—Si os resulto cansina, os jodéis —no podía negarlo, hubiera acabado diciéndolo.

—Tú tranquila, le diré a mi amigo George Clooney que te invite un fin de semana a su villa —dijo Rita cogiendo el colín como si fuera un cigarrillo.

—Con un *bed and breakfast* me conformo, no tengo los gustos tan caros como tú —contesté.

—Tú misma —dijo buscando a Elena con la mirada—. Joder, cómo tarda la tía esa.

Por fin llegó con las bebidas y las colocó sobre la mesa casi con brusquedad.

—¿Sabéis qué? —dijo Rita en voz alta para que Elena la oyera— he oído que en el local porno de la esquina están buscando a una institutriz alemana para una sesión sado. ¿Se os ocurre a quién se lo podríamos decir? La camarera la fulminó con la mirada y abrió el bloc para tomar nota.

—¿Qué os pongo? —dijo ignorándola. Sara y yo estábamos en tensión y tardamos en contestar. Elena levantó las cejas impaciente.

—Yo... una carbonara —contesté.

—Yo también, por favor —dijo Sara con timidez. Rita chasqueó con la lengua al ver nuestra cobardía.

—Peperoni —dijo sin girarse y entregándole las cartas por encima del hombro.

Una vez se hubo alejado Rita nos dijo:

—Tendríais que haberos visto, parecíais dos caniches domesticados. ¿Es que os da miedo esa tía?

—No, es que no quiero un escupitajo en mi pizza —contesté.

—Yo lo reconozco, me acojona un montón —dijo Sara.

Rita apoyó la barbilla en la mano y fijó su atención en Arturo.

—Mmmmmm —dijo como si estuviera contemplando una tarta de chocolate, le parecía muy sexy. Sara y yo no podíamos entender qué veía en él. Arturo estaba cada vez más incómodo y la masa peligraba por momentos.

—No le mires así, le pones nervioso —odiaba que jugara con los hombres de esa manera— es mayor que tú y está casado.

—Eso lo hace más sexy todavía —contestó ella sin dejar de mirarle.

—Pero si tiene mogollón de pelo —dijo Sara—. Su pecho debe parecer un felpudo.

—Mmmmmm... —volvió a decir Rita soñadora— me gustaría depilarle a la cera...

—¿Estás enferma o qué? —le dije cabreada, ella se sorprendió.

—¿Qué os pasa? Andy García también es peludo y aquí ninguna lo tiraría de la cama y Nicholas Cage...

—Yo a ese sí que lo tiraría de la cama —me miraron intrigadas—. Me da repelús su bisoñé —expliqué encogiéndome de hombros.

—Al que jamás tiraría de la cama es a John Davies —dijo Sara mordiéndose el labio con expresión lujuriosa—. Ya sé que no viene a cuento porque no es peludo pero es que me pone...

—¿Quién podría tirar a ese de la cama? —corroboró Rita— Mmmmmmm...

—¡Deja ya de hacer eso, joder! —le tiré un colín a la cabeza llamando la atención de Elena que estaba en la mesa de al lado.

—Parad ya que saca la fusta —dijo Sara en voz baja haciéndonos reír.

Capítulo 2

Entramos en el pub algo achispadas por el vino de la cena y saludamos a Leo, el propietario.

—Dichosos los ojos —dijo secando un vaso casi sin mirarnos.

Es un chico de unos 35 años. Se mudó al Carmen unos meses atrás y abrió un pub cerca de la peluquería de Rita, es bastante huraño pero a todas nos cae bien.

El pub no es exactamente el típico sitio de moda que frecuenta la gente joven; casi siempre está vacío pero la música es muy agradable y el ambiente oscuro, la madera y el olor a cerveza le dan un toque auténtico. Es el lugar ideal para charlar y beber unas copas antes de estar lo bastante borracha para meterte en una discoteca.

Aquella noche sólo había una mesa ocupada por un par de hombres de mediana edad que miraban un partido de fútbol de segunda división; por los altavoces los Eagles cantaban *Heartache Tonight*.

—Hemos estado ocupadas —dijo Rita. Le gustaba hacerse la interesante delante de Leo.

Él puso los ojos en blanco y sonrió con aire burlón, las chorradas de la diosa rubia no le afectaban, eso formaba parte de su encanto.

—¿Qué os pongo?

—Lo de siempre —contestó Sara.

Nos dirigimos a la mesa. Rita y yo nos sentamos de espaldas a la puerta y Sara frente a nosotras.

—Te gusta, reconócelo —señalé a Leo. Rita me miró con un gesto de sorpresa casi cómico.

—¿Qué?

—Pero si no tiene ni un pelo en el cuerpo, no es su tipo, mujer —dijo Sara haciéndome reír.

Miramos a Leo que estaba en la barra, ajeno a nuestros comentarios. Su pelo era oscuro y rizado con largas patillas que contrastaban con su tez pálida y tenía unos pequeños ojos azules de mirada impredecible que le hacían muy atractivo.

—Estás como una cabra —me dijo Rita por fin.

—¿Por qué? El chico no está nada mal y es el único que se atreve a plantarte cara, seríais el matrimonio perfecto.

—Seríamos pasto de psicoterapia. Me pone nerviosísima —le miró arrugando la nariz.

—Yo a eso lo llamo tensión sexual —dijo Sara poniéndose de acuerdo conmigo.

—¿Tú también? —dijo Rita con fastidio. Sara y yo nos reímos con complicidad; cómo nos gustaba fastidiarla.

—Sois gilipollas.

Nos quedamos en silencio escuchando la música, me sentía tan a gusto y relajada que bostecé.

—Cómo me amuerma el vino, tenía que haber pedido cerveza —dije.

—Tranquila —dijo Sara dando unos golpecitos a la mesa— dos copitas y ya te tenemos haciendo de las tuyas.

—Hablando de las mías... —dije sonriendo— mi madre ha vuelto a recordarme el asunto del vomitón dentro de su bolso. Lo llama “el incidente”. No me lo perdonará en la vida.

—No es para menos... —contestó Sara—. No sé cómo se te pudo ocurrir hacer una cosa así de desagradable. ¿En qué estabas pensando?

—¿Sara, no estaba en condiciones de pensar! —le miré asombrada— ¿Es que no te acuerdas de aquella noche? —ella asintió, claro que se acordaba, tuvimos que bajarla a empujones de un podium de Bradbury’s porque estuvo a punto de desnudarse—. Entré en casa, noté que iba a vomitar y su bolso estaba allí en el perchero, qué quieres que te diga.

Rita empezó a reír. Todo lo que tenía que ver con fastidiar a mi madre le parecía divertidísimo

y yo no iba a privarle de ese placer. Mi madre llevaba muchos años pasándose con mis amigas.

—Mira Em —consiguió decir entre suspiros— eres muy cochina, pero es lo mejor que has hecho en muchísimo tiempo. Hubiera dado lo que fuera por verle la cara.

Recordar su expresión al meter la mano en un bolso lleno del contenido de mi estómago (whisky y una hamburguesa de dudosa reputación) era superior a mis fuerzas y solté una carcajada.

-Por lo visto, me traicionó el subconsciente, dice fue algo freudiano —conseguí decir a trompicones.

-Aaaahhh, jajajajaaaa!!! —Rita estaba encanada y apoyó la cabeza sobre la mesa.

—¡Parad ya, por favor...! ¡Que me meo! —dijo Sara enjugándose las lágrimas.

De repente su cara cambió. Es la única forma que encuentro de describirlo. Pasó de la risa incontrolable a convertirse en una estatua. El dedo con el que se limpiaba el rímel se quedó rígido. Miraba hacia la puerta con los ojos muy abiertos. Nunca olvidaré su expresión.

Rita y yo dimos un respingo y nos volvimos para averiguar qué había provocado esa reacción en Sara. Leo había salido de la barra y saludaba dando un fuerte abrazo a un joven que acababa de entrar mientras una pareja de unos treinta y tantos esperaba divertida que cesara el abrazo.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo Rita.

—Dios-dios-dios-dios... No miréis, no miréis —Sara hablaba susurrando sin perder de vista a los recién llegados.

—Nos estás asustando, Sara —dije yo.

—Es John Davies —susurró.

—¿Qué? —preguntamos a la vez. Aquella información era muy difícil de procesar.

—¡John Davies en persona acaba de entrar, joder!

Nos giramos de nuevo como movidas por un resorte. Era cierto, allí estaba, hablando con Leo. Noté cierta familiaridad entre ellos. *Se conocen*, pensé con sorpresa. Leo dijo algo divertido —en un perfecto inglés, para mi sorpresa y la de mis amigas— y él empezó a reír, una risa franca y agradable. La situación era surrealista pero él me pareció de lo más normal, llevaba vaqueros y un suéter negro de algodón.

—¡No puede ser! ¿Qué hace aquí? —Rita estaba al borde de la histeria- ¿Qué hace John Davies en Valencia? ¿Qué hace John Davies en este antro?

—¡No tengo ni idea, no tengo ni idea! ¿Qué hacemos? —dijo Sara.

—¿Cómo que qué hacemos? —contesté yo— ¿Qué coño quieres hacer?

—Digo que si vamos a pedirle un autógrafo.

—¡Ni se te ocurra! —protesté.

—¿Y por qué no? —dijo Rita mirándome con cara de asombro.

—¡Porque no somos adolescentes! Necesito cuatro whiskys más para dejaros hacer eso sin sentir vergüenza ajena. Además, sólo podéis preguntarle si juega a tenis, es lo único que sabéis decir en inglés.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó Sara.

—¡Pues que me pongo en su lugar! Está claro que ha venido a tomarse unas copas con unos amigos a un sitio tranquilo. Firmará cientos de autógrafos al día. ¡Respetadle un poco!

—¡Te vas a beber el whisky, pero ya! —dijo Rita enfadada levantando la mano— ¡Leo! ¿Nos pones las copas, por favor?

Leo se giró y asintió con la cabeza. Eso captó la atención del actor que miró hacia nuestra mesa.

—Dios, qué ganas de dar la nota —siseé escondiéndome detrás de ella.

—Que viene, que viene, que viene —dijo Sara entre dientes mirando hacia otro lado.

Pasaron junto a nosotras y nos sonrieron fingiendo que no habían notado nuestro nerviosismo.

—Hola —dijimos las tres al unísono con cara de niñas formales.

Se dirigieron a la mesa que había detrás de Sara. John Davies y yo quedamos uno frente a otro a menos de tres metros de distancia. Él me miró unos segundos mientras se sentaba. El corazón me latía muy rápido, no sé por qué, yo no era precisamente su fan número uno. Para mí, John Davies era uno de esos símbolos que tanto detestaba. Sin embargo, a Rita y Sara les volvía locas. Se transformaban en quinceañeras cuando veían una película suya, se daban codazos y se apretaban las manos en las escenas de amor. A mí me parecía un comportamiento algo grotesco para mujeres en la treintena. La de veces que me había burlado de ellas.

A pesar de todo, debo reconocerlo, tenía una presencia imponente y una no es de piedra. Si me paro a analizarlo, creo que me gustó desde el primer momento.

—Le veo, le veo, le veo —Rita estaba muy nerviosa.

—¿Qué hace, qué hace, qué hace? —dijo Sara muy frustrada por no poder darse la vuelta.

—¿Queréis dejar de decir las cosas tres veces? Me estáis poniendo ner-vio-sa —dije en voz baja enfatizando las tres sílabas para imitarlas—. Venga, tenemos que tranquilizarnos, ¿vale? Hemos venido a divertirnos no a estar toda la noche pendientes de un tío.

—¿Un tío? ¿Cómo que un tío? ¡Es John Davies! —contestó Rita sorprendida—. Ese “tío” ha trabajado con los mejores directores y se ha enrollado con las tías más buenas de este planeta. Es guapísimo, famoso y multimillonario. ¡Eso no es un tío, joder, es un semidiós!

—Vale, ¿cómo le llamo entonces? ¿Hércules?

—Eso está mejor —contestó Rita solemne.

—Si te da igual, cámbiame el sitio —dijo Sara.

—Una mierda, no soy gilipollas.

Sara me perdonó la vida con la mirada y ella y Rita se enfrascaron en una conversación sobre la vida, obra y milagros del chico que yo tenía delante.

Le observé con atención mientras hablaba con sus acompañantes. Su cara no era perfecta, gracias a Dios. Cuando hablaba torcía ligeramente la boca hacia la derecha, pequeñas arrugas de expresión se formaban en el contorno de los ojos y en el pelo empezaban a asomar las primeras canas, pero el detalle que más me gustó fue la pequeña manchita de sangre que tenía en el cuello. Debía de haberse cortado afeitándose, lo que demostraba que era humano después de todo.

Sin embargo, era innegable que había algo especial en él. Era puro carisma: su forma de moverse, su forma de mirar, hasta la forma distraída en que se rascaba la mejilla cuando estaba escuchando la conversación. John Davies estaba empezando a causar un efecto hipnótico en mí —no podía dejar de mirarle. Aquello era de lo más inesperado. ¿Qué me estaba pasando?

Llegué incluso a sentir una atisbo de envidia por la mujer que le acompañaba. *¿Estará con ella?*, me pregunté.

Leo se acercó a traernos los whiskys y Rita le estiró la pernera del pantalón con tanta fuerza que derramó parte de las bebidas.

—¿Se puede saber qué haces, Rita? —dijo muy enfadado.

—Siéntate aquí y explícanos cómo has podido ocultarnos que conoces a John Davies —hablaba en voz baja y amenazante.

—Yo no oculto nada. ¿Me hablas tú de todos tus amigos?

—Esto no es lo mismo y lo sabes —dijo Rita.

Él se encogió de hombros.

—Salí con su hermana más de ocho años, es la que está con él —hizo un ademán con la

barbilla en dirección a la otra mesa—, y el otro tío es el marido de ella —nuestros ojos se abrieron de par en par y nos dimos la vuelta para mirar a la chica, que pareció algo incómoda por la atención.

—¿Nos estás diciendo que fuiste prácticamente cuñado de John Davies? —preguntó Rita con voz casi inaudible, sin dar crédito a las palabras de Leo. Él sonrió algo molesto por su desconfianza.

—Ella vino a estudiar aquí con una beca y nos conocimos en una fiesta, tampoco es tan descabellado si lo piensas.

—¿Y se quedó en Valencia por ti? —preguntó Rita con suspicacia. Él la ignoró y continuó con su explicación.

—No os lo he contado porque tampoco os conozco tanto y es ridículo decir que eres amigo de un famoso, nadie te cree y encima te toman por gilipollas —tiene razón, pensé—. Además, cuando le conocí sólo era “John, el hermano de Lynn”, no el sex symbol que es ahora.

—¿Y cómo es? —preguntó Sara emocionada.

Leo le miró frunciendo el ceño.

—Vaya preguntita, Sara. ¿Cómo eres tú? Pues una persona normal, joder —dijo levantándose.

Contemplé cómo se sentaba al lado del actor y le apretaba el hombro con familiaridad mientras hablaba con él. Sin querer, bajé la guardia y les observé con descaro perdida en mis pensamientos.

Tardé unos segundos en despertar de mi ensoñación y darme cuenta de que John Davies me miraba directamente.

El corazón me dio un vuelco pero conseguí mantener la compostura. Me sonrió de una forma muy dulce pero yo fingí que no le había visto y miré hacia otro lado.

Lo hice sin pensar y me arrepentí al instante, había sido un gesto muy grosero por mi parte. Sin embargo, para mi sorpresa, a él no sólo no le había molestado sino que volvió a sonreírme visiblemente divertido por mi extraña reacción. Había conseguido captar su interés y me observaba con picardía. Me sentí expuesta, desnuda.

Me había calado haciéndome la dura, era muy astuto.

Durante unos segundos hubo una extraña intimidad entre nosotros como si estuviéramos solos en el bar.

Sara interrumpió la magia del momento.

—¿Qué haces?

—Nada —dije como si me hubieran sorprendido haciendo algo vergonzoso.

—¿Estabas o no estabas haciéndote la interesante? —preguntó Rita.

—Se me ha quedado mirando, ¿qué queríais que hiciera?

—Debe ser por ese moco enorme —dijo Sara señalándome la cara.

—¿Qué? —me toqué la nariz, presa del pánico.

Rita y Sara se echaron a reír.

—Zorras.

Seguimos bebiendo y hablando durante un par de horas más, el whisky empezaba a hacer su efecto, desinhibiéndome, haciendo que me diera igual disimular mis miradas. Sé que se daba cuenta, aunque fingía lo contrario, pero no parecía importarle, estaba disfrutando con el coqueteo y ahora era su turno de hacerse el interesante. Los dos estábamos jugando al mismo juego.

—Se van —dijo Rita. Sara volvió la cabeza hacia ellos y dijo con determinación:

—¡Bueno! Ya te has bebido esos whiskys y llevo toda la noche deseando que me salgan un par de ojos en el cogote. Creo que me merezco un premio de consolación —dio un golpecito a la mesa

para dar más énfasis a sus palabras—. Voy a pedirle un autógrafo y tú no me lo vas a impedir — me señaló en un gesto desafiante y se levantó. Cuando bebe se transforma en una persona diferente, pierde todo sentido del ridículo. Rita y yo hemos tenido que pararle los pies muchas veces pero en el fondo, nos encanta cuando se pone en ese plan, sabemos que vamos a reírnos mucho. Rita fue tras ella.

A esas alturas mis reflejos habían disminuido considerablemente y sólo atiné a levantar la mano y abrir la boca para protestar. Las vi acercarse a John Davies y sus acompañantes que estaban en la barra despidiéndose de Leo y temí lo peor, me cubrí la cara con la mano y observé la escena de reojo.

La hermana de John y su marido las miraron divertidos, noté por sus caras que habían visto lo mismo cientos de veces. Desde la mesa y con la música de fondo, no pude oír lo que decían pero supuse que convencieron a Leo para que les hiciera de intérprete, porque éste miró al techo, resignado.

Ellas le enseñaron los móviles al pobre chico, *la foto de rigor*, pensé sonriendo y Leo hizo los honores mientras los tres posaban. John rodeó sus cinturas con los brazos, haciendo que ellas dieran un respingo y vi a Sara meter barriga y contener la respiración. Creí que iba a desmayarse allí mismo por la falta de oxígeno. Él me miró intrigado, esperando que me levantara de la mesa para unirme a ellos. Yo, naturalmente, no le di ese placer. Él movió la cabeza y esbozó una sonrisita pícara que quedó inmortalizada en el Nokia de Rita.

Era guapísimo, y divertido además. Pensé que no debía haber ninguna mujer en este mundo capaz de resistirse ante tanto encanto. No pude evitar sonreír mientras contemplaba aquel teatrillo.

Al acabar, John cogió a Sara por los hombros y le dio un beso en la mejilla mientras ella daba saltitos y me miraba con la boca muy abierta.

John entonces, se dirigió a Rita que estaba junto a Sara, petrificada y repitió lo que había hecho con ella. Yo observaba sufriendo desde la mesa cómo Rita le estrujaba sin dar señales de querer soltarle. Él reía devolviéndole el abrazo y no parecía estar incómodo, me cayó bien por eso.

Leo puso los ojos en blanco y agarró a Rita por el brazo para separarla de John, casi se pudo oír el “ploc” como de una ventosa cuando la despegas de un cristal. Por fin, todos se despidieron, Leo y John se estrecharon la mano y se dieron un breve abrazo del tipo masculino con palmaditas en la espalda incluidas y éste se dirigió hacia la salida. Sentí el impulso de correr tras él pero me limité a volver la cabeza para verle por última vez.

Él estaba a punto de salir pero antes de abrir la puerta se detuvo como si hubiera olvidado algo y me miró una vez más. Levanté la mano con tristeza y él me imitó. Volvió a sonreír de esa forma tan increíble y salió del local dejándome hecha polvo.

Rita y Sara empezaron a gritar y dar saltos mientras se abrazaban. Leo movió la cabeza y resopló con desdén sin poder creer que fueran tan infantiles mientras yo seguía contemplando la puerta, intentando resignarme ante el hecho de que no volvería a verle y frustrada por no haber aprovechado la atracción que habíamos sentido el uno por el otro.

Se sentaron histéricas a la mesa.

—¡Dios qué bien huele! ¿Le has tocado los brazos? ¡Eran como rocas!

—¡Sí! —Rita se cubrió la cara con las manos ruborizada— ¡Déjame ver tu foto!

—¿Le ves mucho? —pregunté a Leo ignorando a las dos locas que tenía al lado.

—No, supongo que nos hemos distanciado bastante —se encogió de hombros—. Le habré visto dos veces en los últimos seis años. Viaja mucho y siempre está muy ocupado —dijo haciendo un gesto indiferente con la mano.

—¿Y a ti qué te pasa? —dijo Rita mirándome.

—¿A mí? —contesté sorprendida.

—¡Sí! ¡A ti! Seguro que ha pensado que eres una maleducada. No te has dignado ni a levantarte de la mesa.

—¿Soy una maleducada por no levantarme de la mesa a hacer el ridículo?

—Ella siempre por encima del bien y del mal... —se miraron con complicidad, me molestó.

—Tenéis razón. La próxima vez que vea a alguien famoso me abrazaré a él como si fuera una lapa hasta que tengan que venir a separarme con una palanca —nos miramos con aire desafiante.

—Bueno, ya vale —dijo Leo—. Si vais a seguir en ese plan ya os podéis ir largando que me estropeáis el ambiente.

Rita posó su mirada en él.

—¿Qué ambiente? ¿A esto lo llamas ambiente? —dijo señalando a los dos hombres que miraban la tele.

Sara y yo nos aguantamos la risa.

—Si no vinieras tanto aquí a dar el coñazo con tu mala leche seguro que vendría más gente —contestó él.

Se miraron con odio el uno al otro durante unos segundos.

—¿Lo ves? Está claro que quieren echar un polvo —le dije a Sara como si no estuvieran delante.

—Sí, de esos de arrancarse la ropa y hacerlo contra la pared —contestó sin mirarles—. Aaaaahh, aaaaaahh, ¡Leeeee! —gimió Sara.

—Oooooohh ¡Riiiiita! ¡Riiitaaa! —grité yo.

—¿Os queréis callar, coño? —dijo Leo en voz baja mirando a la otra mesa.

Los hombres de la tele nos miraban alucinados. A Sara y a mí nos entró un ataque de risa.

—¡Bueno! ¡Ya está bien! ¡Vámonos! —dijo Rita cogiendo el bolso muy enfadada. Tenía la cara como un tomate— ¡De ésta os acordáis!

Nosotras, aún riendo, nos levantamos de la mesa. Leo nos cobró las copas y salimos por la puerta caminando con torpeza.

Capítulo 3

La noche era fresca y caminábamos en silencio muy juntas para protegernos del viento, supongo que cada una a su manera estaba reviviendo aquel encuentro. Yo pensaba en lo inesperado que había sido, en cómo una mañana te levantas pensando que va a ser un día rutinario y todo cambia en un segundo, para bien o para mal. Daba miedo, pero todo el mundo se lo planteaba de vez en cuando.

Pasamos por delante de los sitios de siempre: el bar de tapas en el que una vez nos sirvieron boquerones en mal estado, las cadenas de comida rápida que contrastaban con las tradicionales chocolaterías de más de un siglo de antigüedad en la Plaza de la Reina...

—No se ve mucha gente de nuestra edad —dijo Rita mirando a los universitarios.

—Es verdad —contestó Sara pensativa y tras unos segundos añadió—. Ha sido increíble verle, cuando se lo cuente a Carlos no se va a creer que he hablado con él.

—De ti borracha se creará cualquier cosa, además, no sé si a hacer mímica se le puede considerar “hablar” —dijo Rita. Sara le pegó un codazo.

—Me gustaría saber dónde está... —dije yo haciendo un puchero.

—¡Milagro! ¡Esta mujer no es de piedra! ¡Alabado sea Dios! —Sara levantó los brazos mirando al cielo. Dos chicos de unos veinte años que pasaron junto a ella se apartaron dando un respingo.

—¡No empieces! —protesté— ¿Por quién me habéis tomado? ¡No soy frígida, joder!

Rita y Sara se miraron escépticas.

—¡Ya estáis otra vez! —dije.

—Mira —dijo Rita en tono tranquilizador— No creemos que seas frígida, de verdad, pero es que a veces te comportas de una forma muy rara, muy fría... ¿verdad? —buscó a Sara con la mirada y ella asintió—. No sé... no es sólo por lo de esta noche. Te pondré un ejemplo: el día que vimos *Magnolias de acero* en tu casa, ¿te acuerdas?

—Sí —dije yo.

—¿Recuerdas la escena en el cementerio cuando Sally Field se enfada muchísimo porque su hija acaba de morir y empieza a gritar “¡Quiero saber por quéeee, por quéeee Dios se ha llevado a mi Sheeelby!”?

—Claro que sí —contesté intrigada por saber a dónde quería llegar.

—A esas alturas, Sara y yo, estábamos deshechas, no podíamos dejar de llorar y ¿qué hiciste tú? —me miró inquisitiva.

Pensé en aquel día, fue un sábado por la tarde hacía unos meses, habíamos comido en mi casa y pusimos la película. Recuerdo que las lágrimas empezaron hacia la segunda mitad, la mesa se iba llenando de pañuelos de papel y sus caras estaban cada vez más desencajadas, pero al llegar a la escena en cuestión se derrumbaron y las dos empezaron a gimotear como si de verdad hubiera muerto una persona que conocían. Las miré y me parecieron de lo más cómicas.

—Me reí —contesté por fin.

+

—¡Exacto! —dijo Rita triunfal.

—Bueno ¿y te parece normal, Em? —me preguntó Sara.

—¡Pues sí! —dije molesta— ¡Supongo que pude evadirme porque la muerta en cuestión era Julia Roberts y da la casualidad de que está vivita y coleando!

—No se trata de eso —dijo Sara—. Lo que tratamos de decirte es que eres muy distante, no te dejas llevar nunca por tus emociones y eso no es bueno, nos preocupa. ¿Por qué eres así?

La pregunta me pilló desprevenida, intenté contestar pero no pude. Las miré con extrañeza y Rita levantó las cejas haciendo un gesto que decía ¿lo ves?

¿*Qué me pasaba?*, me pregunté y en aquel instante, mientras caminaba por el barrio del Carmen, decidí que debía hacer algo para cambiar las cosas.

Ahora, cuando miro atrás y recuerdo aquella noche, me doy cuenta de que no fue sólo el alcohol sino aquel pensamiento y la conversación que acabábamos de tener los desencadenantes de todo lo que pasó a continuación.

.....

Sin darnos cuenta habíamos llegado a nuestro destino, Bradbury's, una antigua fábrica textil reconvertida en discoteca que recreaba fielmente en su interior el atrio del emblemático edificio Bradbury de Los Ángeles. El dueño, Hans, era un fanático de *Blade Runner*.

Saludamos al portero que nos conocía de toda la vida y entramos sin problemas levantando numerosas protestas en la cola.

Mientras dejábamos los abrigos en el guardarropa, Rita se giró hacia nosotras y nos dijo:

—Bueno, dejémonos de malos rollos y vamos a pasárnoslo bien que es a lo que hemos venido ¿vale?

—Vale —contestamos Sara y yo.

El local siempre me ha parecido impresionante aunque algo sombrío. Había una gran pista central iluminada desde arriba por potentes focos y varias plantas oscuras de anchos pasillos que la rodeaban y miraban hacia ella adornados con balaustradas de hierro. La decoración era de principios de siglo, con arañas iluminando las barras y fotos antiguas colgadas en las paredes. Las go-gós bailaban sobre plataformas con el cuerpo pintado de blanco y diminutos bikinis de color plata, llevaban unas pelucas rubias cortas y desaliñadas y los ojos pintados de negro a modo de antifaz, como Daryl Hannah en la película. Me daban escalofríos.

La música era ensordecedora pero reconocí una extraña versión de *Sugar Baby Love*. Nos dirigimos hacia una de las barras y vimos a Hans echándole una bronca a una de las camareras que miraba hacia el suelo compungida. Le saludamos agitando las manos, él miró hacia nosotras y levantó un dedo pidiéndonos que esperáramos mientras seguía cebándose con la pobre chica. Normalmente era muy agradable con los clientes pero con sus empleados era un tirano. Al cabo de unos minutos, decidió soltar a su presa y se dirigió hacia nosotras sonriendo de oreja a oreja y moviendo mucho el trasero.

—¡Chicas! ¡Cuánto tiempo! —dijo como una diva abriendo los brazos para abrazarnos— ¡Esto no es lo mismo sin vosotras!

Parecía un extra de *El gran Gatsby*, llevaba un traje blanco a rayas, con corbata negra y unos zapatos de charol a juego. Otra persona hubiera parecido un anacronismo pero él nunca desentonaba. Tenía algo más de cuarenta años y muchísima pluma.

Tras los besos de rigor nos dijo muy excitado:

—¡No os vais a creer a quién tengo en la Sala Retro! —nosotras nos miramos esperanzadas.

—¿A John Davies?! —gritó Sara. Hans nos miró con extrañeza.

—Pero... ¿cómo lo sabes?!

Le explicamos lo que había ocurrido en el pub.

—Di que vas a dejarnos entrar en la Sala Retro —dijo Rita— o te juro que no volverás a mi peluquería.

Hans era uno de los mejores clientes de Rita; siempre decía que nadie más sabía hacerle las mechas, lo cual era un elogio porque había vivido en París y Nueva York. Él la miró y haciéndose el interesante dijo:

—¿En ese antro lleno de viejas que siempre huele a laca barata?

—Sí —contestó Rita impasible— en ese mismo.

Él fingió que se lo pensaba con el dedo apoyado en la sien. *Siempre tan teatral*, me dije. Finalmente habló:

—Bueno, pero le decís a ésta que se controle —señaló a Sara— la última vez casi me tira a una chica de la plataforma.

—¡Gracias, gracias, gracias! —gritamos las tres dándole besos.

—¡Parad ya, locas! —dijo apartándonos— ¡Este traje vale más que todo lo que lleváis puesto! —estaba contento por las atenciones y no podía disimularlo—. Voy a decirle al chico de la puerta que os deje pasar —me miró y me dijo al oído— cariño, cuando te arreglas esos pelos de mocho te pareces a Audrey Hepburn.

Me guiñó el ojo y se alejó caminando muy estirado, yo me quedé sonriendo por el cumplido.

.....

La Sala Retro estaba en la última planta y para acceder a ella había que subir por unas escaleras interminables y recorrer largos pasillos sorteando a la gente y a sus copas. Era una gran habitación con un aforo de unas 60 personas que Hans reservaba para unos pocos privilegiados. El resto de los mortales teníamos que conformarnos con esperar a que estuviera de buen humor para dejarnos entrar. El ambiente allí era muy elegante y la decoración art déco te transportaba a otras épocas. Tenía su propio DJ y sólo se le permitían viejos éxitos, la música que realmente le gustaba a Hans.

Por fin llegamos a la puerta, nerviosas y casi sin aliento de subir las escaleras. El chico de la entrada nos dejó pasar sin hacer preguntas y nosotras le sonreímos agradecidas.

Lo primero que te llama la atención cuando entras en la Sala Retro es la gran araña de cristal que pende del techo y las enormes cristaleras con vistas a la calle, después te sientes fuera de lugar por no llevar un vestido largo y un acompañante con esmoquin. Le busqué con la mirada pero no le vi, Rita me dio un codazo:

—Está allí —dijo señalando a la barra.

Seguí su dedo y vi a John Davies sentado en una butaca. Su hermana estaba de pie a su lado hablándole al oído. Él escuchaba con la cabeza ladeada y un brazo alrededor de su cintura. Una punzada de celos me sacudió la boca del estómago y tuve que recordarme a mí misma que no sólo estaba casada con otro sino que compartían ADN. Me sorprendí, no había sentido celos desde hacía mucho tiempo.

—Vamos a pedir algo —gritó Sara para hacerse oír, la música estaba alta— ¿qué quieres?

—Ahora nada, gracias —contesté.

Me quedé apoyada en un pilar mientras ellas iban a por las copas y decidí seguir observando. La hermana había desaparecido y la busqué con la mirada. Venía directa hacia mí caminando con mucha elegancia, tenía el pelo negro como yo y llevaba unos pantalones de color blanco y una camisa de seda verde botella. Me miró y noté que me reconocía. Sonrió y formó la palabra “hola”

con los labios, yo hice lo mismo y por un momento creí que iba a hablar conmigo pero pasó de largo para entrar en el servicio. Parecía muy simpática pero no pude evitar odiarla con toda mi alma por tener el privilegio de poder acercarse tanto a él.

Hans apareció detrás de mí y me cogió de la cintura, también miraba a John Davies:

—Es divino ¿verdad? —dijo con tristeza— y además, muy agradable. ¿Qué puede haber peor que eso? —el actor miraba pensativo hacia la pista dando pequeños sorbos al vaso que tenía en la mano.

—No puedo dejar de mirarle, es enfermizo —contesté.

—No, es normal —me tocó el pelo.

—Soy imbécil, antes he tenido la oportunidad de hablar con él y la he cagado —dije enfadada.

—Bueno, siempre puedes acercarte ahora, parece aburrido y tú estás preciosa esta noche —le miré como si estuviera loco-. Te dejo, voy a ver si necesita algo y a coquetear un poco —me apretó el hombro con afecto y añadió mientras se alejaba—. Es mejor que te rechacen que estar toda la vida preguntándote si era gay o no.

Le sonreí y observé cómo se acercaba a hablar con él. Sentí una profunda admiración por Hans y por todas las personas que tienen seguridad en sí mismas, pero eso me hizo sentirme más triste y vacía por no tener el coraje de cruzar la pista y saludarle.

Hans debió percatarse porque decidió echarme un cable y agitó la mano saludándome para que John Davies se fijara en mí. El gesto me pilló desprevenida y luché por no esconderme detrás del pilar cuando el actor se giró instintivamente a mirar.

Al principio fue una mirada de soslayo pero cuando me reconoció, su cara se iluminó, giró sobre el taburete y volvió a dirigirme otra de esas sonrisas.

Se alegra de verme, se alegra de verme...

No pude reaccionar porque Rita y Sara volvieron con las copas:

—Aquí una copa vale el doble —dijo Rita.

—¿Has visto un fantasma, Em? —me preguntó Sara—. Pones cara de flipada.

—No me pasa nada tranquilas, voy a pedir algo —dije dejándolas preocupadas.

Me acerqué a la barra sintiendo por el rabillo del ojo cómo John Davies seguía todos mis movimientos. Recé por no tropezar y me situé a una distancia prudencial. El camarero me miró y le pedí una cerveza, busqué el monedero dentro del bolso pero resultaba imposible, estaba lleno de porquerías inservibles, el camarero empezaba a perder la paciencia. ¡Por fin! Saqué el monedero y noté que alguien se ponía a mi lado.

Era él.

Capítulo 4

—Mmmm... —dijo dubitativo pensando en qué decirme. Temí que fuera a chapurrear algo en español con un acento ridículo y rompiera todo el encanto, así que decidí echarle una mano.

—Tranquilo, hablo tu idioma —dije aparentando una enorme confianza en mí misma y fingiendo que no me temblaban las piernas—. Tres años haciendo camas en Londres mientras todo el mundo me hacía sentir como una inmigrante ilegal —él no se inmutó ante mi evidente agilidad mental.

—Pues entonces te diría que yo invito, pero después de lo que te ha costado encontrarlo, no sé yo... —señaló divertido mi diminuto monedero de Hello Kitty.

—Gracias, no hace falta —contesté sin mirarle mientras pagaba la cerveza.

Era bastante más alto que yo y se sentó en un taburete para compensar la diferencia. Me costaba respirar por tenerle tan cerca, pero decidí mantenerme en una posición firme. Parecía muy seguro de sí mismo y no quería ponérselo fácil. Mi ego es del tamaño de Australia. Pensé en Bette Davis y en Rita Hayworth para inspirarme.

—¿Persigues a todas las que no te piden un autógrafo? —me atreví a preguntar. Él sonrió y se acercó a mí, todos mis músculos se pusieron en tensión.

—No, sólo a las morenas de ojos azules, son mi debilidad —dijo susurrándome al oído como si fuera un secreto. Noté la calidez de su aliento en mi cuello y mi piel se erizó.

Se apartó y me miró sonriendo como un niño travieso. Lo había hecho adrede, claro.

Supe entonces que él tampoco iba a ponérmelo fácil. Había decidido que yo era su presa y no iba a dejar que me escapara sin más. Me vino a la cabeza uno de esos documentales de naturaleza sobre depredadores en los que los pobres ñus siempre acaban devorados por leones, hienas o cocodrilos. Ese pensamiento me puso a la defensiva, me negué a ser un simple ñu.

—Eso me ha sonado a tópico —dije dándole un sorbo a la botella y mirando hacia la pista.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ignorando mi comentario.

—Emma —contesté.

—Emma, tengo que decirte que esa técnica no va a funcionarte conmigo —dijo clavándome sus ojos verdes.

—¿Qué técnica? No sé de qué me hablas —claro que lo sabía pero ¿qué iba a decirle? Él pareció divertido.

—Verás, tengo un pequeño problema —dijo arrugando la frente—. Cuando sé que alguna mujer va a ponérmelo difícil me siento irremediamente atraído por ella, así que, lo siento pero vas a tener que cargar conmigo toda la noche porque no voy a dejar de incordiarte.

Me sentí algo ofendida por su arrogancia y me puse a la defensiva.

—Ya... y eso de que te lo pongan difícil no debe pasarte muy a menudo ¿verdad?

Él me miró, consciente de lo que le había dicho.

—¿Por qué me da la sensación de que me estás hablando como a una rubia tonta en versión masculina?

No parecía enfadado pero las cosas se estaban poniendo algo turbias, así que decidí ser sincera con él.

—No quiero que pienses que puedes follar conmigo sólo por ser famoso, no soy una tía fácil.

Él se echó a reír haciéndome sentir como una idiota.

—¿De qué te ríes? —pregunté enfadada.

—Perdona, perdona —dijo todavía riendo—. Es que me sorprende cómo puede alguien que huele a bebé tener tan mal carácter —y añadió— y ya que estamos siendo sinceros, ¿me creerías si te dijera que hace meses que no echo un polvo?

Le estudié unos segundos, no sabía qué pensar, ese hombre era puro magnetismo animal, las mujeres debían abrirse de piernas a su paso. Era bastante difícil de creer.

—No. No me lo creo —dije por fin.

—Pues es verdad —dijo acercando mucho su cara a la mía de forma acusatoria— soy más selectivo de lo que crees.

Sus palabras hicieron que empezara a sentirme incómoda por haberle encasillado de aquella manera.

—Está bien, lo siento, creo que me he pasado un poco —admití.

—No te preocupes, yo tengo parte de culpa, he sido un poco brusco ¿podemos dejarnos ya de jueguecitos, por favor?

—Vale —contesté aliviada, aquello empezaba a resultarme agotador.

—Sólo quería que supieras que no he podido dejar de pensar en ti desde que he salido del pub —dijo con una naturalidad pasmosa.

Me invadió una sensación de irrealidad pero al mirar su rostro me di cuenta de que parecía sincero. Miré a mi alrededor para comprobar si alguien más había oído lo que ese dios acababa de decirle a una mortal como yo y vi a Sara y a Rita contemplando la escena con los ojos muy abiertos. Empecé a reír y él pareció algo incómodo.

—No, no es por ti —dije—. Mis amigas están flipadas —las señalé con la cabeza. Él las saludó con la mano y ellas se pusieron tensas, lo que me hizo reír más aún.

Él me miraba con dulzura mientras me reía. Dios, qué guapo era...

En ese momento se unieron a nosotros tres chicas que habían reunido el valor suficiente para acercarse. Estaban bastante borrachas y me recordaron a nosotras unas horas antes.

—¿Tú John Davies? —preguntó la chica hablando en inglés al modo Tarzán.

¿Por qué la gente preguntará eso? ¿No era evidente que sí era él?

—El mismo —dijo él encantador, aunque dudo que ellas le entendieran. John podía haberles soltado “sois unas petardas” con una sonrisa y las tres hubieran seguido interpretando su respuesta como un sí. Ese pensamiento me hizo reír y él me miró intrigado.

Las chicas me observaron de reojo con desconfianza y noté el odio fluir. Nunca me había sentido tan bien. Entonces, ellas levantaron sus móviles como habían hecho mis amigas en el pub haciendo que volviera a experimentar la misma sensación de vergüenza ajena. Estaba claro que el autógrafo tradicional había quedado obsoleto. John asintió y las chicas posaron junto a él.

Aproveché el momento para ir al servicio. Caminé hacia mis amigas abriendo mucho los ojos; ellas esperaban ansiosas. Pasé de largo y les hice un gesto para que me acompañaran al baño. Iba como flotando, no podía creer lo que me estaba pasando.

Una vez dentro, Rita y Sara empezaron a hablar a la vez:

—¿Qué coño está pasando?!

—¿Qué haces con él?!

—¡Esperad! —les hice un gesto con la mano para que se callaran y comprobé que estábamos solas agachándome para ver por debajo de las puertas. No quería arriesgarme a que su hermana oyera la conversación. Despejado.

—¡Habla de una vez! —dijo Rita.

—Es increíble, está ligando conmigo —dije poniendo cara de sorpresa.

—¿Qué? —gritaron a la vez.

—Que está ligando conmigo, joder. ¿Estáis sordas? ¿A que os arrepentís ahora de no haber venido a Inglaterra conmigo?

—¡Dios cómo te odio ahora mismo Emma! —dijo Sara.

—¡Lo sé! ¡Me encanta! —dije dando palmaditas.

—Bueno ¿y qué vas a hacer? ¿Te lo vas a tirar o no? —preguntó Rita.

—Claro que no —se quedaron alucinadas.

—Tú no estás bien ¿verdad? —preguntó Sara.

—Es evidente que tiene algún problema sexual, mujer —dijo Rita.

—Oye, no me miréis como si fuera un bicho raro. Hace quince minutos que le conozco y sabéis que jamás lo he hecho con un tío la primera noche —dije justificándome.

—Mira Emma —dijo Rita en voz baja como si estuviera hablando con un demente— esto no es un tío cualquiera, ya te lo he explicado antes. Se trata de una estrella de cine ¿sabes? Esta oportunidad no se presenta todos los días, millones de mujeres sueñan con tirárselo, debe ser el hombre más deseado del puto planeta —su voz iba subiendo de volumen-. Si John Davies *sorprendentemente* quiere echar un polvo contigo ahora mismo, tu obligación es hacerlo. ¡Déjate de puritanismos! Se lo debes a todas las mujeres del planeta Tierra que ahora mismo se arrancarían los ojos por estar en tu pellejo! ¡Me lo debes a mí! —me zarandeó por los hombros.

—Amén —dijo tranquilamente Sara.

Me arreglé el pelo y el vestido con indiferencia mientras ellas me miraban impacientes esperando mi respuesta.

—Vale, no lo descarto, pero no se lo voy a poner fácil, que sufra un poco —dije entrecerrando los ojos para poner cara de mala.

—¡Esa es mi chica! —dijo Rita abrazándome.

—¿Te has depilado? —preguntó Sara.

—Sí, tranquila —contesté— estoy presentable y además llevo el sujetador y las bragas del mismo color.

—Vale, pero toma esto por si acaso —me alargó un paquete de toallitas que había sacado del bolso.

—¿Qué es esto? —pregunté— ¿Es para limpiarle el culito? — Rita se rió.

—No joder, son toallitas refrescantes para ahí abajo, a Carlos le encanta como huelen.

—¡Dios qué visión acabo de tener! —dijo Rita poniendo cara de asco.

Sara le dio un empujón y me dijo susurrando muy seria:

—Nunca se sabe cuándo las vas a necesitar.

—Vale, gracias —le contesté imitándola mientras cogía el paquetito como si fuera el Santo Grial.

—Bueno, vamos —dijo Rita empujando la puerta. Las tres chicas de antes entraban al mismo tiempo y nos miraron desafiantes. Nosotras les respondimos de igual modo.

Le busqué con la mirada pero no le vi, sentí pánico.

—¿Dónde está? —dije nerviosa.

—No le veo, joder —Sara estaba de puntillas intentando ver por encima de la gente.

—Allí —señaló Rita.

Estaba cruzando la pista buscando a alguien. Que sea a mí Dios, que sea a mí, recé, aunque en mi interior, sabía que era así. Miraba entre la multitud levantando la cabeza como un ciervo olfateando el aire. Su cara de preocupación me pareció entrañable. Miró hacia nosotras y el alivio se reflejó en su rostro, me sentí feliz y le sonreí.

—¿Te he dicho alguna vez que eres una tía asquerosa y que te odio a muerte? —dijo Rita

viendo cómo se acercaba eclipsando a todos los hombres del local. No pude evitar preguntarme cómo había podido fijarse en mí en vez de en ella, eso hizo que me cayera mejor todavía.

—Hola —dijo dirigiéndose a mis amigas.

—Hola —contestaron ellas a la vez.

Él me miró frunciendo el ceño y regresó a la versión original:

—¿Dónde te habías metido?

.....

Salimos del local para dar un paseo, la temperatura había bajado bastante y me abroché el abrigo. Él caminaba con las manos en los bolsillos y algo encorvado por el frío. Observé que la poca gente que había por la calle no se daba cuenta de quién era él, me pareció curioso, aunque pensándolo bien, era tan surrealista ver a John Davies en la Plaza de la Virgen de Valencia que los pocos que parecían reconocerle debían descartarlo de inmediato. Un grupo de chicas pasó por nuestro lado y una de ellas se quedó paralizada con una expresión de estupor en el rostro. La oí decir detrás de mí “¡Ese era John Davies!” y a las amigas contestarle “No puede ser mujer, sólo se le parece”.

—¿Vamos a algún sitio? —dijo, distrayéndome de mis pensamientos.

—¿Te refieres a un bar o algo así? —pregunté.

—No, nada de gente —contestó arrugando la nariz—. Un sitio donde podamos estar tú y yo a solas, hablando... o lo que sea...

Noté cómo sus ojos me estudiaban con picardía para ver cómo respondía a su insinuación. Fingí no haberle oído mientras pensaba a dónde podíamos ir pero supe por su sonrisa que no se había tragado mi actuación.

—Te voy a llevar a mi sitio preferido de Valencia —dije.

—Vale —contestó él tras unos segundos y sin dejar de mirarme de aquella manera intrigante.

Empecé a caminar y él me imitó. El silencio entre los dos era cómodo, me sentía como en un sueño pero al mismo tiempo nunca había estado tan despierta, era extraño.

—¿La gente como tú no suele estar rodeada de escoltas? —pregunté mientras rodeábamos la Catedral de Santa María, él sonrió.

—¿Y por qué iba a necesitar escoltas? ¿Es que estoy en peligro? —dijo él haciendo que me pusiera colorada como una adolescente pero entonces, decidió apiadarse de mí— No, estoy aquí por motivos personales, por mi hermana —al ver que no preguntaba nada más, sonrió.

—¿Qué pasa?

—Nada, veo que ya has hecho tus averiguaciones...

Gracias a Dios, llegamos a la Plaza de Lope de Vega y encontré una excusa genial para cambiar de tema.

—Mira ese edificio —dije señalando una fachada de cinco alturas pintada de rojo, John obedeció y arrugó la frente.

—¿Eso es un edificio? —preguntó con las manos en los bolsillos sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—Dicen que es el edificio más estrecho de Europa —contesté satisfecha por haber conseguido despertar su interés.

—Eso es imposible —contestó él— ahí dentro no puede vivir nadie, no hay espacio, apenas caben las ventanas ¿qué puede medir de ancho?

—Un metro y ocho centímetros —contesté preguntándome si los galeses utilizaban el sistema métrico decimal.

—Impresionante... —dijo él acariciando la fachada con sus dedos—. Mataría por poder verla por dentro... —se volvió hacia mí— ¿es esto lo que querías enseñarme?

—No, es por aquí —dije señalando una callejuela estrecha.

John me siguió y entramos en la diminuta y oscura Plaza Redonda y caminamos en silencio bajo la pérgola que cubre toda la plaza excepto el centro, en el que se alza la fuente con sus cuatro caritas de bronce. Esperé a que John dijera algo; la sensación de estar en un lugar atemporal resulta sobrecogedora. Sin embargo, John se limitó a observar los escaparates de los antiguos bajos comerciales, en su mayoría dedicados a los labores de encajes, bordados y artesanía tradicional, mientras el único sonido que se percibía era el de los chorritos de agua que manaban de las caras de la fuente y haciendo más patente aún con su silencio la tensión sexual que existía entre los dos. Por fin, John caminó hacia la fuente y miró el edificio circular de tres alturas que arroja la plaza con sus balcones de hierro llenos de ropa tendida.

—¿Te gusta? —me atreví a preguntar. Él cerró los ojos y respiró hondo antes de contestar.

—Este sitio es increíble, en mi vida había experimentado esta sensación de tranquilidad —me alegré de sus palabras, John parecía haber estado en todos los rincones del planeta. Se acercó a mí de nuevo y consultó su reloj.

No lo hagas, no lo digas, no digas que tienes que irte o me moriré.

—¿Tienes coche? —preguntó.

—Sí, está cerca de aquí —contesté intentando que el alivio no se reflejara en mi rostro.

—¿Puedes llevarme al hotel? Está un poco lejos.

—Claro —dije sin mucho afán, aunque por dentro pensara que hubiera ido andando hasta Madagascar si él me lo hubiera pedido. John pareció contento por mi respuesta y supe que tampoco tenía ganas de separarse de mí.

Caminamos un par de manzanas y llegamos al Golf.

—Es éste —dije sacando las llaves. Él abrió mucho los ojos.

—¿Este es tu coche? —dijo dando unos pasos hacia atrás para apreciar mejor lo que estaba viendo.

—Sí ¿qué pasa? —pregunté a la defensiva, mientras él se aguantaba la risa.

—Nada, nada, es que no sé si mi integridad peligra en un cacharro tan viejo —dijo levantando las manos sin quitarle ojo.

—¿Acabas de llamar *cacharro* a mi coche?

—Sí —dijo retándome con su media sonrisita. Le lancé las llaves pillándole desprevenido pero consiguió que no le cayeran. Otro punto para él.

—Pues lo vas a conducir tú —dije— yo he bebido mucho. ¿O sólo sabes conducir Ferraris?

Él sonrió por la provocación y caminó lentamente hacia la puerta del conductor sin dejar de mirarme. Entró en el coche y yo me quedé afuera esperando a que me abriera la puerta. Al ver que no subía, se agachó para mirar intrigado por mi ventanilla, le señalé el seguro levantando las cejas y esperé su reacción. Él agachó la cabeza y se dio una palmada en la pierna riendo. Por fin, levantó el seguro.

—Lo siento. Es la falta de costumbre. Hace mucho que no conduzco un vehículo del siglo pasado —dijo mientras entraba en el coche.

—Estás disfrutando ¿eh?

—Mucho —puso el motor en marcha.

.....

Conducir mi coche no era fácil pero se desenvolvía bastante bien; no hacía ruido cuando cambiaba de marcha, lo que ya era mucho. Encendí la radio y di vueltas al dial hasta encontrar algo decente.

Escuchamos la canción, en silencio, mientras bordeábamos el cauce del río y disfrutábamos de la belleza de la ciudad iluminada por la noche. El momento era perfecto y cerré los ojos para grabarlo bien en mi memoria. Esto no podía estar pasándome a mí, a una escéptica, el destino debía estar descojonándose a mi costa.

Ríete todo lo que quieras, no me importa.

Él parecía saber hacía donde se dirigía porque no se molestó en pedirme indicaciones. Al principio encontré divertido que John Davies se orientara en Valencia, pero empecé a preocuparme cuando salimos de la ciudad para incorporarnos a la carretera de El Saler.

—¡Mierda! —dijo él sobresaltándome.

—¿Qué pasa?

—Un control de policía —vi a lo lejos las sirenas azules de los coches de la Guardia Civil y me invadió el pánico; mi noche no podía acabar así, no era justo.

—¿Has bebido mucho? —pregunté.

—No bebo alcohol desde hace unas horas pero no sé...

Un agente de unos cincuenta años con una barriga considerable nos hacía señales para que nos detuviéramos, John obedeció y apagó el motor:

—Que sea lo que Dios quiera —dijo con cara de preocupación. Sonreí nerviosa.

El hombre se acercaba sin prisa hacia el Golf y el momento se me hizo eterno.

—Buenas noches —dijo por fin poniéndose al lado de la ventanilla.

—Buenas noches —contesté, John se limitó a poner cara de no haber roto un plato.

—¿Le importaría realizar una prueba rutinaria de alcoholemia? —miraba a John y no pareció reconocerle.

—John, va a hacerte una prueba de alcoholemia —y añadí mirando al policía— lo siento, no habla español.

El agente de tráfico regordete se encogió de hombros mientras le cedía el alcoholímetro y John sopló débilmente.

—Un poco más fuerte, por favor —dijo el policía con aburrimiento, se notaba que estaba harto de que todo el mundo intentara engañar al aparato. Traduje, John obedeció y sus mejillas se hincharon. —Muy bien, gracias —dijo mirando el resultado.

Tardó una eternidad en decir algo, nos estábamos poniendo nerviosos.

—Está en el límite, se ha librado por los pelos —dijo— ¿Me podría enseñar su permiso de conducir? Necesito comprobar algo, por favor.

—Dale el carnet de conducir John —dije.

—Sí —John levantó el trasero del asiento y se metió la mano en el bolsillo del pantalón buscando la cartera, sacó el carné y se lo dio al policía.

—Gracias —encendió una pequeña linterna y miró el carné, después alumbró a John que cerró los ojos cegado por la luz. Seguía sin dar señales de reconocerle. Dio unos pasos hacia atrás para mirar el coche.

—Bonito coche, sí señor. Hacía tiempo que no veía este modelo... — y añadió —creía que eso de ser una estrella de cine dejaba un poco más de dinero.

Nos guiñó el ojo y John me miró confundido.

—La última película que hizo era de bajo presupuesto —contesté con una risita nerviosa.

—Ya veo, ya —dijo el agente devolviéndole el carné—. Podéis continuar —dio un golpecito al coche mientras se alejaba.

—Muchas gracias —contesté.

John puso el coche en marcha y nos incorporamos de nuevo al tráfico.

—Por poco —dijo.

—Sí —contesté mirando pensativa por la ventanilla intentando averiguar a dónde me llevaba.

—¿En qué piensas? —me preguntó John.

—En nada —mentí.

La carretera se tornó oscura y los edificios desaparecieron para dejar paso a las hermosas pinedas que crecen cerca de la orilla del mar en las dunas de la Playa del Saler.

—Me encanta este sitio —dijo John de forma distraída mientras desviaba el coche por un camino a la izquierda de la carretera, en dirección al Parador—. ¿Vienes mucho por aquí?

—No, no me puedo permitir una habitación aquí —contesté haciéndole reír.

—No, no me refiero al hotel, me refiero a esta playa.

—No, solemos ir a la playa de la Malvarrosa, está más cerca de mi casa.

Detuvo el coche en el camino, bajo unos pinos, a unos metros de la entrada y reclinó el asiento. No tenía prisa por irse, gracias a Dios.

De repente se me hizo la luz, ¿cómo había podido ser tan ingenua?

—Esto ha sido una trampa, ¿no? —él me miró impasible—. Ahora querrás que suba a tu habitación para impresionarme con el lujo y las vistas... Eres muy hábil...

—No te hagas ilusiones —dijo—. Tú sigue así y tendrás que conformarte con este coche.

Me hizo reír, siempre sabía qué contestar. Por alguna razón me encontraba muy a gusto, como si fuésemos viejos amigos. Era una sensación muy agradable, yo no solía conectar con la gente de ese modo.

—Tengo que reconocerlo —dije cambiando de tema— me ha sorprendido lo bien que has conducido mi trasto. A la mayoría de la gente le cuesta muchísimo.

—Mi primer coche fue un Golf del 85 blanco.

—¡No! ¿En serio?

—En serio —contestó con una expresión soñadora—. Créeme, este coche no tiene secretos para mí. Sólo que el mío tenía el volante a la derecha. ¿Cuánto hace que lo tienes?

Lo medité unos instantes.

—Pues... déjame pensar... fue el regalo de cumpleaños de mi madre cuando cumplí los 20 así que hoy hace exactamente 12 años.

John se quedó pensativo.

—Vaya... es tu cumpleaños, felicidades.

—Gracias.

Incliné un poco el asiento y me tumbé de lado apoyando la cabeza en la mano. Él se colocó boca arriba con las manos cruzadas bajo la nuca. Nos quedamos unos instantes en silencio, era maravilloso estar allí con él a oscuras, escuchando música. Le tenía tan cerca que podía oler su piel. Me deleité contemplando su perfil y cómo su postura hacía resaltar sus bíceps y levantaba su jersey justo por encima de los vaqueros. Me imaginé inclinándome sobre él para besarle mientras mis manos se deslizaban hacia esa pequeña porción de piel que había quedado al descubierto para escurrirse a continuación por debajo del pantalón... y de repente fue como si me faltara el aire.

Contrólate Emma.

Las emociones eran tan vívidas e intensas que sentí algo de miedo, todo aquello era desconocido para mí, jamás había deseado tanto a nadie.

John rompió el silencio.

—Te falta un pequeño detalle aquí —señaló el retrovisor delantero— te compraré algo por tu cumpleaños.

—¿Cómo qué? ¿Unos dados de peluche? —contesté harta ya de sus bromas sobre mi coche.

Empezó a reír de una forma tan contagiosa que no pude evitar unirme a él, tenía algo que me desarmaba, era horrible.

—Bueno, háblame un poco de tu trabajo —dije cuando nos hubimos calmado—. ¿Qué vas a rodar ahora? —él me miró extrañado.

—¿De verdad quieres que te hable de eso?

Le sonreí y asentí con la cabeza, él se puso de lado.

—Voy a rodar una película de acción en Islandia. Me apetecía cambiar de registro, llevo una larga temporada con el rollo romántico.

—¿De qué trata? —noté cómo se le iluminaban los ojos al hablarme del argumento.

—Se titula *Ragnarok*. Es el nombre que en la mitología nórdica se le da al Apocalipsis. Yo interpretaré a Thor, el dios del trueno —se le veía muy emocionado casi como un niño, me pareció muy tierno y controlé el impulso de acariciarle el pelo—. Verás, la leyenda dice que unas criaturas malvadas y muy poderosas nacerán y obligarán a los dioses a unirse para luchar contra ellas en la batalla del fin del mundo.

—Suenan genial, algo como *El señor de los anillos*.

—Siempre me ha apetecido hacer una película de ese tipo. De niño eran mis preferidas. *Krull*, *El señor de las bestias*, *Jason y los argonautas*...

—Me encantó *Krull*. Hubiera dado lo que fuera por ser la princesa Lyssa.

—Y yo por ser el príncipe Colwyn... para rescatarte de las garras del monstruo —habló de una forma tan sexy que sentí un aleteo en la boca del estómago.

Nos mantuvimos unos instantes en silencio, mirándonos fijamente. Deseaba con todas mis fuerzas que me besara y sabía que él iba a hacerlo pero en vez de eso, hablé, no sé por qué:

—Aunque mi preferida es *Excalibur*, sin duda.

A él pareció fastidiarle que rompiera de esa manera la magia del momento porque movió la cabeza y volvió a colocarse boca arriba suspirando.

—Sabrás entonces que todas las leyendas sobre el rey Arturo y el mago Merlín se sitúan en Gales ¿no?

¿Cómo podía interesarme de aquella manera todo lo que salía de su boca? Parecía muy culto, algo que me hubiera costado de creer hacía apenas unas horas. Aborrecí la costumbre que tenemos de estereotipar todo aquello que no conocemos.

—¿En serio? —dije.

—Sí, de hecho mi pueblo está en la región de Pembrokeshire, la tierra de la magia. La gente del lugar cuenta que el Rey y sus caballeros duermen en una cueva en lo alto de un acantilado, debajo del castillo de Chepstow —jugaba con la moqueta del techo mientras hablaba.

—Es increíble, me encantaría viajar a Gales.

Se volvió hacia mí.

—No te parecerá tan increíble cuando sepas que Pembrokeshire está plagada de refineries. Pero es precioso, tienes que verlo —sentí la nostalgia en su voz.

—¿Vas muy a menudo? —pregunté.

—No tanto como me gustaría...

—¿Tienes familia allí?

—A mi madre —parecía triste y sentí que debía cambiar de tema.

—Cuéntame algo más de Gales.

—Pues... —se quedó pensativo unos segundos— ¡Ah sí! Tenemos el pueblo con el nombre más largo del Reino Unido.

—¿Cómo se llama?

—Llanfairpwllgwyngyllgogerychwyrndrobwllllantysiliogogoch.

—¿Qué? —debía tener los ojos como platos porque se echó a reír y repitió:

—Se pronuncia: Clan vira pulth gwinn gith gor gerrick win drob uth clan tay see lee oh go go gokh.

—¿Me estás tomando el pelo? —dije con el ceño fruncido.

—Te juro que no —seguía riendo.

—Vale y ¿qué significa?

—Significa: “Dos enanos típicos subiendo por el monte con los pantalones bajados y el pene tocando el suelo”.

—¿Qué?

Empezó a reír de nuevo con las manos en el estómago.

—Vale, ahora no me creo nada de lo que me has contado —le dije.

—¡No, no! ¡Es todo verdad! —miró mi cara de escéptica y añadió— Vale, el nombre no significa eso pero el pueblo existe de verdad. Creo que tiene algo que ver con una iglesia y un avellano pero no me acuerdo de la traducción exacta... — y repitió —, todo lo que te he contado es verdad, te lo juro —levantó la palma de la mano como si estuviera haciendo el juramento de los boy scouts pero sus ojos seguían riéndose.

—Repite el nombre del pueblo —ordené.

—Llanfairpwllgwyngyllgogerychwyrndrobwllllantysiliogogoch —intentaba mantener la compostura pero apenas podía.

—Vale, te creo —dije dubitativa—. Te lo estás pasando fenomenal tomándome el pelo ¿verdad?

Me miró de reojo y asintió con la cabeza.

—Sí, lo reconozco— me tocó la frente con el dedo índice y susurró —te salen unas arruguitas muy graciosas aquí—. Su gesto provocó que el aire dentro del coche se viciara por momentos, había una especie de electricidad entre los dos. Cerré los ojos y él me acarició el pelo.

—Emma, no tengo tiempo para esto, me voy mañana —su voz sonaba cargada de deseo— sube a la habitación conmigo, por favor.

Abrí los ojos y le miré. Un hombre guapísimo, educado y divertido con unos suplicantes ojos verdes me pedía que pasara la noche con él en una habitación con vistas al mar. Evalué mis opciones. Jamás hubiera pasado una noche en un hotel con un completo desconocido pero se trataba de una circunstancia especial, mis reglas no servían y no dejaba de oír a Sara y a Rita en mi cabeza: *Venga Em, una ocasión así no se volverá a presentar*. Maldije mis prejuicios, mis miedos y mis reglas y los escondí en el rincón más apartado de mi mente. Esta noche no iban a fastidiarme.

—Está bien —contesté.

Capítulo 5

Había fotógrafos apostados en la puerta, era imposible entrar juntos al hotel.

—Vale —me dijo mirando al grupo de reporteros— esto suele pasar a menudo, algún empleado del hotel debe haber avisado a la prensa, bajaré yo primero y dejaré que me hagan unas fotos llegando solo, entra pasados unos minutos ¿de acuerdo?

—Sí.

—Puedes dejar el coche en el parking de la entrada, no te preocupes, hablaré con el recepcionista.

—Vale.

Abrió la puerta pero dudó unos instantes y se volvió hacia mí.

—Vendrás ¿no? —preguntó algo inseguro.

—Sí, sí —no podía creer que tuviera miedo de que me fuera.

Su cara se relajó y bajó del coche.

—Si tienes algún problema, di que avisen a Peter Gordon, habitación siete cero dos —me dijo por la ventanilla— siete cero dos —repetió— Está en la última planta ¿vale?

—Sí. Peter Gordon, 702.

Pareció satisfecho por mi contestación y se dirigió al hotel. Observé cómo se alejaba hasta que desapareció en una ruidosa nube de preguntas y flashes.

Establecí un tiempo prudencial desde el último flash y me dirigí al hotel, aún quedaban unos cuantos fotógrafos en la entrada, pero la mayoría se habían ido satisfechos por haber cumplido con su deber. Aparqué mi anacronismo entre un Mercedes y un Jaguar, consciente de que me observaban con curiosidad. Ignoré sus miradas divertidas y atravesé las puertas.

El vestíbulo del hotel era impresionante, muy minimalista, el suelo reluciente reflejaba los pilares blancos y una de sus paredes era una enorme cristalera con vistas a la playa y al campo de golf. Varios conjuntos de mesas y sofás se distribuían a los lados. Grandes maceteros de madera con árboles saludaban al que entraba formando un pasillo que acababa en una sencilla pero suntuosa recepción. No era el estilo que más me gustaba pero tenía que reconocer que impresionaba.

El recepcionista era un hombre calvo que debía rondar los sesenta años, tenía un aspecto muy pulcro y cuidado incluso para aquellas horas de la noche, se percató de mi presencia al apretar el botón del ascensor y me miró por encima de sus gafas sin montura. Sé que notó que no era huésped del hotel al instante aunque yo intentaba aparentar seguridad. Mantuvo su mirada fija en mí unos instantes y perdió el interés. Supongo que debió pensar que era una prostituta o, al menos, así me sentí yo.

Oí un “ding” y las puertas del ascensor se abrieron delante de mí invitándome a subir. *¿Qué estoy haciendo?*, pensé mientras entraba. Era tan impropio de mí todo lo que estaba pasando... Me sentía sucia pero al mismo tiempo el deseo por él era tan fuerte que me veía incapaz de dejar escapar una oportunidad como aquella. Sabía que se iba al día siguiente y que no volvería a verle después de aquella noche. ¿Qué más daba si para él sólo era una más y me había tomado el pelo para llevarme a la cama? ¿Qué perdía yo? ¿Mi honor, mi integridad? En aquel momento esas palabras me parecían vacías de contenido como si estuvieran pasadas de moda.

Apreté el botón del último piso. El ascensor subía haciendo “dings” a su paso por cada planta y yo estaba cada vez más nerviosa y excitada. *Va a pasar, va a pasar*, me repetía sin parar. Cada vez me costaba más respirar como si el ascensor estuviera ascendiendo al Everest y bajaran los niveles de oxígeno. *Tranquila, sólo es un tío lo has dicho antes, sólo es un tío*, me decía mi yo sensato, *es un chico encantador y de lo más normal, relájate mujer*. Pero, en aquellos momentos

no podía dejar de pensar en él como lo que era antes de conocerle, una estrella de cine inaccesible que había estado con las mujeres más bellas del planeta y que accidentalmente había fijado su atención en mí.

Por favor, PARA.

Ding.

Las puertas se abrieron y recorrí el largo pasillo con suelo de mármol que acentuaba el sonido de mis tacones. Para cuando llegué a la puerta de la 702 estaba aterrorizada y sentí deseos de echar a correr.

Sube a la habitación conmigo.

Cerré los ojos y volví a sentir cómo me acariciaba el pelo y la expresión de sus ojos al pronunciar esas palabras. Volvió a invadirme el deseo de una forma tan brusca y repentina que llamé a la puerta casi sin ser consciente de lo que hacía.

La puerta se abrió al cabo de unos instantes, que se me hicieron eternos y él me sonrió de una forma tan dulce que todos los miedos desaparecieron sin más.

—¿Por qué has tardado tanto? Me estaba volviendo loco.

No hizo falta decir nada más, era mucho el deseo reprimido y prácticamente nos abalanzamos uno sobre otro.

John cerró la puerta tras de sí sin dejar de besarme mientras yo caminaba hacia delante en dirección a la cama. Nuestras manos se movían con desesperación mientras tratábamos de desnudarnos mutuamente. El único sonido que percibía era el chasquido de nuestro beso y las respiraciones entrecortadas. La sensación de ansiedad en la boca del estómago me resultaba casi dolorosa.

Por fin caímos sobre la cama ya desnudos y él se detuvo unos instantes para apreciar mi cuerpo. Me sorprendió no sentir inseguridad mientras él me miraba:

—Eres preciosa —dijo con una voz casi inaudible.

Y yo me sentía así.

.....

Hicimos el amor varias veces a lo largo de la noche, conscientes de que sólo teníamos unas horas y debíamos aprovechar al máximo el poco tiempo que nos quedaba. Hablamos, pedimos comida y reímos evitando en todo momento sacar el tema sobre lo que iba a pasar a continuación entre nosotros.

Me provocaba náuseas sólo el hecho de pensar en ello, era cruel tener que separarme de la única persona que me había hecho sentir así pero debía ser realista, vivíamos en dos mundos diferentes, sólo había sido una noche, una noche perfecta e inolvidable, algo que contar a mis nietos (bueno, eso sería algo inapropiado). *¿Por qué tiene que ser sólo una noche? ¿Tan imposible sería que quisiera estar contigo?*, se preguntaba una parte de mí. Me obligué a dejar de pensar en eso, no quería albergar ninguna esperanza, el golpe sería menos doloroso. Me dediqué a disfrutar del hecho de estar entre sus brazos viendo cómo el cielo sobre mar iba adquiriendo el tono púrpura del amanecer. No quería dormirme pero la conversación se iba atenuando, estábamos agotados.

—¿John? —dije en voz baja.

—¿Mmm? —gruñó medio dormido.

—Necesito saber algo y me gustaría que fueras sincero —me di la vuelta para poder mirarle a los ojos.

—Dime —dijo acariciándome la cadera.

—Yo nunca había hecho una cosa así.

—Lo séeeee —dijo mirando al techo.

—No. Quiero que te lo tomes en serio —dije incorporándome—. Para mí es muy importante que lo entiendas.

—Lo entiendo perfectamente Emma —dijo sentándose en la cama-. Ahora quiero que tú entiendas una cosa: no hay nada de malo en lo que acabas de hacer, deja ya de preocuparte.

—Pero... ¿haces esto muy a menudo? —pregunté con timidez.

Se rascó la barbilla en un gesto teatral fingiendo que meditaba la respuesta:

—Bueno... déjame pensar... Desde que me he levantado hasta ahora... creo que eres la tercera mujer con la que me he acostado.

Le pegué un puñetazo en el brazo.

—¡Au! —se apartó divertido— ¿Es preciso que seas tan violenta?

—¡Estoy hablando en serio! —dije medio enfadada.

—Nooooo —contestó como si hablara con una niña pequeña—, no lo hago muy a menudo. Deja de pensar en mí como en una especie de semental descontrolado, joder.

Sus palabras hicieron que me sintiera mal y al darse cuenta el tono de su voz se volvió más suave.

—Mira Em, no quiero mentirte —dijo cogiendo mi barbilla para que le mirara a los ojos— no era virgen.

Puse cara de fastidio por tomarme el pelo de aquella manera y aparté la cara. Él sonrió y me cogió de los hombros para que le prestara atención.

—Vale, perdona, perdona. No haré más bromas, te lo juro —consiguió ponerse serio—. Lo que quiero decirte es que no eres la primera mujer con la que hago esto y no puedo asegurarte que no vaya a volver a hacerlo...

—¡No quiero que me asegures nada, yo no te he...! —colocó su dedo índice sobre mis labios.

—Déjame terminar —su voz sonaba firme y asentí—. Lo que sí puedo asegurarte es que no voy a olvidar esta noche porque ha sido perfecta, en todos los sentidos posibles —me cogió la cara con las manos y acercó su rostro—. Lo he pasado muy bien contigo y por primera vez en mucho tiempo me he sentido realmente a gusto con alguien. El sexo ha sido increíble pero es sólo eso, sexo, puedes tenerlo con cualquiera —pareció pensar lo que acababa de decir y añadió — bueno, con cualquiera, no, la verdad... —me miró con picardía antes de continuar haciendo que me ruborizara—. Lo que nos ha pasado esta noche no ocurre muy a menudo Emma —levantó las cejas— ¿Has oído bien todo lo que te he dicho?

—Sí.

—Pues cállate ya y déjame dormir, eres un grano en el culo.

Me reí y volví a acostarme, él me rodeó con su brazo y perdida en mis pensamientos, me quedé dormida.

.....

Soñé con grandes prados verdes casi sin árboles, montañas y lagos de aguas cristalinas. Estaba en Gales y cabalgaba a lomos de un caballo blanco vestida como la princesa Lyssa. Hacía mucho frío y la neblina matinal me impedía ver el suelo. El caballo se detuvo a orillas del lago para beber agua. La belleza del paisaje era casi sobrenatural como la carátula hortera de un CD de

música New Age y no me sorprendió que el brazo pálido de una mujer emergiera del centro del lago, para darme algo. No podía ver bien qué era y entorné los ojos. ¿Qué era eso? Parecía una taza de café...

—Em.

Alguien me llamaba y me volví para ver quién era, ya no veía nada, una espesa niebla lo cubría todo.

—¡Em!

Abrí los ojos y tardé unos segundos en darme cuenta de dónde estaba y lo que había pasado la noche anterior. John estaba sentado en el borde de la cama, tenía el pelo mojado y llevaba una taza de café en la mano.

—He pedido algo para que desayunes —dejó la taza en la mesilla de noche—. Has dormido como un tronco, ni siquiera te has movido.

Me senté en la cama y me froté los ojos, la sábana resbaló y dejó al descubierto mis pechos desnudos. Él los miró y me tapé con la sábana como movida por un resorte. Levantó las cejas sorprendido por la reacción.

—Anoche no te daba vergüenza que los viera... —dijo con una sonrisa maliciosa haciendo que la temperatura de mi cara subiera varios grados. Me di cuenta de que estaba vestido y pude entrever una maleta a los pies de la cama. Una sensación de angustia me invadió. Él miró la maleta y se encogió de hombros con tristeza.

—¿Me pasas el sujetador?

Se agachó y recogió mi sujetador negro del suelo. Me tumbé en la cama y me lo puse tapada con las sábanas. John observaba intrigado mi extraño comportamiento.

—Tengo que irme, mi vuelo sale a las 14:20.

Aquella sencilla frase me produjo dolor físico.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Consultó el enorme Tag Heuer que llevaba en la muñeca.

—La una pero puedes quedarte aquí el tiempo que quieras. Dúchate y come algo, no hay prisa.

Vi la mesa llena de cruasanes, tostadas, una bandeja de fruta y dos variedades de zumo. Le miré con el ceño fruncido, no estaba de buen humor.

—Te has pasado un pelín ¿no?

—He pedido un poco de todo, no sabía qué tomabas para desayunar.

Cogí la taza de la mesilla y bebí un poco, necesitaba algo de líquido, tenía la garganta atrofiada.

—No eres muy simpática por las mañanas ¿verdad? —dijo John.

—No me gustan las despedidas.

—Esto no es una despedida, volveremos a vernos.

Solté un bufido despectivo y miré hacia otro lado.

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendido.

—No-hagas-eso —le dije amenazante.

—¿Hacer el qué Em? —parecía molesto.

—Decir que quieres volver a verme. No hagas eso.

—¿Por qué?

—¡Porque no soy una niña! ¡No hace falta engañarme para marcharte con la conciencia tranquila! —estaba cabreada con él, era injusto por mi parte pero no podía evitarlo, así todo me resultaba más fácil. —Dejémoslo como está. Ha sido una noche y nada más. Tú seguirás con tu vida y yo seguiré con la mía.

Noté que su cara se crispaba al oír la sarta de tópicos que había vomitado. Me alargó una agenda de cuero negro.

—¿Quieres hacer el favor de callarte de una vez y apuntarme tus datos en esta agenda, por favor? —dijo sin mirarme a los ojos.

—¡No! —grité.

—¡Emma, por Dios! —miró hacia el techo hartado de mi comportamiento infantil— ¡Para ya, joder!

Se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por la habitación.

—¿Por qué lo complicas todo de esta manera? ¡No es tan difícil, de verdad!

—¡No va a ser difícil para ti pero sí lo será para mí! —grité— ¡Yo voy a ser la que estará soñando despierta contigo esperando que me llames mientras tú correteas por Islandia con un martillo en la mano, unas trenzas pelirrojas y un casco con cuernos!

Se quedó parado en medio de la habitación y me dijo con tranquilidad:

—Te he dicho que iba a interpretar a Thor, no a Obelix.

Le miré desconcertada desde la cama. A él le temblaba la barbilla y luchaba por no reírse. Su cara era tan graciosa que no pude evitarlo, acabamos riendo los dos a carcajadas. Había vuelto a desarmarme. El ambiente se relajó y volvió a sentarse a mi lado.

—Eres una persona muy complicada, lo sabes ¿no? —sonreí por su comentario.

—Lo siento, es que esto me supera, no sé qué hacer...

Cogió de nuevo la agenda.

—Yo sí lo sé —garabateó algo, arrancó la hoja y me la entregó. La miré con curiosidad, era una dirección de correo de Hotmail—. Es mi dirección personal. Ya no hace falta que esperes a que yo me ponga en contacto contigo, cuando tengas ganas de saber de mí, escríbeme y te prometo que te contestaré. Ahora ¿quieres hacer el favor de escribir tus datos en mi agenda?

Lo hice con poca convicción, estábamos cruzando una línea muy peligrosa. Peligrosa para mí, claro. Le entregué la dichosa libretita y él la guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros sin dejar de mirarme.

—No esperaba que fueras tan insegura, no te pega nada ¿sabes? —me dijo con esa sonrisa ladeada tan bonita que resultaba doloroso para mí el mirarla. Cómo iba a echarla de menos.

—Soy yo la que tiene el papel más difícil en esta historia... —repetí.

—Esa es tu opinión. ¿Por qué piensas que no voy a echarte de menos? Me da la sensación de que crees que voy a olvidarme de ti en cuanto salga por esa puerta —hizo un ademán con la cabeza en dirección a la entrada—. Es bastante injusto ¿sabes? Tienes un concepto de mí que no me gusta nada.

Me encogí de hombros, no sabía qué decirle, tenía toda la razón del mundo.

—Esto tampoco es fácil para mí... —por primera vez en todo el tiempo que habíamos pasado juntos, noté cierta vulnerabilidad en él—. ¿Qué tengo que hacer para que me creas? —dijo en voz baja bajando con un dedo la sábana que me cubría y volviendo a excitarme.

—Bésame.

Obedeció acercándose a mí y me besó con delicadeza mientras sus manos subían hacia mi nuca y sus dedos se aferraban a mi cabello con suavidad. Poco a poco, aquel tierno beso de despedida fue subiendo de intensidad y la sensación de que nunca podríamos tener suficiente el uno del otro, regresó. Se tumbó sobre mí y acabamos haciendo el amor por última vez. Fue la mejor de todas, la más dulce y la más triste, la que me hizo enamorarme de él. El daño ya estaba hecho.

Cuando acabamos se vistió en silencio casi sin mirarme, recogió el equipaje del suelo y me

sonrió con tristeza.

—Echaré de menos tu olor a bebé.

Mi corazón se resquebrajó, casi pude oír el ruido.

Salió por la puerta y la habitación quedó tan vacía que pareció marchitarse.

Me quedé tumbada en la cama sin saber cómo reaccionar. Intenté llorar pero no pude, no sé por qué. Cambié de posición mil veces hasta que decidí levantarme y darme una larga ducha. Pensé en él, en sus besos y en su forma de tocarme mientras el agua caía con fuerza sobre mi cabeza. Apoyé las manos sobre la pared y miré hacia abajo, había una botella de champú en el suelo, la cogí para oler el jabón. El recuerdo de él fue tan fuerte e intenso que tuve que sentarme en el suelo con los ojos cerrados. Permanecí así, abrazando mis rodillas, no sé cuánto rato hasta que reuní el valor para abandonar aquella suite.

Capítulo 6

Salí de la 702 con la misma ropa de la noche anterior la cual era del todo inapropiada para las 3 de la tarde. Me sentí incómoda mientras atravesaba el vestíbulo, mis tacones hacían mucho ruido sobre el suelo de mármol y noté que un grupo de mujeres elegantes y estiradas que conversaban sentadas en los sofás, me observaban con desaprobación. Las miré desafiante por encima del hombro hasta que conseguí escandalizarlas. *Me da igual lo que estéis pensando carcamales, acabo de pasar la noche más maravillosa de mi vida.*

Atravesé las puertas de cristal por segunda vez. Hacia un día precioso, miré al cielo pensando que John ya debía estar en el avión pero la luz me cegó. Busqué las gafas de sol en mi bolso y me dirigí al Golf.

Iba tan ensimismada mientras conducía hacia Valencia que llegué a mi casa con la sensación de que el coche me había llevado solo.

Una vez dentro decidí llamar a Rita, no tardó en contestar:

—Cuéntamelo todo —nunca se andaba por las ramas, en eso nos parecíamos mucho.

—Prefiero que vengáis más tarde a mi casa y con calma lo hablamos —le dije.

—¡Emma! ¡Por favor! ¡Adelántame algo! —suplicó.

—No, ahora estás trabajando y no quiero que nadie se entere de nada. ¿Vale? —no contestó— ¿VA-LE? —repetí.

—Vale —estaba desilusionada, la paciencia no es una de sus virtudes. Colgó el teléfono.

La casa estaba en penumbra y nunca me había parecido tan vacía e impersonal, todo estaba demasiado limpio y ordenado. Pensé qué podía hacer para tratar de evadirme, la cabeza me daba vueltas, no dejaba de pensar en él. A la luz del día todo me parecía muy lejano, como si hubieran transcurrido meses en vez de unas pocas horas. Sabía que en unos días todo adquiriría un tinte surrealista como si no hubiera pasado, pero me prometí a mí misma no dejar que se me olvidara jamás ni un solo detalle, quería conservar el recuerdo de aquella noche el resto de mi vida.

Entré en mi habitación y me puse el pijama y las zapatillas con la intención de tumbarme en el sofá y dormir un poco, pero después de media hora cambiando de postura cada cinco segundos, comprendí que era imposible. El recuerdo de él me sacudía cada vez que cerraba los ojos, el sabor de su boca, mis manos aferrándose con fuerza a su espalda, el olor de su pelo, de su sudor, la expresión de su cara al hacer el amor, las palabras susurradas en mi oído... La sensación de desasosiego era tal que me dolía el estómago. Supuse que era hambre y me levanté del sofá para hacerme un sándwich pero acabé quedándome sentada en la mesa de la cocina con la mirada perdida y sin probar bocado.

¿Qué podía hacer para aliviar de alguna manera la desazón que sentía?

Olvidate de él cuanto antes Em, sigue con tu vida.

Era lo que me decía el sentido común pero en mi interior estaba segura de que eso iba a ser imposible. Algo había ocurrido la última vez que habíamos hecho el amor. Esa vez lo había cambiado todo. Tenía la sensación de que si él se hubiera marchado sin acostarse conmigo, las cosas no se hubieran complicado para mí de esa manera, hubiera podido seguir con mi vida con normalidad sin tener la sensación de pérdida que ahora me embargaba, habría sido sólo una noche de sexo fantástico sin complicaciones. Sin embargo, mi instinto me decía que esa última vez no había sido así para ninguno de los dos, los besos habían sido muy diferentes, llenos de tristeza y de una ternura tal que me rompía el corazón el recordarlos. Su mirada al salir de la habitación lo

había confirmado, había podido sentir su dolor. También se había complicado para él.

¿Pero qué más daba? ¿Qué es lo que íbamos a hacer al respecto? No quería albergar esperanzas de ningún tipo, no era mi estilo, siempre pragmático. Debía resignarme y asumir que la cosa no iba a pasar a mayores, era más lógico pensar que para él sólo había sido una más. Puede que en ese momento ya hubiera empezado a olvidarme.

Me di asco a mí misma por regodearme de aquella forma en la autocompasión y ver cómo mis niveles de autoestima, siempre tan elevados, estaban cayendo en picado pero no podía hacer nada por evitarlo. Le necesitaba a mi lado. Era horrible admitirlo pero me había enamorado de él y no me gustaba estar enamorada. Odiaba esa sensación de dependencia hacia la otra persona, hacía que me sintiera débil e insegura.

La única vez que me había pasado algo parecido había sido en la universidad. Él se llamaba Julio y era muy atractivo. Todas estaban locas por él, yo incluida, aunque nunca se lo demostraba. Y eso le volvía loco. Recordé cómo siempre estaba rodeado de mujeres que intentaban captar su atención mientras yo me mantenía al margen, indiferente. Julio solía estudiarme de lejos sonriéndome de vez en cuando para intentar atraerme pero yo era un hueso duro de roer. No sacaba de mí más que sonrisas distraídas, hasta que por fin decidió acercarse. Le costó mucho ganarse mi confianza pero lo logró, estaba muy seguro de sí mismo y tenía ideas interesantes, un sentido del humor bastante indecente y un cuerpo indescriptible. Me hacía reír, mi talón de Aquiles, la única forma de atravesar la coraza de hielo. Y era un gran amante, tan apasionado... Pero, se cansó, perdió el interés y dejó de mirarme como a una diosa. Yo lo notaba pero no podía hacer nada por evitarlo. Me volví gritona y desconfiada, hasta que le di suficientes argumentos para dejarme. Fue en aquel momento cuando perdí mi confianza en los hombres, sobre todo, en los hombres atractivos. Me juré que nunca iba a dejar que ninguno me hiciera sentir así.

Qué ironía... y mírate ahora.

Necesitaba verle una vez más.

No lo hagas Emma.

Entré en la habitación que había convertido en despacho y encendí el portátil dispuesta a empaparirme de toda la información sobre John Davies que circulaba por la red. Sabía que lo que estaba haciendo rozaba el masoquismo pero me daba igual, tenía que hacerlo.

Decidí empezar por su biografía y entré en Imdb.com.

“John Davies, actor galés nacido en Hundleton el 9 de agosto de 1969... etcétera, etcétera”. Junto al texto había una foto suya, un primer plano en blanco y negro. Acerqué mi cara a la pantalla para verla mejor. Después de esa, me quemé las pestañas con unas 150 fotos más, seguidas de vídeos de entrevistas suyas que encontré en Youtube, en el Tonight Show, Entertainment Tonight, The Late Show, entrevistas con Ellen Degeneres, con Oprah...

Seguí así durante horas para acabar averiguando lo que ya sabía, que era un hombre divertido y encantador y que su belleza residía más en su forma de ser que en su físico. Disfruté viendo cómo salía airoso de los mordaces comentarios de Leno o de Ferguson, cómo hacía reír al público y a la actriz de turno que estaba sentada a su lado en el programa, cómo las volvía locas con sus coqueteos casi inocentes y su forma de reírse de sí mismo contando historias embarazosas de sus comienzos como actor o de su infancia. Ví como cada vez que uno de sus compañeros de rodaje ganaba algún premio siempre le dedicaba algún sincero agradecimiento y como él sonreía con timidez desde su asiento luciendo un esmoquin de Armani.

Leí incluso un tabloide en el que un periodista afirmaba que era gay.

Já, já, já.

El tiempo pasaba sin que me diera cuenta y me sobresalté al oír el zumbido del interfono. Miré

el reloj, habían pasado más de cuatro horas.

.....

—¡Sorpresa! —dijo Rita cuando abrí la puerta. Ella y Sara traían comida china para cenar. — Te hemos traído wan-tun. ¿Por qué estás hecha un asco? —me di cuenta de que iba muy despeinada y las gafas y el pijama no ayudaban.

—Estaba trabajando ¿me tengo que arreglar para eso? —mentí.

Entraron y se dirigieron al salón, las seguí.

—Bueno —dijo Sara quitándose los zapatos, subiéndolos al sofá y abrazando un cojín—. Ya puedes empezar a largar.

—¿Quién lo sabe? —pregunté. Se miraron pensativas intentando recordar la noche anterior.

—Carlos lo sabe, no he podido resistirme, lo siento —dijo Sara.

—No importa, es normal que se lo cuentes a tu marido — sabía que Carlos era muy discreto y que no iba a contar nada.

—Y Hans se enteró cuando te fuiste —dijo Rita— como otras ciento cincuenta mil personas que estaban anoche en la discoteca. ¿Qué es lo que quieres ocultar? —preguntó maliciosa.

—Nada, no he hecho nada malo.

Se miraron asustadas.

—¡No me digas que no habéis hecho nada! —dijo Sara.

Una parte de mí se resistía a dar demasiada información, no quería convertir mi noche en algo soez. Sabía que tenía que contarles algo, eran mis amigas, pero quería reservarme lo mejor para mí y no descubrirles en ningún momento lo que sentía por él, no quería sermones.

—He pasado la noche con él en el Parador del Saler —intenté que sonara carente de emoción.

—¿Qué? ¿Toda la noche?

—¿Has dormido con él?

—¿Queréis bajar la voz, joder? Tengo resaca —dije.

—¿Y cuántas veces...? Ya sabes... —preguntó Rita en voz baja.

—Varias veces.

Empezaron a gritar como si les hubiera tocado la lotería.

—¿Os queréis callar? —dije molesta pero era imposible, tardaron bastante en hacerme caso.

—¿Y cómo ha sido? —preguntó Rita casi sin aliento con los ojos muy abiertos.

—Ha sido increíble pero no voy a entrar en detalles del tipo tamaño, forma y color, olvidadlo —se miraron y se encogieron de hombros, estaban de acuerdo—. Y que ni se os pase por la cabeza airear lo que os voy a contar, esto queda entre nosotras —asintieron y tras una pausa en la que les miré amenazante para comprobar que me habían entendido, continué. —Es una persona maravillosa, divertida, educada, ha sido genial conocerle y he pasado la mejor noche de mi vida con mucha diferencia.

—¿Mejor que aquella vez que lo hiciste con Julio en la biblioteca y no pudiste caminar con las piernas juntas en dos días? —preguntó Rita mordiéndose el labio con los ojos ávidos de detalles morbosos.

—¡Ya te he dicho que no voy a entrar en eso! —le dije enfadada por la vulgaridad de su comentario, Rita pareció sorprendida por la brusquedad de mi reacción.

—Madre mía... —suspiró Sara con afectación, le miré con el ceño fruncido.

—¿A ti qué te pasa?

—Pues que te has enamorado de él —dijo con mucha seguridad.

—No seas idiota, sólo ha sido una noche.

—Para él puede. Para ti no —contestó—. Hacía mucho que no te veía esa cara Emma y la última vez no acabó nada bien —me di cuenta de que me conocían demasiado y no podía engañarles pero tenía que intentarlo, no quería sacar a la luz todo lo que llevaba dentro, aún no, no me sentía preparada.

—¿Cómo voy a estar enamorada de él? No le conozco de nada —ella me estudió unos instantes preocupada, no me creyó pero prefirió no hacer ningún comentario.

—Bueno —dijo Rita abriendo una de las cajas de comida al notar la tensión— ¿De qué hablasteis?

Les conté una versión muy *light* de mi noche mientras cenábamos y ellas me escuchaban con atención suspirando y dándose codazos en los momentos clave como hacían tantas veces en el cine viendo una película de John.

Capítulo 7

Las semanas pasaron con una lentitud desesperante y ocurrió lo que sospechaba, aquella noche en la 702 fue diluyéndose hasta convertirse en algo muy lejano que había pasado hacía un millón de años. Poco a poco, fui espaciando las búsquedas de información sobre John Davies en Internet y aprendí a dejar de esperar noticias suyas y a concentrarme más en mi vida y, sobre todo, en mi trabajo, que pasó a ser una válvula de escape. Cuanto más trabajaba menos pensaba en mis problemas.

Muchas veces me dirigí a mi habitación para sacar el papelito con su dirección de correo de una cajita que había en la estantería. La Pequeña Cajita de Tesoros de Emma, la llamaba Rita pronunciando cada una de las palabras para que sonaran en mayúscula. Me sentaba delante del ordenador con el papel arrugado al lado del ratón, tentada de escribirle y preguntarle dónde estaba para poder situarle mejor en mi mente y calcular la distancia exacta a la que nos encontrábamos. Quería saber si pensaba en mí tanto como lo hacía yo o si aún recordaba mi nombre pero no llegué a atreverme, me daba pánico conocer las respuestas o, peor aún, no recibirlas.

Sara y Rita notaban que me pasaba algo pero no se atrevían a preguntarme, no era necesario. En vez de eso intentaban evitar el tema y hacer que me distrajera, me llamaban todos los días utilizando cualquier pretexto para saber de mí y comprobar que estaba bien.

Un viernes por la tarde, a principios de mayo y después de haberme pasado más de cinco horas delante del ordenador trabajando, decidí llamar a Sara. Estaba aburrida y tenía ganas de hacer algo. Me alegré de sentirme así ya que hacía tiempo que estaba inmersa en una especie de apatía que no me gustaba nada, ni siquiera había sido consciente de las fallas ni de las vacaciones de Pascua.

El teléfono sonó varias veces.

—Hola Em ¿pasa algo? —no me gustó que lo preguntara.

—¿Por qué tiene que pasarme nada? —contesté a la defensiva.

—No, es verdad, tienes razón —dijo restándole importancia.

—¿Vas a hacer algo esta tarde? Estoy aburrida, me apetece verte.

Tardó mucho en contestar. Algo olía mal; si le hubiera dicho eso unos días atrás hubiera dejado todo lo que estaba haciendo para salir corriendo y venir a verme dejando una nube de polvo tras ella. ¿Qué estaba pasando?

—¿Puedo llamarte dentro de cinco minutos? —dijo—. Tenía que hacer una cosa pero voy a anularla.

—No hace falta, ya nos vemos otro día.

—¡Nonononono! —dijo con miedo a que colgara el teléfono—. Ahora te llamo, de verdad, dame cinco minutos, por favor.

—Muy bien.

Tras unos instantes decidí llamar a Rita, tenía que averiguar qué estaba ocurriendo.

Comunicaba.

Dejé el móvil sobre la mesa segura ya de que algo se estaba cocinando a costa mía. La sensación de estar al margen no me gustó, nunca me habían hecho nada parecido. ¿Ahora quedaban sin contar conmigo? ¿Tan mal me veían? Me angustié al darme cuenta de que debía de estar peor de lo que aparentaba y de que mis esfuerzos por comportarme con normalidad no habían surtido

efecto.

Por fin sonó el teléfono y contesté de muy mal humor.

—Dime —mi voz no podía ser más fría.

—Vale Em ¿Qué te apetece hacer? —me dijo alegre como si no pasara nada, exploté.

—¿Sabes qué me apetece *de verdad*? —contesté dándole énfasis a las dos últimas palabras.

—¿Qué? —preguntó fingiendo que no había captado mi enfado.

—Que te dejes de mierdas y me digas qué ibais a hacer tú y Rita esta tarde y, lo más importante, saber desde cuándo quedáis sin contar conmigo.

—Vale, tranquilízate Emma, no lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiendo? Dime —me sentía fatal y tenía toda la intención de hacérselo pagar bien caro— ¿qué parte crees que no he entendido? ¿la parte en la que me tratáis como si tuviera una enfermedad mental o la parte en la que he dejado de resultaros una buena compañía?

—Cálmate Em. No es eso, habíamos quedado para ir al cine y creímos que no te apeteecería ir.

—¿Y por qué exactamente habéis deducido eso?

—Porque la película es de John Davies.

Silencio.

—¿Emma? ¿Estás ahí? —la sola mención de su nombre me hizo daño, fue como recibir un latigazo en la cara— ¿Emma?

—Sí, estoy aquí —contesté con un hilo de voz—. Perdóname, entiendo lo que ha pasado, de verdad.

—No ha estado bien, teníamos que habértelo dicho.

—No, no, no. Lo entiendo. No estoy enfadada.

Claro que estaba enfadada, estaba *furiosa*. Furiosa por haber dejado que todo el asunto cobrara tanta importancia, por haber sido tan imbécil de enamorarme de él y por haberles hecho caso aquella noche. Estaba furiosa porque él no había dado señales de vida desde entonces y porque me había hecho creer que sentía algo especial por mí. Estaba tan cabreada por haber dejado que me afectara tanto y haber incumplido la promesa que me hice a mí misma que tenía ganas de matar a alguien. ¿Qué es lo que pretendía? ¿Cerrar los ojos y fingir que John Davies no existía cuando todos los medios de comunicación se empeñaban en demostrarme lo contrario? Anuncios de relojes, vallas publicitarias, paradas de autobuses, su rostro estaba en todas partes. ¿Es que iba a convertirme en una especie de agorafóbica incapaz de llevar una vida normal por culpa de un simple hombre? Tomé una decisión.

—¿Sabes qué te digo Sara?

—¿Qué? —sentía la preocupación en su voz.

—Que contéis conmigo, voy a ir a ver la película con vosotras.

.....

Llegué al centro comercial con el tiempo justo, Sara y Rita me esperaban en la puerta de los multicines. En otras circunstancias se habrían enfadado conmigo por llegar tarde pero, en vez de eso, me sonrieron tensas, estaban preocupadas por lo que iba a hacer y temían mi reacción.

—Mirad, podéis enfadaros conmigo por llegar tarde. Dejad de preocuparos, estoy bien —sus caras se relajaron.

—Lo que tú digas —contestó Rita.

Entramos en el gran vestíbulo de moqueta naranja, estaba lleno de gente haciendo cola para

comprar refrescos y palomitas. El olor a palomitas dulces que normalmente me encantaba, me molestó; no estaba de humor para nada.

¿*Qué estás haciendo?*, me preguntaba a mí misma. Me producía terror entrar en la sala y tener que verle pero al mismo tiempo, sentía la necesidad de demostrarme que podía hacerlo, que podía superarlo, tenía que saberlo.

—¿Queréis algo del bar? —preguntó Sara.

—No, vamos dentro, está a punto de empezar —dijo Rita.

El último atardecer había sido un éxito de taquilla pero llevaba en cartelera varias semanas por lo que la sala estaba casi vacía. Subimos a oscuras por las escaleras centrales mientras un trailer de la última comedia de Ben Stiller sonaba atronador por los altavoces. El maldito Dolby Surround me producía taquicardia, lo odiaba.

Quedé sentada entre las dos, supongo que lo hicieron adrede para arroparme y cuando la película empezó sentí cómo me miraban de reojo, pero fingí no darme cuenta.

Era un drama romántico ambientado en la Segunda Guerra Mundial. Una bonita historia de amor imposible entre un soldado y una mujer casada, nada especial ni original según la prensa. Aunque la verdad es que las buenas críticas no le hacían falta pues el hecho de que él fuera el protagonista era suficiente para que la mitad de la población femenina se movilizara y arrastrara a maridos y novios a las salas de cine donde tenían que aguantar con estoicismo sus suspiros durante una hora y media.

Los créditos iniciales acabaron y la primera escena mostró una reunión de altos cargos militares preocupados por cuestiones estratégicas de una misión que debían realizar en una lejana isla del Pacífico. Yo era incapaz de prestar atención a lo que decían porque sólo podía pensar en que él aparecería en cualquier momento y, por fin, lo hizo. La puerta de la sala de reuniones se abrió y John Davies vestido de militar inundó la pantalla con su imponente presencia. El uniforme le hacía más atractivo si cabe. Se me paró el corazón.

Las miradas de reojo me atravesaban la piel. *Sé fuerte, sé fuerte*. Les sonreí para tranquilizarlas pero sé que mi mueca les produjo escalofríos.

Verle era duro para mí pero, a la vez, me reconfortaba poder volver a apreciar los pequeños detalles y movimientos de su rostro, algo que era imposible en los vídeos de Youtube. Sus pequeñas patas de gallo, casi invisibles por los efectos del maquillaje, la cicatriz de la ceja, el lunar que tenía en el cuello justo debajo de la nuez de Adán, tan sexy y que había besado...

¡Para ya!, gritó la voz de mi cabeza. Debí dar un respingo porque Sara me tocó el brazo y preguntó:

—¿Estás bien? —asentí con la cabeza.

—Sí, no te preocupes —me miró durante unos segundos para asegurarse.

Mantuve el tipo como pude durante media película, hasta que ella entró en escena. Una diosa de labios perfectos y cintura de avispa. No me sentía preparada para la escena de amor y empecé a encontrarme mal, estaba mareada y tenía náuseas.

Pude ver cómo la Avispa besaba sus suaves labios, vi sus lenguas moverse, vi cómo acariciaba su pecho desnudo y su mano pálida y huesuda pasar por encima de la mancha de nacimiento de su hombro. La vi repetir todos mis movimientos y vi a él poner la misma expresión de aquella noche.

¡Dios!, pone la misma cara, la misma cara, está actuando y pone la misma cara...

No podía respirar, todo daba vueltas. Me eché hacia delante y vomité lo poco que tenía en el estómago. Rita sujetó mi frente con fuerza mientras yo me contraía por las fuertes arcadas.

Al terminar, me eché a llorar sorprendiéndolas a las dos. Hacía mucho que lo necesitaba pero

no había podido hasta ese momento; tenía que liberar todo el dolor acumulado. Intentaba serenarme para decirles que no se preocuparan pero no podía articular palabra, el único sonido que emitía mi garganta eran sollozos incontrolables.

—Cariño cálmate por favor —Rita me acariciaba el pelo y me miraba con un rictus de preocupación mientras Sara me cogía con firmeza de la mano.

—Por favor, dínos qué te pasa —dijo.

Las miré con los ojos enrojecidos y llenos de rabia.

—¡Que le quiero! —me tapé la cara con las manos para ocultar la vergüenza que sentía—. Le quiero.

.....

—Emmi —Rita sólo me llamaba así en momentos de crisis—. Tienes que ser fuerte, sabes que esto no puede ser.

Estábamos en una cafetería del centro comercial y yo miraba distraída por el cristal viendo a las adolescentes cargadas con bolsas mientras removía mi bebida humeante con la cucharilla, casi sin oír a Rita. Mi estómago se estaba asentando, gracias a Dios.

—¿Me oyes? —preguntó. Le miré con la cara aún abotargada.

—Te oigo pero no es fácil ¿sabes?

—Sabemos que no lo es pero debes hacerlo por tu bien —dijo Sara—. Estás cada vez más delgada, nos preocupa tu salud.

—Siento no haberos contado lo que pasaba pero me daba vergüenza decirlo en voz alta —las miré con los ojos muy abiertos— ¿Cómo me ha podido pasar esto? ¿Cómo he podido ser tan imbécil?

—Lo que te ha pasado a ti, le hubiera pasado a cualquiera de nosotras —dijo Rita— le vemos como a un ser superior pero debes empezar a verle como lo que es, un tío. Sólo es un tío Em —repitió—. Un hijoputa que se acostó contigo y no te volvió a llamar. No dejes que te afecte, en el fondo es como todos los demás.

Sara estaba pensativa, conocía esa cara, no estaba de acuerdo con las palabras de Rita.

—¿En qué piensas Sara? —pregunté, aunque no estaba segura de querer oírlo.

—En nada, no tiene importancia —dijo.

—La tiene para mí —contesté. Sara me miró.

—Bueno, después de lo que nos acabas de contar de aquella noche y de todo lo que te dijo, no tengo claro que sea un hijo de puta —se encogió de hombros—. Lo siento, es lo que pienso.

—Muy bien. ¿Y qué le aconsejas que haga entonces? —preguntó Rita enfadada por lo que estaba haciendo.

—Creo que debería hablar con él —Rita no daba crédito.

—¿Se puede saber qué estás diciendo?

—He estado a punto muchas veces, Sara, pero no me veo capaz —dije para evitar el enfrentamiento.

—Es que no entiendo qué sentido tiene que te pidiera tus datos si tú le diste la opción de salir de allí sin ellos. ¿Por qué iba a querer hacer eso si no tuviera la intención de ponerse en contacto contigo?

—Entonces ¿por qué no lo ha hecho? —preguntó Rita aún enfadada. Sara meditó la respuesta, no quería hacerme daño, de eso estaba segura.

—No lo sé, puede que haya estado muy ocupado o que tenga las mismas dudas que tú, que haya perdido la agenda... se me ocurren muchas razones. Puede que le importes pero no vea futuro en la relación, tenéis vidas muy diferentes, eso es un hecho —me miró a los ojos para ver cómo me estaban afectando sus palabras—. Creo que deberías asegurarte de que él no siente lo mismo que tú antes de llegar a la conclusión de que es un hijo de puta, que deberías concederle el beneficio de la duda, nada más.

Nos quedamos en silencio digiriendo el razonamiento de Sara, era más alentador que el de Rita pero mucho más peligroso.

.....

¿Qué es ese ruido?

Llamaban al timbre. Miré la hora, las diez. *Mierda, qué tarde es.*

Había tardado una eternidad en dormirme pensando en todo lo que había dicho Sara, evaluando cada una de las posibles razones por las que él no se había puesto en contacto conmigo.

Me levanté de la cama dándome un golpe en la rodilla con la mesilla de noche. El ramalazo de dolor hizo que me encogiera y mis ojos lagrimearan.

Los zumbidos continuaban insistentes.

Ya voy, joder, ya voy. Avancé por el pasillo cojeando y cuando abrí la puerta malhumorada y con los ojos legañosos, un repartidor pelirrojo entró en el patio y me miró de arriba abajo al llegar a mi altura sin dejar de mascar chicle. Por su expresión no parecía gustarle mucho lo que estaba viendo. Daba igual, a mí tampoco, estábamos empatados.

Un olor afrutado y nauseabundo salió de su boca para impregnar mis fosas nasales.

—Paquete —me entregó un pequeño bulto algo más pequeño que una caja de zapatos. Miré la etiqueta, iba dirigido a mí.

—¿Quién lo envía? —pregunté—. Él me miró con aire cansado.

—Yo que sé, sólo los entrego —dijo con fastidio mascando el chicle asqueroso.

—Te gusta tu trabajo ¿eh? —le dije firmando la nota. Me miró sin comprender la ironía, era demasiado para él.

Se la devolví y permaneció de pie esperando la propina; le cerré la puerta en las narices.

Me dirigí a la cocina, la habitación con más luz de la casa y la que tenía los utensilios adecuados para abrir el misterioso paquete. Lo estudié por todos sus ángulos antes de dejarlo sobre la mesa. No tenía remite.

La intriga me estaba matando, así que abrí un cajón y cogí unas tijeras, corté la cinta y destapé la caja. Su contenido hizo que me dejara caer sobre la silla.

Eran unos dados de peluche de color rosa.

Junto a ellos una nota escrita a mano rezaba:

“¿Te gustan? Son los mejores que he podido encontrar en Islandia. Creo que quedarán muy bien en tu coche. ¿A ti qué te parece?”

Capítulo 8

No tardaron mucho en movilizarse para atender a mi llamada de socorro. Sara se trajo a Carlos porque, según ella, era necesario un punto de vista masculino. Y allí estábamos los cuatro, Sara, Rita, Carlos y yo, sentados alrededor de la mesa de mi cocina, contemplando pensativos los dados de peluche y la nota que descansaban sobre ella, indiferentes ante la atención que estaban recibiendo.

La escena era casi cómica, parecíamos un grupo de científicos intentando solucionar un problema de grandes proporciones para el futuro del planeta, casi se podía oír el ruido de los engranajes de nuestros cerebros trabajando.

—Está bien —dijo Sara rompiendo el silencio—. Creo que yo tenía razón, está claro que le importas.

—No te precipites. No se trata de un anillo de compromiso, sólo son unos dados horteras de peluche —dijo Carlos.

Era una persona muy sensata y siempre recurriamos a él cuando nos enfrentábamos a un problema difícil de resolver. El hecho de que fuera un abogado reconocido hacía que nos sintiéramos seguras, tenía soluciones para todo. Su carita dulce con un constante rubor en las mejillas era un arma de doble filo. En realidad, era implacable.

—Sí, tienes razón —contestó Sara— pero esos datos demuestran que ha estado pensando en ella.

—Ya —dije yo— pero ¿qué significa eso exactamente? ¿Debo interpretarlo como una señal para ponerme en contacto con él o debo comportarme como si no hubiera pasado nada?

Nadie contestó y todos volvimos a fijar nuestra atención en los dos objetos *aparentemente* inofensivos.

—Todo esto me parece muy cruel por su parte —dijo Rita enfadada—. Está siendo muy esquivo. No sabes nada de él desde aquella noche y, de repente, dos meses después hace esto —hizo un brusco ademán con la mano señalando la mesa— y para colmo te escribe una nota que no revela nada en absoluto sobre sus intenciones. Sinceramente, creo que está jugando contigo.

—No lo sé —contesté dubitativa mirando la mesa—, algo me dice que no es así. No creo que haya mala fe en este gesto, fue muy dulce conmigo.

—Quizá no revela nada porque no significa nada —dijo Carlos—. Puede que los viera por casualidad en una tienda, se acordara de ti y decidiera comprarlos sin ninguna intención ambigua. Es un gesto más simple de lo que parece, creo que lo estamos analizando demasiado.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo Sara pensativa—. Vuelve a leer la nota, Emma.

-“¿Te gustan? Son los mejores que he podido encontrar en Islandia...”

-¿Lo veis? —continuó Sara- Da a entender que dedicó su tiempo a buscar esos dados, eso significa algo, significa *mucho* —me miró e hizo un gesto de impaciencia con la mano—. Sigue Emma.

-“Creo que quedarán muy bien en tu coche. ¿A ti qué te parece?” —Sara me cogió la nota.

-¡Y para colmo acaba con una pregunta! —le dio un golpe al papel con el dorso de la mano— ¡Para mí eso es una invitación, quiere que Emma le conteste! —dijo con mucha vehemencia.

Rita empezó a reír por lo bajo y nos volvimos hacia ella, era una reacción inapropiada después del acalorado discurso de Sara.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó a la defensiva.

—Parecemos los de *CSI Miami* —dijo Rita divertida.

Carlos se encorvó, colocó las manos sobre sus riñones y se quitó unas gafas de sol invisibles arrugando la frente.

No tuvimos más remedio que reír ante su patética imitación de Horatio Caine.

—Tenemos que ver esto con objetividad —continuó Carlos haciendo que volviéramos a centrar nuestra atención en el tema— ¿Cómo te comportarías si él no fuera quien es? —lo pensé unos instantes.

—Pues... supongo que le llamaría para darle las gracias por el regalo.

—Bien, pues haz eso —contestó— escríbele y dale las gracias.

No me pareció mala idea.

.....

Una vez se hubieron ido, me dirigí al despacho con la intención de hacer lo que Carlos había dicho. Era muy tarde y tenía sueño. El día había sido muy agitado con todo el asunto del paquete pero sabía que si me acostaba iba a ser incapaz de dormir y quería zanjar el tema cuanto antes.

Entré sin encender la luz y me senté en la silla giratoria. Levanté la tapa del portátil y un resplandor azulado iluminó la habitación. No necesitaba ir a buscar el papelito con su dirección, hacía tiempo que la había memorizado.

Miré pensativa la pantalla con el escritorio de tulipanes amarillos. Sólo estábamos a unas teclas de distancia. Me resultó sobrecogedora la facilidad y la rapidez con la que podía comunicarme con él, sólo tenía que escribir unas líneas y, en unos segundos, él podría leerlas desde Islandia. Si te parabas a pensarlo era magnífico.

Pero ¿qué escribirle?

Debía ser breve y utilizar un tono desenfadado, en eso habíamos estado los cuatro de acuerdo tras largas cavilaciones. Después de una hora y varios borradores, leí por última vez mi mensaje antes de enviarlo.

“Hola John, te alegrará saber que he recibido tus datos y he decidido colgarlos en el retrovisor de mi coche, a pesar de que sé con seguridad que me convertiré en el hazmerreír del barrio. Sólo espero, que como compensación y dado que este año apareces en la lista de los actores más poderosos de Hollywood, tus próximos regalos —si los hay— sean un poco más... digamos generosos. Saludos, Em.”

Estaba bastante bien.

Conocía poco a John pero sí lo suficiente como para saber que le haría gracia, los dos teníamos un sentido del humor parecido.

Dirigí el puntero del ratón hacia la casilla de “Enviar” y tras dudar unos segundos, apreté el botón.

Mensaje enviado.

Ya no había marcha atrás, apagué el ordenador y me fui a la cama.

.....

La mañana del lunes 8 de mayo, me levanté y corrí al despacho para comprobar si John me había contestado. Estuve a punto de darle un puñetazo al ordenador por tardar tanto en iniciarse.

Comprobé mi correo. Nada, sólo unos cuantos spam y mensajes de clientes. Me sentí algo desilusionada.

No empieces otra vez, Em.

Me dirigí a la cocina, necesitaba comer algo, tenía una sensación de vacío en la boca del estómago. Abrí la nevera y el olor a pizza fría del día anterior me golpeó con brusquedad. Hice una mueca apartándome del frigorífico como si hubiera visto una cabeza en descomposición mirándome con ojos vidriosos. Iba a vomitar. Me tapé la boca con la mano y salí corriendo hacia el aseo.

Llegué con el tiempo justo para lanzarme de rodillas a los pies del inodoro y vomité con violencia.

Estás embarazada.

El pensamiento me llegó con una claridad tan arrolladora que creí que iba a desmayarme. Tiré de la cadena pero permanecí en la misma posición incapaz de moverme. Una sensación de frío me recorrió la espina dorsal y el sudor empezó a llenar mi frente de diminutas perlas heladas.

Es imposible, tomamos precauciones.

Los condones fallan, Emma.

Me senté en el suelo del baño y apoyé mi espalda contra la pared analizando la situación. No me había bajado la regla desde aquel día pero no le había dado importancia. Cuando estaba nerviosa siempre tenía alguna falta; ya me pasaba en mi etapa de estudiante cuando se acercaban los exámenes. Mi madre, preocupada, me obligó a ir a un ginecólogo. Insistía en que no era normal teniendo en cuenta que ella y la abuela eran relojes suizos, “28 días e-xac-tos”. El ginecólogo la tranquilizó después de examinarme, todo estaba en su sitio y le explicó que la amenorrea era normal en épocas de estrés.

Recordé el incómodo incidente del cine y cómo me había molestado el olor a palomitas y el chicle afrutado del repartidor. Me toqué los pechos, me dolían al contacto y estaban hinchados pero era algo que también me pasaba cuando se acercaba el periodo.

Es imposible. No puede ser.

Claro que puede ser.

Había leído en algún sitio que existe un mínimo porcentaje de fallos en los preservativos, un 3% más o menos, lo que me pareció un porcentaje altísimo en esas circunstancias y habían sido varias veces...

No, no era imposible y yo lo sabía.

Me senté en el salón después de ducharme pensando en qué paso debía dar a continuación. Decidí que lo primero era conseguir un test de embarazo para salir de dudas y me insté a levantarme del sofá. Quería hacerlo cuanto antes, el suspense me estaba matando, pero lo que vi en la tele me dejó paralizada. Era el videoclip de *Flowers in the Windows* de Travis. Todas las mujeres que aparecían en él estaban embarazadas: embarazadas en la peluquería, embarazadas saltando en castillos hinchables, embarazadas jugando al ping pong...

*So now we're here and now is fine
So far away from there and there is time time time
To plant new seeds and watch them grow
So there'll be flowers in the window when we go*

Plantar semillas y verlas crecer.

Si eso no era una señal que bajara Dios y lo viera.

.....

Estuve más de diez minutos mirando las dos rayitas rosas.

Intentaba no pensar en nada, sabía que cuando empezara no podría parar.

Esto no puede estar pasando.

Me hizo gracia recordar el incidente del paquete y la importancia que le habíamos dado hacía sólo unas horas. En comparación con mi situación actual, aquello quedaba relegado a una tontería de patio de colegio. Mi vida se estaba complicando por momentos.

Estaba embarazada, era un hecho.

No, no era un hecho, el ginecólogo tenía la última palabra, no podía fiarme de un palito de plástico. Cogí mi bolso de la entrada y busqué mi cartera que parecía a punto de reventar por la cantidad de tickets de compra acumulados. La vacié sobre la mesa con la esperanza de encontrar la tarjeta del ginecólogo al que había ido con mi madre.

Hacía mucho tiempo de aquello pero le recordaba como un hombre simpático. Me gustó su forma de tratar con mi madre, se había dado cuenta de que era una excéntrica. En un par de ocasiones me había mirado con el ceño fruncido ante sus comentarios. A pesar de su escasa o más bien nula formación académica, mi madre creía saber más que cualquiera y se atrevía a corregir cualquier diagnóstico.

La encontré y marqué el número. La voz de una mujer me contestó:

—Consulta del Dr. Santis ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días, me gustaría pedir una cita.

—Un momento, por favor —oí el ruido del teclado de un ordenador— ¿El 1 de junio a las 16,35 le va bien?

—¿Qué? ¡Pero si falta un mes! —dije sorprendida— ¿Esta tarde no puede ser?

—Esta tarde es imposible, lo siento.

—Verá, es una emergencia.

Silencio.

—¿Qué tipo de emergencia? —contestó.

—Creo que estoy embarazada —dije. La mujer debió percibir la angustia en mi voz porque decidió apiadarse de mí.

—Voy a ver qué puedo hacer, no cuelgues.

—Gracias.

—Dime tu nombre.

Obedecí y me dejó en espera escuchando música midi. Era una tortura para los oídos. Al cabo de lo que me pareció una eternidad, oí un chasquido y la música se detuvo, gracias a Dios.

—El Dr. Santis te atenderá esta tarde a las 19,40.

—Muchas gracias —le dije aliviada.

Gracias a Dios que había topado con un alma caritativa.

.....

Me encontraba frente a la puerta de la consulta, cerca de la Glorieta, en Grabador Esteve. Una placa dorada alumbrada por un aplique con el nombre del ginecólogo grabado en letras góticas, no dejaba lugar a dudas.

Menuda horterada, pensé llamando al timbre.

Clink clonk.

¿Eso era el timbre o es que había sonado el Big Ben? Tras unos segundos, una enfermera abrió la puerta. Debía ser la mujer del teléfono. Llevaba una bata blanca y el pelo recogido en una estirada cola de caballo. No tendría más de 45 años pero por teléfono me había parecido mucho mayor.

—¿Tú eres la de la emergencia? —dijo con una sonrisa.

—Sí —contesté algo incómoda.

Me guió hasta una acogedora sala de espera llena de embarazadas acompañadas por sus maridos. Me acomodé en un sofá de cuero que hizo un ruido parecido a un pedo cuando me senté. Uno de los amorosos mariditos me miró divertido.

En el centro había una mesa llena de revistas, me levanté, cogí un ejemplar del Vogue y volví a sentarme.

Otro ruido de pedo.

Miré al maridito con las cejas levantadas retándole a que se riera si se atrevía. Funcionó y miró hacia otro lado.

Me dio tiempo de leer esa revista y tres más. Por fin, casi a las nueve de la noche y tras ver desfilar a todas las parejas que salían orgullosas mirando sus ecografías, la enfermera pronunció mi nombre.

Me levanté y la seguí hasta el despacho del médico que me esperaba tras una impresionante mesa de madera maciza. Tenía el pelo canoso y peinado hacia atrás y un sospechoso bronceado para aquella época del año.

—Perdona por la espera —hizo un ademán con la mano invitándome a tomar asiento.

—No importa —contesté.

—Me ha dicho Claudia que era una emergencia —me miró sonriendo, no había mala intención en sus palabras pero me revolví en el asiento mientras miraba mi historial—. Hace 10 años que no vienes a la consulta. ¿Sabes que en ese tiempo podía haberte salido un tercer ovario? Eso sí que hubiera sido una emergencia —sonreí por la broma—. Bueno, cuéntame.

—Creo que estoy embarazada, me he hecho un test de embarazo y ha dado positivo.

—Dime la fecha de tu última regla.

—Pues... no la sé con exactitud pero debió ser a finales de febrero.

—Bueno, da igual, vamos a examinarte —dijo poniéndose en pie.

Me levanté de la silla y Claudia me entregó una toalla.

—Entra en el baño y desnúdate de cintura para abajo cariño.

¿De cintura para abajo? Creía que sólo iba a tener que levantarme el suéter ¿no era así como se hacían las ecografías?

Hice todo lo que Claudia me había dicho y salí del baño sintiéndome ridícula con la toalla enrollada y los zapatos puestos. El médico y la enfermera me esperaban al lado de ese instrumento de tortura llamado potro.

—Sube Emma —dijo el doctor.

Avancé dubitativa hacia el potro y subí tratando de no perder la toalla por el camino.

—Coloca los pies en los estribos —dijo la enfermera. Debían estar equivocados.

—Pero ¿no va a hacerme una ecografía? —casi me temblaba la voz, Claudia se estaba divirtiendo.

—Sí, pero en las primeras semanas las ecografías son vaginales —contestó el Dr. Santis sujetando una especie de vibrador gigantesco y echando un generoso chorro de gel transparente sobre él.

No tuve más remedio que resignarme, Claudia me ayudó a colocar los pies.

—Separa las piernas —me dijo mirando mis rodillas que estaban tan apretadas que se habían vuelto blancas.

—Trae la palanca —dijo el ginecólogo. Al ver mis ojos desorbitados empezó a reír—. Era broma, mujer. Relájate, anda.

Para ti es fácil decirlo, capullo.

—Echa el culo hacia delante —ordenó la enfermera, me moví un milímetro.

—Más —otro milímetro.

—Máaas —me moví hasta que me dio el visto bueno con la mirada.

El ginecólogo inició la exploración con el enorme artilugio y pude ver en el monitor unas escenas difusas en blanco y negro de lo que debía ser el interior de mi útero.

—Ahí está —dijo señalando un bulto negro que bien podía ser un tumor maligno—
¡Enhorabuena, estás de 10 semanas!

Capítulo 9

Llegué a casa malhumorada y lancé el bolso hacia la silla de la entrada; cayó al suelo pero no me molesté en recogerlo, tenía otras cosas en la cabeza. Me dirigí al salón y me dejé caer en el sofá. ¿Qué iba a hacer ahora?

Una cosa tenía clara, de momento no iba a decirle nada a nadie. No quería ni imaginarme la reacción de Sara y de Rita, y la de mi madre mucho menos.

Pensar en todas las posibilidades me producía dolor de cabeza. Siempre había tenido claro que quería ser madre, pero de adolescente me imaginaba teniendo hijos a una edad mucho más temprana que los 32. Los años habían pasado sin darme cuenta, ni siquiera tenía pareja estable y el reloj biológico avanzaba. Puede que fuera mi única oportunidad de ser madre, debía tenerlo presente.

Por otro lado, si decidía no hacerlo, ¿cómo funcionaba eso? ¿Me presentaba en algún Centro de planificación familiar y solicitaba un aborto? ¿Era así de sencillo? ¿Había un límite de semanas para poder hacerlo? No tenía ni idea.

La respuesta a todas aquellas preguntas carecía de sentido. La decisión era cosa de los dos, no me correspondía a mí seguir uno de los dos caminos sin consultarle. Debía ponerme en contacto con John, era lo único que veía con claridad y no podía demorarme demasiado, ya estaba de 10 semanas.

.....

La semana transcurría con lentitud y seguía sin recibir noticias. Me volqué de nuevo en el trabajo tratando de evitar a Sara y a Rita que no dejaban de llamar para saber si John había contestado al mensaje de los dados. No quería verlas porque no me fiaba de mí misma, hubiera acabado contándoselo, era un secreto muy difícil de guardar.

El viernes por la tarde tenía la cabeza tan cargada que decidí ir a dar una vuelta, quería despejarme y el día ya iba alargando, el verano estaba cerca.

Mientras paseaba por el centro histórico y esquivaba a los turistas que hacían fotos a la Lonja y al Mercado Central, un pensamiento no dejaba de rondar por mi mente: necesitaba otro punto de vista, tenía que contárselo a alguien más.

Casi sin darme cuenta, me encontré delante del pub de Leo. ¿Había sido una coincidencia o había salido de casa con la intención de ir a hablar con él? Era imposible contestar a esa pregunta pero sabía que era la persona más indicada para hablar del tema. Era discreto, conocía a John y podía aportar el punto de vista masculino que tanta falta me hacía.

El bar estaba en penumbras pero algunos rayos de sol se filtraban por las ventanas y caían sobre las mesas donde algunos clientes dormitaban perezosos frente a una cerveza. La suave voz de Otis Redding contribuía al relajado ambiente con *I've been loving you too long*. Vi a Leo sentado en la barra leyendo el periódico. La luz hacía que su pelo pareciera rojizo, era una bonita imagen.

Avancé hacia él y me senté a su lado. Se volvió hacia mí.

—Hola —dije.

—¿Cómo estás? —preguntó sin sonreír y volviendo a fijar su atención en la prensa. No era hombre de muchas palabras y aunque, normalmente, ese rasgo en él me encantaba, en ese momento tenía que hablar con alguien, así que contesté buscando una reacción.

—Pues no muy bien, ya que lo preguntas.

—Era una pregunta retórica —contestó sin mirarme.

—¿Puedes dejar un momento el dichoso periódico? —se lo quité de delante—. Necesito hablar contigo —me miró por primera vez con sus inquietantes ojos.

—¿Qué pasa?

—Prométeme que no vas a contarle nada a nadie —frunció el ceño extrañado sin contestar—. Pro-mé-te-lo —repetí— aunque sabía que no hacía falta que lo hiciera, era una persona de fiar.

—Vale, vale, te lo prometo. ¿Qué problema tienes?

—Estoy embarazada —su cara no cambió de expresión.

—¿Cómo es posible que te haya pasado eso? ¿Es que no has oído hablar de los métodos anticonceptivos?

—Tomamos precauciones, no me mires con esa cara —contesté.

—¿Por qué me lo cuentas a mí?

—Necesito un punto de vista masculino, él no lo sabe y no sé si decírselo.

Eché la cabeza hacia atrás estudiándome y pareció comprender.

—¿Es de John? —preguntó muy serio.

—¿Cómo sabes tú eso? —contesté alarmada.

—Todos los que te conocemos sabemos que te fuiste con él aquella noche, no fue algo muy discreto, no sé por qué te sorprende — apoyé los codos en la barra y me tapé la cara con las manos.

—Joder —dije.

—¿Vas a tenerlo?

—Esa es la cuestión. No puedo decidirlo yo sola. ¿Si tú fueras él te gustaría saberlo? — pregunté con las manos aún en la cara, Leo se encogió de hombros.

—Yo no soy John, Emma. Lo que yo te diga da igual, no es relevante.

—Lo sé pero necesito que me contestes —le miré con ojos suplicantes y él pareció ablandarse.

—A mí me gustaría saberlo, pero sé que mi decisión no iba a ser tenida en cuenta.

—¿Qué quieres decir?

—Si decides tenerlo, lo tendrás. Ni la opinión de John ni la de ningún hombre cuenta en estos casos. Vosotras tomáis la decisión y nosotros tenemos que acatarla. Salís con eso de “es mi cuerpo blablablá” y cosas de ese palo.

—Eso es una gilipollez, si se lo digo pienso respetar su decisión —dije con desdén, me pareció un discurso machista. Él resopló y puso los ojos en blanco.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Vale, dejemos este tema —dije enfadada— ¿Cómo crees que va a reaccionar?

—¡Emma! ¡No lo sé! ¿Por qué piensas que puedo responderte a eso? — me encogí de hombros.

—Tú le conoces...

—Le conocía. Ahora le veo una vez cada dos o tres años, las personas cambian, Em.

—Pero ¿cómo era entonces? —pregunté—. Ya sé que hace mucho tiempo pero tengo que saber más cosas sobre su forma de ser para poder prepararme. Quiero poder prever su reacción —me miró escéptico—. Ya sé que es imposible, de verdad, pero intenta contestarme. Por favor.

Él puso cara de fastidio pero lo hizo.

—Está bien, joder. No pongas esa cara, no lo soporto —sonreí y empezó a hablar tras una larga pausa—. En aquella época ya tenía mucho éxito con las mujeres pero prefería estar con sus amigos —me estudió con sus diminutos e inteligentes ojos—. Hubieras sido su tipo: pelo negro, piel pálida, dulces ojos azules...

Me gustó que describiera así mis ojos. Leo nunca le decía palabras amables a nadie.

—En fin, aspecto de virgen. Le gustaba que se lo pusieran difícil pero veo que no ha sido tu caso —mi cara cambió y le pegué un puñetazo en el brazo. Leo se rió apartándose. Esos cambios eran típicos en él.

—En fin —continuó— era bastante irreverente y solía meterse en líos pero siempre salía impune, sólo tenía que sonreír y desarmaba a cualquiera. Era divertido, un buen amigo, tenía un punto impredecible y muchísima imaginación.

—¿Qué hubiera hecho si le hubiera pasado esto? —pregunté vacilante. Leo tardó en contestar evaluando la respuesta.

—Le gustaba su libertad y tenía muchas aspiraciones —noté algo parecido a preocupación en su voz—. Tienes que decírselo pero creo que no deberías esperar demasiado, por tu bien.

.....

Al día siguiente me senté delante del ordenador con la intención de escribirle. Estaba aterrorizada y no sabía cómo hacerlo. Me alegraba haber recibido los malditos dados ya que si hubiera tenido que ponerme en contacto con John sin saber si me recordaba o no, habría sido mucho más difícil. Ahora, por lo menos sabía que pensaba en mí, lo cual era tranquilizador.

No deberías esperar demasiado.

Abrí un mensaje nuevo y escribí su dirección en la parte de arriba y “Emma” en la casilla destinada al asunto del mensaje. “Vas a ser papá” no me pareció muy apropiado. Me sorprendió comprobar que aún conservaba mi sentido del humor a pesar de las circunstancias.

El contenido del mensaje era otra cuestión, no quería ofrecer muchos detalles y tener que dar explicaciones. Me parecía que era una conversación que debíamos tener cara a cara y no por teléfono o por Internet, demasiado impersonal. Tendríamos que pensar en una forma de vernos en persona si a John le parecía bien, claro. Si no era así, siempre podía recurrir a las dos vías anteriores.

Un simple “Necesito verte” quedaría bien.

No, daba sensación de urgencia. Necesitar es un verbo muy fuerte.

Escribí:

“Me gustaría que nos viésemos ¿es posible?”

Sí, sonaba mucho más desenfadado. Analicé el breve mensaje durante unos minutos con la barbilla apoyada sobre el puño y decidí darle el visto bueno.

Ahora sólo quedaba esperar.

.....

Tres días después, me encontraba trabajando y comprobando el correo cada cinco minutos cuando sonó el teléfono:

—¿Diga?

—He decidido llamarte yo, ya que por lo visto tú has debido olvidar que tienes madre — siempre hablaba de forma acusatoria.

—No me he olvidado mamá es sólo que he estado muy liada con el trabajo.

—¿Te das cuenta de que eso que acabas de decir suena a excusa descarada y lo que es peor, poco imaginativa?

—Sí mamá pero es verdad —me agotaba.

—Bueno, vamos a dejarlo. ¿Qué hay de nuevo? —tenía mucha habilidad para cambiar de tono de voz, ahora sonaba alegre y desenfadado.

—Pues poca cosa la verdad... —dije.

Estoy embarazada de John Davies y no sé si tenerlo o no, por lo demás todo bien.

Ahogué una risita imaginándome su cara si se me ocurría decirle eso.

—He estado pensando en invitarte a comer en esa arrocería de la Malvarrosa que tanto nos gusta, hace tiempo que no nos vemos ¿qué te parece un arroz negro? —lo medité unos segundos ¿por qué no? Me apetecía distraerme un rato y el arroz negro es uno de mis platos preferidos.

—Sí, claro.

—Perfecto, te espero sobre las 2. Y no te presentes hecha un adefesio.

—Vale mamá.

Colgué el teléfono sorprendida, era un restaurante bastante caro y los derroches económicos no eran muy habituales en mi madre. Aunque vivía de forma desahogada, era capaz de recorrer dos kilómetros para conseguir unas coliflores más baratas. Yo, en cambio, ni siquiera miraba los precios en el supermercado. Eso, por supuesto, era un motivo de discusión entre nosotras.

Fui a arreglarme, la ropa que iba a ponerme no era una decisión que se pudiera tomar a la ligera.

::

A las dos en punto (la impuntualidad era algo imperdonable para mi madre) aparqué en doble fila frente al edificio en el que me había criado. Salió del portal a los cinco minutos. Conociéndola, seguro que llevaba rato esperando y mirando por la ventana.

Era una mujer altiva y elegante, todo un anacronismo para Benimaclet y una activista radical de la Asociación de Vecinos desde que se unió a la causa para acabar con el peligroso paso a nivel el día que su amiga Maruja murió arrollada por el *trenet*. Cuando una vez le mencioné que Maruja había sido imprudente al cruzar las vías con el semáforo en rojo, me faltó poco para salir huyendo al ver la expresión de su cara, jamás volví a sacar el tema. De pequeña ya me daba cuenta de que el resto de las vecinas la odiaban. Casi nadie notaba que podía llegar a ser divertida cuando se esforzaba un poco. No tenía muchas amigas pero sentía que no le hacían falta, estaba acostumbrada a estar sola.

Entró en el coche y miró los dados de peluche:

—Dios mío. ¿Esta es tu última adquisición? —preguntó tocándolos como si fueran a morderle.

—Sí ¿te gustan? —me miró de reojo preocupada por mi pregunta.

Durante el trayecto en coche, no pude evitar fijarme en los desvíos hacia la Playa del Saler y volví a recordar una vez más aquella noche increíble en la 702 hacia mil años.

Aparqué el coche cerca del puerto y caminamos por el paseo marítimo hasta la terraza del restaurante. Nos sentamos a una mesa y mi madre, sin preguntarme, pidió dos vasos de vino

blanco al joven y bronceado camarero.

—No, yo quiero una Coca-cola —me miró extrañada; no podía creer lo que estaba oyendo, ¿desde cuándo su hija rechazaba el alcohol?

—Tengo que conducir —expliqué. Siguió mirándome unos segundos y por fin se dirigió al camarero.

—Coca-cola, pues —le dijo al joven encogiéndose de hombros; él se alejó mientras mi madre le miraba el trasero con descaro.

—No está nada mal ¿verdad Em? —preguntó guiñándome el ojo.

—Ni siquiera me he fijado —contesté examinando la carta.

—¿Estás algo más rarita de lo habitual o me lo parece a mí? —la miré por encima de la carta; no iba a ser una comida fácil, saltaba a la vista.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—No has querido alcohol, no has mirado ese culo divino...

—Mamá, yo no voy por ahí mirando el culo de los hombres —sonrió.

—Cuando tengas mi edad te darás cuenta de que encontrar a un hombre con un culo que valga la pena es algo que no se ve todos los días —explicó.

—¿Por qué no dejas ya de hablar de culos? —me estaba incomodando. Levantó una ceja, un gesto que le salía perfectamente.

—Cariño, tienes que dejar de ser tan mojigata y lanzarte un poco más.

Como si no me hubiera lanzado ya bastante, pensé.

—Se te ve contenta —dije sonriendo— ¿tienes algo que contarme?- mi madre se acercó a mí y dijo en voz baja:

—Sí, he conocido a alguien —parecía emocionada. No era la primera vez que la veía así—. Hemos quedado esta noche para cenar.

—¿Vais a ir a algún sitio elegante? —pregunté alegrándome de que la conversación no fuera a centrarse en mí para variar.

—No, hay cena de sobaquillo y pase de película en la asociación —siempre pronunciaba esa palabra con solemnidad como si perteneciera a una organización secreta del gobierno.

—Qué glamouroso... —dije con ironía—. ¿Qué película ponen?

—*Me enamoré de una bruja* —contestó ella.

—Muy apropiada para tu acompañante.

Me perdonó la vida con la mirada hasta que se cansó y empezó a hablarme del pobre hombre que iba a acabar irremediabilmente con el corazón destrozado.

.....

Llegué tarde a casa, la sobremesa se había alargado. Colgué el abrigo en la percha de la entrada y me dirigí al despacho para comprobar una vez más el correo, lo que se había convertido en una especie de ritual en mi vida.

La bandeja de entrada me informaba de que había un mensaje nuevo; mi corazón se aceleró, era de John.

Me senté con torpeza delante de la pantalla y leí el mensaje:

“Hola Em, espero que estés dispuesta a viajar a Islandia porque ahora mismo es la única forma de que nos veamos. Estamos en pleno rodaje y parece que se va a alargar. El tiempo no acompaña, es el inconveniente de trabajar en exteriores naturales.

Por otro lado, no me importa mucho porque esto es precioso. Los paisajes son increíbles y eso significa mucho viniendo de un galés.

Me encantaría enseñártelo todo: sólo tienes que decirme qué fin de semana te viene bien y compraré un billete de avión (para que veas que no soy tan tacaño como crees).

Espero que me digas algo.

Un beso, John”.

Me relajé después de tantas semanas de angustia.

Quería verme.

De repente, la vida me pareció maravillosa.

Capítulo 10

—¿Qué te vas *a dónde*? —preguntó Rita, unos decibelios por encima de lo normal. Estaban sentadas a la mesa de la cocina mientras yo preparaba el café.

—A Islandia —dije por encima del hombro.

Las tarjetas de embarque habían llegado el día anterior, acompañadas de un mensaje que había imprimido:

“Siento no haber podido encontrar un vuelo directo hasta aquí pero ha resultado imposible. De todas formas, no te preocupes, el vuelo de Reykjavik a Akureyri sólo dura una hora más o menos.

No podré ir a recogerte pero habrá una persona esperando en el aeropuerto que te traerá hasta el set.

Nos vemos pronto,

John.

PD: Intentaré que no pases frío pero aquí las noches son frescas, coge ropa de abrigo”

La última frase era muy propia de él (y muy tranquilizadora para mí).

Cogí el sobre que estaba sobre la encimera y traduje la nota en voz alta mientras ellas me observaban con los ojos como platos.

—¿”Intentaré que no pases frío”? ¿Cuándo ha pasado esto? —dijo Sara.

—Contestó a mi mensaje de agradecimiento, una cosa llevó a la otra...

—¿Y te ha pagado un viaje a Islandia? —dijo Rita acabando la frase, su voz seguía sonando aguda—. Déjame ver —arrebató la nota de las manos de Sara.

—Sí —contesté dejando la cafetera sobre la mesa.

—¿De quién ha sido la idea Em? —Sara estaba preocupada.

Vacilé unos segundos.

—Supongo que ha sido cosa de los dos, yo le dejé caer que me gustaría verle y él me invitó a viajar hasta allí —no necesitaban saber nada más.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Rita.

—El viernes —dije mientras me sentaba—. Volveré el lunes al mediodía.

—¡Esto es increíble! —dijo Rita dando palmaditas. Yo también estaba contenta pero mi sonrisa desapareció cuando vi la cara de Sara, ella no lo tenía tan claro.

—¿Qué pasa no te alegras por mí? —pregunté. Ella pareció dudar unos instantes.

—Claro que me alegro, no es eso —dio un sorbo al café.

—¿Entonces qué es? He hecho lo que tú querías.

—Ya lo sé, es sólo que te he visto pasarlo muy mal estos dos últimos meses y me da miedo que tengas demasiadas expectativas.

—¡Pero él quiere verla! Nadie lo ha obligado a invitarla, es normal tener expectativas —interrumpió Rita. Yo escuchaba en silencio los dos puntos de vista. Me pareció curiosa la forma en que habían cambiado de parecer; ahora era Rita la que tenía esperanzas y Sara la que dudaba de John. Carlos y ella debían haber tenido una conversación sobre el tema, seguro.

—Ya sé que es normal, no estoy diciendo que no tenga expectativas, estoy diciendo que no tenga muchas. Estas personas llevan un ritmo de vida completamente diferente al nuestro, viajan mucho, se relacionan con mujeres...

—¿Más guapas que yo? —dije acabando su frase.

—Eso lo has dicho tú, yo iba a decir sólo “muy guapas” —me miró con una sonrisa triste—. Mira Em, es sólo que no quiero que sufras; la situación que estás viviendo parece un cuento de hadas pero la vida real no es como un cuento, el final no tiene por qué ser feliz. ¿Me entiendes verdad?

—Te entiendo, no te preocupes, pienso como tú —puse mi mano sobre la suya y supe que iba a sufrir mucho cuando se enterara de mi situación, era una gran amiga. Rita soltó un bufido.

—¡Sois las dos un par de idiotas, no sé por qué os preocupáis tanto, no penséis tanto en las complicaciones y disfrutad del momento, joder! —parecía muy enfadada y la miramos divertidas.

—Qué mala es la envidia ¿verdad Em? —dijo Sara, yo asentí.

—Me duelen los oídos de apretar tanto los dientes —contestó Rita y las tres empezamos a reír.

.....

El jueves por la tarde me dediqué a hacer el equipaje. No fue fácil escoger la ropa y tuve que salir a comprar unas cuantas cosas de última hora. Por la noche, más relajada por tenerlo todo preparado, estaba sentada sobre la cama contemplando la maleta que me había costado tanto de hacer y pensé que debía llamar a mi madre. Qué decirle era más complicado. No iba a creerse cualquier cosa, así que la improvisación quedaba descartada. Debía escoger muy bien mis palabras.

Miré el reloj sobre la mesilla, las diez. No era muy tarde pero a esas horas seguro que mi llamada le parecería extraña.

—¿Pasa algo Emma? —su forma de contestar al teléfono me hizo sonreír. Cómo la conocía.

—No pasa nada mamá, te llamo para decirte que voy a pasar fuera el fin de semana.

—¿A dónde te vas? —preguntó extrañada.

—A Islandia.

El aparato enmudeció durante unos segundos mientras mi madre procesaba la información.

—Perdona, ¿has dicho Islandia? —dijo por fin.

—Sí.

—¿Y qué se te ha perdido en Islandia cariño? —el interrogatorio había comenzado.

—Verás, mamá... el otro día no te dije nada pero la verdad es que... he conocido a alguien — cerré los ojos esperando su reacción.

—¿No será un esquimal verdad? Siempre te han gustado los extranjeros.

¿Cómo se le podían ocurrir esas cosas?

—No mamá, está allí por motivos de trabajo, además no hay esquimales en Islandia sino en Groenlandia —era capaz de discutirlo.

—Mejor, porque comen carne cruda, lo vi en un documental. No me parece muy saludable — continuó.

—¿Por qué sigues hablando de esquimales? —estaba empezando a cabrearme.

—¿A qué se dedica?

Se gana bien la vida mamá, cobró veinte millones de dólares por su último trabajo.

—Pues... digamos que está metido en el mundillo del ocio y del espectáculo, por eso viaja tanto —no me apetecía engañarla demasiado, era un detector de mentiras.

—Oh —estaba decepcionada—. No parece un trabajo muy serio, suena como si estuvieras

saliendo con un domador de leones.

—¿Y eso que tendría de malo? —pregunté enfadada.

—Cariño, no me parece que un domador de leones y una contable tengan muchas cosas en común.

—¡No es domador de leones ni esquimal, joder! —grité.

—¡Pues entonces no divagues tanto y habla claro!

—¡Su trabajo no importa mamá, no voy a casarme con él!

Sólo me ha dejado preñada.

—¿Cuánto tiempo hace que le conoces? —preguntó zanjando el tema del trabajo, gracias a Dios.

—Dos meses.

—Parece muy poco tiempo para irte con él de viaje —dijo impasible.

—Tú te casaste con papá a los ocho meses de conocerle —contesté en el mismo tono que ella. ¡Cuántas veces había utilizado esa frase a mi conveniencia!

—Eran otros tiempos, no había psicópatas como ahora —nombres como Ted Bundy, Charles Manson y Ed Gein acudieron a mi mente pero decidí no seguir por ese camino.

—No te preocupes, es una persona encantadora —lo intenté con el tono conciliador—. Haz el favor de alegrarte por mí, hace años que no salgo de aquí, necesito distraerme un poco.

—Está bien —dijo suspirando— pero ten cuidado y llámame cuando llegues.

—Vale mamá, adiós.

Misión cumplida.

Ahora debía intentar dormir, había pedido el taxi a las cinco de la madrugada.

Capítulo 11

Siempre me ha sorprendido la actividad que se respira en los aeropuertos incluso a esas horas de la mañana. Me pregunto a dónde irá la gente e imagino historias mientras espero sentada a que anuncien mi vuelo. Supongo que habrá algunas tan increíbles como la mía o eso me gustaría pensar.

Para matar el tiempo en la terminal había decidido releer *It*. Necesitaba una buena historia para no pensar demasiado en lo que estaba por venir y el único que podía conseguir que mantuviera mi atención fija en un libro, indiferente a lo que pasaba a mi alrededor, sin duda era Stephen King.

Estaba tan enfrascada en la historia que no oí el primer aviso.

“Vuelo IB8989 con destino Reykjavik y salida a las 06:40 horas, embarque por la puerta número 4”.

No había duda, era el mío, me preparé para pasar las próximas horas con el corazón en un puño. ¡Cómo odio los aviones!

.....

Por suerte, pasé durmiendo la mayor parte del vuelo. No suelo despertarme nunca antes de las nueve, son las ventajas de trabajar en casa.

Llegué al aeropuerto de Keflavik casi a las diez de la mañana. Tenía una hora y media por delante hasta el próximo vuelo, así que decidí tomar un café y dar una vuelta por la terminal. La tienda de *souvenirs* me llamó la atención; podía aprovechar para comprar los regalos ahora que estaba de buen humor, no sabía cómo sería el regreso.

No seas tan negativa, joder.

Me sorprendió ver la cantidad de chorradas que puede haber en esas tiendas: diminutos muñequitos de madera ataviados de vikingos, enormes collares dorados con un mapa de Islandia como colgante, bolas de cristal con nieve y pequeños gnomos en su interior que al girarlas hacían sonar una canción popular islandesa. En fin, todos objetos la mar de útiles. Me fijé en los calcetines: eran horribles pero muy graciosos con un estampado de runas y vikingos. Los cogí en varias tallas y colores. Sara, Rita, Carlos y Leo ya tenían regalo, ahora faltaba mi madre. Le compré un imán para la nevera con una ballena muy divertida de ojos saltones. Con su obsesión por la dieta le iba que ni pintada.

Anunciaron mi vuelo por megafonía.

Pagué los *souvenirs* y me dirigí a la puerta de embarque.

.....

El vuelo a Akureyri fue un poco más agitado. Los nervios estaban empezando a hacer de las suyas y me asaltaban las dudas. ¿Y si nadie se presentaba en el aeropuerto?, ¿y si él no se alegraba de verme y se comportaba conmigo como si fuera un estorbo? Y la peor: ¿cómo iba a reaccionar cuando le diera la noticia?

Era imposible saberlo y no quería torturarme pensando en eso hasta que no llegara el momento, no tenía sentido adelantarme a los acontecimientos, era irracional.

El avión aterrizó sin problemas y un grupo de italianos que había unos asientos por delante de mí, comenzó a aplaudir y a lanzar vítores al comandante. La azafata, una islandesa preciosa, me miró y se encogió de hombros. *Típico*, decía su cara. Le sonreí y me dirigí a la salida.

Gracias a Dios, lo primero que vi al atravesar las puertas de cristal fue a la persona que me esperaba. Era un chico moreno de pelo rizado, más o menos de mi edad, que sujetaba un cartel con mi nombre. Le saludé con la mano y me sonrió. Tenía una cara despierta y agradable. Me dirigí hacia él y alargué el brazo para estrecharle la mano.

—Hola, soy Emma —apretó mi mano con firmeza, eso siempre me parece una buena señal.

—Soy Ben, el asistente de John. ¿Quieres que te ayude con la maleta?

—No gracias, puedo yo.

—Como quieras. Vamos al coche, aún nos queda un rato de viaje.

Le seguí y salimos del edificio. El día era más caluroso de lo que pensaba y me quité la cazadora. Caminamos por el parking en silencio. Esperaba que fuera más hablador y me sentía algo incómoda pensando en que tenía que viajar en coche a solas con él durante Dios sabía cuanto rato.

—¿Está muy lejos? —pregunté.

—No, está ahí —señaló un todo terreno azul oscuro.

—No, me refería al sitio donde vamos.

—¡Ah! —sonrió por la confusión, tenía hoyuelos en las mejillas, como Julio.

—Estamos más o menos a una hora en coche— intenté no poner cara de fastidio, el suspense me estaba matando. Ben abrió el maletero y me ayudó a meter el equipaje.

Salimos del aeropuerto y nos incorporamos a la carretera, no había mucho tráfico.

—John quería que te dijera que siente mucho no haber podido venir él a recogerte —hablaba sin dejar de prestar atención a la carretera.

—No importa...

—Ha llovido mucho estos días y teníamos que aprovechar el buen tiempo —miré por la ventanilla, el color de la tierra era negro, volcánico y contrastaba con algunas zonas de un color verde esmeralda.

—Esto es precioso... —dije, Ben me miró sonriendo.

—Pues espera a ver el sitio donde estamos rodando, es una maravilla.

Conversamos sobre trivialidades mientras atravesábamos pueblecitos poco habitados de nombres impronunciables. Era una persona agradable y el trayecto no se me hizo muy largo a pesar de las ganas que tenía de ver a John. Me hubiera gustado preguntar a Ben cosas sobre él y saber si le había hablado de mí pero me contuve, no quería que pensara que era idiota.

Salimos del asfalto y nos desviamos por un camino de tierra.

—Ya casi estamos —dijo Ben, la sensación de nervios en la boca del estómago regresó.

.....

El set de rodaje estaba ubicado en una gran extensión de terreno plano de un color verde intenso en el que habían construido unas rudimentarias cabañas de madera y encendido algunas hogueras. Las montañas sin apenas vegetación se alzaban rodeando el valle y el color negro de la roca hacía destacar más el blanco brillante de la escasa nieve que quedaba en las cumbres. En el

centro había un pequeño lago con una gran piedra oscura que emergía de su interior formando un extraño monumento, como un monolito.

Los extras, ataviados en su mayoría con unos raídos ropajes marrones, se dispersaban por el improvisado poblado dándome la sensación de haber viajado en el tiempo. Pero aquella sensación se venía abajo cuando te fijabas en la multitud de caravanas, camiones, coches, focos, grúas y cámaras que rodeaban aquella maravilla de escenario.

—A Peter, el director, le gusta rodar en exteriores, no es muy partidario de la técnica del Croma —dijo Ben aparcando el coche. Había visto un documental sobre esa técnica, se refería a la pantalla verde sobre la que después se insertaban imágenes por ordenador.

—¿Por qué Islandia? —pregunté.

—Aquí es más barato rodar que en los Estados Unidos. Es una cuestión de impuestos.

Bajamos del coche y caminamos hacia el set, Ben se giró hacia mí y me dijo:

—Acaban de parar para comer, John no tardará en venir.

Asentí con la cabeza y deseé con todas mis fuerzas que nadie se diera cuenta del estado de nervios en el que me encontraba. Pensé que la gente que me rodeaba podía oír los latidos de mi corazón que retumbaban con fuerza en mis oídos.

—Está allí —dijo Ben señalando a lo lejos.

Ya le había visto, me resultaba inconfundible a pesar de que iba caracterizado. Caminaba hacia mí acompañado por una mujer pelirroja vestida con harapos y botas de piel. La reconocí, era una actriz americana.

Ben se acercó a ellos para indicarle a John que estaba allí y nuestras miradas se encontraron por primera vez después de aquella noche.

El tiempo se detuvo.

Caminó hacia mí con lentitud o, al menos, esa fue la sensación que me dio. Muy, muy lejos de parecer ridículo vestía una malla de acero sujeta por un cinturón del que colgaba una espada y unos pantalones de color tierra, apenas visibles, cubiertos por unas botas altas de piel marrón. Su pelo era largo y ondulado y llevaba una barba que le hacía todavía más hermoso y masculino si aquello era posible. Me sonreía mientras avanzaba como si ocultara un divertido secreto y, en vez de detenerse al llegar hasta mí, sin mediar palabra, me cogió de la mano casi haciéndome perder el equilibrio y siguió caminando hacia una caravana que había detrás de nosotros.

Entramos dentro y cerró la puerta. Yo esperaba impaciente por saber qué iba a hacer a continuación. John todavía en silencio, se acercó a mí y tras mirarme unos segundos, empezó a besarme. Una parte de mí seguía alerta, sorprendida por la reacción, mientras sus manos recorrían mi pelo como siempre hacía cuando me besaba.

—Dios, cómo te he echado de menos —dijo cerca de mi oído.

No tuve más remedio que rendirme y dejarme llevar por aquella sensación increíble de felicidad.

.....

—¿Te ha gustado hacerlo con un dios vikingo? —me dijo jugando con un mechón de mi pelo mientras descansábamos sobre la diminuta cama de la caravana —le miré de reojo.

—Bueno Thor, me ha costado un poco quitarte esa malla de acero pero no ha estado mal —me levanté aún desnuda y miré por la ventana. A esas alturas ya no sentía vergüenza ante él; era evidente que mi cuerpo le gustaba y me hacía sentir muy sexy.

Afuera la actividad había cesado y me pregunté si la gente se había dado cuenta de lo que había pasado. John no había sido muy discreto metiéndome de aquella manera en la caravana.

Seguro que sí pero ¿qué más te da?

Mis ojos se abrieron y di un respingo.

—¿Qué pasa? —preguntó John incorporándose.

—¡Acabo de ver a Gary Oldman!

—Joder, qué susto me has dado... —volvió a dejarse caer sobre la cama.

—¡Madre mía! —dije muy alterada— ¡No me lo puedo creer!

John se giró hacia mí curioso con un brazo apoyado bajo la cabeza.

—Oye, si no recuerdo mal no te emocionaste así cuando me viste a mí. ¿Debería estar celoso?

—Deberías. Siempre me ha gustado más que tú —me senté sobre la cama y él me obligó a tumbarme.

—Sí, pero soy yo el que se está beneficiando —dijo haciéndome cosquillas.

—¡Para! —dije riendo y apartándole de un manotazo. Me besó en la frente.

—Bueno... deberíamos ir a comer algo —se levantó de la cama—. Empiezo a trabajar en una hora y aún me tienen que colocar esto —señaló la peluca que había sobre la mesilla.

—Ve tú —dije— Si no te importa, voy a dormir un rato, estoy muy cansada y no tengo hambre.

—Como quieras —contestó.

Le observé mientras volvía a ponerse aquella ropa tan sexy. Estaba en forma sin ser demasiado musculoso, eso me gustaba. Tenía algo de vello en el pecho y le habían salido pecas en los hombros de rodar al aire libre. El pelo le había crecido desde la última vez y se le rizaba un poco a la altura de las sienes y la barba resaltaba sus alegres ojos verdes. Sin embargo, su belleza era lo de menos. Podía ser realmente divertido, a veces incluso me costaba que hablara en serio, pero no me importaba.

Ya habrá tiempo para ponernos serios.

Acabó de vestirse y se colocó la espada en el cinturón.

—Thor se va a comer. ¿Necesitas algo? —dijo poniendo los brazos en jarras en un gesto cómico.

—Dormir —contesté tapándome con la sábana. Él se acercó y me besó en los labios.

—Eso está hecho —dijo susurrando.

Se dirigió a la puerta y me miró.

—Después podrías salir a ver cómo rodamos —dijo—. No es tan emocionante como parece pero algo es algo... —sonrió con tristeza— Siento tener que trabajar.

—No importa —dije.

—Esta noche te lo compensaré —contestó abriendo la puerta.

—Más te vale —me puse de lado—. Y ahora lárgate ya, tengo sueño.

Salió riendo de la caravana.

.....

Tenía razón, no era tan emocionante como parecía. El rodaje era una sucesión de repeticiones y largas paradas de retoques, instrucciones y mediciones, y aunque Ben lo amenizaba tratando de explicármelo todo, la verdad es que me aburrí bastante.

De vez en cuando, John me guiñaba el ojo para hacerme sentir cómoda y ponía caras raras cuando pasaba Gary Oldman como si estuviera celoso, haciéndome reír. Era un encanto, tan

pendiente de mí...

Viéndole comportarse de aquella forma tan desenfadada no pude evitar pensar en su reacción cuando le diera la noticia. No tenía ni idea de qué podía decirme y tampoco muchas ganas de averiguarlo. Me hubiera gustado alargar el momento pero no era posible. El domingo sería un buen día para hacerlo; si la cosa se ponía fea me iba al día siguiente.

Sobre las siete y media decidieron dar por finalizada la jornada y todos los operarios empezaron a recoger sus cosas. John aprovechó el momento para presentarme a algunos de sus compañeros de reparto, entre ellos, a Gary Oldman, un hombre educadísimo que rió con ganas cuando John le informó de que estaba loca por él, cómo no.

Rita y Sara iban a morir de envidia.

Después de pasar por el hotel para darnos una ducha y arreglarnos, nos dirigimos al centro de Akureyri a disfrutar de una romántica cena.

Miré el cielo al salir del edificio, la luz era extraña y no acababa de ponerse el sol. John se dio cuenta.

—Es el sol de medianoche —dijo— puede que te cueste un poco dormir —me cogió por los hombros—. Vamos a celebrar que estás aquí, voy a llevarte a un sitio estupendo.

.....

Me llevó paseando hasta una gran casa de madera pintada de rojo que era según él, el restaurante más antiguo de la ciudad. No teníamos mesa reservada pero eso no le supuso ningún problema. Una camarera muy bajita, con cara de niña e intimidada por su presencia, nos guió por unas escaleras hasta una pequeña buhardilla en la que sólo había cinco mesas. Nos acomodó en una acogedora esquina junto a una ventana y nos entregó las cartas con manos temblorosas. Él le dio las gracias y la camarera se alejó ruborizada.

—Esta noche no va a poder dormir de la emoción —dije mirando a la pobre chica que bajaba las escaleras tiesa como un palo y con una mano apoyada en el pecho. John sonrió sin levantar la vista de la carta, aquello no era nada nuevo para él.

Cogí la carta y me disponía a leerla cuando me di cuenta de que el ambiente en la buhardilla era extraño, demasiado silencioso. Todos se habían dado cuenta de quién acababa de entrar. Notaba decenas de ojos clavados en mí y me sentí como un extraño lagarto dentro de un terrario.

—¿Qué es esto? —dije en voz baja— *¿La invasión de los ultracuerpos* o qué? —John sonrió—. No creo que pueda cenar así.

—No te preocupes, te acostumbrarás en unos minutos —dijo con la tranquilidad de quien se ha resignado—. Bueno, cuéntame qué has hecho estos meses, ¿has pensado mucho en mí? —preguntó para desviar mi atención del resto de mesas.

—¿Y tú? ¿Has pensado tú en mí? —dije contraatacando.

—Pues sí, la verdad —cruzó los brazos y se apoyó en el respaldo de la silla estudiándome con su mirada inquietante.

—Lo dices como si te sorprendiera —dije.

—Es que me sorprende —contestó arqueando las cejas—. Hacía tiempo que no pensaba tanto en una mujer —ahora era mi turno de ruborizarme, pensé que se burlaría de mí pero no lo hizo—. Fue una noche increíble —dijo con expresión soñadora—, no creo que una noche así se pueda repetir.

—Yo tampoco.

—Pero lo intentaremos ¿no Em? —me guiñó el ojo de forma seductora y sonreí con más tristeza de la que pretendía.

John se dio cuenta y arrugó la frente, extrañado. Iba a pedirme explicaciones cuando la camarera se acercó a preguntarnos qué nos apetecía beber.

Gracias a Dios.

No bajas la guardia Em, aún no es el momento.

—Em ¿te apetece que pidamos vino blanco? —preguntó mirando la carta.

—Para mí sólo agua —contesté, John pareció decepcionado.

—¿Por qué? Tienen una buena carta de vinos —los dos me observaban esperando mi respuesta. No me había preparado para este momento y eso que ya había pasado por lo mismo con mi madre.

—No me apetece beber alcohol —dije sin dar más explicaciones.

—Lo que quieras —se dirigió a la camarera entregándole las cartas—. Traiga una botella de agua y otra de Klein Constantia Sauvignon Blanc para mí —ella asintió y se dirigió a una estantería que había cerca de nuestra mesa. La observamos mientras abría la botella y servía un poco en la copa de John. Él probó el vino y dio el visto bueno.

—No sabes lo que te pierdes —dijo con la copa en la mano.

—El vino me da sueño —contesté.

La joven se alejó tras tomarnos nota de la comida y John aprovechó el momento.

—Vale, ¿qué está pasando aquí? —no era una persona fácil de engañar, debía tener cuidado.

—¿A qué te refieres? —pregunté fingiendo sorpresa.

—No irás a decirme que te has vuelto abstinencia, la noche que nos conocimos habías bebido bastante. Además, no creas que se me ha escapado la sonrisita triste de antes.

—¿Qué pasa? ¿Es que crees que necesitas emborracharme para llevarme a la cama? —pregunté intentando que dejara el tema.

—No, es que es aburrido beber solo —contestó.

Le entendía pero ¿qué iba a hacer? El tema quedó zanjado y nos dedicamos a disfrutar de una opípara cena a base de salmón en salsa de puerros, sopa de espárragos, caviar y *carpaccio* de reno.

John disfrutó mucho viéndome atacar el postre. Soy muy golosa y literalmente devoré el *skyr*, un postre islandés parecido al yogur acompañado por una *pannacotta* de fresa y salsa de arándanos. Normalmente, no me gusta que me miren mientras como pero él no me hacía sentir incómoda.

—Me encanta verte comer —dijo observándome con la mejilla apoyada en la mano, su boca dibujaba una fina sonrisa apenas visible por la barba—. Me gustan las chicas que comen bien —dijo—. Me da mucha rabia invitar a una mujer y que se dedique a jugar con sus hojas de lechuga durante toda la cena.

—Hoy en día, ser curvilínea no está muy bien visto —contesté dejando la cucharilla reluciente sobre el plato.

—Pues es una lástima —dijo—. Para mí no hay nada más sexy que cuerpos como el de Marilyn Monroe o Sofía Loren.

—Estoy de acuerdo.

—O el tuyo... —añadió con una expresión muy intensa haciendo que me ardiera la cara y no supiera hacia dónde mirar—. ¡Bueno! —dijo dando una palmadita sobre la mesa al verme sufrir de esa manera— ¿Qué te parece si pedimos la cuenta y vamos a dar un paseo por la ciudad?

—Perfecto.

Miré alrededor, nos habíamos quedado solos en la buhardilla y ni siquiera me había dado cuenta. Con él me sentía tan a gusto que no podía centrar mi atención en nada más. Le observé mientras se giraba buscando a la camarera. Su forma de tensar el cuello, sus patillas, su brazo apoyado sobre el respaldo de la silla, todo en John me parecía bello y a pesar de estar con él en ese momento y de la intimidad que habíamos compartido, una parte de mí seguía considerándolo algo inaccesible, frágil, imposible de retener. La sensación de que la burbuja podía explotar en cualquier momento estaba siempre presente en mi mente, me resistía a pensar que pudiera sentir lo mismo por mí.

De repente, un sentimiento de pérdida me embargó como si hubiera tenido una horrible premonición.

.....

—John...

—Dime.

Paseábamos por las calles de Akureyri bajo aquel extraño sol de medianoche que no hacía sino intensificar mi sensación de que todo aquello era un sueño del que podía despertar en cualquier momento.

—En la caravana dijiste que... me habías echado de menos.

John que me cogía por los hombros con naturalidad, se volvió para mirarme.

—Y así es —contestó—. ¿Por qué?

No sabía cómo seguir con aquella conversación sin volver a parecerle una insegura pero necesitaba averiguar qué sentía por mí para poder anticipar de alguna manera su reacción al comunicarle mi embarazo.

Estaba aterrorizada.

—Si es así ¿por qué no supe nada de ti hasta dos meses después?

John se detuvo y me miró entornando los ojos.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó intrigado—. ¿Es que vamos a tener *esa conversación*?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes... —dijo cruzando los brazos y sentándose sobre un macetero— esa horrorosa conversación sobre hacia dónde va esta relación.

Horrorosa conversación.

La cosa se pone fea, Em.

Tragué saliva pero decidí continuar.

—¿Qué tiene de malo hablar de eso, John? —dije poniéndome a la defensiva— Tengo derecho a saber qué debo esperar de todo esto.

John miró al suelo pensativo, aquello no me gustaba nada.

De repente, me sentí muy sola en medio de aquella preciosa calle iluminada mientras decenas de personas pasaban por mi lado, felices y despreocupadas. Él levantó la vista del suelo y me miró con una expresión muy dulce.

No me mires así, por favor, no te compadezcas de mí.

—Emma... —dijo por fin.

Sentí cómo se formaba un nudo en mi garganta, no estaba segura de querer oír lo que iba a decirme.

Abrió la boca para continuar pero unas adolescentes que pasaban detrás de mí empezaron a

gritar al reconocerle dándome un susto de muerte.

—¡Dios! ¿Eres tú? ¿Eres tú *de verdad*?

John pareció molesto por la interrupción y esbozó una sonrisa forzada. Yo me mantuve al margen soportando los empujones de la gente que empezaba a agolparse a su alrededor.

Tardó más de media hora en atender a todo el mundo, hacerse fotos y firmar autógrafos. Sentí mucha lástima por él y, por primera vez en mi vida, me alegré de ser una persona anónima.

Cuando acabó se dirigió hacia mí y tomándome de la mano dijo:

—Vámonos de aquí, por favor, no puedo más.

.....

De madrugada me desperté empapada en un sudor frío; no me encontraba bien, tenía ganas de vomitar. Me levanté de la cama intentando no despertar a John, se iba muy temprano al rodaje. Me había pedido que le acompañara pero en el set me sentía fuera de lugar y no quería que se viera obligado a estar pendiente de mí.

Me dirigí al baño y encendí la luz. No me gustó mi reflejo en el espejo, estaba muy pálida y tenía profundas ojeras. Me lavé la cara y me senté a orinar, había sangre en mis bragas, no era mucha pero me asusté. Volví a la habitación para coger unas limpias de la maleta y abrí la cremallera poco a poco para no despertar a John que se revolvió en la cama y siguió durmiendo.

En el baño me asexé y me puse una compresa. Estaba asustada pero, ¿por qué? Perderlo sería casi un alivio. Ni siquiera tendría que decírselo... Entonces, ¿por qué no me sentía así? ¿Es que quería tenerlo?

¿Y por qué no?

Decidí no analizar demasiado lo que me estaba pasando por la cabeza, no tenía sentido. Por la mañana llamaría al ginecólogo y le diría lo de la hemorragia. Gracias a Dios, tenía su móvil.

Voy a vomitar.

Las náuseas se presentaron de una forma tan violenta que casi no me dio tiempo a reaccionar. Intenté no hacer ruido pero era imposible controlar las arcadas. John llamó a la puerta del baño.

—¿Estás bien Em? —su voz sonaba preocupada.

—Sí, tranquilo, ahora salgo —le contesté aún arrodillada en el suelo.

Salí del aseo al cabo de unos minutos. Me esperaba de pie con una mano apoyada en el marco de la puerta. Sólo llevaba unos pantalones de pijama largos de color azul cielo.

—¿Qué pasa? ¿Has vomitado? —preguntó extrañado.

—Sí —contesté pasando agachada por debajo de su brazo y dirigiéndome a la cama. Necesitaba tumbarme, estaba mareada. Él me siguió y se acostó a mi lado.

—Anoche cené demasiado.

—¿Quieres que pida algo al servicio de habitaciones? ¿Una infusión o algún tipo de medicamento?

—No, se me pasará durmiendo, no te preocupes —me giré hacia la ventana dándole la espalda. Él siguió incorporado unos segundos observándome. Al notar que no tenía ganas de hablar, me besó en el hombro y se tumbó.

No tardó en volver a dormirse, a mí me costó mucho más.

.....

Llamé a mi ginecólogo al día siguiente aprovechando que estaba sola y me informó de que no debía preocuparme en exceso. Las pequeñas pérdidas de sangre eran muy comunes durante las primeras semanas de embarazo, sobre todo después de tener lo que él llamó “relaciones sexuales enérgicas”. No era su intención pero sus palabras me hicieron sentir como una especie de depravada sexual.

Me aconsejó que no hiciera grandes esfuerzos y que le llamara si empezaba a sangrar abundantemente. Me sentí aliviada y, de nuevo, mi reacción me sorprendió.

No quería perder al bebé.

Por fin lo veía claro.

“Si decides tenerlo, lo tendrás. Vosotras tomáis la decisión y nosotros tenemos que acatarla”.

Las palabras de Leo retumbaban en mi cabeza. Me había parecido un despropósito en su momento pero ahora... no lo tenía tan claro. ¿Si John no lo deseaba iba a ser capaz de abortar en contra de mi voluntad?

No lo creía.

Supe que todo iba a complicarse aún más.

.....

El momento de la verdad se acercaba inevitablemente. John me notaba preocupada y ausente y, a pesar de que intentaba con todas mis fuerzas fingir lo contrario, sé que percibía que algo había cambiado y temía preguntármelo. El domingo por la tarde, a pesar de haber pasado un día estupendo recorriendo los parajes más hermosos que había visto en mi vida, los dos éramos muy conscientes de que la cosa iba mal, una especie de sombra planeaba sobre nosotros presagiando lo que estaba a punto de ocurrir.

—Siéntate. Tengo que hablar contigo —dije una vez en la habitación.

John me miró muy serio y asintió mientras se sentaba a los pies de la cama frente a mí.

—Está bien. ¿Qué es lo que pasa? —preguntó—. Suéltalo ya.

Le miré, su boca se había convertido en una delgada línea de preocupación, ya no había vuelta atrás.

—Estoy embarazada.

Me miró como si no comprendiera mis palabras, necesitaba más información.

—De 12 semanas, es tuyo —John seguía sin reaccionar—. Aquella noche me dejaste embarazada.

—Pero eso es imposible, Emma. Tomamos precauciones —negué con la cabeza.

—He ido al médico y está confirmado. Algo debió fallar, los preservativos no son seguros al cien por cien.

Se levantó de la cama y empezó a caminar por la habitación, parecía un animal acorralado. Me dio mucha pena y casi me arrepentí de habérselo contado.

—¿He hecho bien diciéndotelo? —pregunté observándole desde el sofá.

Se detuvo y me miró con una expresión de estupor.

—Sí, sí, claro que has hecho bien. ¿Qué ibas a hacer si no? —dijo rascándose la mejilla, era un gesto que hacía cuando pensaba.

Volvió a sentarse frente a mí.

—Bueno, no pasa nada, estas cosas se pueden... arreglar... ya sabes —lo que yo había temido

estaba a punto de suceder y me preparé—. No sé cómo pero lo averiguaré, estaré a tu lado y cubriré todos los gastos. No tienes que preocuparte de nada.

Noté que iba a empezar a llorar, la barbilla me temblaba, intenté controlarme pero la sensación de agobio y desilusión era demasiado fuerte. Todo había terminado, su decisión era clara y contundente: no quería tenerlo.

Pero ¿qué esperabas Emma?

Sabía que era lógico, no podía culparle, sin embargo, una parte de mí, sin querer, había acabado imaginándose un final diferente, Dios sabía que había intentado que eso no me pasara, pero no había podido evitarlo, le quería.

John vio cómo mis ojos se llenaban de lágrimas y se puso de rodillas delante de mí. Bajé la cabeza, no quería que me viera así.

—¿Qué pasa Em? ¿Por qué lloras? —preguntó en voz baja obligándome a levantar la cabeza con la mano—. Mírame, todo se arreglará, no te preocupes.

—No lo entiendes... —su cuerpo se puso en tensión, sabía lo que iba a decirle—. Quiero tenerlo.

Me miró durante unos segundos sin poder creer lo que acababa de oír. Estaba enfadado, lo notaba, pero se contuvo y consiguió hablarme con suavidad.

—Emma, por favor... —suplicó—. No me hagas esto.

—Lo siento... —no sabía qué más podía decirle, era muy consciente de que mi decisión era injusta y debía asumir las consecuencias.

“Si decides tenerlo, lo tendrás”. Cómo me había enfadado al escuchar aquella frase, menuda ironía.

—He venido aquí con la intención de respetar tu decisión, de verdad —continué a pesar de que John me miraba escéptico— y hasta hace dos días creo que hubiera estado de acuerdo contigo pero entonces... sangré y creí que lo había perdido —me limpié una lágrima que rodaba por mi mejilla—. Me asusté... y supe que no iba a ser capaz de hacerlo —le miré para ver cómo reaccionaba ante mis palabras, su expresión no había cambiado, me sentía fatal por lo que le estaba haciendo, tenía todo el derecho a odiarme—. No me mires así, por favor...

—¿Y cómo quieres que te mire? —dijo con aspereza—. ¿Te das cuenta de lo que me estás haciendo? —me cubrí la cara con las manos, me avergonzaba de mí misma, era horrible—. ¡No puedes imponerle a alguien una cosa así! ¡Yo no quiero ser padre Emma! ¡Así no!

—Lo sé y lo siento... —se levantó incapaz de estar cerca de mí.

—¡Deja de decir eso, joder! —gritó— ¿Qué es lo que buscas?

Le miré con la cara abotargada.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—¿Quieres dinero? ¿Es eso? —sus palabras me produjeron dolor físico— ¿Buscas un escándalo? ¿Entrevistas, pruebas de paternidad y todo ese rollo? ¿Es eso lo que quieres Emma?

—¡No! ¡No digas eso! ¡Yo no soy así! —grité.

—¿Y cómo coño quieres que sepa cómo eres? ¡Apenas nos conocemos!

La sensación de ser la parte irracional y aun así no poder evitarlo me estaba matando. Decidí salir de allí y empecé a hacer el equipaje.

—¿Qué haces? —preguntó observando cómo metía mis cosas en la maleta de cualquier manera.

—Me voy —contesté sin dejar de recoger— no quiero nada de ti, no he venido buscando dinero, nadie sabrá que el bebé es tuyo.

Sí, claro, decían sus ojos.

—No tienes que hacer nada y no volverás a saber de mí, a no ser que quieras, más adelante... para... conocerle —John no podía mirarme a la cara—. Siento mucho lo que te estoy haciendo, de verdad. Eres una buena persona y te has portado muy bien conmigo, no te mereces esto...

Cogí la maleta y salí por la puerta, destrozada.

.....

Un conserje del hotel me consiguió un taxi para ir al aeropuerto. Por el camino sentí cómo el taxista me observaba preocupado por el retrovisor mientras yo intentaba a duras penas controlar las lágrimas y los sollozos.

Una vez en el aeropuerto experimenté una horrible sensación de soledad. Estaba a miles de kilómetros de mis seres queridos, no había nadie allí para abrazarme y consolarme y encima tenía que pasar la noche sola en aquella terminal. Inconscientemente, apoyé una mano sobre mi vientre, no estaba sola después de todo.

Intenté leer un rato pero no podía concentrarme en nada, mi cabeza daba vueltas sin parar.

¿Había hecho lo correcto diciéndoselo?

¿Estaba preparada para hacer aquello sola?

¿Podría John perdonarme algún día?

Todos esos pensamientos se sucedían sin parar en mi cabeza, haciendo que me sintiera cada vez más indefensa y aterrorizada ante lo que me esperaba.

Me tumbé en una fila de butacas con la intención de dormir un rato y así poder evadirme un par de horas de aquella situación que me desbordaba.

Abrí los ojos al sentir que alguien se paraba frente a mí.

Era John.

Me incorporé con rapidez y, por un segundo, creí que estaba allí para hacer las paces y decirme que me quería pero todo se vino abajo al ver la expresión de su cara.

Me miraba muy serio con los labios apretados, toda la alegría de su rostro había desaparecido. Tuve que bajar la vista, no podía soportar aquella mirada, me hacía daño.

Se sentó a mi lado suspirando.

—¿Recuerdas que anoche me preguntaste por qué había tardado tanto en ponerme en contacto contigo? —hablaba mirando al frente sin dirigirse a nadie en particular.

—Sí —contesté intrigada.

—Pues voy a darte una respuesta.

Se apoyó en el respaldo del asiento.

—Estuve pensando mucho en ti, como te dije en el restaurante, evaluando nuestras opciones —se volvió hacia mí—. No es fácil ¿sabes?

—¿El qué? —pregunté.

—Tener una relación conmigo.

—Lo sé.

—No, no lo sabes —dijo.

—Sé que no estás buscando nada serio, lo noté cuando te hice aquella pregunta.

John expulsó aire por la nariz y movió la cabeza.

—No te enteras de nada Emma —dijo con desdén.

—¿Qué quieres decir? —pregunté en voz baja.

—No era eso lo que iba a contestarte anoche —hizo una pausa—. Iba a decirte que estaba

dispuesto a intentarlo.

Le miré extrañada como si no creyera lo que estaba oyendo.

—¿De qué te sorprendes? —dijo algo molesto al ver mi expresión—. ¿Crees que he estado fingiendo que me gustas todo este tiempo?

Bajé la cabeza, no supe qué contestarle.

—Crees que he estado jugando contigo desde el principio... —ya no se lo preguntaba, lo daba por sentado—. ¿Tan buen actor crees que soy?

—No es eso...

—Toma —dijo con brusquedad entregándome un pequeño trozo de papel— es mi móvil.

Miré aquellos números de forma distraída mientras John permanecía callado. Esperé que dijera algo divertido como siempre hacía cuando la cosa se ponía tensa pero no tuve esa suerte.

—En estos momentos te odio por lo que me estás haciendo Emma —dijo— pero aún me importas y no puedo dejar que te marches así. Sé que acabarías arrepintiéndome y por eso he venido.

Se levantó del asiento y señaló el papel que sujetaba entre mis dedos.

—Quiero que me mantengas informado de todo lo que ocurra y si necesitas dinero, dímelo y te enviaré lo que te haga falta.

—Esto no es por dinero John, de verdad —mis ojos empezaban a llenarse de lágrimas, me sentía muy pequeña y sólo sentía deseos de agazaparme en el suelo y desaparecer.

—Eso ya lo veremos —dijo alejándose sin volver la vista atrás.

Y la burbuja estalló.

Capítulo 12

Me sentí aliviada al entrar en casa, sólo quería acostarme en mi cama en posición fetal y dormir durante semanas para mitigar la vergüenza y el asco que sentía hacia mí misma. Recordar cómo su cara siempre amable y dulce se transformaba en una máscara llena de odio era algo imposible de soportar y lo había provocado yo tomando aquella decisión tan irracional. Lo peor, sin embargo, era saber que nadie iba a apoyarme; temía el momento de tener que contárselo a mi madre, a Sara y a Rita.

Debía llamarlas para avisar de mi llegada pero no me sentía con fuerzas para ver a nadie. Apagué el móvil y me acosté vestida y sin deshacer el equipaje.

.....

Cuando desperté ya había anochecido y me costó ver la hora, eran las nueve y media. Odio despertarme de una siesta y ver que es noche cerrada, es de lo más deprimente. Encendí el móvil: las tres habían llamado impacientes por saber de mí. Tarde o temprano tenía que enfrentarme a ellas pero quería despejarme antes, así que tiré en el cesto de la colada toda la ropa que había en la maleta, incluida la que no me había puesto. No tenía ganas de deshacerla y me di una larga ducha caliente.

Al salir y todavía con la toalla enrollada en el pelo y en albornoz, decidí llamar a mi madre primero. Era la más fácil de las tres porque no tenía que decirle nada de momento; podía esperar unos días y pensar en cómo darle la noticia.

—¿Dónde estabas? Me tenías preocupada —dijo—. Te he llamado un montón de veces.

—Perdona mamá, he llegado muy cansada y acabo de despertarme.

—¿Cómo ha ido todo? ¿Lo has pasado bien?— *De maravilla*, pensé.

—Sí, es un sitio precioso. Deberías ir, te gustaría.

—¿Te pasa algo cariño? Te noto muy apagada —el detector se había puesto en funcionamiento. Sabía que no iba a creerme si se lo negaba, así que le conté la verdad a medias.

—Pues sí, las cosas no han ido muy bien... —contesté.

—¿Con el islandés?

—No es islandés, mamá. Estaba allí por trabajo —dije con voz cansada.

Mi madre empezó a darme su típico discurso sobre cómo las mujeres debíamos ser fuertes y no venirnos abajo por culpa de los hombres, los cuáles eran mucho más débiles que nosotras, que ella se había encontrado en una situación mucho peor que la mía y la había superado y blablablá.

Lo había oído tantas veces que apenas la escuchaba. El timbre de la puerta sonó.

—Mamá —seguía hablando— ¡Mamá! —calló—. Tengo que dejarte, están llamando a la puerta.

—Está bien, ya seguiremos hablando en otro momento —dijo. Noté que iba a preguntarme otra cosa pero colgué el teléfono antes de que empezara de nuevo.

Me dirigí a la puerta sin prisa, apreté el interruptor que abría la verja de hierro y abrí la puerta: Rita y Sara avanzaban por el patio, preocupadas.

—Iba a llamaros ahora mismo, estaba hablando con mi madre —pasaron por mi lado dándome un beso de bienvenida.

—¿A qué hora has llegado? —preguntó Rita.

—A las tres y media más o menos, acabo de despertarme, por eso no he cogido el móvil — Sara me miró.

—¿Has llorado?

—¿Qué?

—Tienes la cara llena de manchas rojas, siempre te pasa cuando lloras —dijo señalándome el rostro.

—No —contesté tocándome la cara—, acabo de darme una ducha caliente, será por eso. Voy a vestirme y vengo enseguida —se miraron, sabían que algo iba mal.

Me reuní con ellas al cabo de unos minutos. Estaban viendo *The Big Bang Theory* en el salón. Me senté en una butaca y las miré durante unos segundos, necesitaba reunir el valor para empezar mi historia.

—La cosa no ha ido bien ¿verdad? —dijo Sara moviendo la cabeza con tristeza, Rita me miraba de la misma manera.

—Tenéis que saber algo —dije y empecé a hablar.

.....

—No puedo creerlo —Rita apoyó la cabeza en el respaldo del sofá-. Es horrible.

—Yo lo que no puedo creer es cómo pudiste irte sin decirnos nada, hubiéramos tratado de convencerte para que no lo hicieras —dijo Sara—. Lo que ha pasado era muy fácil de prever.

—Convencerme para que no hiciera qué: ¿decírselo o tener al bebé? —pregunté.

—Ambas cosas —dijo Sara con determinación—. No puede salir nada bueno de lo que vas a hacer —bajé la cabeza, me merecía la bronca y lo sabía—. Lo lógico era abortar y no decirle nada.

—Yo no lo veo tan claro como tú —dijo Rita haciéndome levantar la vista—. No somos unas jovencitas de 20 años, ¿quién sabe si tendrá otra oportunidad de tener hijos? El tiempo pasa y Emma siempre ha tenido claro que quería ser madre, además, le quiere... —me miró con tristeza—. En el fondo... entiendo lo que está haciendo.

Me alegré de que Rita encontrara explicación para mi comportamiento porque nada en mi cabeza tenía mucho sentido. Mi vida necesitaba un cambio, hacía tiempo que lo notaba, me veía a mí misma sola en aquella casa, día tras día, como mi madre... No era una visión agradable.

—¡Lo que ha hecho es egoísta, sea por la razón que sea! Es una decisión de dos personas y Emma sabe mejor que nadie lo que es crecer sin un padre. No va a ser fácil cubrir los huecos —dijo Sara— ¿o es que no conoces a tu madre?

—No tengo por qué acabar como ella —contesté—. Puede que conozca a alguien o que él... más adelante quiera implicarse de alguna manera...

—¡Déjate de mierdas joder! —gritó sobresaltándonos— ¡Él no se va a implicar! ¡Parece mentira lo que estoy oyendo! ¡No vas a volver a saber nada de él así que si esa es la razón por la que quieres tener a ese bebé, más vale que abortes ahora mismo, Emma, porque vas a pasarte el resto de tu vida esperando algo que no va a pasar!

Me llevé las manos a la cara y empecé a sollozar, Rita miró a Sara de forma acusatoria y se levantó para abrazarme.

—¿Qué coño te pasa? —dijo y la expresión de Sara se relajó.

—Lo siento Emmi, te dije que no quería que sufieras... y creo que esta decisión te va a hacer

sufrir, te quiero mucho y no soporto verte así —dijo Sara con suavidad.

—No lo hago por él, lo hago por mí —dije mirándola con los ojos llenos de lágrimas—. Me apetece tenerlo, no me había dado cuenta hasta que sangré, no sé por qué pero no me veo capaz de hacer otra cosa. Sé que mi comportamiento no tiene ninguna lógica pero no me queda otra opción.

Rita me acarició el cabello y dijo en voz baja.

—Si esa es tu decisión, puedes contar con nosotras para lo que sea ¿verdad? —miró a Sara amenazante.

—Eso no lo dudes —contestó—. No tendrá padre pero madres no le van a faltar y su abuela vale por seis.

Me reí y di gracias a Dios por tener a aquellas mujeres a mi lado.

Capítulo 13

—¡Tengo que hablar contigo! —era Rita muy alterada.

—¿No puedes decírmelo por teléfono? Estoy trabajando —dije sosteniendo el teléfono con un hombro mientras organizaba los papeles que se habían acumulado sobre la mesa.

—¡Ven a la peluquería, ya!

—Me estás asustando, Rita.

—Tengo que enseñarte algo. No tardes —cortó la comunicación, no era discutible.

¿Qué estaba ocurriendo? Rita era muy temperamental pero por su tono de voz no debía tratarse de ninguna tontería, algo pasaba, eso estaba claro. Decidí hacer lo que me había dicho.

Entré en el pequeño local decorado con tonos chillones y mobiliario vanguardista y la encontré aplicando un tinte a una clienta. Me vio y le pidió a Izabela, la chica polaca que le ayudaba que continuara y me hizo un gesto con la cabeza mientras se quitaba unos guantes de goma para indicarme que la siguiera. Entramos en la pequeña habitación que utilizaba como despacho y almacén para los productos capilares.

—¿Qué coño pasa? —pregunté molesta.

—Estaba planchándole el pelo a una chica que leía una revista de cotilleo y vi algo que me dejó paralizada, por poco la dejo calva, empezó a salirle humo del pelo y...

—¿Qué viste? —pregunté interrumpiéndola para que fuera al grano.

—Esto —señaló un ejemplar que había sobre la mesa y mis ojos se abrieron de par en par.

“JOHN DAVIES ¿AMOR EN EL CÍRCULO POLAR?”, rezaba el titular.

No podía creer lo que estaba viendo, habían conseguido unas fotos bastante reveladoras de mí y de John paseando cogidos de la mano por las calles de Akureyri y entrando juntos en el hotel. Se nos veía la mar de felices y compenetrados y no dejaban lugar a dudas de que había algo entre nosotros.

Había..., pensé con tristeza.

Rita leyó el texto en voz alta: “El soltero de oro de la industria cinematográfica ha sido sorprendido en una ciudad islandesa en compañía de una desconocida joven. Ambos caminaban por las calles en actitud cariñosa y después de cenar en un conocido restaurante de la ciudad, se dirigieron juntos al hotel. John Davies, de 36 años se encuentra en el país rodando....”

No escuché nada más y salí de allí corriendo y dejando a Rita con la palabra en la boca.

Era la revista que leía mi madre, no tenía mucho tiempo.

.....

Por favor, que no la haya visto, porfavorporfavorporfavor, me repetía en una especie de mantra mientras iba conduciendo hacia casa de mi madre. No iba a perdonarme que no le hubiera dicho nada y con razón, era mi madre, joder. Tenía que haberle adelantado algo y no dejar que se enterara por una revista.

Aparqué el coche en una zona de carga y descarga y me dirigí corriendo hacia el portal; estaba empezando a llover. Llamé al interfono repetidas veces, con urgencia, hasta que mi madre contestó:

—¿Sí?

—Soy yo mamá —esperó unos segundos y supe que era demasiado tarde incluso antes de que respondiera con voz gélida:

—Sube.

El trayecto en el ascensor se me hizo eterno y cuando salí de él, mi madre me observaba desde el umbral de la puerta con la más cruel de sus miradas, la peor de todo su repertorio.

—Conque un domador de leones ¿eh? —dijo con frialdad. Llevaba una bata y no se había maquillado, lo que le daba un aspecto triste y envejecido que no mejoraba en nada la situación.

—Yo nunca dije que fuera un domador de leones, que quede bien claro —*no le repliques, no le repliques, Emma.*

—Pasa —se apartó a un lado y entré en aquella casa que siempre olía a limpio. Una sensación de familiaridad y nostalgia me embargó y fue como si tuviera diez años de nuevo y mi madre fuera a reñirme por no haber cogido el impermeable y las botas.

—He preparado café, ven a la cocina.

La cocina, con sus paredes rojas y sus armarios blancos, donde tantas veces me había sentado a hacer los deberes y a ver Barrio Sésamo, no había cambiado en nada. La colección de búhos seguía allí, contemplándonos desde lo alto de la estantería y el reloj de pared hacía el mismo ruido infernal al mover sus manecillas. Olía a bizcocho de chocolate —estaba claro que esperaba mi visita. Di las gracias mentalmente a Rita por haberme avisado. Imaginarme a mi madre sentada sola en aquella cocina con el bizcocho sobre la mesa y sin recibir noticias mías, hubiera sido devastador. Me senté y la observé mientras servía en silencio el café y cortaba un trozo de bizcocho para cada una.

—Siento que te hayas enterado así —dije. Dejó las tazas y los platos y se sentó frente a mí.

—Intento estrujarme el cerebro para poder entender cómo mi única hija está viviendo algo tan increíble y no ha sentido el impulso de contárselo a su madre —removía el líquido con lentitud—. Pero no he podido llegar a ninguna conclusión, Emma, tendrás que ayudarme tú — su mirada era dura y me hizo sentir muy pequeña, casi diminuta.

—No quería que nadie lo supiera —contesté con poca convicción.

—Esas dos lo saben ¿verdad?

—Sí —dije.

Levantó las cejas e inspiró profundamente por la nariz haciendo ruido, sus aletas nasales se abrieron de una forma muy cómica y tuve que desviar la vista para no empezar a reír. Me hubiera echado de allí sin contemplaciones. Era su forma de controlarse para no empezar a gritar. Leía libros de meditación budista en su tiempo libre, que era mucho.

—Tienes que entender que contarle a una madre detalles sobre tu vida sexual no es algo muy apetecible —continué— además, la cosa no ha sido tan increíble como crees —me miró escéptica.

—¿Me estás diciendo que tirarse a John Davies no ha sido increíble? Menuda decepción... —dijo dando un sorbo al café y cogiendo un trozo de bizcocho.

—No se trata de eso... y no seas tan gráfica —puso los ojos en blanco, haciéndome sentir como una mojigata—. Fue algo increíble pero todo se ha complicado...

—¿A qué te refieres?

—Mira mamá, no es fácil para mí decirte esto, por eso he intentado retrasarlo tanto como he podido...

—Me estás asustando Emma —interrumpió mi madre.

—Estoy embarazada —sus ojos se fueron abriendo lentamente y su boca dibujó una mueca extraña, como la de un autómata al que se le ha acabado la cuerda.

—¿Qué? —preguntó mirándome con el ceño fruncido— ¿Es suyo? —asentí con la cabeza— ¿De cuánto?

—De unas catorce semanas, creo... —se levantó de la silla con rapidez moviendo la mesa y derramando parte del café sobre el plato—. Tranquilízate —dije.

—¿Que me tranquilice Emma? —preguntó—. ¿Acabas de decir que me tranquilice? ¿Es eso lo que has dicho?

—Sí mamá —no quería enfadarme con ella, su reacción era normal, así que la dejé desahogarse.

Caminó hasta la ventana apoyando las manos sobre la encimera como si necesitara respirar aire puro, no podía digerir tanta información.

—Por favor, siéntate —se volvió a mirarme, su cara era un rictus de preocupación.

—¿Es que no has oído hablar de los condones, Em? ¿Cómo has podido ser tan inconsciente? ¿Sabes a cuántas mujeres se debe haber tirado ese hombre? —su voz iba subiendo de volumen, estaba empezando a molestarme - ¿Y el SIDA, Emma? ¿Has oído hablar del SIDA?

—¡Déjalo! —grité— ¡Usamos preservativos, joder! —no podía usar la palabra condones delante de ella, no sabía por qué—. ¡Estoy cansada de repetir siempre lo mismo! ¡Ya no puedo más! —pareció tranquilizarse por mi respuesta y resopló mientras apoyaba las manos en las caderas, bajó la cabeza y tras unos segundos preguntó:

—¿Vas a tenerlo?

—Sí —relajó el semblante, no era muy partidaria del aborto.

—Imagino que él no quiere hacerse cargo —se sentó de nuevo en la silla, mirándome, yo asentí.

—Hijo de puta... —siseó— le demandaremos.

—¿Qué?

—Se lo diremos al marido de esa amiga tuya —sabía perfectamente que se llamaba Sara— ¿no dices que es un abogado buenísimo?

—¡No pienso hacer eso!

—Pero ¿qué dices Emma? Es el padre, debe hacerse cargo de su manutención. Podrías cobrar millones, claro que debería someterse a las pruebas de paterni...

—¡Calla! —dije levantándome— ¡No puedo creer que seas tan interesada! ¡Me avergüenzo de ti! —su mirada volvió a endurecerse.

—Emma, recuerda que estás hablando con tu madre, no digas nada de lo que vayas a arrepentirte después —hablaba en un susurro amenazante.

—Vale, muy bien —levanté las manos en un ademán conciliador—. Tenemos que tranquilizarnos, las dos. Así no vamos a llegar a ningún sitio —volví a sentarme—. Debes entender una cosa: no pienso hacer nada de eso —abrió la boca para protestar y levanté un dedo para hacerla callar, obedeció—. No es discutible, así que ojito con hacer nada al respecto ¿me oyes? —no contestó— ¿Me oyes o no? —mi madre asintió—. Tienes que prometerme que vas a aceptar mi decisión, es mi vida. Si se te ocurre hacer algo remotamente parecido a lo que acabas de decir, no volverás a verme nunca —el dolor por mis palabras se reflejó en su rostro—. ¿Está claro? —notó que hablaba en serio y tuvo que rendirse.

—Sí —apretó los labios formando una delgada línea blanca.

—Está bien —dije bajando la guardia—. Quiero que sepas que él se ofreció a darme dinero y yo me negué —intenté no prestar atención a su cara de estupefacción—. Esto ha sido decisión mía, él no quería tenerlo, así que seré yo la que asuma toda la responsabilidad, con su ayuda o sin su ayuda. ¿Entiendes? —volvió a asentir—. No pienso hablar con la prensa, ni provocar ningún

escándalo. Él no se lo merece, no es como tú crees. Vas a tener un nieto y es nuestra obligación que se críe en el mejor de los ambientes posibles; dos personas en medio de una batalla legal aireada por todos los medios de comunicación no sería lo mejor para él. ¿Estás de acuerdo? —la perspectiva de ser abuela le había encantado y se la veía más dispuesta a acatar mi decisión, casi disimulaba una sonrisita.

—Estoy de acuerdo —contestó.

—Ahora sólo queda una cosa más —me acerqué a ella— Debes prometerme que jamás y repito, ja-más, le dirás a nadie quién es su padre —esperé unos segundos y ella contestó.

—Prometido —y añadió dejándome perpleja— ¿Sabes si conoce a Harrison Ford? Siempre he tenido la sensación de que haríamos buenas migas, soy mucho mejor que esa escoba con la que sale.

Capítulo 14

El verano transcurría con lentitud y mi cuerpo iba acusando poco a poco los cambios, transformándose en algo nuevo y diferente. Mis pechos se hincharon ante los maravillados ojos de Sara y Rita que sentían envidia por mi nueva talla de sujetador e insistían en tocármelos constantemente. En otras circunstancias, yo también me habría alegrado pero me dolían tanto que no podía tumbarme boca abajo. Durante el día, sentía la necesidad de dormir a todas horas, sin embargo, por la noche debía atiborrarme de antiácidos para poder conciliar el sueño. El calor tampoco ayudaba y ponía el aire acondicionado a una temperatura tan baja que un pingüino se hubiera sentido a sus anchas en mi casa. Las náuseas, gracias a Dios fueron remitiendo y recuperé con rapidez el peso que había perdido las primeras semanas hasta que un día, sin previo aviso, no pude volver a ponerme mis vaqueros favoritos.

Me vi obligada a renovar mi vestuario, incluida mi ropa interior, ya que las bragas se enrollaban de una forma muy molesta por debajo de mi abultada cintura y mis antiguos sujetadores parecían a punto de estallar sobre mis dos nuevas amiguitas, haciéndome parecer una caricatura de una heroína de Marvel.

El asunto de la revista pasó sin pena ni gloria por los quioscos y por fortuna no tuvo mayores consecuencias. Nadie pareció preocuparse por averiguar mi identidad y me convertí en un rollo más del “Soltero de oro de la industria cinematográfica” como insistían en llamarle los medios de comunicación. Me alegré de ello porque mi embarazo era ya muy evidente y no quería que nadie lo relacionara con John.

En cuanto a mi estado de ánimo, tenía mis días malos pero el dolor se iba mitigando por la emoción de los cambios y los constantes mimos que recibía por parte de mis amigas y, sobre todo, de mi madre que volvía a sentirse útil en mi vida.

Un viernes de agosto especialmente caluroso, recibí una llamada de Sara. Había organizado una barbacoa en su jardín para celebrar el cumpleaños de Carlos. Algo íntimo, buena música y unos cuantos amigos y compañeros de trabajo de su marido. No me hacía mucha ilusión relacionarme con desconocidos y tener que dar explicaciones pero sabía que Sara no iba a dejar que me saliera con la mía.

Mirando el lado positivo, era una buena ocasión para arreglarme un poco —eso siempre me hacía sentir bien. Abrí el armario y busqué mi última adquisición, un vestido de algodón en tonos azules y marrones con escote palabra de honor que resaltaba mi bronceado -y mis pechos. Me peiné el cabello mojado en una cola de caballo alta y estirada, me puse unos grandes aros en las orejas y me maquillé con discreción, no quería pasarme. Miré mi reflejo en el espejo y por primera vez en varios meses, me sentí a gusto con mi aspecto.

.....

Carlos abrió la puerta sudoroso con una cerveza en la mano. Olía a humo y su cara estaba colorada por el calor de las brasas.

—Vaya —dijo algo achispado— estás muuuuy guapa.

—Graciaaaaas —contesté imitándole— ¡Felicidades! —dije.

—Pasa, están todos detrás.

Le seguí por el pasillo hasta el jardín que estaba precioso. Sara podía convertir los objetos más simples en elementos decorativos increíbles. Había colgado unos farolillos rodeando la celosía de madera que bordeaba el jardín y colocado unas velas en pequeños vasos de cristal esparcidos sin orden aparente por el césped, dándole un aspecto casi mágico. Los Isley Brothers cantaban *Summer Breeze* desde el carísimo equipo de música del salón.

Un grupo de cinco personas entre las que se encontraba Rita conversaba alrededor de la mesa de teca, vestida de gala con un mantel blanco de lino. Sara iba y venía de la cocina algo agobiada por las órdenes de Carlos que se había situado junto a la barbacoa y me guiñó un ojo para saludarme sin detenerse siquiera. Le sonreí y me dirigí hacia Rita que hacía aspavientos con la mano para que me sentara a su lado. Se le veía encantada por estar rodeada de hombres. Le obedecí y me presentó al resto de invitados. Eran tres abogados del bufete en el que Carlos trabajaba. Uno de ellos se había presentado con su novia, una chica de aspecto bobalicón que parecía algo aburrida. Rita captaba toda la atención, la de su novio incluida, típico.

Olvidé sus nombres en el acto, como siempre que conocía a gente nueva.

—Perdona cariño, no te he dicho nada —me dijo Sara al oído acercándose por detrás y dándome un beso en la mejilla—. Carlos se va a atribuir todo el mérito de la cena pero la que no para soy yo.

—Tranquila, no pasa nada, hay confianza.

—¿Cómo te encuentras? —me acarició la barriga de casi cinco meses.

—Gorda —contesté haciéndole sonreír.

Oímos el timbre de la puerta.

—¿Puedes abrir? —me pidió con fastidio—. No sé qué quiere el pesado de mi marido—. Carlos le hacía gestos con una espátula.

—Claro —dije levantándome de la mesa.

Volví a atravesar el largo pasillo y abrí la puerta de la entrada.

Leo esperaba al otro lado del umbral con una botella de vino en la mano.

Nos estudiamos los dos durante unos instantes, sorprendidos de encontrarnos. No habíamos hablado desde aquel día en el pub, antes de irme a Islandia. Me miró sin sonreír y me sentí muy incómoda cuando sus ojos se deslizaron hacia mi abultado vientre.

—Veo que has decidido tenerlo.

—Sí —contesté casi a la defensiva. No era mi intención pero Leo lo captó.

—Tranquila, no pienso juzgarte —dijo con sequedad pasando por mi lado.

Sara se dirigía a la cocina y al ver a Leo se acercó a saludarle.

—Me alegró de que hayas venido —dijo cogiendo la botella de vino—. No hacía falta que trajeras nada.

—No importa —contestó metiendo las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Los demás están fuera, ve con ellos, la cena ya casi está.

Leo se dirigió hacia el jardín y miré a Sara levantando las cejas:

—¿Qué hace aquí? —pregunté, ella se encogió de hombros.

—Me apetecía invitarle, creo que él y Rita hacen buena pareja ¿no crees? —vio mi cara—.

¿Por qué lo preguntas?

—Lo sabe todo —señalé mi barriga y Sara frunció el ceño.

—¿Cómo es posible?

—Se lo dije yo, tenía que contárselo a alguien y no me atrevía a enfrentarme con vosotras. Me siento un poco incómoda, no le he visto desde aquel día.

—Pero ¿por qué te sientes así? —preguntó.

—Me dijo que daba igual si se lo decía a John o no, que haría lo que yo quisiera —Sara sonrió.

—Qué razón tenía...

—Muy graciosa —dije con los brazos en jarras y poniendo cara de circunstancias.

—Bueno, ahora ya está hecho, deja de pensar en eso y diviértete por una noche —me estiró del brazo en dirección al jardín.

Me senté en una silla y observé a Leo que estaba en la barbacoa ayudando a Carlos. Se llevaban bien aunque no parecía que tuvieran nada en común. Carlos era elegante y refinado, incluso cuando iba vestido con bermudas y camiseta, y muy cordial en el trato con los demás. Leo, sin embargo, era de aspecto rudo y desaliñado y solía dejar a la gente con la palabra en la boca. Rita se sentó a mi lado interrumpiendo mis pensamientos:

—¿Por qué le habrá invitado? —preguntó mirando a Leo.

—Me parece que Sara quiere emparejarte con él —me reí al ver su cara.

—¿Pues lo lleva claro! —dijo— Va hecho un desastre, mira su camiseta —llevaba una camiseta negra muy usada con la carátula de *God save the queen* en la parte delantera—. ¿Cuánto hace que dejó de estar de moda el grupo ese? —preguntó.

—Los Sex Pistols nunca pasarán de moda, nena —le dije dando un sorbo a mi triste cerveza sin alcohol. Ella resopló, no estaba de acuerdo.

—¡Sentaos, la carne ya está! —dijo Carlos dejando una bandeja de chuletas humeantes sobre la mesa.

Cenamos casi sin hablar, los abogados eran bastante aburridos. De vez en cuando alguien rompía el silencio para dedicarle algún elogio a Carlos por la comida, lo que provocaba gestos de resignación en Sara de las que sólo yo parecía darme cuenta. Después del postre, un tiramisú bastante decente que había traído la novia del abogado, Carlos sacó algunas botellas de alcohol y todo el mundo, excepto yo, se sirvió una copa.

—¿Cuándo nacerá? —me preguntó uno de los compañeros de Carlos, un chico de aspecto tímido con gafas.

—A finales de diciembre —contesté. Leo sentado frente a mí, me miraba sin perder detalle.

—¿Sabes si es niño o niña? —preguntó la chica.

—Aún no —contesté— me lo dirán la semana que viene.

—Pero ¿tú qué prefieres?

—Me da igual —dije acariciando mi barriga.

Leo resopló en silencio y puso los ojos en blanco, incapaz de soportar aquella situación.

Nadie se dio cuenta de lo que había hecho pero me molestó como si me hubieran dado una patada en el estómago y me levanté de la silla.

—Tengo que irme, lo siento— todos me miraban perplejos, excepto Leo que sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo.

—Pero ¿por qué? Aún es pronto —dijo Sara extrañada.

—Estoy un poco cansada, me apetece irme a la cama —relajé el semblante para que mi enfado no fuera tan evidente.

—Está bien, hablamos mañana —decidió no insistir aunque sabía que algo me pasaba.

.....

Salí a la calle caminando muy rápido. Estaba furiosa con Leo y quería alejarme lo máximo

posible de él. Todos los malos sentimientos habían aflorado de nuevo, había hecho que volviera a sentirme mal justo cuando empezaba a aceptar mi decisión y estar cómoda otra vez.

Oí su voz detrás de mí al cabo de cinco minutos caminando a paso ligero.

—¡Espera! —gritó, estaba a unos metros de distancia.

—¡Déjame en paz! —aceleré el ritmo pero consiguió alcanzarme corriendo y me agarró del brazo.

—¿Quieres pararte joder? —jadeaba y se agachó apoyando las manos sobre las rodillas intentando recuperar el aliento.

—¡Has dicho que no pensabas juzgarme! ¿A qué coño ha venido esa cara? —señalé la casa.

—¿Qué quieres que te diga? —me miró levantando la vista sin cambiar de posición— No he podido evitarlo.

—¿Tan mal te parece lo que he hecho? —Leo se incorporó y yo seguí caminando.

—No me gustaría que una mujer me hiciera lo que tú le has hecho a John —contestó poniéndose a mi lado— si es eso lo que preguntas.

—¡Él no tiene que hacer nada! ¡No le he pedido dinero ni responsabilidades de ningún tipo! —grité.

—¡Eso son chorradas y tú lo sabes! —dijo igualando mi tono de voz— ¡Ahora tiene que vivir sabiendo que tiene un hijo al que no verá crecer! ¿Te parece poco?

—¡Yo no le he prohibido que venga a conocerle! ¡Puede formar parte de su vida si quiere!

Me cogió del brazo para que me detuviera, estábamos a unos metros de mi casa.

—¿Cómo pretendes que haga eso Emma? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cada cuánto tiempo crees que podrá venir a visitarle?

—Puede venir cuando quiera... —contesté.

—¿Qué crees que preferirá tu hijo cuando crezca? —preguntó con una crueldad que no esperaba de él— ¿No tener padre o verlo una vez al año?

—No lo sé —bajé la cabeza con tristeza, sus palabras me hacían daño.

—¿O es que esperabas otra cosa Em? —sus ojos se abrieron como si acabara de comprenderlo todo.

—¿Qué? —pregunté.

—Esperabas que quisiera tenerlo... ¿es eso?

Decidí ignorarle y seguí caminando sin contestar. Cruzé la calle buscando las llaves en mi bolso y llegué hasta mi puerta.

—¿Esperabas que te pidiera matrimonio o algo así?

Leo seguía hurgando en la herida. Me di la vuelta para contestarle y me pareció ver a alguien dentro de un coche aparcado a unos metros de nosotros con una cámara de fotos. Me quedé paralizada, intenté no mirar directamente. Sin duda era un paparazzi que había investigado más a fondo el asunto de Islandia. No sabía qué hacer... no podían tomarme fotos embarazada, sacarían conclusiones, los tabloides eran así. Se me ocurrió una solución a la desesperada.

—Bésame —dije en voz baja.

—¿Qué has dicho? —preguntó Leo acercándose a mí.

—No te gires —dije susurrando como si el fotógrafo que estaba a diez metros y dentro de un coche, pudiera oír lo que estaba diciendo—. Hay un periodista haciéndonos fotos —frunció el ceño sin comprender—. No quiero que piensen que el bebé es de John. Bésame y creará que eres el padre, por favor.

Leo procesó la información durante unos instantes y por un momento creí que no iba a hacer lo

que le había pedido pero me atrajo hacia él y besó mis labios con algo más de intensidad de lo que había esperado. Olía a tabaco y a alcohol pero su beso, para mi sorpresa, aunque mucho más rudo que los de John, no me desagradó en absoluto.

Abrí la puerta de la verja y entramos en mi casa. Esperé que hubiera resultado creíble para el fotógrafo y sonreí a Leo, feliz por haber encontrado una solución al embrollo. Pero mi sonrisa se desvaneció en cuanto vi su cara, estaba más enfadado todavía.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—No quiero formar parte de esto —señaló ruborizado hacia la calle— no vuelvas a meterme en esta mierda.

—Creí que no te importaría hacerme un favor —dije molesta.

—¡Pues sí me importa!

—¿Tanto te ha gustado besarme? —dije con una sonrisa maliciosa.

—Vete a la mierda —contestó y tras comprobar que el hombre se había ido, salió por la puerta sin mirarme ni volver a dirigirme la palabra.

Me quedé allí de pie sintiéndome fatal por lo que le había dicho. Era más frágil de lo que parecía.

Capítulo 15

El hombre del coche dejó la cámara de forma descuidada sobre el asiento trasero mientras conducía paralelo a la línea del tranvía.

Misión cumplida, pensó.

Había sido un trabajo fácil, como casi todos los que le encargaban últimamente. Empezaba a aburrirle ser detective privado.

¿Quién era aquella chica? ¿Por qué debía hacerle fotos? ¿Qué podía querer un tipo de Los Ángeles de una chica de Benimaçlet?

Eran preguntas que hacía tiempo que había dejado de plantearse. No tenía ni idea de por qué debía hacerle fotos, ni siquiera sabía quién le había contratado y la verdad es que le importaba un bledo. Sólo tenía que enviar las fotos a una dirección de correo electrónico y ser discreto, un trabajo como otro cualquiera.

Puso el motor en marcha y buscó algo decente en la radio, no ponían más que chorradas. *¿Qué ha pasado con la buena música joder? Me estoy haciendo viejo.*

Se conformó con *Radar Love* y salió de aquel barrio con la esperanza de encontrar un bar decente y poder beberse una cerveza.

Quienquiera que fuera el tío que le pagaba por sus servicios iba a tener que conformarse con esperar a mañana. Hacía demasiado calor.

Capítulo 16

—No sé por qué no te compras un coche nuevo hija, esto de tener que llevar las ventanillas bajadas es insoportable —intentaba no despeinarse sujetándose el cabello con ambas manos pero los mechones se le escapaban incontrolables entre los dedos.

—Sube la ventanilla —contesté.

—No sé qué es peor, si presentarse despeinada o con manchas de sudor en las axilas. ¿Tú que opinas Em?

Apreté los dientes, estaba harta de sus quejas y casi me arrepentía de haberle pedido que me acompañara al ginecólogo pero me contuve, era una visita importante y no quería ir sola, por fin íbamos a conocer el sexo del bebé. Me pregunté cuál sería la reacción de mi madre si resultaba ser un niño; no iba a poder soportarlo. Esperaba que el Dr. Santis no dejara el instrumental médico a su alcance pues llevaba semanas fantaseando con una nieta a la que llenar de lazos y vestir de rosa. ¡Dios!, cómo me iba a costar impedirselo, cuantas discusiones veía en el horizonte...

—Mira sólo vamos al médico no a una cita a ciegas, deja de preocuparte.

—Si no recuerdo mal, el ginecólogo era muy atractivo... —me volví hacia ella sorprendida.

—¡Mamá, por favor! ¡Dime que no vas a ponerte a flirtear con el médico!

—¿Qué hay de malo en un poco de flirteo inocente? —contestó sonriendo, lo hacía para cabrearme, estaba segura.

—Está bien —intenté sonar indiferente para no entrar en su juego; iba a ser divertido verla hacer el ridículo.

.....

Claudia nos abrió la pesada y ostentosa puerta de la consulta y miró a mi madre de arriba abajo, preguntándose quién era aquella mujer tan elegante que me acompañaba y que parecía vestida para un cóctel.

—Hola Claudia —dije pasando por su lado—. Esta es mi madre, Carmen.

—Encantada —dijo mi madre dándole dos besos.

—Pasad a la sala de espera, Emma. Lo siento, vamos con algo de retraso.

Mi madre se sentó sobre una de las butacas y miró a su alrededor. La sala estaba llena de petulantes parejas jóvenes esperanzadas y rebosantes de felicidad por el nacimiento de su futuro hijo. Era en momentos como aquellos, contemplando a aquellas parejas, cuando mi sensación de soledad se acentuaba. Sé que mi madre también lo pensó y debió sentirse triste por mí pero le agradecí que no hiciera ningún comentario. En vez de eso, cogió una revista y se dedicó a leerla en silencio y a esconder en el bolso todas las muestras que encontraba entre sus páginas.

Estaba empezando a adormilarme cuando me dio un codazo y señaló la revista que estaba leyendo. Un anuncio de Armani en blanco y negro mostraba a John vestido con un elegante traje, caído con las piernas muy separadas sobre un sofá como si le hubieran empujado. A su alrededor, la habitación era un caos tras lo que parecía una chic pero muy alocada fiesta. Sonreía de esa forma tan particular en él y miraba hacia la cámara con descaro, sujetando una copa de coñac en la mano. Su pelo estaba revuelto y el cuello de la camisa desabrochado. Su mirada te hacía sentir

como si fueras la última invitada de la fiesta —la que le había empujado contra el sofá— y fueras a pasar la noche de sexo más increíble de tu vida.

—Sin duda es el hombre más atractivo que he visto jamás y ya sabes lo que siento por Harrison Ford —dijo mirando la foto.

Claro que lo sabía, me había obligado a ver *Único testigo* cientos de veces sólo por la escena en la que Harrison Ford observa escondido y excitado cómo Kelly McGillis se lava en un barreño. Según mi madre era la escena más caliente que había visto en su vida, seguida muy de cerca por una de *Memorias de África* en la que Robert Redford, otro de sus grandes amores, le lava el pelo a Meryl Streep en una silla. Es curiosa la visión que las mujeres tenemos sobre el sexo, tan sutil y llena de sugerencias. No es necesario ningún contenido explícito para excitarnos. El anuncio de Armani era un claro ejemplo: tenías que estar muerta por dentro para no sudar al mirarlo. Estaba segura de que esa foto había sido idea de una mujer.

—Aunque la verdad es que no puedo evitar odiarle con toda mi alma —continuó.

—No deberías odiarle, es una buena persona... —dije mirando con tristeza la revista—. Es sólo que no está preparado para ser padre.

Apretó mi mano para darme fuerza, la miré agradecida y sentí que la quería más de lo que pensaba y que tenía suerte de tenerla a mi lado. Entonces, como siempre, rompió el encanto con una de sus ocurrencias:

—Deberías ver el lado positivo, por lo menos tu bebé tendrá la mitad de sus genes —dijo en voz baja haciendo un gesto en dirección a la revista—. Sin embargo, el de esa chica tendrá que conformarse con no heredar las orejas del padre.

Miré la pareja que tenía enfrente: el marido tenía las orejas más grandes que el príncipe Carlos y era pálido y pelirrojo, muy poco agraciado. Notó que le observaba y me sonrió con unos dientes de pesadilla, haciendo que estuviera a punto de soltar una carcajada. Mi madre, menos discreta, se reía por lo bajo.

.....

Claudia nos hizo pasar al despacho del Dr. Santis que se levantó sonriente de la silla para saludarnos.

—¿Cómo te encuentras cariño? —me preguntó.

—Muy bien, ya no tengo ninguna molestia —decidí obviar que me pasaba el día eructando.

—Tiene muchos gases —dijo mi madre. El Dr. Santis me miró levantando las cejas invitándome a darle más detalles.

—No tiene importancia, no me molestan —miré de reojo a mi madre perdonándole la vida.

—Bueno, pues si no tienes nada que contarme, vamos a ver si por fin el bebé está en una posición adecuada y podemos decirte el sexo.

Mi madre me miró emocionada mordiéndose los labios y abriendo mucho los ojos. No recordaba haberla visto nunca así de contenta, todo tiene un lado bueno, está claro.

Me subí con mucha práctica a la camilla y Claudia me levantó la camiseta dejando al descubierto mi enorme y blanca tripa. Me estremecí cuando el médico apoyó el ecógrafo sobre ella, el gel estaba helado. Mi madre acariciaba mi hombro y miraba nerviosa las difusas imágenes del monitor como si fuera lo más hermoso que había visto en su vida.

El Dr. Santis detuvo la imagen en algún punto entre las piernas del bebé y apretó unas teclas para ampliar la imagen.

—Bueno ¿qué nombre vas a ponerle a esta preciosa niña, Emma? —preguntó mirando la pantalla.

Me giré hacia mi madre para ver su reacción y me sorprendí al ver por primera vez en mi vida lágrimas resbalando por sus mejillas.

.....

—¡Es una niña!! —dije gritándole al teléfono en plena calle. Mi madre estaba tan contenta que me observaba sonriendo sin decir nada. En otras circunstancias me hubiera echado una bronca por llamar la atención de esa manera.

Oí a Sara gritar a su vez al otro lado de la línea.

—¡Caaaaarloooooos! ¡Emma lleva una niñaaaaaaaa! —escuché a Carlos a lo lejos dándome la enhorabuena—. Carlos te da la enhorabuena —dijo Sara.

—Dile que gracias. Escucha —dije abriendo la puerta del coche— tenemos que celebrarlo ¿quedamos para tomar algo esta noche? Carlos incluido.

—¡Claro! Ahora se lo digo.

—Te llamo después, voy a decírselo a Rita.

—Vale —y añadió— me alegro muchísimo por ti, de verdad.

—Lo sé.

—Olvida todo lo que dije cuando me enteré de tu embarazo.

—No te preocupes, ahora todo eso ya da igual.

—Quería decírtelo.... —hizo una breve pausa y su tono de voz sonó más animado—. Bueno, nos vemos esta noche.

—Nos vemos.

Levanté el seguro de la puerta para que mi madre pudiera subir al coche y marqué el número de Rita que reaccionó de la misma forma que nosotras y aceptó encantada la invitación a tomar unas copas.

Me sentía feliz, deseaba una niña con todas mis fuerzas, incluso tenía el nombre decidido.

Erin.

Supe que lo había encontrado en cuanto lo leí. Había estado varios días buscando nombres en Internet sin resultado y de repente, casi a punto de abandonar, el nombre apareció de la nada llenando la pantalla. Lo vi claro.

Era de origen celta. Me había empeñado en respetar la parte galesa de mi hija a pesar de las protestas de mi madre que insistía en que me olvidara de John cuanto antes y eligiera un nombre decente para la niña. No pude hacerle caso, en el fondo, esperaba que él apreciara ese gesto por mi parte.

Capítulo 17

—¿Qué coño es esto? —preguntó Leo mirando los calcetines verdes con runas y vikingos que había sobre la barra.

—Los compré en Islandia para ti.

Sara, Rita y Carlos observaban la escena desde la mesa divertidos por la reacción de Leo.

—Emma —dijo— ¿Tú me ves con estos calcetines puestos? —me encogí de hombros y asentí — ¿Lo dices en serio? ¿Crees que éste es mi estilo? —me reí.

—¡Carlos se los pone para dormir, son muy calentitos! —dijo Sara tratando de echarme un cable.

—Ya, pero al contrario que Carlos, yo aprecio mucho mi masculinidad y me niego a ponerme calcetines de niño.

—¡Venga ya! —dijo Rita con fastidio— Si te he visto mil veces con esa camiseta del monstruo de las galletas ¿es que eso no es de niño? —Leo la fulminó con la mirada.

—No-es-lo-mismo.

—No, qué va. Por no hablar de la que llevas hoy...

—Bueno —dije poniendo una mano sobre los calcetines con voz lastimosa— ya me los quedo yo...

—¡No! —Leo me sujetó la mano con firmeza— Yo me los quedaré —y añadió en voz baja para que los demás no le oyeran—. No hace falta que te hagas la mártir, tanto teatro me está matando.

—¿Me perdonas? —dije poniendo mi cara de cachorrito abandonado. Leo entornó los ojos estudiándome y acercó su cara a la mía.

—Eres más mala de lo que creía, demasiadas artimañas —bajé la cabeza haciendo un puchero, él puso los ojos en blanco y dijo con fastidio— ¡Venga, lárgate ya, pareces el gato de Shrek!

Era su forma de perdonarme y me dirigí a la mesa más tranquila por haber arreglado las cosas. Había pasado unos días muy malos y no me sentía bien después de nuestra discusión. La opinión que Leo tenía sobre mí me importaba más de lo que creía. Sonreí a Sara que estaba al tanto de todo y levanté el dedo pulgar. Misión cumplida. Ella movió la cabeza con resignación —son como críos.

Miré a Leo que estaba poniéndonos las copas. Llevaba una camiseta azul con el escudo de Superman y no se había afeitado; estaba muy gracioso y sentí una oleada de afecto por él.

—Tu madre estará contenta de que sea una niña ¿no? —dijo Carlos.

—Imagínate... —contesté.

—Si llega a ser un niño, hubiera solicitado que le hicieran un cambio de sexo nada más nacer —dijo Rita.

Sonreí pensando que ella y mi madre tenían más cosas en común de las que creía, se hubiera arrancado la piel a tiras de haberlo sabido.

—¿Cómo la vas a llamar? —preguntó Carlos.

—Erin.

—¿Erin?

—Es un nombre gaélico —dijo Leo dejando las copas sobre la mesa.

Le miré sorprendida de lo que supiera y Leo pareció ofendido.

—¿Qué? Salí con una galesa durante ocho años —se acercó a mí y susurró- y soy más culto de lo que crees —añadió dejándome con la palabra en la boca y volviendo a la barra.

Sara y Rita rieron al ver la expresión de mi cara.

—Si no te conociera tanto —dijo Sara— pensaría que acabas de excitarte.

No podía creer lo que acababa de decirme y le miré con los ojos muy abiertos haciendo que rieran más todavía.

Sin embargo, Carlos no reía y me observaba con algo de preocupación.

—Emma, no quiero estropear el ambiente pero me veo obligado a preguntártelo. ¿Has pensado en tus opciones legales? —le miré extrañada.

—¿A qué te refieres?

—Se refiere a si vas a emprender acciones legales contra John Davies —explicó Sara.

Les miré sin comprender, sabían perfectamente que no pensaba hacer nada de eso y que me ponía enferma el sólo hecho de hablar de ello.

—Ya sé que dijiste que no —dijo Carlos al ver mi cara— pero ha pasado algún tiempo desde aquello y me pareció una decisión tomada en caliente. No me sorprendería que más adelante, cuando lo veas todo con perspectiva, cambies de opinión.

—No pienso cambiar de opinión —dije.

—Pero es posible que lo hagas —dijo Sara—. Carlos y yo hemos hablado de ello muchas veces. Ese hombre tiene mucho dinero. Piénsalo, Erin podría ir a los mejores colegios, no tendrías que depender tanto de tu madre... No hay razón para que te encargues de la manutención tú sola, Em.

—Sí hay razón —contesté poniéndome a la defensiva—. Yo tomé la decisión de criarla sola.

—Está bien —dijo Carlos en tono conciliador—. Estaremos de acuerdo contigo decidas lo que decidas, sólo queríamos que supieras que si cambias de opinión, estaré encantado de ayudarte en todo lo que necesites. ¿De acuerdo? —analicé sus rostros, no había más que preocupación en ellos, era natural. Supe que de haber estado en su lugar, yo habría hecho lo mismo con total seguridad.

—De acuerdo —contesté más relajada—. Te lo agradezco, Carlos.

—Puedes contar con nosotros para lo que sea —dijo Sara cogiéndome la mano—. Es sólo eso Emma, nada más.

.....

Esperamos a que Leo cerrara el pub y nos dirigimos los cinco a Bradbury's. No había vuelto desde aquella noche pero me sentía preparada para hacerlo, mis amigos estaban conmigo arropándome.

Carlos y Leo caminaban unos metros por delante de nosotras y, una vez más, me pregunté qué podían tener en común un eminente y serio abogado y un barman de alma torturada.

—Se llevan muy bien —dijo Sara leyéndome el pensamiento—. Carlos dice que es una persona muy inteligente y juiciosa.

—Me gustaría saber de qué están hablando —dije.

—Seguramente de deporte, los tíos sólo hablan de eso —dijo Rita restándole importancia.

—No lo creo...

Les observé, no parecía que hablaran de banalidades. A Leo no le gustaba nada hablar por hablar, de eso estaba segura. No era como un tío cualquiera, tenía algo especial que despertaba mi

instinto de protección. Un halo de misterio le envolvía como si sufriera mucho al llevar un gran peso sobre sus hombros, como Heathcliff, el de *Cumbres Borrascosas*.

.....

Jamás en mi vida había experimentado una sensación tan efectiva de encontrarme fuera de lugar como aquella noche en Bradbury's. De vez en cuando, alguna persona pasaba por mi lado mirándome como a un bicho raro y preguntándose qué hacía yo allí en ese estado.

Y la verdad es que yo también me lo preguntaba. El volumen ensordecedor de la música hacía que la pequeña no dejara de moverse y dar patadas haciendo que me sintiera de lo más incómoda.

—Odio este sitio —me dijo Leo al oído.

—¡Vamos hacia las barras, estaremos más tranquilos! —gritó Carlos señalando hacia delante.

Le seguimos abriéndonos paso entre la multitud. Leo caminaba delante de mí apartando a la gente y protegiéndome de los golpes que pudiera recibir. Era un encanto.

—Gracias —le dije con una sonrisa al llegar a nuestro destino. Él se encogió de hombros sin hacer ningún comentario.

En ese momento, vi a Hans caminar hacia nosotros y me puse tensa. Sabía que me preguntaría por mi embarazo y no era una persona muy discreta, no tenía ni idea de qué podía decirle. Saludó a Carlos, Sara y Rita que estaban pidiendo las bebidas mientras Leo y yo esperábamos cerca de un pilar detrás de ellos.

Leo notó que estaba tensa.

—¿Qué te pasa?

—No he visto a Hans desde aquella noche. No sé si sabe que estoy embarazada. ¿Qué le digo?

Era tarde, se dirigía hacia mí, al verme abrió mucho los ojos y extendió los brazos para tocar mi vientre.

—¡No puedo creerlo! ¿Cómo ha pasado esto? —gritó acariciándome la barriga. Cómo odiaba que me sobaran sin permiso.

—Bueno... ya sabes lo que hay que hacer...

—¿De cuánto estás?

—De cinco meses.

—¡Divino! —dijo dando palmas y acentuando más su pluma si aquello era posible.

Después de observar a Leo de arriba a abajo, Hans se acercó para hablarme al oído.

—Me debes un relato bien detallado de lo que pasó aquella noche con John Davies, no creas que no me acuerdo —sus ojos brillaban suspicaces.

—Fue una noche increíble pero no cuajó —dije con resignación—. ¿Qué le vamos a hacer?

—Pues es una pena —levantó la vista y volvió a estudiar a Leo— aunque debo decirte que éste tampoco está nada mal.

Me reí y Leo nos miró intrigado, Hans le dijo:

—Le estoy diciendo a Emma que me alegro mucho por vosotros — Hans había supuesto que Leo era el padre de la criatura y yo no iba a corregir su error.

—Gracias —contestó Leo con poca convicción sin saber de qué hablaba.

—¡Pero no os quedéis aquí en el gallinero! —dijo de repente—. Subid arriba a La Sala, estaréis más tranquilos. Aquí alguien puede hacerte daño —miró mi barriga—. Os acompañaré.

.....

Leo y yo escuchábamos en silencio cómo Aretha exigía algo de respeto mientras los otros bailaban en la pista bastante borrachos a aquellas alturas de la noche.

Sara cantaba y bailaba la canción gesticulando con más emoción de la requerida mientras Carlos intentaba a duras penas seguir sus pasos. Me reí y Leo se volvió hacia mí con curiosidad:

—Es por Carlos... baila fatal, parece un pingüino.

Él miró hacia la pista y arrugó la frente.

—Es verdad ¿por qué no separa los brazos del cuerpo?

—Ni idea...

Rita se acercó a nosotros sin dejar de contonearse.

—¿Por qué no venís a bailar? —lo dijo en plural pero sólo miraba a Leo.

Estaba muy guapa aquella noche con un minivestido blanco de manga corta y era evidente que estaba coqueteando con él. Cualquiera otro hombre se hubiera levantado como impulsado por un resorte de la silla pero él parecía inmune a sus encantos.

—Yo paso —dijo sin más.

Rita se fijó en mí por primera vez.

—A mí no me mires —dije señalando mi barriga.

Ella hizo un ademán despectivo con la mano y volvió a lo suyo. En ese momento, empezó *I will survive* y las dos se volvieron locas bailando una extraña coreografía mientras Carlos seguía moviéndose de aquella forma tan rara.

—Un espectáculo dantesco —dijo Leo haciéndome reír—. Me van a sangrar los ojos.

Miré cómo sonreía por el rabillo del ojo. No había duda de que era muy atractivo y, además, no sabía por qué, a su lado me sentía segura y relajada.

Sara me había preguntado en una ocasión si el beso de Leo me había gustado, con la esperanza de que pudiera desviar mi atención de John, pero yo me limité a mirarla de reojo hasta hacerle sentir que su pregunta era una estupidez. Sin embargo, la verdad era que varias veces me había sorprendido a mí misma pensando en aquel beso. Había sido bastante sexy e intenso y eso que, en teoría, sólo lo había hecho para hacerme un favor.

En teoría.

Noté que la pequeña se movía mucho y puse una mano protectora sobre mi vientre.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —preguntó Leo.

—La música está muy alta, creo que no le gusta —señalé mi barriga.

—No me extraña, es insoportable. ¿Quieres irte?

—Creo que sí —contesté mirando a mi alrededor—. Me siento un poco fuera de lugar.

—Está bien, te acompañaré a casa. Voy a decírselo a ellos, tú quédate aquí.

.....

—¿Quieres entrar un rato? Aún es pronto —Leo me miraba desde la entrada con las manos en los bolsillos.

—Depende —contestó.

—Depende ¿de qué?

—De si es otra de tus artimañas.

—Noooo, no es otra de mis artimañas —dije con exasperación—. No me apetece estar sola, eso es todo.

—Entonces vale —contestó pasando por mi lado.

Entramos en el salón y Leo se dedicó a curiosear en la estantería donde estaban todos mis CD.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté desde la puerta.

—Una cerveza —contestó sin girarse.

Al volver de la cocina, le encontré con dos CD en la mano mirándome como a un bicho raro. Dejé las bebidas sobre la mesa.

—¿Qué es esto Emma? —dijo levantando los CD—. ¿Cómo puedes tener un CD de Los Ramones junto a uno de Rick Astley?

—Es que están por orden alfabético —dije bromeando.

—Dios mío —suspiró dejando los CD en su sitio.

—¡Venga ya! —contesté algo avergonzada—. Como si tú no hubieras bailado nunca *Never gonna give you up*.

—Jamás he bailado eso —dijo muy serio.

—Bueno, pues supongo que soy algo ecléctica... ¿qué tiene de malo? ¿Nunca has pasado por una mala época, un peinado horrible, ropa rara, música pop?

—No —se giró para disimular una sonrisita.

—Te he visto.

—¿Qué?

—Que te has reído —dije sentándome en una butaca—. Te he visto.

—No sé de qué hablas —seguía sonriendo.

—¡Venga! ¡Desembucha!

Bajó la vista, pensativo, dudando entre contármelo o no y tras unos segundos, decidió hacerlo.

—Bueno... ¿conoces Stray Cats?

—Claro —la intriga me estaba matando.

—Pues... me encantaban... y durante un par de años... digamos que... pasé por una etapa *rockabilly*.

—¡No! —dije cubriéndome la boca con la mano— ¿Llevabas tupé y zapatos de Frankenstein?

—Y una de esas cosas de cuero colgando del cuello —contestó.

Me recosté en la butaca y empecé a reír a carcajadas, Leo acabó uniéndose a mí.

—Pues estás de suerte, chaval —dije levantándome y cogiendo otro CD de la estantería.

Puse el CD en el equipo de música y le entregué la carátula de Stray Cats, el primer disco del grupo. Leo miró con los ojos muy abiertos la carátula que mostraba a todos los miembros posando de forma sombría en una especie de sótano. *Rock this town* inundó la habitación. Leo puso una expresión soñadora y me miró sonriendo.

—¿Sabes cuánto tiempo hacía que no oía esta canción? —no me dejó contestar—. Bueno, da igual. Mucho.

Me acerqué a él cantando la canción y moviendo el cuerpo al estilo *rockabilly*, invitándole a bailar, provocándole y ¿por qué no?, coqueteando.

Rita, no eres la única que sabe hacer esto.

Se resistió pero acabó cogiendo mi mano para bailar el rock y cantando conmigo hasta que nos dejamos caer sobre el sofá agotados y mareados de tanto dar vueltas.

—La niña también está bailando —dije tocándome la barriga.

Tomé la mano de Leo para que la apoyara sobre mi vientre:

—No, no... —dijo resistiéndose como si le diera repelús pero le sujeté con fuerza y acabó cediendo.

Tras unos segundos, Erin se movió y los dos nos sonreímos al notar las pataditas. Por un momento, fue como si Leo fuera el padre de mi bebé y los dos viviéramos bajo el mismo techo,

felices y esperanzados por la llegada de nuestra hija. ¡Qué sensación tan maravillosa!

Le miré con intensidad haciendo que se sintiera incómodo y, sin poder evitarlo, le rocé la mejilla con las yemas de los dedos. Lo necesitaba, aquella noche quería a un hombre conmigo.

Leo dio un respingo y se apartó, confuso. Le miré con el ceño fruncido algo enfadada por el rechazo pero entonces, algo en sus ojos me pidió que no me rindiera tan pronto.

Me acerqué muy despacio, insegura, mientras él permanecía inmóvil sin dejar de mirarme y me detuve a escasos milímetros de su boca. Si Leo lo deseaba tanto como yo iba a tener que demostrármelo. Permanecí así, sin hacer nada unos segundos hasta que oí cómo su respiración se aceleraba y su mano en mi nuca me obligaba a acercarme a sus labios.

Me besó con delicadeza al principio pero al ver que le correspondía, su beso fue subiendo de intensidad gradualmente. Su mano iba deslizándose por mi muslo, subiendo por debajo del vestido. Sentí que empezaba a excitarme e imaginé que era John el que me tocaba. Fue como un jarro de agua fría y decidí acabar con aquello, no era justo para Leo.

—Para —dije apartando su mano de mi pierna.

—¿Qué? —me miraba con ojos vidriosos, llenos de deseo.

—Esto no está bien —contesté levantándome del sofá. Él se quedó sentado con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que no está bien? —preguntó.

—Estoy embarazada.

—Eso es obvio.

—Estoy embarazada de otro hombre —continué.

—Lo sé —siguió sin inmutarse.

—¿Es que no lo ves? Soy como una especie de material defectuoso, una complicación con patas ¿no te das cuenta? —suspiró profundamente y me miró muy serio.

—Para mí tú no eres ningún material defectuoso.

Fingí que no había oído aquella frase tan bonita y continué:

—Mira, Leo, no quiero hacerte esto, eres un buen amigo —dejó caer la cabeza derrotado, le había dicho las palabras mágicas, lo peor que le puedes decir a una persona que se siente atraída por ti.

Se levantó del sofá y empezó a caminar hacia la puerta sin mirarme.

—No te vayas así, por favor.

—¿Por qué me has hecho entrar en tu casa? —preguntó volviéndose hacia mí de repente.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Te lo he dicho, no quería estar sola.

—Sabías que esto podía pasar ¿por qué me has dejado entrar? —estaba furioso.

—¿Cómo iba yo a saber que iba a pasar esto?

—¡No me mientas, joder! ¡Sabías perfectamente que podía pasar esto! ¡Estaba clarísimo!

Tenía razón, una parte de mí notaba lo que sentía Leo, incluso había coqueteado con él, tenía todo el derecho del mundo a enfadarse.

—¿Por qué juegas así con las personas Emma? —me miraba como si sintiera vergüenza ajena y tuve que desviar los ojos.

—No sé por qué lo he hecho, lo siento...

—Es tarde —abrió la puerta.

—¡No! —dije sujetándole el brazo— ¡No me dejes así, por favor!

Leo se detuvo con la puerta entreabierta, extrañado de mi reacción y volvió a cerrarla tras

unos segundos. Me dejé caer sobre la silla de la entrada con las manos en la cara, avergonzada. Leo se arrodilló frente a mí y me apartó las manos.

—Vale, no me voy —dijo con voz suave—. Cuéntame qué te pasa.

—¡Soy una egoísta!

—Tienes razón, eso no te lo voy a negar —le miré sorprendida.

—No me estás ayudando.

—No puedo ayudarte si no me dices qué es lo que te pasa.

—Me gustas... de verdad, no como un amigo, odio lo que te he dicho antes —vi que desviaba la mirada incómodo.

—Déjalo.

—Lo digo en serio.

—Entonces ¿cuál es el problema? —me encogí de hombros pero lo sabía perfectamente— Es John ¿verdad? ¿Sigues enamorada de él? —asentí.

—Me siento tan sola en todo esto... —Leo me escrutaba con sus ojos azules—. He intentado arrastrarte conmigo, no tenía derecho a hacerte eso, lo siento.

—Está bien, no importa, vamos a olvidarlo —me estiró de la mano para que me levantara de la silla—. Haz café y hablaremos un rato, necesitas desahogarte.

Le abracé agradecida y me conmovió notar cómo él aspiraba el aroma de mi cabello. Sentí una profunda tristeza por no poder corresponderle y maldije por primera vez el día que conocí a John y la noche que habíamos pasado en la 702.

.....

—¿Estabas muy unido a él? —pregunté.

Leo y yo estábamos sentados en mi cocina tomando café y hablando de John, Dios sabe que lo necesitaba. En la calle, empezaba a amanecer.

—Al principio no —contestó—. John me odiaba, recuerda que yo fui el motivo por el que su hermana se quedó en Valencia y se alejó de él y de su madre —asentí—. Pero después, pareció acostumbrarse a mi presencia y empezó a invitarme a salir con él y sus amigos cuando acompañaba a Lynn a visitarles y yo hacía lo mismo cuando venía él. Acabamos haciéndonos amigos, es divertido —sonreí recordándole—. Incluso mantuvimos el contacto después de que Lynn y yo rompiéramos pero entonces, empezó a tener éxito y nos fuimos distanciando.

Recordé a la elegante morena que acompañaba a John el día que nos conocimos y miré a Leo con curiosidad, no parecían tener nada en común.

—¿Ibais muy en serio tú y Lynn?

—Te dije que fueron ocho años ¿tú qué crees? —encendió un cigarro y me miró por encima de la nube de humo.

Tenía estilo, eso era un hecho.

—Vale, ha sido una pregunta muy tonta.

—Estoy de acuerdo —dijo.

—¿Qué pasó?

—¿Por qué te interesa tanto mi vida amorosa Emma? Tú no quieres formar parte de ella.

Sus palabras me dolieron pero preferí no decir nada y él continuó.

—Pasó que las cosas se complicaron.

—¿La querías mucho?

—Más que a nadie.

Había tenido el valor de decirlo en voz alta, sin avergonzarse, no muchos hombres podían hacer eso. En mi corazón, Leo ganó terreno por aquello y le miré con afecto haciendo que desviara los ojos hacia la ventana.

—¿Por eso eres tan raro? —pregunté sin mala intención.

—Joder Em, tú si que sabes ir al grano. ¿Qué coño quieres decir con eso? —no estaba enfadado, parecía sentir más curiosidad que otra cosa.

—Ya me entiendes... eres algo distante y siempre estás de mal humor.

—Tú me pones de mal humor —contestó acercando su rostro al mío.

—El sentimiento es mutuo. ¿Por qué no me contestas?

—¿Qué quieres saber? ¿Si me hizo daño? —asentí—. Pues sí, me lo hizo ¿estás contenta?

—¿Por qué no te dejas de evasivas y me hablas de ella? —me miró durante un rato evaluando sus opciones, por fin se encogió de hombros, ¿por qué no?

—Yo tenía diecinueve o veinte años y estaba estudiando en la universidad —dijo una calada al cigarrillo pensativo.

-¿Fuiste a la universidad?

—Sí, soy licenciado en Geografía e Historia. ¿Es que te extraña? —preguntó a la defensiva.

—No, no, no me extraña, sigue por favor —hice un gesto con la mano impaciente por que continuara, Leo siguió hablando.

—La vi entrar en una fiesta que había organizado uno de mis amigos en su piso —entornó los ojos recordando.

Apoyé los codos sobre la mesa y escuché su relato con atención; me encantó que se abriera de aquella forma conmigo, sabía que no lo hacía con casi nadie y me sentí una privilegiada.

—Llevaba un vestido amarillo y estaba preciosa, nunca había visto una mujer tan guapa... — su expresión se volvió soñadora— me acerqué a ella y empezamos a hablar. Recuerdo las canciones que sonaban mientras hablábamos y que su pelo olía a vainilla. Tuve que besarla... y todo cambió para mí después de aquello, me volví loco por ella.

—¿Qué pasó después?

—Empezamos a vivir juntos y fue bien durante mucho tiempo, hasta que ella quiso casarse y tener hijos. Yo no estaba preparado, todo empezó a joderse y otro tío entró en escena. Fin de la historia —dijo apagando el cigarro en un cenicero.

—¿Sigues enamorado de ella? —mi pregunta le hizo gracia.

—No, Emma, está superado. Nos vemos poco y mantenemos una relación cordial. Ella tiene dos hijas preciosas y su marido es una buena persona. Incluso fui a su boda. ¿Te apetece saber algo más?

Lo dijo con indiferencia pero sentí su tristeza bajo sus palabras, debía haber sufrido mucho. Estuve a punto de tomar su mano para demostrarle que le entendía pero no quise confundirle más de lo que ya lo estaba.

Capítulo 18

—¡Socorro! —le dije a Sara por teléfono.

—¿Qué te pasa? —contestó alarmada.

—¡Acabo de darme cuenta de que estoy de siete meses y aún no he comprado nada para el bebé! ¡Ni siquiera he preparado su habitación! ¿Qué es lo que me pasa?

—Tranquilízate, no hay para tanto —dijo riendo.

—¿Cómo que no hay para tanto, Sara? ¿Y si se adelantara? ¿Sabes cuántos sietemesinos hay por el mundo? —contesté alterada— ¿Qué haría entonces? ¿Ponerla en una caja en el suelo y taparla con periódicos?

—Sólo tenemos que ir de compras, será divertido.

—¡Pero ni siquiera sé qué tengo que comprar! —contesté.

—Para eso existen unas personas llamadas de-pen-dien-tas.

—Sabía que acabaría arrepintiéndome por escaquearme de las clases de preparación al parto —Sara rió y dijo antes de colgar.

—No te preocupes, Rita y yo te ayudaremos, para eso estamos las amigas.

.....

—¿Se puede saber qué es esto? —dijo Rita sosteniendo un extraño artilugio de plástico.

Estábamos en una tienda especializada en ropa, mobiliario y complementos para bebés. Rita se había cogido el día libre para poder acompañarnos, no quería perderse ni un solo detalle.

—Es un sacamocos —contestó Sara examinando unos móviles para la cuna.

—Puagh —Rita soltó el aparato asqueada— ¿Qué tienen de malo los pañuelos de papel?

—Tú prueba a pedirle a un bebé que se suene, a ver qué pasa.

Miré alrededor buscando una dependienta, todas parecían ocupadas y era obvio que necesitábamos ayuda. Nuestra experiencia en bebés se remontaba a una sobrina de Sara que veíamos de vez en cuando y a la que dedicábamos unos breves segundos de nuestras vidas para hacer alguna carantoña antes de devolvérsela rápidamente a su madre.

Divisé una a lo lejos y traté de captar su atención levantando la mano. Era inútil, me sentí como la mujer invisible y suspiré con resignación.

—¿Puedo ayudarte? —dijo una voz detrás de mí. Una dependienta rubia y muy joven me sonrió al darme la vuelta.

—¡Sí, por favor! —contesté casi con desesperación, ella pareció divertida.

—Me llamo Inés —dijo mostrando una placa que llevaba en la solapa del uniforme— ¿Qué estás buscando exactamente? —Rita y Sara se acercaron a nosotras.

—Todo —contesté—. Salgo de cuentas a finales de diciembre y no he comprado nada—. Inés me miró el vientre sonriendo.

—¿Eres primeriza? —preguntó.

—Es obvio.

—Bueno, pues no tienes que preocuparte, tenemos unas listas impresas con todo lo que necesitas para el bebé, sólo tienes que ir marcando cruces según vayas comprando —Rita, Sara y

yo nos miramos esperanzadas—. Venid —dijo Inés haciéndonos un gesto con la mano para que la siguiéramos por el pasillo—. Hay muchas cosas en esas listas que no vas a utilizar, yo te diré lo que es realmente necesario.

—Inés —le dije caminando detrás de ella— ya sé que no nos conocemos de nada pero creo que te quiero —ella se volvió hacia mí riendo.

.....

Carlos y Leo estaban en la habitación de Erin montando los muebles que habíamos comprado en Ikea mientras Sara, Rita y yo organizábamos la ropa en cajones. Les observé de reojo, sólo Leo parecía saber lo que estaba haciendo y sudaba la gota gorda arrodillado en el suelo. Carlos, por el contrario iba impecable como siempre y se limitaba a cuestionar todo lo que hacía el primero.

—Esa pieza no va ahí —decía mostrando el papelito de las instrucciones, Leo apretaba los dientes controlándose para no darle un puñetazo.

Era divertido verles, parecían un extraño matrimonio mal avenido.

—Creo que Carlos corre peligro —dijo Sara en voz baja— ¿Creéis que debería sacarle de la habitación?

—Voy a traerles una cerveza para que se relajen un poco —dijo Rita cerrando un cajón y saliendo por la puerta.

En ese momento sostenía entre mis manos un diminuto gorrito blanco con orejitas de oso que habíamos comprado en Benetton. Se lo mostré a Sara que me sonrió con dulzura. No podía creer que faltara tan poco para conocer a Erin y estaba impaciente por ver cómo su cuerpecito llenaba todos los vestidos que había comprado para ella. Sara y Rita habían insistido en regalarme un montón de cosas y mi madre incluso me había hecho una transferencia. Debo admitir que me sorprendí al ver lo generosa que había sido; conmigo no lo era en absoluto.

Rita entró con las cervezas.

—¿Os apetece algo fresquito?

Carlos y Leo se levantaron del suelo aliviados por la pausa y Rita les entregó las botellas. Leo la miró con agradecimiento con el pelo apelmazado sobre la frente y dio un largo trago a la botella haciendo que parte del líquido resbalara por su barbilla y mojara su camiseta blanca.

—Eres un poco cerdo ¿no? ¿Has visto cómo te estás poniendo? —dijo Rita sonriendo y limpiando su camiseta mientras le sobaba el pecho con descaro. Leo no se inmutó y se pasó el dorso de la mano por la barbilla.

Sara me miró levantando las cejas sorprendida por el coqueteo. Intenté sonreír pero debí hacer una mueca extraña porque Sara frunció el ceño, la escena me estaba molestando y me costaba disimularlo.

¿Qué clase de persona era yo? ¿No quería a Leo para mí pero me sentía celosa cuando una de mis mejores amigas coqueteaba con él? ¿Tan egoísta era? Me sentí fatal por pensar así.

.....

Cenamos los cinco en el salón y después de un par de cervezas más, ya era muy evidente que Rita no iba a parar hasta llevarse a Leo a la cama. Reconocía su ritual de apareamiento, lo había visto millones de veces y siempre le funcionaba. Sus sonrisitas, sus ojos entornados, su forma de

tocarle sutilmente al hablar con él, eran inconfundibles. Leo, por otro lado, no parecía una presa fácil; era muy consciente de lo que Rita pretendía y se le veía algo incómodo por su comportamiento.

Sara nos observaba a los tres preocupada. Era muy intuitiva y percibía todo lo que se estaba cocinando en aquella inocente mesa mientras Carlos daba buena cuenta de la comida sin enterarse de nada.

Casi a medianoche, Leo nos informó de que se iba a casa y Rita se las ingenió para irse con él dejándonos a Sara, a Carlos y a mí con todo el trabajo sucio —era fabulosa en el arte del escaqueo.

Carlos se dedicó a ordenar la habitación de Erin, recogiendo las cajas de cartón, los trozos de papel y las piezas que misteriosamente habían sobrado al montar los muebles, mientras Sara y yo fregábamos los platos en la cocina.

—Bueno, ¿qué es lo que está pasando entre Leo y tú? —me preguntó enjuagando un plato lleno de salsa de tomate.

—¿A qué te refieres? —contesté metiendo el plato en el lavavajillas.

—Venga Emma, es evidente que pasa algo, no soy tonta. Rita ha salido con vida de aquí de milagro —sonreí, era verdad—. ¿Qué es lo que pasa?

Me rasqué la nariz con el guante de goma nerviosa por sentirme acorralada de aquella manera, no quería que pensara que era una egoísta pero sabía que no iba a parar hasta que se lo contara.

—Hace un par de meses me acompañó a casa y acabamos besándonos un poco... —intenté concentrar toda la atención en un plato para que no notara que me ruborizaba.

—¿Qué? —me miraba sorprendida— ¡Eso es genial!

—¿Genial? ¿Qué tiene de genial?

—Para mí es genial porque significa que estás superando lo de John —sonreí con ironía y expulsé aire por la nariz en un gesto despectivo.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó pasándome el último plato.

—Le dejé a medias, le dije que parara justo cuando la cosa estaba empezando a caldearse. Y lo peor de todo es que había empezado yo.

—¿Por qué le hiciste eso? —tenía la frente arrugada, no era buena señal.

—Ahora ya no te parece tan genial ¿eh? —dije limpiando el agua con una bayeta, Sara se sentó en la mesa de la cocina.

—Es que no entiendo por qué perdiste la oportunidad de estar con él, es un chico muy majo.

—Precisamente por eso —contesté quitándome los guantes y guardándolos en un armario bajo el fregadero.

—Mira Em, vas a tener que hablar más claro porque no entiendo nada de lo estás diciendo.

Asentí y me senté frente a ella en la mesa.

—No me acosté con Leo porque no quiero hacerle daño, se está portando muy bien conmigo, no sería justo para él —entornó los ojos estudiándome y lo comprendió todo.

—Aún sigues con eso ¿no? —dijo refiriéndose a John.

—No es fácil olvidarle ¿sabes? —ella movió la cabeza con afectación.

—Tienes que hacerlo Emma, no puedes seguir así, esto va a acabar contigo —suspiré y miré hacia otro lado, la teoría me la sabía de memoria, mi problema era llevarlo a la práctica.

—De todas formas —continuó— hay algo que no me cuadra.

—¿Qué?

—Si sigues enamorada de John ¿a qué ha venido tu comportamiento de esta noche? —me encogí de hombros.

—No tengo ni la más remota idea. No sé a qué venían los celos.

—¿Qué sientes por Leo? —preguntó apoyando los codos sobre la mesa.

Dos meses atrás hubiera podido contestar a su pregunta sin problemas pero después de lo que había sentido viendo a Rita coquetear, no lo tenía tan claro.

—No sé qué decirte —contesté pensativa—. Por un lado, tengo claro que no quiero nada con él pero, al mismo tiempo... es como si quisiera tenerle guardado en una vitrina para que nadie lo tocara ¿me entiendes?

—Te entiendo más de lo que crees —dijo con mucha seguridad.

—¿En serio? —me sentí aliviada— Pues explícamelo.

—No creo que Leo te guste realmente, esto parece algo territorial.

—¿Qué?

—Verás, creo que echas de menos una figura masculina en todo este asunto y Leo ha estado protegiéndote y ayudándote desde el primer momento —asentí intrigada—. Tienes miedo de que otra persona te lo arrebatara y dejes de ser el centro de atención para él.

Lo que dijo tenía mucho sentido, los celos no respondían a cuestiones románticas sino al miedo por perder su protección.

—Creo que tienes razón, pero eso me convierte en un ser despreciable y egoísta.

—Son los dos adjetivos que mejor te definen —contestó muy seria y las dos empezamos a reír.

Capítulo 19

A mediados de noviembre los adornos navideños empezaron a decorar las calles de la ciudad. ¿Era cosa mía o cada vez los ponían antes? La verdad es que no me importaba demasiado, me encanta la Navidad, siempre ha sido así. A mucha gente le parece una época triste pero no es mi caso, disfruto paseando por las calles iluminadas y con el ajeteo de la gente comprando los regalos de última hora. Me encanta el frío y tener que abrigarme mucho para salir de casa, encender la calefacción y comer turrón y polvorones...

No puedo evitarlo, soy así de ñoña.

Caminaba hacia Blasco Ibáñez con un abrigo gris que me hacía parecer papá Noel y un gorro de lana de colores. Me sentía enorme y ridícula —está claro que el verano es una época mejor para lucir el embarazo.

Llegué a la parada de autobús donde había quedado con Sara —ya casi no cogía el coche pues acababa doliéndome la espalda. Rita nos había convencido para hacernos un tratamiento de belleza pre-navideño. La vi llegar encogida y soplándose las manos.

—Joder qué frío —dijo poniéndose a mi lado.

—No es para tanto exagerada —me miró alzando las cejas.

—¿Es que no estás helada?

—No. Son las ventajas de ser una enorme bola de grasa.

—¿Quién es la exagerada? ¡Pero si casi no has engordado!

—¿12 kilos te parecen pocos? —contesté.

—Una prima mía engordó 30 —dijo estirando el cuello para ver si llegaba el autobús.

—¿Qué hacía? ¿Comer tres jabalíes al día? —pregunté sorprendida.

—Se levantaba de madrugada a hacerse tostadas con Nocilla. Ya viene.

El 81 se detuvo delante de nosotras emitiendo un silbido y apestando a humos de tubo de escape. En el lateral llevaba publicidad del estreno de *Ragnarok, la batalla del fin del mundo*, la película que John había rodado en Islandia.

—Vale, no lo mires directamente y sube al autobús —dijo Sara empujándome hacia las escaleras mientras yo me volvía intentando leer el anuncio.

Nos quedamos de pie apretujadas en medio de la multitud y cuando estaba a punto de resignarme por morir asfixiada, un alma caritativa se apiadó de mí y me cedió el asiento.

—Muchas gracias —le dije al chico que había tenido el detalle, él me sonrió mientras se levantaba—. Para que luego digan que la gente joven no es educada.

—Calla y siéntate, pareces una vieja —dijo Sara en voz baja.

—¿Has visto el anuncio?

—Sí, lo he visto —Sara miraba por la ventanilla.

—Últimamente lo veo en todas partes.

—Es normal, esa gente no escatima en publicidad.

—Ya, pero es que esto siempre pasa cuando creo que lo estoy superando —dije pensativa—. Estoy bien una temporada y de repente ¡bum!

Di un golpe al asiento delantero haciendo que la señora que estaba sentada en él me perdonara la vida con la mirada. Le sonreí con timidez, arrepentida y ella volvió a mirar hacia delante moviendo la cabeza.

—A veces me arrepiento de haberle conocido... —continué.

—No digas eso, vas a tener una hija suya.

—Y me quejo de las cosas que me recuerdan a él...

—Todo esto lo has decidido tú —dijo muy seria—. Ahora tendrás que asumir las consecuencias. Nadie te dijo que esto iba a ser fácil, Emma.

—Tienes razón, deben ser los nervios de última hora —Sara me sonrió con cariño y me acarició el pelo.

—Tranquila, estamos todos contigo.

.....

Entramos en la peluquería e Izabela me ayudó a quitarme el abrigo mientras Sara colgaba el suyo en una percha.

—¿Qué ti vas a haser? —me preguntó con su acento del este.

—Una puesta a punto general —dije bromeando. Izabela me sonrió sin entender qué le había dicho y se dirigió a colgar el abrigo.

—Ya te he dicho que no entiende tus ironías —dijo Rita acercándose a nosotras—. Esperad que acabe con estas dos —señaló a dos adolescentes que estaban poniéndose unas horribles extensiones— y me pongo con vosotras —le examinó un mechón canoso a Sara y añadió— veo que va a ser un trabajo duro.

Sara le levantó el dedo corazón haciéndome reír.

—Iza ¿has visto qué amigas más educadas tengo? —dijo Rita en voz alta caminando hacia las adolescentes. Izabela nos miró sonriendo.

Cogí un ejemplar de *Elle* del revistero.

—¿Qué te apuestas a que hay alguna foto o alguna entrevista suya? —le dije a Sara que movió la cabeza poniendo los ojos en blanco. Qué pesada, decía su cara.

Gracias a Dios no había ninguna. Estaba ensimismada leyendo un reportaje sobre la última colección de Manolo Blahnik y preguntándome cómo había podido incorporar una máscara samurai a un zapato de tacón cuando Rita se acercó a nosotras.

—¡Listo! Ya podemos empezar con las limpiezas de cutis —se volvió a Izabela que estaba cobrando a las dos chicas de las extensiones—. Tú ponte con Emma, Sara tiene el cutis más complicado.

—¿Vas a estar todo el rato machacándome? —preguntó Sara cabreada.

—No le provoques o saldremos de aquí como esas dos —dije en voz baja señalando a las dos monstruosas adolescentes que parecían personajes de Barrio Sésamo.

—El cliente manda —dijo Rita encogiéndose de hombros— ¿Qué le voy a hacer si son unas horteras?

—Negarte a hacerles eso —contestó Sara indiferente.

—El otro día lo hice. Una mujer de unos 50 años me pidió que le depilara el chichi en forma de corazón— Izabela, Sara y yo empezamos a reír.

—¿Y qué le dijiste? —pregunté.

—Le dije: “Si quiere trabajos artesanales búsqese otro sitio, aquí sólo hacemos Kojaks, brasileños y triángulos equiláteros”.

—¿Y qué hizo? — dijo Sara limpiándose una lágrima.

—Se hizo un Kojak la tía.

.....

—No hay nada que hacer —dijo Rita aplicándole una mascarilla a Sara—, ese tío es de piedra, no reacciona, voy a darle por imposible.

—¿De quién habla? —me preguntó Izabela que estaba haciendo lo mismo conmigo.

—De Leo, el chico del pub —contesté sin poder mover casi la boca.

—¡Ah! —dijo ella— es muy mono.

—A veces me parece que le doy asco, hace que me sienta como una acosadora, jamás me había pasado algo así —untaba con brusquedad la cara de Sara con un pincel.

—¡Au! ¡Yo no tengo la culpa, joder! —dijo Sara apartándole la mano.

—Perdona cariño, es que me pone negra.

Yo escuchaba la conversación y me preguntaba cómo era posible que Leo no hubiera sucumbido a sus encantos. Cuando se lo proponía, Rita era implacable y además, una mujer preciosa y divertida. Cualquiera hubiera estado encantado de estar a su lado. No pude evitar sentirme algo halagada por saber que él sí deseaba estar conmigo incluso en las circunstancias en las que me encontraba. Rita podía hacerte sentir inferior a veces, había sido duro crecer a su lado como la mujer invisible.

—¿Os vais a algún sitio estas vacaciones? —preguntó Izabela.

—No, este año nos quedamos todos aquí a esperar a Erin —dijo Sara volviendo la cabeza hacia mí—, Emma ya no está en condiciones de viajar.

—Ya no estoy en condiciones ni de atarme los zapatos —dije yo.

.....

Al entrar en casa, subí a pasar el rato a la habitación de Erin; últimamente lo hacía con mucha frecuencia, me encantaba estar allí, era relajante. Sara había hecho un buen trabajo decorándola en tonos fucsias y blancos.

Cogí de la estantería un álbum de fotos vacío que había comprado con la esperanza de llenarlo de recuerdos y me senté en la mecedora hojeándolo como si estuviera lleno. Fui pasando las páginas en blanco imaginándome las fotos que dentro de poco lo llenarían: su primera foto en el hospital conmigo al lado hecha polvo, su primer cumpleaños, un mechón del primer corte de pelo...

Me prometí a mí misma que lo rellenaría y apuntaría cada fecha y cada dato para poder recordar cualquier mínimo detalle de la vida de mi hija. Pensé en John que iba a perderse todas esas pequeñas cosas y me sentí triste por él.

Capítulo 20

Erin llegó el 30 de diciembre, con una semana de retraso.

Una semana desesperante en la que mi cuerpo parecía a punto de reventar por la retención de líquidos, mi cara se deformó convirtiendo mis labios en dos salchichas y el mal humor hizo que dirigirme la palabra fuera algo parecido a desactivar una bomba. La peor parte se la llevó mi madre que aguantó mis bufidos con estoicismo, demasiado feliz por la llegada de la niña para perder el tiempo discutiendo conmigo.

Sentí las primeras contracciones de madrugada pero conseguí mantener la calma y esperar a una hora decente para empezar a llamar a todo el mundo. Preparé la bolsa para el hospital, me duché, me depilé haciendo verdaderos malabarismos porque a aquellas alturas me resultaba imposible ver mis partes nobles y desayuné algo ligero.

Me sorprendí a mí misma al encontrarme tan tranquila, los dolores eran soportables, la cosa no era para tanto como decían.

Já.

A las 9 llamé a Sara que, gracias a Dios, estaba de vacaciones.

—Estoy de parto —dije muy serena.

—¡No puedo creerlo! ¡Por fin! —contestó— ¡Por fin perderemos de vista al clon demoníaco de Carmen de Mairena!

—El clon aún está en forma y con ganas de patearte el culo por los dolores.

—¿Te duele mucho? —preguntó.

—No, se puede soportar, la gente es muy exagerada.

—¿Has expulsado el tapón mucoso?

—¡Ay Dios! ¿Qué es eso? —oí a Sara reír al otro lado de la línea.

—Yo qué sé, es algo que le oí decir a mi cuñada —contestó—. Bueno, ¿qué quieres que haga?

—Quiero que vayas a recoger a mi madre y la traigas aquí, yo iré llamando al médico.

—Estoy en ello.

.....

Una media hora después les abrí la puerta y mi madre entró como una exhalación. Sara tenía la cara desencajada de aguantarla.

—¿Has llamado al Dr. Santis? —dijo cogiendo mis manos y mirándome como a un enfermo terminal.

—Sí mamá... me ha dicho que vaya hacia el Clínico pero que él no me atenderá a no ser que se presenten complicaciones.

—¿Qué has dicho? —preguntó mi madre estupefacta.

—Dice que los partos los atienden las matronas.

—Ay mare... —dijo mi madre muy nerviosa poniéndose una mano en la boca— Como si estuviéramos en el Amazonas...

Sara que estaba detrás de ella se colocó dos dedos en la sien y apretó el gatillo haciendo que estuviera a punto de reírme en la cara de mi madre. Por suerte, ésta se dirigió al salón para comprobar que mi bolsa estuviera en perfectas condiciones.

—No puedo, no puedo de verdad —dijo en voz baja.

—Ten paciencia —contesté—, no me dejes sola con ella, por favor...

—Me debes una muy grande, Emma, una pero que muy grande —dijo levantando el dedo índice.

—Lo que quieras.

Mi madre volvió del salón disgustada porque la bolsa que había preparado no era de su agrado.

—¡Emma, por Dios, sólo has cogido dos pijamas para la niña!

—¿Es que hacen falta más? No se va a poner a levantar pesas ni nada —su mirada me advirtió de que no era momento para comentarios irónicos.

—Rita —dijo.

—Soy Sara.

—Lo que sea —contestó haciendo un gesto indiferente con la mano—. Ve a la habitación y coge tres pijamas más para Erin.

—A sus órdenes mi comandante —susurró Sara pasando por mi lado, mi madre no se dio cuenta.

—¿Has cogido pañales? —preguntó.

—Me dijo Claudia que te los daban en el hospital —contesté.

—Claro y tú vas a permitir que la niña lleve pañales del hospital ¿no?

—¿Qué tienen de malo los pañales del hospital mamá? —abrió los ojos como si no creyera lo que estaba oyendo y se alejó por el pasillo cruzándose con Sara que volvía con los pijamas.

—Te debo una muy grande —dije cuando llegó a mi altura.

—Pero que muy grande —contestó.

.....

En la habitación del hospital había dos camas pero, por fortuna, la otra estaba vacía y me alegré por no tener que compartir mi experiencia —y mi madre— con desconocidos.

Ésta caminaba por la habitación guardando cosas en una especie de taquilla y Sara sentada en un sofá observaba todos sus movimientos y me miraba de reojo de vez en cuando.

—¿Has llamado a Rita? —pregunté desde la cama.

—Sí, pero tiene mucho trabajo con lo de la Nochevieja. Vendrá en cuanto pueda y Carlos también.

—Muy bien. ¿Y Leo? —añadí.

—Carlos se lo ha dicho, tranquila.

En ese momento sentí un dolor horrible y mi abdomen se puso rígido como una piedra, me encorvé hacia delante y emití un gruñido largo y lastimero como el de un animal herido. Sara y mi madre se acercaron a mí alarmadas hasta que el dolor cesó.

—¡Cariño! ¿Te ha dolido? —la miré con la cara roja.

—No mamá, es que de vez en cuando me da por imitar a *Chewacca*— me volví hacia Sara asustada—. Ésta ha sido muy fuerte, no había tenido ninguna así.

—Esto no ha hecho más que empezar, hija —dijo mi madre dándome unos molestos golpecitos en la mano.

—Gracias mamá, necesitaba oír algo así, ahora estoy más tranquila —ella se encogió de hombros y siguió cambiando las cosas de sitio.

Llamaron a la puerta y una enfermera enorme con el pelo cardado entró en la habitación.

—Hola, soy Julia y voy a ser tu matrona ¿cómo te encuentras? —preguntó sonriendo. No era muy mayor pero el sobrepeso y su peinado pasado de moda le hacían parecerlo.

—He tenido días mejores —contesté incorporándome.

—Bueno, bueno, no será para tanto, ya lo verás. Ahora tumbate y separa las piernas, voy a examinarte —dijo poniéndose un guante.

Obedecí y me introdujo en la vagina lo que me pareció un puño entero mientras empujaba mi vientre hacia abajo. Sara contemplaba la escena con los ojos muy abiertos.

—Esto pinta muy bien —dijo alegremente quitándose el guante como si no acabara de hacer lo que había hecho— has dilatado tres centímetros. Dentro de un rato vendré a romperte la bolsa. Hasta luego —dijo saliendo de la habitación.

Miré a Sara aterrorizada.

—Que me va a romper *¿el qué?*

.....

Lo que pasó a continuación es un recuerdo difuso de gente entrando y saliendo de la habitación, Sara y mi madre alternándose para coger mi mano y secarme el sudor, y dolor y más dolor hasta que un buen hombre que dijo ser el anestesista, me administró la epidural y dormí aliviada durante un par de horas.

Julia me sacó de mi ensoñación volviendo a repetir la operación *introducción de puño* e informándome de que estaba lista para bajar al paritorio —no me gustó nada esa palabra.

Permitieron a mi madre acompañarme y dejamos a Sara preocupada en la habitación.

—Tranquila Emma, todo saldrá bien —dijo apretándome la mano antes de que me sacaran de allí empujando la cama. Mi madre caminaba a mi lado sonriéndome sin parar.

El paritorio era una fría y estéril habitación de azulejos blancos llena de gente con pijamas verdes. Me ayudaron a subir al temible potro y alguien se acercó a mí, era el Dr. Santis. Su bronceado era casi grotesco en aquella situación.

—Hola cariño, he pasado a ver cómo ibas, me han dicho que lo estás haciendo fenomenal.

—Eso se lo dirá a todas —le dije con voz cansada.

—Ahora quiero que hagas fuerza como si estuvieras haciendo caca.

¿Había dicho lo que yo creía o era un sueño provocado por la anestesia?

Mi madre casi irreconocible por la bata y un gorrito de plástico nada glamouroso se colocó a mi lado y me apretó el hombro para darme ánimos.

Grité y empujé durante lo que me pareció una eternidad mientras todos a mi alrededor me instaban a que empujara más todavía. ¿Es que se habían vuelto locos? Si empujaba más iba a explotarme el culo.

De repente, todo acabó y sentí un alivio indescriptible cuando Erin salió de mi cuerpo y la oí llorar por primera vez. Mi madre y yo nos miramos con lágrimas en los ojos y supimos que aquel era el mejor día de toda nuestra vida.

Capítulo 21

—Es preciosa —decía Rita con Erin entre sus brazos—. Mi madre le observaba dispuesta a arrebatársela en cualquier momento si se le ocurría hacer algún movimiento extraño— y no lo digo por decir, es preciosa de verdad.

Le sonreí desde la cama, estaba agotada y no tenía humor para nada, no había podido dejar de llorar desde que había salido del paritorio.

—Me toca —dijo Sara alargando los brazos para cogerla. Mamá supervisó la *operación cambio de brazos* con los dientes tan apretados que temí que se le hicieran añicos como a un dibujo animado—. Qué monada... tan pequeñita...

—No es tan pequeñita, te lo puedo asegurar —contesté sonándome la nariz con un pañuelo de papel—, tengo varios puntos que lo prueban, si quieres te los enseño.

—Puagh —Sara puso cara de asco.

—No quiero ni verme el chirri, debe parecer carne picada.

—¡Por Dios Emma! ¡No seas tan vulgar! —dijo mi madre haciendo que Rita riera por lo bajo.

Sara se acercó a mí y dejó a Erin entre mis brazos. Era una preciosidad tranquila y sonrosadita con un gorrito blanco. Mi madre la había enrollado literalmente en una manta rosa y parecía un gusanito dentro del capullo. Le toqué la diminuta nariz con la punta de mi dedo, ni se inmutó.

Julia entró en la habitación sonriendo.

—¿Cómo va la cosa? ¿Todo bien?

—Sí, de momento no hace nada, sólo dormir —contesté.

—Vengo a enseñarte cómo tienes que darle el pecho, ¿estás en condiciones? —dijo sentándose en la cama y desestabilizando mi equilibrio.

—Claro.

—Muy bien —miró a las tres mujeres que rodeaban la cama expectantes—. ¿Quieres que se queden?

—Tú prueba a decirles que salgan a ver qué pasa —Julia sonrió.

—Muy bien, pues venga, teta fuera —dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia mi escote. Le obedecí dejando al descubierto uno de mis desconocidos pechos. ¿Cómo era posible que hubieran crecido tanto? Acerqué la cabeza de Erin hacia el pezón y empezó a succionar sin demasiadas ganas.

—No parece que haga mucha fuerza —dije mirando a la pequeña.

—Ábrele más la boca —contestó.

Puse un dedo sobre su barbilla y empujé hacia abajo para hacer lo que Julia había dicho, la cosa mejoró pero al cabo de unos segundos Erin dejó de succionar y movió la cabeza apartándose. Miré extrañada a Julia.

—No te preocupes, a algunos bebés les cuesta más que a otros —dijo acariciando su cabecita — pero tienes que seguir insistiendo, si no, no tendrás la subida de leche, ¿entiendes?

Asentí con la cabeza.

—Debe haberse asustado al ver el tamaño de sus pezones, parecen dos galletas maría —dijo Rita haciéndonos reír a todas excepto a mi madre que le lanzó una mirada furibunda.

.....

No recibí muchas visitas durante mi estancia en el hospital. Mi madre no tenía familia y había discutido con toda la de mi padre, así que sólo vinieron a verme unos pocos conocidos, entre ellos Hans que trajo un montón de globos y alguno de mis clientes más antiguos como el Sr. Luis, que me regaló un lote de pañales y productos para el cuidado del bebé, era un encanto.

Pasé, por lo tanto, la mayor parte del día de Nochevieja en la cama viendo programas de cotilleo en compañía de mi madre que estaba más callada de lo habitual.

—¿Qué te pasa mamá? —le pregunté, consiguiendo desviar su atención de la pantalla y del apasionante duelo entre la ex de un torero y su mujer actual.

—Nada, ¿qué me tiene que pasar? —contestó con ojos tristes. Eso no era propio de ella y me preocupó.

—Sé que te pasa algo, dímelo por favor —ella suspiró y acercó la butaca a mi cama.

—Es que no puedo dejar de pensar en lo duro que te va a resultar todo esto sin nadie a tu lado —me acarició la mano con suavidad.

—No seas tonta mamá —dije sonriendo— os tengo a vosotras.

—Ya lo sé Emma pero... a pesar de eso, me veo obligada a decirte que siempre va a haber un enorme vacío —me miró a los ojos, preocupada—. Criar a un hijo sola es muy difícil, puede llegar a ser muy deprimente, debes estar preparada ¿entiendes?

—Entiendo —contesté.

—Ya sabes que voy a estar a tu lado para apoyarte en todo momento —apreté mi mano y asentí— pero no puedo protegerte de ciertas cosas... —hizo una pausa y miró por la ventana— como de lo doloroso que te va a resultar ver a matrimonios felices con sus hijos, de lo solitarias que van a ser algunas madrugadas, del momento en que tengas que decirle a Erin dónde está su padre y por qué no vive con vosotras...

—Sé lo que quieres decir mamá —dije sonriéndole con cariño— pero soy fuerte, saldré de ésta, no debes preocuparte por mí —miré a Erin que dormía en el moisés— estaremos bien...

Mi madre pareció tranquilizarse y relajó el semblante, había dicho lo que pensaba y el peso sobre sus hombros desapareció.

Alguien llamó a la puerta y Rita, Sara, Carlos y Leo entraron en la habitación.

—Hola —dijo Sara en voz baja para no despertar a la pequeña.

—Hola a todos —miré a Leo sonriendo, él me devolvió la sonrisa con timidez y se dirigió al moisés para ver al bebé.

—Es preciosa —dijo acariciándole el pelo. Me resultó extraño verle hacer un gesto tan delicado, me gustó.

—Ha salido a su madre —contesté guiñándole un ojo.

—Sí claro... lo que tú digas —se quitó el abrigo negro y lo dejó sobre la cama de al lado.

—Hemos venido a felicitaros el año nuevo... —dijo Rita y añadió con poca convicción mirando a mi madre— a las tres.

—Gracias —contestó ella.

—Va a ser un poco deprimente estar aquí mientras todos estáis de juerga ¿a dónde vais a ir? —pregunté.

—Estaremos en el pub —dijo Carlos señalando a Leo.

Pensé que Rita tenía toda la noche para flirtear a sus anchas y Leo estaba especialmente guapo aquella tarde. Volví a sentir otra inexplicable punzada de celos y él, notando que le observaba, levantó las cejas: *¿Qué te pasa?* Moví la cabeza y levanté un hombro para quitarle importancia. No conseguí convencerle.

Mi móvil empezó a sonar y mi madre se levantó a cogerlo de la repisa de la ventana.

—Qué número tan raro —dijo acercándose el aparato—. Es larguísimo.

Cogí el teléfono y fruncí el ceño al ver la pantalla.

—¿Diga? —contesté extrañada.

—Emma... soy John.

Mi corazón dejó de latir.

Diosdiosdiosdios.

No estaba preparada para aquello, no podía articular palabra y por la forma en que todos me miraban, mi cara debía ser aterradora.

Les miré y noté sorpresa en todos sus rostros al comprender quién era la persona que había al otro lado de la línea —en todos excepto en el de Leo. Supe en ese momento que había sido él quien le había avisado.

—Emma... ¿estás ahí? —preguntó John. Su voz sonaba muy lejana y al fondo se oía mucho ruido, parecía música, una fiesta quizá.

—Sí, perdona un segundo —apoyé el teléfono en mi pecho para amortiguar el sonido— ¿Podéis dejarme sola un momento por favor?

Una vez hubieron abandonado la habitación, no sin antes mirarme con preocupación, respiré hondo y me preparé para tener una difícil conversación.

.....

—Ya estoy contigo —dije—, tenía demasiado público.

—¿Cómo estás? ¿Ha ido todo bien?

—Sí, muy bien... doloroso pero bien.

¿Doloroso pero bien?

¿Cómo podía haberle dicho semejante tontería?

—Leo llamó ayer para decírmelo; me extrañó, creí que me llamarías tú.

No sabía qué contestarle, la verdad era que no pensaba llamarle.

—No ibas a llamarme ¿verdad? —dijo John leyéndome el pensamiento.

—No. Pensé que sería mejor así.

—No te culpo, la verdad —contestó—. A mí también me ha resultado duro llamarte sobre todo después... de lo que pasó la última vez.

Recordé aquella terrible tarde en Akureyri, pensé en cómo me había mirado y en las cosas tan terribles que había dicho pero no sentí el mismo dolor, el tiempo lo había mitigado.

—Lo siento tanto, Emma... —dijo con tristeza—, no debí reaccionar así.

—Tenías todo el derecho a hacerlo —contesté.

—Podía haberlo hecho de otra manera, no pasa un día sin que me arrepienta.

—Ya no tiene importancia... —cerré los ojos e intenté imaginar su cara. ¡Cómo le echaba de menos!...

—Bueno, sólo quería que lo supieras —dijo con suavidad—. Hoy me siento especialmente culpable, debe ser porque es Nochevieja y estoy algo borracho.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—Estoy en una estúpida fiesta en Tokio; aquí estamos en plena celebración, son casi las dos de la madrugada —su voz sonaba cansada.

—No parece que lo estés pasando muy bien.

—Preferiría estar en otro sitio, la verdad...

¿Dónde preferirías estar?

—Siempre puedes ligarte a una japonesa y llevártela al hotel, pero ten cuidado no vayas a dejarla embarazada —intenté bromear, pero con cada palabra sentía una creciente opresión en el pecho.

—Muy graciosa... —contestó.

—Por si te sirve de consuelo, yo voy a pasar la noche de fin de año en una habitación de hospital. Es mucho peor que estar en una fiesta en Tokio.

—¿Tú sola? —preguntó sorprendido.

—No, con mi madre —contesté con rapidez como si eso lo hiciera menos patético—. Bueno... y con ella... —añadí.

John hizo una larga pausa. No había preguntado por la niña y me sentí algo incómoda por haberla mencionado, quizá no quería hablar del tema.

—¿Cómo... es? —preguntó por fin, su voz sonaba más grave como si tuviera un nudo en la garganta y mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Es preciosa... —contesté mirando a Erin que iba a tener que crecer sin conocer a su padre y me sentí tan triste por ella que no pude evitar emitir un sollozo.

—No llores Emma... —dijo en voz baja.

—Lo siento... no puedo evitarlo.

Las lágrimas resbalaban por mi cara y era incapaz de contenerlas. El sentimiento de pérdida era tan fuerte que tuve ganas de gritarle:

¡Quiero que vengas a por nosotras, quiero estar a tu lado en cualquier parte del mundo, en Tokio o donde sea, por favor, llévanos contigo!

Jamás me atrevería a pronunciarlas en voz alta.

—Siento que las cosas hayan ido así... de verdad —para John tampoco era fácil, todo aquello era tan triste...

—Yo también —contesté un poco más serena.

—Emma ¿te importaría que te enviara algo para... —dudó unos instantes— ... para ella?

—Claro que no, puedes enviarle lo que quieras —contesté.

—Entonces lo haré.

Permanecimos en silencio unos segundos. Ya no quedaba nada más por decir, el momento de despedirnos se acercaba y una parte de mí sospechaba que sería la última vez que hablaba con él. Se me partió el corazón.

—¿Cómo se llama? —preguntó casi con miedo.

—Erin —contesté.

—Erin —repitió—. Me encanta.

No podía contestarle, no me quedaban fuerzas.

—Cuidaos mucho las dos ¿vale? —no obtuvo respuesta y añadió —Adiós, Emma.

Adiós, Emma.

—Adiós, John —estaba tan acongojada que mi voz sonó como un graznido agudo y desagradable.

Cortó la comunicación.

Tiré el móvil sobre la cama y me tapé la cara con las manos sollozando; era imposible controlarlo más, tenía que expulsar todo mi dolor, no podía retenerlo.

La puerta se abrió y mi madre se asomó preocupada al oírme llorar de aquella manera. Se acercó a la cama y me abrazó con fuerza. Fue reconfortante y apoyé mi cara contra su pecho. Los demás fueron entrando poco a poco y Sara y Rita también se acercaron a consolarme.

Era imposible, la desesperación por no estar con él y la sensación de que no podría superarlo me estaban ahogando.

Carlos y Leo se mantuvieron más alejados, incómodos por tener que presenciar aquella escena. Les veía allí de pie borrosos por las lágrimas y sentí que Leo se acercaba a mí. Pensé que iba a decirme algo pero cogió el abrigo de la cama y salió de la habitación.

Aquello era demasiado para él.

Capítulo 22

Permaneció mirando el teléfono, en la habitación en la que se había refugiado, sin saber muy bien qué hacer a continuación. No tenía ni idea de a quién pertenecía aquella casa llena de desconocidos. Les oía reír y celebrar ruidosos la llegada del año nuevo y eso le hacía sentirse más solo todavía.

¿Había hecho lo correcto llamando o había empeorado las cosas?

Ella parecía tan triste... no podía evitar sentirse culpable por todo aquello. Bebió un sorbo del vaso que había sobre la mesa y se apoyó en el respaldo del sofá, abatido.

No estaba sola, había visto las fotos del verano. Ella y Leo se besaban a la puerta de su casa y después entraban juntos.

¡Cuánto le había dolido verlas!

El embarazo la hacía más bella todavía. Se le había revuelto el estómago al ver cómo él la besaba.

Se sintió como un egoísta y una especie de mirón depravado al encargar aquellas fotos pero necesitaba saber cómo estaba llevando aquella situación sin desestabilizar todo su mundo apareciendo sin más. No podía evitar sentir preocupación por ella, aún le gustaba. A veces, de madrugada, tumbado en la cama, incluso estando acompañado, recordaba sus increíbles ojos azules y el olor de su piel... la echaba de menos.

¿Por qué todo tenía que haberse complicado de aquella forma?

La puerta de la habitación se abrió y la luz que entró por la puerta le hizo entornar los ojos.

—Estás aquí... —dijo la elegante mujer desde el umbral— llevo buscándote un buen rato.

—Necesitaba relajarme.

—¿Lo has conseguido? —preguntó ella sonriendo.

—No.

—Pues venga, levántate y vamos a divertirnos un rato.

—Está bien —dijo suspirando mientras se levantaba del sofá.

La mujer del vestido negro alargó la mano y John se la tomó sin demasiadas ganas.

Capítulo 23

Los primeros días del año son de lo más deprimentes para mí. Los asocio con resacas, propósitos que no voy a cumplir y una sensación incómoda de incertidumbre por no saber lo que me deparará el resto del año.

Y todo eso en circunstancias normales.

Sin embargo, las presentes circunstancias elevaron la primera semana del año nuevo de la categoría de deprimente a una de las peores de mi vida.

Por la mañana del día 2 recibí el alta del hospital y Sara, Rita y mi madre me acompañaron a casa dispuestas a echarme una mano con mi “nueva situación”, asegurarse de que no me faltara nada y de que Erin y yo estuviéramos lo más cómodas posible.

Permanecí sentada en una butaca en el salón mirando la tele sin verla y perdida en mis pensamientos mientras mi hija descansaba en un moisés a mi lado, ajena a lo que ocurría a su alrededor, gracias a Dios. Oía a mi madre a lo lejos dando órdenes y organizándolo todo mientras mis amigas hacían de tripas corazón e intentaban acatarlas lo mejor posible. Se estaban ganando el cielo. No tenía fuerzas para llamar la atención de mi madre aunque no me gustara la forma en que se dirigía a ellas, simplemente no tenía ganas de hablar.

Cada vez que una de ellas entraba en el salón para informarme de que había dejado tal cosa en tal sitio o preguntarme si me parecía bien que guardara los pañales en tal armario, sólo recibía por mi parte una mirada ojerosa y un leve asentimiento de cabeza haciendo que abandonara el salón con el semblante preocupado.

Sobre el mediodía, la actividad en la casa fue cesando poco a poco; todo estaba en orden, limpio y preparado para introducir a la pequeña Erin en mi vida.

Mi madre entró en el salón y se situó frente a mí tapándome la tele:

—Hija, me voy a los juzgados a inscribir a Erin en el Registro, ¿necesitas algo?

Negué con la cabeza. Se acercó a mí y me cogió por la barbilla obligándome a levantar la vista.

—Mírame —ordenó—. No puedes seguir así por culpa de ese hombre. No lo voy a consentir. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí —contesté deseando que cerrara el pico.

—Ahora debes cuidar a una niña que no tiene la culpa de lo que te está pasando, así que alegra la cara y empieza a comportarte como una adulta.

Si lo que pretendía era infundirme algo de ánimo, no lo consiguió, pero se dio por satisfecha con su perorata y salió de la casa.

Rita y Sara no tardaron en entrar en el salón y se sentaron exhaustas en el sofá.

—Te mereces una medalla por haber aguantado a tu madre durante tantos años —dijo Rita ahuecando un cojín y apoyando la cabeza sobre él.

Esperé a que dijera algo pero le sonreí sin ganas y seguí con la tele, Sara y Rita se miraron con preocupación.

—A lo mejor te viene bien hablar de ello —dijo Sara.

—No lo creo —contesté.

Se acercó a mí y me cogió la mano.

—No soportamos verte así ¿qué podemos hacer Emma? —le acaricié la cara.

—No te preocupes, se me pasará...

—¿Te dio la sensación de que volverías a verle? —preguntó Rita.

—No —contesté.

Erin empezó a quejarse y revolverse nerviosa, le tocaba comer. La saqué del moisés y me dispuse a darle el pecho —después de hacerlo cada dos o tres horas, una iba cogiendo el tranquilo.

—Sólo me dijo que quería enviarle un regalo —hice un movimiento de cabeza en dirección a la pequeña que succionaba uno de mis pechos con avidez.

—Bueno, algo es algo... —dijo Rita.

—Lo hace porque se siente culpable, no dejaba de repetirlo.

—Pero eso es bueno Emma —dijo Sara—, por lo menos demuestra preocupación, podría haber pasado del tema y no volver a llamarte.

—No sé si hubiera sido mejor que no llamara, estoy peor que nunca.

—Puede que tengas una depresión post-parto —dijo Sara—. Mi cuñada lo pasó fatal.

—Puede... —contesté distraída.

En la tele, un hombre musculoso y brillante por el sudor, lleno de electrodos, contraía su abdomen voluntariamente mientras una mujer negra embutida en lycra, explicaba las ventajas del AbdoPower 3000 y nos informaba de que no estaba disponible en tiendas habituales. Nos hizo reír y el ambiente se distendió.

—¡Antes de que se me olvide! —dijo Sara chasqueando los dedos— Quiero que te prepares. Tu madre amenaza con quedarse aquí quince días enteritos con sus días y sus noches.

—¿Qué? —contesté aterrorizada, Erin dio un respingo.

—Nos lo ha dicho antes ¿verdad Rita? —ésta asintió levantando las cejas.

—Es lo que me faltaba, ni pensarlo.

—Pues lo tiene bastante claro —dijo Rita.

—Pensándolo bien, a lo mejor te ayuda tenerla en casa, ahora no estás para nada, pareces un alma en pena —Sara parecía triste.

Me imaginé lo que sería tenerla en casa. Su obsesión por el orden y la limpieza no me importaba, de hecho, lo había heredado de ella, era su carácter dominante lo que me sacaba de quicio. Acabaría diciéndome hasta la hora de ir a dormir y no pensaba pasar por eso.

—Cuando vuelva le quitaré la idea de la cabeza.

—Buena suerte —dijo Rita escéptica.

—¿Quieres que nos quedemos nosotras? —preguntó Sara—. Si necesitas compañía...

—No, prefiero estar sola, quiero adaptarme a Erin sin ayuda —acaricié su pelo con dulzura. ¿Cómo podía quererla tanto?

—Lo que tú digas.

Rita se incorporó y nos miró intrigante.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Sara, Rita le sonrió e hizo una larga pausa.

—Bueno... —contestó haciéndose la interesante— ya que no va a haber fiesta del pijama, creo que debería contaros algo.

—¿Qué? —pregunté sin ganas.

—En nochevieja me acosté con Leo.

Cruzó los brazos y se apoyó en el respaldo mirándonos como una niña que ha sacado buenas notas y espera la aprobación de sus padres.

—¿Qué? ¿Cuándo? —preguntó Sara extrañada y me dirigió una mirada preocupada.

—Cuando os fuisteis a casa me quedé en el pub y le ayudé a recoger —dijo con voz cantarina.

—¿Tú? ¿Recoger? —Rita hizo caso omiso de su comentario, nada iba a jorobarle el momento.

—Una cosa llevó a la otra... y acabamos haciéndolo... ¡encima de una mesa! —se mordía el labio inferior emocionada, esperando nuestra reacción.

Levanté a Erin y la apoyé sobre mi hombro para hacerla eructar sin dejar de mirar a Rita. Intentaba mantenerme ocupada para poder procesar con calma aquella información, no tenía ni idea de cómo tomármelo... Sara me observaba incómoda pero Rita disfrutaba tanto de su momento de gloria que no se daba cuenta de nada.

Leo era una persona importante para mí al igual que Rita y les deseaba toda la felicidad del mundo. Si habían decidido echar un polvo ¿quién era yo para cuestionarlo y mucho más después de haberle rechazado? Estaba claro, debía alegrarme por ellos, pero entonces... ¿por qué imaginármelos follando sobre una mesa me provocaba acidez de estómago?

—Me alegro por ti, veía peligrar tu autoestima por momentos —dije con mucha serenidad ignorando la cara tensa de Sara.

—Es verdad, creía que había perdido mi toque —dijo Rita chasqueando los dedos y moviéndose al ritmo de una música que sólo sonaba en sus oídos.

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó Sara intentado recabar toda la información posible, Rita dejó de moverse y se encogió de hombros.

—Yo que sé, con él nunca se sabe y estaba especialmente raro.

Le recordé saliendo de la habitación del hospital sin mediar palabra, estaba segura de que le había molestado verme llorar así por John.

—Aunque, para seros sincera, eso de que estuviera de mal humor lo hizo mejor todavía. Es tan rudo, tan masculino... y besa taaaaan bien —continuó—. Me sentí como Jessica Lange en *El cartero siempre llama dos veces*. Me cogió por la cintura y me subió...

—Me refería a ti —Sara cortó su explicación para ahorrarme los detalles, aquello estaba empezando a afectarme muchísimo— ¿Quieres tener una relación con él o sólo ha sido un polvo de una noche?

Rita colocó con mucha gracia un mechón de rizos detrás de su oreja y miró hacia arriba meditando su contestación, cuando se ponía en ese plan tan teatral, me sacaba de quicio.

¿Seguro que es eso lo que te saca de quicio?, pensé.

—Espero que no sea un rollo de una noche, a una no le echan un polvo así todos los días, no sé si me explico... —dijo con su voz misteriosa levantando una ceja.

Se explicó perfectamente.

Capítulo 24

Conseguí convencer a mi madre de que no se quedara en casa a pesar de que lo intentó por todos los medios posibles. En el fondo me dio algo de pena verla alejándose por la acera hacia la parada de autobús. Sabía lo mucho que le gustaba sentirse útil de nuevo pero necesitaba enfrentarme sola a mi situación, era muy importante para mí, como una prueba de fuego.

Pero me arrepentí de aquella decisión casi enseguida; los primeros quince días de mi vida con Erin fueron una completa pesadilla, más por mi inexperiencia que por su comportamiento. Erin comía cada tres horas y no perdonaba ni una sola toma, ni siquiera por las noches, así que mi rutina se limitó a darle el pecho, hacerle eructar, cambiarle el pañal, dormir quince minutos y volver a empezar.

Caminaba por la casa arrastrando los pies por la falta de sueño y hecha un completo desastre. Mi pelo era una maraña descontrolada y la única prenda con la que me sentía cómoda era un raído chándal negro. A pesar de que me obligaba a ducharme todos los días me daba la sensación de que siempre olía a leche materna. Jamás me había sentido tan fea, tan gorda y tan baja de moral.

Mi madre, Sara y Rita venían casi cada día a ver cómo me encontraba, me ayudaban a bañarla y a acostarla y yo siempre acababa dormida en el sofá aprovechando que las tenía en casa. No fue fácil estar a mi lado en aquella época.

.....

Una fría madrugada de enero, Erin se despertó llorando. No conseguí calmarla ni siquiera dándole el pecho así que la bajé conmigo al salón y puse algo de música relajante. Me había empapado de información sobre el cuidado del bebé y recordé un artículo que había leído en una revista sobre los cólicos del lactante y lo importante que era mantener la calma en aquellas circunstancias.

Costó un par de canciones pero logré que se durmiera y encendí la tele, me había despejado por completo.

Me topé con la ceremonia de entrega de los Globos de Oro en el Plus. Vi pasar a Brad y a Angelina por la alfombra roja con sus elegantes trajes y sus joyas y fantaseé conmigo y con John recorriéndola. Él, irresistible con un esmoquin y yo, radiante, con un vestido largo de color negro que dejaba mi espalda al descubierto. John me cogía por el hombro con afecto y me hablaba al oído sonriendo mientras una multitud gritaba nuestros nombres y el resplandor de los flashes nos cegaba. Se nos veía felices y enamorados.

Fue doloroso despertar de mi ensoñación y encontrarme sentada en el salón de casa, a las 2 de las madrugadas, con el pelo recogido en una desaliñada cola de caballo, un pijama viejo lleno de manchas secas de leche y unas ojeras que me llegaban hasta las rodillas. No pude evitar sonreír con ironía, nunca me había encontrado tan patética.

Me sentí mal por pensar así y miré a la preciosa niña que descansaba entre mis brazos y que tenía mis ojos azules y la boca de John. Recordé cómo me había impresionado verla sonreír por primera vez. Sólo fue un reflejo mientras dormía pero el gesto y la posición torcida de los labios me resultaron inconfundibles. Conocía muy bien esa sonrisa porque me atormentaba y ahora debía convivir con ella, era como una penitencia.

Erin no se lo merecía, era consciente de ello, yo era el centro de su mundo y la persona que debía hacerle feliz. Tenía que sobreponerme y superar todo aquello, era hora de pasar página. John Davies estaba fuera de mi alcance, nunca había sido mío en realidad, incluso cuando dormíamos abrazados o hacíamos el amor siempre le sentí como algo frágil a punto de quebrarse.

Miré el televisor y me pregunté si habría asistido a la ceremonia y, si era así, quién sería su acompañante.

Ya vale Emma, déjalo.

Me obligué a apagar la tele y acostarme, estaba cansada de perder el tiempo.

.....

—Está claro que para él sólo fue un rollo de una noche —dijo Rita con tristeza.

Mi madre había insistido en quedarse con Erin para que yo pudiera ir a arreglarme el pelo o como ella lo llamó “ese manojito de serpientes”. —Pareces Medusa, hija, —dijo estirando un mechón de mi cabello y haciéndome apretar la mandíbula. Era mejor hacerle caso y salir de allí, su vida empezaba a correr peligro.

Rita me aplicaba el tinte con dejadez, se le veía abatida y no pude evitar sentirme algo culpable.

—¿No ha pasado nada más? —pregunté mirando su reflejo en el espejo.

—Nada de nada —suspiró—. Me he dejado caer por el pub unas cuantas veces pero se comporta de una forma tan distante que acaba haciendo que me sienta fatal.

Me sorprendió que Rita se tragara su orgullo de aquella forma, no era propio de ella. Ni en sueños se le hubiera ocurrido rebajarse ante ningún hombre pero era la primera vez que sufría un desengaño. Sara y yo habíamos comentado con malicia una tarde en mi casa que no le había venido mal probar su propia medicina.

—Creo que debería darte una explicación —contesté— ¿Por qué no le preguntas directamente?

—No —dijo untando la brocha en el recipiente de plástico—. Sé lo que me diría, no hace falta que le pregunte, yo he hecho lo mismo cientos de veces y en el fondo me lo merezco.

—No seré yo quien te lo niegue —dije esperando un capón pero en vez de eso, asintió resignada. Le había dado más fuerte de lo que creía.

Pensé en Leo. No había vuelto a saber de él desde aquella tarde en el hospital hacía más de un mes, ni siquiera se había dignado a pasar por mi casa para vernos a mí y a Erin. ¿Qué coño le pasaba? Fue él quien avisó a John, no yo. ¿Qué reacción esperaba? Si alguien debía estar enfadado era yo por haberle llamado sin consultarme.

Decidí que teníamos que aclarar todo aquello.

.....

Entré en el pub y le busqué con la mirada. No estaba en la barra. Me senté a esperarle en un taburete de madera y le vi salir del almacén cargando una caja de botellas de cerveza. Me miró con extrañeza, no esperaba encontrarme allí.

—No te alegras mucho de verme, está claro —dije limpiando la barra con una servilleta de papel, se me pegaba el jersey.

—¿Por qué dices eso? —contestó dejando la caja en el suelo sin mirarme.

—No lo digo yo, lo dice tu cara.

—Mi cara sólo se ha sorprendido, hace un mes que no sales de casa.

—Y lo sabes porque te has preocupado mucho por mí ¿no? —conseguí que me mirara otra vez, aunque sólo duró una décima de segundo.

—Que no haya ido a verte no significa que no pregunte por ti —empezó a meter las botellas en la cámara haciendo un ruido insoportable.

—¿Y por qué no me has preguntado a mí? —esperé que dejara de ignorarme pero siguió con las botellas— ¿Es que no piensas decirme qué te pasa? —mi voz subió de volumen y una pareja me miró con curiosidad desde una mesa cercana— ¡Fuiste tú el que le llamó!

Leo se dio cuenta de que no iba a irme de allí sin respuestas y suspiró poniendo los brazos en jarras.

—Necesitaba pensar ¿vale? —contestó.

—Pensar ¿en qué?

—¡Pensar en mí para variar!

—¿Qué coño quieres decir con eso? —la pareja volvió a mirarnos y Leo se acercó a mí bajando la voz.

—Tú ya sabes lo que quiero decir —hablaba entre dientes cabreado.

—Creía que eso ya lo habrías superado después de follarte a Rita sobre una mesa —contesté en el mismo tono.

Se echó hacia atrás con lentitud, su mirada era dura.

—No esperarás que te dé explicaciones sobre mi vida sexual ¿verdad Emma? —sus palabras hicieron que me ruborizara por echárselo en cara, no tenía ningún derecho a comportarme como una novia celosa.

Al no obtener respuesta decidió coger una bayeta y limpiar la barra volviéndome a ignorar.

—¿Por qué le llamaste? —pregunté en voz baja, Leo cerró los ojos cansado de hablar conmigo.

—Sabía que tú no te atreverías a hacerlo.

—Yo no quería llamarle —contesté.

Leo dejó la bayeta y volvió a acercarse a mí.

—Llevabas más de seis meses deseando hablar con él, a mí no me mientas Emma —no contesté, tenía razón y me sentí avergonzada por segunda vez—. Además, él te pidió que le avisaras. Tú misma me lo contaste aquella noche en tu casa.

Levantó las cejas muy serio retándome a que le llevara la contraria. No pude hacerlo. Siguió limpiando la barra satisfecho por mi silencio.

—¿Te costó localizarle? —dije intentando aliviar la tensión.

—No, llamé a Lynn.

—¿Le dijiste algo a ella de la niña? —pregunté algo asustada.

—No —contestó moviendo la cabeza—. Sólo le dije que quería hablar con John. Me contó que estaba en Japón promocionando una película y me dio un teléfono.

—¿No te pidió explicaciones?

—No, no es tan cotilla como tú.

Aquello me molestó y decidí atacar.

—Hablando de explicaciones, creo que le debes una a Rita.

—¿Por qué? —dijo con el ceño fruncido— ¿Es que no está familiarizada con el concepto “polvo de una noche sin complicaciones”?

—¿Tan claro lo tienes? —pregunté extrañada.

—Clarísimo —contestó con mucha seguridad.

—¿Por qué?

—Porque no era su cara la que veía.

Le miré durante unos instantes sin saber muy bien cómo reaccionar ante lo que acababa de decirme. Leo no esperó mi reacción y dando media vuelta, volvió al almacén dando por finalizada aquella conversación.

Capítulo 25

—Está en la ciudad —dijo Rita enseñándome un periódico. Sara estaba sentada a su lado y movía la cabeza asintiendo para confirmar sus palabras.

—¿Qué? ¿Estáis seguras? —contesté cogiendo el periódico con brusquedad y leyendo la reseña.

John había viajado hasta Valencia para asistir al Gran Premio de Fórmula Uno, el diario *Levante* le mostraba posando junto a Jenson Button en la Ciudad de las Artes y las Ciencias.

—¿Crees que vendrá a conocer a Erin? —preguntó Sara.

No supe qué contestarle, no estaba preparada para encontrármelo cara a cara, hacía tanto tiempo... ni siquiera sabía si lo deseaba o prefería seguir con mi vida tratando de olvidarle.

No es justo.

Era como si una fuerza superior a mí no me permitiera olvidar a John, parecía cosa del destino, un destino cruel y vengativo.

—Deberías estar preparada, ya sabes... por si acaso —dijo Rita.

—¿Cómo exactamente? —pregunté con curiosidad.

—Bueno... para empezar, no se te ocurra abrirle la puerta a nadie con esa pinta —miró mi chándal negro.

—¿Qué tiene de malo mi chándal? ¿Es que ahora debo caminar por casa con un salto de cama transparente?

—No es mala idea —dijo Sara riéndose y añadió señalando mi escote— seguro que al cartero le encantas con esas tetas...

Había dejado de darle el pecho a Emma pero mis tetas se resistían a abandonarme, no es que me importara demasiado, siempre había deseado una talla más de sujetador.

—No pienso pasarme todo el fin de semana esperando que se presente en mi casa, está claro que no va a hacerlo —dije poniéndole el chupete a Erin que empezaba revolverse en la hamaquita.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó Rita.

—Si quisiera venir a vernos habría avisado de alguna manera, un e-mail, una llamada de teléfono, no sé...

—A lo mejor quiere darte una sorpresa —dijo Sara.

—No —contesté— no haría algo así sin avisar, no sería una sorpresa agradable, demasiado fuerte...

—Si tú lo dices...

—¿Quieres que salgamos y hagamos exactamente lo mismo que aquella noche? Puede que se rompa la maldición —dijo Rita riéndose.

—Parece que han pasado mil años... —contesté pensativa mirando a mi hija— cómo ha cambiado mi vida...

—Ha cambiado para mejor —dijo Sara acariciando el suave cabello de Erin.

Oímos cómo llamaban a la puerta y las tres nos sobresaltamos, era tarde.

—Ahí lo tienes —dijo Rita nerviosa— y tú con el dichoso chándal.

Me levanté del sillón riendo, era imposible.

¿Por qué es imposible?

Me sentí como una idiota por tener taquicardia mientras abría la puerta.

Era mi madre.

—¿Por qué me miras como a un testigo de Jehová? —preguntó atravesando el umbral.

—Es que no te esperaba mamá...

—¿Ahora tengo que pedir cita para ver a mi nieta? —pasó por mi lado apestando a Trésor. ¡Cómo lo odiaba! Olía como si hubiera estado revolcándose en una tonelada de caramelos pegajosos.

—Está en el salón.

Rita y Sara dieron un respingo al verla entrar, se había acabado la diversión. Mi madre les saludó de forma distraída y se dirigió a la hamaca.

—¿Cómo está mi pequeñita, preciosa, corazoncito de la abuela? —dijo canturreando con una ridícula voz infantil mientras cogía a la pequeña. Sara y Rita se reían por lo bajo y les hice un gesto para que pararan; si las veía iba a haber un derramamiento de sangre.

Sara tosió para disimular.

—¿A qué hora le toca el biberón? —preguntó rozando su mejilla contra la de Erin. Iba a impregnarla con su aroma, el baño no había servido para nada.

—A las diez.

—Muy bien, yo me encargo —miró a Sara y a Rita—. Vosotras sacadla de aquí, a ver si entre las tres conseguimos que se quite ese chándal.

—Mire, Carmen —dijo Rita—, sorprendentemente no podría estar más de acuerdo con usted.

Mi madre pasó por alto su ironía. Cuando estaba con Erin era incapaz de prestarle atención a nada más.

—¿Y si no me apetece salir? —sentí que debía rebelarme, no me hacía gracia que hablaran de mí como si no estuviera delante.

—Venga Em, tiene razón —dijo Sara—, salgamos un rato, será divertido.

Miré a mi madre que no paraba de estrujar a mi hija aunque a ella no parecía importarle.

—Mamá deja de restregarte, después es imposible quitarle esa peste.

—Pero qué chorraditas dice tu mamáita, Erin —dijo hablando en ese molesto tono infantil plagado de diminutivos—. Un perfume tan caro... no ha heredado nuestro buen gusto ¿verdad cariñito? —le hizo cosquillas en el cuello con la nariz.

Era suficiente.

—Vale, salgamos de aquí.

Mi madre me miró de reojo sonriendo, se había salido con la suya.

.....

Cenamos algo ligero en una cafetería de la calle Ruzafa y paseamos por el centro. Era agradable caminar por la noche y hacía tiempo que no estaba fuera de casa más tarde de las diez.

Hace tiempo que no te vas a la cama más tarde de las diez, corregí.

Me parecía estar reviviendo aquella noche: John en la ciudad, las tres paseando después de cenar... A esta misma hora nos dirigíamos al pub y estaba a punto de conocerle.

Recordé cómo era yo entonces, tan libre de preocupaciones y responsabilidades. Sólo quería divertirme y no sospechaba nada de lo que estaba a punto de pasar ni lo mucho que mi vida se complicaría.

Lo ocurrido me había hecho madurar, de eso no había duda. Aquella Emma tan inocente se había esfumado después de pasar la noche con John.

¿Qué hubiera pasado conmigo de no haber salido aquella noche?, me preguntaba muchas

veces.

La respuesta era fácil: no le habría conocido y mi hija no existiría.

Pero, ¿hubiera estado mejor sin esas dos personas increíbles en mi vida?

Estaba segura de que no.

Y en ese momento, paseando por el centro un año después, tomé una decisión importante. A pesar de lo mal que lo había pasado en determinados momentos, no debía arrepentirme jamás de nada de lo ocurrido. La noche que John y yo pasamos en el hotel dejó un recuerdo maravilloso que nada ni nadie borraría. La vida no siempre es tan generosa y pensé que muchas personas dejaban este mundo sin haber vivido ni un solo momento así. Debía considerarme afortunada por las horas que había pasado a su lado y el amor tan fuerte que me había hecho experimentar.

Y después, cuando creía que no sentiría jamás nada parecido por alguien, mi hija vino al mundo y conocí el amor más puro de todos, el más incondicional, el amor que se siente por un hijo. ¿Cómo iba a arrepentirme si mi vida empezó de verdad aquella noche?

Sentí por primera vez que daba igual no volver a verle. Conservar su recuerdo era suficiente para mí, mi corazón nunca podría ser libre si seguía esperándole.

.....

—Ha venido Leo —dijo mi madre sin levantar la vista mientras cosía la orilla del chándal negro—. Tiene un culo bonito... —su obsesión por los culos empezaba a preocuparme.

—¿Qué le dijiste?

—Que habías salido y que no me parecían horas para visitar a nadie. Se disculpó y dijo que te llamaría.

—¡Mamá! ¡Por Dios! —dije apretando los puños y mirando al techo.

—¿Qué? —me miró sorprendida por encima de las gafas. —¡Es verdad!

—¿Es que piensas espantar a todos mis amigos? —lancé el bolso contra el sofá.

—¿Qué pasa con él? —preguntó con una sonrisita misteriosa ignorando mi enfado.

—Nada, es un amigo. ¿Y Erin?

—Durmiendo —siguió con el interrogatorio—. No seas tan evasiva... ¿de verdad es sólo un amigo?

—Sí, mamá —cruce los brazos en un gesto protector— ¿es tan difícil de creer?

Volvió a concentrar su atención en el chándal.

—Bueno... —dijo alargando mucho la e—, me pareció algo desilusionado cuando le dije que no estabas, tiene una mirada muy expresiva.

—No sé qué quieres que te diga —contesté con el ceño fruncido, no se le escapaba una.

—Quiero que me digas la verdad.

—Vale —contesté agotada, no tenía ganas de discutir—. Él siente algo por mí pero yo no sé si estoy preparada para empezar nada.

—Pues ya va siendo hora, hija.

—Ya, no hace falta que lo digáis tantas veces.

—Parece una persona muy intensa —dijo— y tiene mérito que esté dispuesto a estar contigo a pesar de tus circunstancias...

—Sí... pero hay otro impedimento.

—¿Cuál?

—Rita está algo colada por él.

—¿Y? —contestó indiferente.

—¡Mamá, es mi amiga! No quiero hacerle daño —no podía creer lo ruin que llegaba a ser cuando se lo proponía.

—Cariño —habló de la forma condescendiente que me sacaba de quicio—, siempre has dicho que Rita juega con los hombres y los deja tirados, ¿por qué va a ser Leo diferente?

—Esta vez creo que es así.

—¿Por qué?

—Está muy triste porque él no muestra mucho interés por ella.

Mi madre expulsó aire por la nariz y sonrió con ironía.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Es una caprichosa ¿no lo ves? Es típico en ella... —miró al techo moviendo la cabeza—. Sólo lo desea porque no puede tenerlo. ¿Cuánto crees que tardaría en cansarse de él si llegara a conseguirlo?

—Mamá, eso no lo sabemos, puede que esta vez sea diferente...

—¡Claro que es diferente! —hablaba con impaciencia como si no pudiera soportar mi ingenuidad—. ¡Debe ser la primera vez que un hombre se le resiste!

Su mirada decía “¿cómo puedes ser tan tonta?”, no contesté y pareció relajarse porque habló con más suavidad.

—Emma... ese chico, ¿te gusta?

—No lo sé... —contesté tras una pausa—, creo que sí... Me duele cuando se enfada conmigo y cuando estoy con él... a veces siento algo... pero no quiero que sea alguien de rebote, le perdería como amigo. ¿Entiendes?

—Entiendo, pero en eso no puedo ayudarte, debes averiguar tú sola lo que quieres hacer —se levantó de la silla—. Es tarde, tengo que irme.

Me levanté y le acompañé a la entrada. Le agradecí su ayuda con Erin y nos despedimos en el umbral pero antes de abrir la verja, se volvió hacia mí.

—Sólo voy a darte un consejo más, Emma -dijo levantando el dedo índice—, si decides que Leo te gusta y quieres estar con él, que Rita no te detenga. En esta vida nadie hace sacrificios por nadie.

—Eso no es verdad mamá... —a mí no me gustaba pensar de esa manera pero mi madre había sufrido mucho.

Negó con la cabeza mirando al cielo, su hija era un caso perdido.

Dio la vuelta y se alejó caminando con elegancia.

Capítulo 26

—¿Diga? — contestó Leo con voz ronca.

—¿Te he despertado? —sujetaba el móvil con el hombro mientras lavaba los biberones.

—No.

Oí un carraspeo y sonreí, estaba tratando de aclarar su voz.

—Mentiroso —miré el reloj—. Son las once ¿qué haces en la cama, vago?

—Ayer me acosté tarde.

—Mi madre me dijo que pasaste por aquí.

—Sí — y añadió —muy simpática tu madre.

Su comentario me hizo reír.

—No sé qué te dijo pero te pido perdón.

—No importa, estoy acostumbrado, no suelo gustarle a las madres —contestó.

—Le gustas más de lo que crees —dije recordando su interés por el culo de Leo—. Bueno, ¿qué querías anoche?

—Nada en especial. El otro día estabas cabreada porque no había ido a ver a Erin.

—¿Sabes que los bebés se van pronto a la cama?

—Ahora sí, tu madre lo dejó bastante claro —volví a reír imaginando la escena.

—Escucha... ¿quieres que comamos juntos? —pregunté.

Silencio.

—Así te compenso lo de mi madre —añadí.

—¿Vas a cocinar tú? —preguntó divertido.

—Sí.

—Pues vas a tener que currártelo mucho para compensar eso.

.....

Abrí la puerta y encontré a Leo agachado, examinando mis plantas moribundas. Llevaba unos vaqueros negros y la camiseta se le levantaba por detrás dejando al descubierto la parte baja de su espalda. Mi madre hubiera disfrutado de la vista.

Carraspeó y se volvió hacia mí sin levantarse.

—Lo tuyo no es la jardinería —dijo—. Casi me ha hecho falta un machete para atravesar el patio.

—Ya lo sé —cogió una bolsa que había a su lado y se levantó.

—Después te ayudaré a arreglarlo —pasó por mi lado, olía muy bien.

—¿Qué llevas ahí? —señalé la bolsa.

—Una botella de vino y el postre.

—¿Lo has hecho tú? —pregunté en tono burlón.

—Si te digo que sí ¿me creerás?

—No.

—Haces bien —contestó entrando en la cocina.

Erin estaba tumbada en la hamaca sobre la mesa, Leo dejó la bolsa y se acercó a ella.

—Está muy cambiada —acarició su mejilla con la punta del dedo índice como si le diera

miedo romperla, ella movió los brazos, contenta por la atención.

—No te va a morder ¿sabes?

—Lo siento, los bebés me dan mucho yuyu —se sentó en una silla con las piernas separadas— ¿Te ayudo?

—No hace falta —abrí el horno para comprobar el pollo.

—Huele bien.

Saqué dos copas de un armario, cogí el vino de la bolsa y abrí la botella. Los dos me observaban sin perder detalle. Llené las copas y las dejé sobre la mesa. Leo me sonrió de forma misteriosa.

—¿Qué pasa? —dije sentándome a su lado.

—¿Por qué me has invitado a comer? —su rostro reflejaba desconfianza.

Lo sabía pero no tenía ninguna intención de decírselo. La verdad era que las palabras de mi madre habían hecho que me planteara la posibilidad de intentarlo con él pero tenía que estar segura, no quería estropearlo. Pasar un día los dos juntos en un ambiente relajado me ayudaría a aclarar mis ideas. De haber sabido que le estaba tratando como a un conejillo de indias, Leo hubiera salido de allí sin pensárselo dos veces.

—Me da la sensación de que siempre estamos discutiendo —seguía sin bajar la guardia—, la verdad.

—Discutimos porque eres insoportable... aunque conociendo a tu madre, no me extraña... — intenté pegarle una palmada en el brazo pero la esquivó—. Eres muy violenta ¿te lo han dicho alguna vez?

—Sí, John me lo dijo —contesté arrepintiéndome al instante de haberle mencionado.

Bebió un poco de vino sin dejar de mirarme. A veces sus ojos parecían atravesarme como si pudiera leer mi mente, no era una sensación agradable. Dejó la copa sobre la mesa.

—¿Sabes que está en la ciudad? —preguntó.

—Sí.

—Y ¿cómo estás? —noté preocupación en su voz.

—Estoy bien, he decidido dejar de esperarle —le sonreí aparentando seguridad pero no coló.

—Y me has llamado a mí para ver si pasaba las pruebas de acceso.

No podía creer que fuera tan perspicaz, sus palabras hicieron que me ruborizara y todo mi plan se vino abajo, me había descubierto.

Leo me observaba sin mostrar ninguna emoción en particular. No me pareció buena señal y decidí aceptar con resignación todo lo que tuviera que decirme pero para mi sorpresa, sonrió.

—Puedes relajarte, no pienso enfadarme — dijo.

—¿De verdad? —me sentí aliviada, esperaba que me rompiera la botella de vino en la cabeza.

—Sí, es un halago que hayas pensado en mí como un posible candidato pero no quiero que pierdas el tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—No voy a liarme contigo —le noté muy seguro de sus palabras y me sentí algo defraudada, no pude evitarlo.

Apoyó los brazos sobre la mesa y me miró intrigante.

—¿Qué pasa? —siempre conseguía descolocarme, era increíble. Cuando pensaba que había llegado a conocerle, hacía algo que me desconcertaba obligándome a empezar de cero.

—Diría que estás algo decepcionada... es gracioso.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Me estás recordando a tu amiga Rita —sabía a qué se refería y no me hizo ni pizca de

gracia.

—Ahora no vayas a enfadarte, soy yo el que está siendo tratado como un hombre objeto — estaba disfrutando de lo lindo.

—Sí, se nota que te molesta mucho —contesté con ironía levantándome de la silla.

Él cogió mi brazo haciendo que me sentara de nuevo.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Quiero saber por qué estás tan enfadada —la sonrisa había desaparecido, por fin empezaba a hablar en serio.

—¿Para qué? ¿Para seguir ridiculizándome?

—No pretendía ridiculizarte.

—Pues lo has conseguido —miré hacia la ventana evitando el contacto con sus ojos que estaban analizándome de nuevo.

—Mira Emma, sabes perfectamente que no me van las medias tintas —contestó con voz suave — y si hago esto no es porque no quiera estar contigo —me volví hacia él.

—¿Qué es lo que pasa entonces?

—Creo que te estás engañando a ti misma.

—¿A qué te refieres?

Se echó hacia atrás y puso las manos detrás de la cabeza pensando en cómo expresar lo que quería decirme.

—Me gustaría creer que te veo preparada para empezar otra relación y mirándolo por el lado egoísta, me encantaría que fuera conmigo... —hizo una pausa— pero ambos sabemos que no es así.

Bajé la cabeza. Tenía una extraña habilidad para poner el dedo en la llaga y estaba cargado de razón; era irritante pero al mismo tiempo envidié su forma de expresarse y la seguridad que demostraba. A mí me hubiera costado muchos titubeos decirle algo así a alguien.

—No estoy dispuesto a ser el segundo plato de nadie, soy demasiado orgulloso para prestarme a eso —continuó.

—Jamás se me ocurriría hacerte una cosa así —Leo arqueó las cejas escéptico.

—Lo digo en serio —continué—. Si te dijera que ya no estoy enamorada de él, te mentiría, pero tampoco voy a negar que a pesar de eso, siento algo por ti —Leo bajó la cabeza pensativo— no sé exactamente qué es pero quiero averiguarlo.

—No deberías forzar la situación de esa manera.

—Ya lo sé —suspiré— estoy hecha un lío.

—Elegirme a mí es el camino fácil pero no tiene por qué ser el adecuado ¿entiendes? —asentí—. Podríamos acabar haciéndonos daño, Emma —y añadió— le has idealizado demasiado, jamás podré competir con él.

—Eso no es verdad, ya lo estás haciendo.

—Pero no ganaré la competición —dijo sonriendo, su nobleza me impresionaba—. Puede que fuera bien al principio pero ¿qué pasará cuando John aparezca? ¿Qué harás conmigo?

—Eso no pasará nunca —dije con tristeza—, es lo que intento asumir.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó.

Me encogí de hombros y miré a Erin.

—Si no aparece es que no merece la pena, Emma. Sólo un idiota dejaría pasar la oportunidad de ser el padre de una niña preciosa y de estar con una mujer como tú. El día que asumas eso, lo habrás superado.

Nunca había tenido tantas ganas de besarle como en aquel momento.

.....

Pasamos la tarde hablando mientras intentaba resucitar a mi pobre buganvilla podándola con unas tijeras viejas y quejándose entre dientes de que no tuviera ni un apero de jardinería. Yo le observaba sentada en una silla con Erin a mi lado, agradecida por no tener que pasar el día sola pensando si John aparecería o no. Leo conseguía apartar esos pensamientos de mi cabeza.

—Tengo que irme a trabajar —dijo lavándose las manos con la manguera una vez hubo acabado de regar.

—Ha quedado perfecto —sonreí—. Mis plantas te lo agradecerán eternamente.

—Por lo menos lo harán ellas... —dijo haciéndome reír.

—Me ha encantado pasar la tarde contigo —me atreví a decirle, Leo me sonrió mientras se secaba las manos en los pantalones.

—Nos vemos otro día —dijo abriendo la puerta de la verja.

—Espera.

—¿Qué pasa?

Me detuve cerca de él y le tomé la cara con las manos.

—Tú nunca podrías ser un segundo plato.

Le besé. Lo necesitaba. Leo respondió a mi beso sin sorprenderse, en ese momento parecía lo más natural entre nosotros. Fue un beso dulce y lento. Perfecto. Y también, el último.

Cuando nos separamos, Leo me guiñó un ojo y se alejó caminando con las manos en los bolsillos.

.....

John llevaba más de una hora dentro del coche de Lynn observando cómo Leo arreglaba el jardín y la hacía reír y sintiéndose un egoísta por pensar que le estaban robando algo que le correspondía. Sabía que era absurdo teniendo en cuenta cómo se había comportado desde el principio pero no podía evitarlo, era algo instintivo, territorial.

Deseó que él se fuera pronto, tenían mucho de qué hablar y quería estar a solas con Emma para conocer a la pequeña.

Por fin él lo había hecho pero la forma en que ella le había besado y la expresión de su cara mientras veía a Leo alejarse, le impidió bajar del coche. Había mucho cariño en aquella mirada y casi se sintió como un *voyeur* por invadir la intimidad que había entre ellos.

La miró mientras cogía al bebé de una hamaca y le daba un beso en la frente. Sólo pudo verla un segundo pero algo en su estómago se revolvió. Emma entró en la casa sonriendo, preciosa con su hija en brazos y cerró la puerta tras de sí.

John miró el paquete en el asiento y supo que no podría entregarlo en persona.

Emma estaba bien, había conseguido rehacer su vida y él no tenía ningún derecho a presentarse en su casa y decirle cómo la echaba de menos y lo mucho que sentía no haber estado a su lado cuando más le necesitaba. Jamás podría perdonarse por aquello y no tenía ninguna intención de causarle más dolor, ya había sufrido bastante por su culpa.

En el fondo, casi se alegraba de que estuviera con Leo, era un buen amigo, mejor con él que con otro.

Abrió la guantera, cogió un papel y escribió unas líneas, algo neutro y poco revelador. Metió

la carta en el sobre que había sobre el paquete y bajó del coche. No había mucha gente y estaba oscureciendo, era un buen momento para hacerlo, nadie le reconocería.

Dejó el sobre en el buzón y lanzó el paquete por encima de la verja. Éste cayó al suelo del patio haciendo algo más de ruido del que John hubiera querido —lo último que deseaba era ser sorprendido en aquellas circunstancias.

Cruzó la calle, subió al coche y no pudo evitar una última mirada hacia la casa antes de encender el motor, hubiera deseado verlas por última vez.

Capítulo 27

La luz que entraba a través de la ventana era de un tono grisáceo, apagado, debía ser muy temprano. Miré el despertador y sólo eran las siete. Me extrañó despertarme a aquella hora, la noche había sido agitada. Erin estaba nerviosa y había llorado un par de horas. Cuando por fin se había calmado no conseguí conciliar el sueño, la cabeza me daba vueltas.

El día anterior con Leo había sido intenso. Parecía entender mejor que nadie mis sentimientos y me apoyaba a pesar de lo doloroso que debía ser para él. Era una persona muy noble, de las que no se encuentran con facilidad.

Era triste ser consciente de que en otras circunstancias podíamos haber sido mucho más de lo que éramos ahora. Pero estaba enamorada de un hombre al que no podía tener y tampoco podía tener al hombre que me quería.

Condenada a estar sola, igual que mi madre. Casi era gracioso.

Casi.

Me levanté de la cama y eché un vistazo a Erin que dormía tranquila con la boca abierta y las mejillas coloradas, calentitas. La arrojé y fui la cocina a preparar un café; quería aprovechar que me había despertado pronto para trabajar un rato, un bebé podía ser muy absorbente.

Me senté a la mesa del despacho con la taza humeante y miré por la ventana.

Había un paquete en medio del patio.

El corazón me dio un vuelco, sabía quién lo había dejado allí.

.....

El osito de peluche vestido con un impermeable amarillo me contemplaba desde la silla con una sonrisa dulce y amistosa que a mí se me antojaba grotesca en aquel contexto. Tenía ganas de darle un puñetazo.

Pero lo peor estaba dentro del buzón, en un sobre de color manila.

Miré su contenido una vez más sin poder creer lo que había hecho para aliviar su sentimiento de culpa. Un cheque a mi nombre por una cantidad indecente de dinero descansaba sobre la mesa. Ni siquiera tenía ganas de leer la carta que lo acompañaba. Estaba tan cabreada con John que no tenía el más mínimo interés en saber lo que tenía que decir.

No obstante, me obligué a hacerlo. Desplegué el papel y reconocí su letra, alargada y cursiva, difícil de entender.

Emma,

Antes de nada debo pedirte perdón por no entregarte esto en persona. Sé lo que estarás pensando de mí en estos momentos pero no he tenido valor para llamar a tu puerta, lo siento.

También sé que estarás deseando romper el cheque y te pido por favor que no lo hagas. No se trata de ningún lavado de conciencia por mi parte sino de hacer lo correcto. Te aseguro que he intentado pensar en alguna alternativa pero no se me ocurre otra forma de compensarte por todo el daño que os he hecho.

Me resulta imposible seguir llevando mi ritmo de vida mientras te imagino trabajando y teniendo que sacar adelante a Erin tú sola. No lo permitiré. Puedes enfadarte pero no te servirá de nada.

Sé que parece un gesto muy frío pero te juro que no hay frialdad en él. Creo que harías exactamente lo mismo si estuvieras en mi lugar. Piénsalo bien y llegarás a la conclusión de que tengo razón.

Si te resulta difícil de aceptar, no lo hagas por ti, hazlo por Erin y piensa en todo lo que podrás hacer por ella con ese dinero. Mi intención sólo es la de facilitaros la vida, no le busques un doble sentido a esto, es más sencillo de lo que parece.

Ahora me iré y no volveré a entrometerme pero no creas que no pensaré en vosotras porque lo haré cada día mientras viva.

Espero que con el tiempo puedas perdonarme y llegar a entender lo que he hecho.

No soy tan malo Emma, pero me conozco lo suficiente como para saber que no sería un buen padre para ella ni un buen compañero para ti, os acabaría fallando tarde o temprano.

Es mejor así.

Te pido por favor que no me odies.

Siempre tuyo,

John.

PD: Podrías aprovecharlo para comprarte un coche, ambos sabemos que te hace mucha falta.

Su última frase me hizo sonreír. Era muy propio de John, hacerme reír en momentos tensos; era algo que se le daba de maravilla.

Estaba muy enfadada pero odiarle era imposible, jamás podría odiarle. Aunque él creyera lo contrario, no le guardaba ningún rencor por no haberse hecho cargo de la niña. Sabía que era un buen hombre y que no había mala intención en su gesto pero no podía evitar sentirme fatal al mirar aquel pedazo de papel. Era una cantidad abusiva, desproporcionada, suficiente para vivir toda una vida sin preocupaciones, algo fuera de lugar. No podía aceptarlo, iba en contra de todos mis principios. Su dinero no me interesaba y John lo sabía muy bien porque había acertado al suponer que mi primer impulso sería romper el talón.

A nuestra manera, habíamos llegado a conocernos.

Sin embargo, no era el cheque el motivo de mi enfado sino su forma de actuar, casi clandestina. Una parte de mí había conservado la esperanza de que apareciera a pesar de que había dicho lo contrario. Era mi forma de protegerme, intentar engañarme a mí misma como había dicho Leo. Él sabía muy bien que esperaba a John y que si el fin de semana acababa sin tener noticias suyas, iba a sentirme muy decepcionada.

Como siempre, Leo tenía razón.

Si John se preocupaba tanto por nosotras como afirmaba, ¿por qué no había venido a vernos? ¿Por qué no se había atrevido a conocer a su hija? No podía perdonarle su cobardía, el no haber sido capaz de entregarme todo aquello en persona. Era doloroso saber que habíamos estado tan cerca, que podíamos haber hablado...

Había tantas cosas que quería decirle...

Capítulo 28

—¡Olvidalo Emma! —gritó mi madre desde el sofá—. ¡No consentiré que se lo devuelvas! ¡Es lo único decente que ha hecho ese hombre desde que te dejó embarazada!

Había tenido que contárselo a pesar de saber cuál sería su reacción. Necesitaba demostrarle que John no era una mala persona. Había llegado a odiarle y no quería que sintiera eso por el padre de Erin.

Dejé que se desahogara pero había tomado una decisión y nada de lo que dijera me haría cambiar de opinión.

—Ese dinero es como calderilla para él, debe ganar eso por posar con un maldito reloj. ¿Es que no lo entiendes? —levantaba las manos en un gesto de impotencia, podía ver sus tendones rígidos, en tensión.

—Lo entiendo mejor de lo que crees —intenté mantener la calma, perder los estribos no iba a mejorar la situación.

—¿Entiendes entonces que tu vida mejoraría considerablemente si decidieras cobrar ese cheque?

—Mi vida es perfecta tal como es.

—¡Una mierda Emma! —gritó— ¡Y-una-mierda!

No era propio de ella decir tacos y me sobresalté, la cosa se estaba poniendo fea por momentos.

—Mamá, te estás pasando. Te lo digo muy en serio.

Se dio cuenta de lo que había hecho e intentó calmarse respirando por la nariz, otra vez el maldito yoga.

—Está bien —dijo en son de paz levantando una mano—, voy a calmarme.

—Será lo mejor —si no se calmaba pronto iba a conseguir que estallara. La vena de mi sien empezaba a latir, una señal inequívoca de que se avecinaba un problema.

—Emma —contestó más tranquila—, ponte en mi lugar, por favor. Ahora eres madre, te resultará fácil hacerlo.

—Entiendo tu posición y la respeto, ¿por qué no puedes respetar tú la mía?

—¡Porque es irracional! —contestó gritando de nuevo.

Me puse las manos sobre la cara, desesperada. Era como darse cabezazos contra la pared, no tenía que haberle dicho nada, cada vez lo veía más claro.

—Mira mamá, no necesito su dinero —aparté las manos de mi cara para que pudiera ver que hablaba en serio—. Me gano bien la vida y tú puedes ayudarme si quieres. A Erin no le va a faltar de nada.

—¿Puedes pagar un colegio privado? —preguntó con los ojos brillantes llenos de rabia.

—¿Qué tienen de malo los colegios públicos? Yo fui a uno ¿tan mal me ha ido? —desvió la vista y no contestó. No supe cómo tomarme aquello. —¿Tan-mal-me-ha-ido? —repetí.

—Bueno, no eres una potentada exactamente —cruzó los brazos y me desafió con la mirada.

El tema de conversación se volvía peliagudo. ¿A qué venía eso? Siempre le había parecido bien mi trabajo, ¿es que ahora me consideraba una fracasada?

—¿Qué has querido decir? —pregunté.

—Nada más y nada menos que lo que has oído —contestó— es una frase fácil de entender.

Había conseguido que me cabreara. Dios sabía que había intentado controlarme pero aquello era demasiado.

—Yo, por lo menos, tra-ba-jo —ella me clavó sus ojos, sabía por dónde iban los tiros— no me he apoltronado en una vida mediocre subvencionada por la muerte de mi marido.

—¡Tenía que cuidar de ti! ¡Y lo hice sin ayuda!

Me levanté del sillón, era indignante que se colgara medallas por aquello, era un insulto para cualquier madre trabajadora como yo.

—¡Tú te encargaste bien de no tenerla! —grité— ¡Ahuyentaste a todo el mundo! ¡Ni siquiera conozco a la familia de papá!

—Tú no sabes nada... —dijo en voz baja, se sentía acorralada como una rata en un callejón.

—Sé que nadie te soporta, lo veo desde que tengo uso de razón —sus ojos empezaban a humedecerse y se pasó la lengua por los labios intentando que dejaran de temblarle—. Sólo piensas en el dinero, es lo único que te importa, vas por la vida fingiendo que eres rica y la gente se parte el culo en cuanto pasas de largo.

—Se acabó —dijo levantándose— ya te he aguantado demasiadas impertinencias.

Cogió el bolso y se dirigió hacia la puerta. Me quedé parada en medio del salón sin intención de detenerla y la oí salir dando un portazo.

Capítulo 29

—¿Qué ha pasado Emma? —preguntó Sara entrando por la puerta—. Tu madre ha llamado pidiéndome que te haga entrar en razón, dice que te has vuelto loca.

La dejé pasar sin ganas, no quería justificar mi decisión ante nadie, era mi vida y no había razón para dar explicaciones.

—¿Qué es lo que sabes? —pregunté con voz cansada.

—Ha dicho que tú me pondrías al día. ¿Qué pasa?

—John ha enviado su regalo —contesté dándole la espalda y entrando en el salón. Sara me siguió y se quedó parada en el umbral, yo me senté en el sofá junto a Erin.

—¿Tanto rollo por un oso de peluche? —dijo señalando el muñeco que nos miraba alegre desde la silla.

—El regalo está aquí —contesté haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la mesa de centro.

Sara se acercó y cogió el pedazo de papel, lo miró durante mucho rato como si no pudiera creer lo que estaba viendo y después volvió su rostro hacia mí con los ojos desorbitados.

—¿Esto es de verdad? —dijo con voz aguda levantando el papel.

Asentí, ella volvió a mirarlo, seguía sin dar crédito.

—¿Está dispuesto a darte todo este dinero?

Volví a asentir.

—Pero ¡esto es increíble! ¡Eres rica, Emma! —gritó.

—No chilles, Erin está durmiendo.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó bajando la voz— ¿No estás contenta?

—No pienso cobrarlo —contesté con voz neutra.

Sara me miró como si hubiera perdido el juicio, la historia se repetía. Se dejó caer en el sofá y vio la carta de John.

—¿Puedes traducirme la carta? —preguntó señalándola.

Obedecí mientras Sara escuchaba en silencio las disculpas de John y dejé el papel sobre la mesa al finalizar. Esperé con resignación que empezara a hablar aunque sabía de sobra lo que iba a decirme; su cara no dejaba lugar a dudas, no estaba de acuerdo con mi decisión.

¿Es que no habían oído hablar del orgullo y los principios?

—Mira Emma, vamos a analizar todo esto con calma —dijo por fin.

—Muy bien pero te advierto que la decisión está tomada.

Sara suspiró ignorando lo que acababa de decirle, no iba a ser fácil convencerme pero debía de intentarlo a pesar de todo.

—Olvida todo el rollo del orgullo por un momento ¿vale? —levantó las cejas para comprobar si le había entendido.

—Vale.

—Tú no se lo has pedido, es él el que quiere dártelo.

—Sí —contesté impasible.

Sara me miró enfadada, estaba intentando razonar con un muro de piedra.

—Sólo intento que comprendas nuestro punto de vista, ¿quieres hacer el favor de abrir un poco tu mente y dejar de comportarte como si estuvieras cargada de razón?

—Parece mentira que no entiendas nada —contesté en el mismo tono—, de mi madre lo

esperaba pero de ti... Sabes desde el principio que no quiero su dinero, su dinero no me interesa lo más mínimo ¿puedes comprender tú eso?

—Lo comprendo perfectamente —dijo.

—Entonces ¿por qué insistís en que me lo quede, joder? —hice un gesto de impaciencia con las manos.

—¡Porque John quiere que lo hagas! ¡Es lo correcto!

Erin se removió inquieta en el sofá y Sara se tapó la boca arrepentida, la mecí un poco y volvió a dormirse.

—Sólo lo hace porque se siente culpable —dije en voz baja.

—¿Y qué tiene eso de malo? —contestó—. Es lo normal en su situación. Lo raro sería que pudiera desentenderse, sólo un monstruo haría eso.

—Hace que me sienta mal, yo le he metido en todo esto, le he jodido la vida... —bajé la cabeza, por fin había podido decir lo que pensaba en realidad.

—Emma, lo hecho, hecho está —se sentó a mi lado y puso una mano sobre mi hombro—. No puedes arrepentirte de haber tenido a tu hija.

—Tienes razón —contesté mirando a la niña.

—Además, el dinero no es problema para él, no es como si te estuviera dando un riñón —continuó—. Si darte ese cheque hace que se sienta más tranquilo ¿por qué no ibas a aceptarlo? Así, todo el mundo sale beneficiado.

Puedes enfadarte pero no te servirá de nada.

Qué razón tenía John cuando escribió esas palabras, casi me hizo gracia.

—Mira Sara —dije más relajada—, sólo estoy dispuesta a hacer una cosa, una especie de término medio ¿vale?

—Vale.

—Voy a quedarme el cheque —cogí el papel y lo doblé— y si alguna vez necesito el dinero o me siento preparada para cobrarlo, lo haré, pero de momento no pienso hacerlo y no te aseguro que lo vaya a hacer.

—Me parece bien —contestó dando una palmadita en mi muslo y levantándose del sofá—. Tengo que irme.

La acompañé hasta la puerta y se volvió hacia mí para despedirse.

—¿Por qué crees que no entró a vernos? —pregunté— ¿Cómo tuvo el valor de llegar hasta mi puerta y no llamar?

Sara se encogió de hombros y sonrió con tristeza.

—No tengo ni idea Emmi... —contestó—, puede que fuera más fácil para él irse sin conocerla, no duele tanto dejar algo atrás si ni siquiera lo has visto.

—Tienes razón...

Antes de irse, apretó mi mano en un intento por darme ánimos.

Capítulo 30

Y así fue como me acostumbré a vivir con un talón millonario escondido en un tarro de conservas.

Al principio era muy consciente de que estaba allí, me sentía como si hubiera un monstruo agazapado en la despensa dispuesto a atacarme en cualquier momento. Mi madre siempre daba un respingo cuando la abría, como si hubiera abierto la puerta de una cámara frigorífica. La presión era enorme pero, poco a poco, el tiempo fue pasando y mi vida transcurría con normalidad, sin sobresaltos. Incluso hubo días en los que me olvidé por completo del cheque. John no me pidió explicaciones por no cobrarlo, debió pensar que no le había hecho caso y había decidido romperlo.

Así que me dediqué a ver crecer a mi hija; sus pequeños avances eran como milagros para mí, era precioso ser testigo de cómo Erin iba descubriendo el mundo paso a paso. La primera vez que sentí que me reconocía, su primera papilla, sus graciosos balbuceos, su peso... Todo quedaba registrado en el álbum de fotos, en el que añadía fechas y comentarios en un intento por conservar hasta el más mínimo detalle. Sabía que ella lo apreciaría más adelante.

Sin embargo, una parte de mí sentía que me había atascado en algún punto del camino, mi vida parecía no avanzar en ninguna dirección concreta mientras la gente que me rodeaba evolucionaba y seguía hacia delante. Reconozco que me dolió dejar de ser el centro de atención. Durante mucho tiempo, se habían volcado en mí de tal manera que notaba un gran vacío, una pérdida enorme al darme cuenta de que mi situación se había convertido en algo normal, carente ya de interés. Todos parecían haberse resignado ante el hecho de que nada nuevo ocurriría, incluso yo había llegado a pensarlo.

Sabía que era lo mejor. John se había despedido de nosotras hacía tiempo pero no podía evitar sentarme delante del ordenador de vez en cuando para investigar qué estaba pasando en su vida, qué película estaba rodando, los rumores sobre su vida sentimental, las entrevistas en Youtube...

Había recaído en mi antiguo vicio, era un secreto vergonzoso, algo de lo más patético que rozaba el masoquismo ya que muchas veces la información que recogía sobre él no me ayudaba en absoluto.

Aunque era muy consciente de que no podía fiarme de las noticias que se publicaban en los tabloides, una vez leí una supuesta entrevista suya en la que afirmaba que estaba deseando sentar la cabeza y formar una familia. Sentí como si alguien me arrancara el corazón y lo pisoteara, así que caminé con Erin unas manzanas hasta el videoclub y alquilé tres películas suyas en un intento por revolcarme en la autocompasión. La dependienta al ver el plan que tenía para pasar el fin de semana se apiadó de mí:

—Esta no te la voy a cobrar —dijo levantando una de las carátulas y guiñándome un ojo como si compartiéramos un secreto—. Yo también soy fan de John Davies, es un hombre divino ¿verdad?

Le sonreí con tristeza mientras pagaba los DVD y contesté con voz cansada:

—No tienes ni idea de cuánto...

Salí de la tienda empujando el cochecito sin volver la vista atrás, no era necesario, sabía que estaba mirándome como si hubiera escapado de un manicomio.

En otras ocasiones, descubría cosas que me hacían feliz como que estaba a punto de estrenar un *remake* de una de mis películas favoritas, *El próximo año a la misma hora*. En la versión

antigua, los protagonistas eran Alan Alda y Ellen Burstyn. Una historia preciosa, romántica y divertida sobre dos personas casadas que se conocen y se enamoran en un acogedor motel y deciden encontrarse allí un fin de semana al año. La había visto muchas veces y estaba segura de que John era la persona idónea para interpretarla, me alegré por él.

Siempre le deseé lo mejor, sabía que él hacía lo mismo conmigo.

.....

Erin no estaba de buen humor.

Jugaba sentada en el suelo del salón mientras yo la miraba divertida desde el sofá, leyendo una revista y bebiendo un refresco, atenta a su próximo movimiento; siempre hacía cosas raras cuando estaba enfadada.

Gateó hasta un horrible perrito de peluche que mi madre le había regalado y tomándolo de una oreja empezó a mover el brazo adelante y atrás en un intento por destrozarlo contra el suelo mientras emitía su grito de guerra. El perrito era una maraña blanca en sus manos, irreconocible por la violencia del movimiento.

—Tienes calor ¿eh pequeñita?

Erin interrumpió la matanza del perrito para mirarme con el ceño fruncido y el pelo apelmazado sobre la frente. Sólo llevaba puesto un pijamita de algodón pero aquel día de verano, la temperatura era asfixiante.

—¿Quieres que mamá te llene la bañerita? —mi madre me había contagiado lo de los diminutivos. Rita decía que le recordaba al Señor Flanders, el vecino cursi de los Simpson.

Ella sonrió y levantó los brazos hacia mí, encantada con la idea. La cogí del suelo y oí sonar el teléfono. Me dirigí a la cocina y cogí el móvil, era Sara.

—Hola.

—Hola Em, me muero de calor...

—Sí, yo también —Erin estiró un mechón de mi pelo para llamar la atención, quería que la bañara y el móvil no iba a impedirselo— ¡Au! ¡Erin para!

—¿Qué pasa? —preguntó Sara.

—Mi hija me está atacando —contesté apartando la cabeza—, no sé de quién ha heredado esta mala leche.

—Bueno, a mí se me ocurren un par de personas.

—Vale graciosa, ¿qué quieres? —pregunté.

—¿Tienes algún plan para esta noche? —se reía por lo bajo.

—Estás que te sales ¿eh? —tener a la niña me había convertido en una especie de monja de clausura y siempre encontraba el momento para burlarse de mi “ajetreada” vida social.

—¿Te apetece que salgamos? Podríamos ir a cenar a Sorrentino, hace mucho que no vemos a Elena.

—Sí, la echo muchísimo de menos —contesté con ironía— pero tengo que hablar primero con mi madre.

—Vale, llámame y dime algo.

—Muy bien.

Erin me miraba enfadada.

—Vaaaaale, ya vamos a la bañera —le dije entrando en el baño.

Capítulo 31

El Sorrentino estaba lleno y esperábamos en la barra tomando una cerveza mientras Elena preparaba la mesa que habíamos reservado. Yo miraba distraídamente a Sara y Carlos que estaban muy melosos aquella noche y no dejaban de hablarse al oído y acariciarse la cara, lo que me estaba poniendo nerviosa. Mirarles hacía que me sintiera sola, más consciente de que no tenía pareja.

De que no tienes a John, corrigió la voz de mi cabeza.

Pues eso.

Desvié la mirada hacia Arturo y sus pizzas, una visión más agradable. Elena se acercó a nosotros interrumpiendo mis pensamientos y con su simpatía habitual nos informó de que la mesa estaba lista. La seguimos a través del local y nos acomodó en una mesa cerca del servicio.

—Ya que estás, podrías haber puesto la mesa dentro —dijo Rita señalando la puerta del cuarto de baño.

—Está lleno, es lo que hay —contestó Elena zanjando la cuestión.

Rita parecía algo nerviosa, su cara estaba tensa y tamborileaba con los dedos sobre el mantel. No era buena señal.

—¿Qué os pongo para beber? —preguntó Elena.

—Cerveza —contesté.

Sara y Carlos pidieron lo mismo.

—Yo quiero vino tinto, si no os importa —dijo Rita con voz apagada.

Nadie tuvo nada que objetar y Elena se alejó para traernos la bebida.

—Bueno —dijo Sara cogiendo a Carlos de la mano—, quiero que sepáis que esta cena la vamos a pagar nosotros.

—¿Y eso? —pregunté.

Ellos se miraron y Carlos le hizo un gesto con la cabeza. *Adelante, cuéntalo.* Sara asintió mordiéndose el labio, incapaz de contener por más tiempo lo que tenía que decir.

—Veréis, tenemos algo que celebrar... —hizo una larga pausa— ¡Estoy embarazada!

Carlos le besó en la mejilla y Rita y yo nos miramos sorprendidas asimilando la información.

—¡Es genial! —contesté levantándome de la mesa para abrazarles— ¡Por fin una amiguita para Erin!

Sara me miró con una sonrisa pícaro.

—Tú sólo te alegras porque ya no vas a ser la única que no duerme y no sale los fines de semana.

—Bueno, vale —admití— pero soy feliz igual ¿qué más da el porqué? —ella arrugó la nariz y me pegó en el brazo— ¿Para cuándo?

—Para principios de marzo —contestó radiante.

Rita permaneció sentada casi sin cambiar de expresión.

—Rita ¿te pasa algo? —preguntó Sara.

—No —contestó fingiendo sorpresa— ¿Qué me tiene que pasar? —esbozó una sonrisa forzada de dientes perfectos— Estoy muy bien. ¡Me alegro muchísimo por vosotros! —se levantó de la silla y abrazó a Carlos y a Sara que fruncía el ceño extrañada por su reacción.

El comportamiento de Rita era escalofriante. Tenía que averiguar qué le pasaba.

—Voy al servicio ¿alguien me acompaña? —pregunté mirando a Rita que no captó la indirecta.
—¿Por qué tenéis que ir siempre acompañadas al servicio? —Carlos nunca se daba cuenta de nada.

—Venga acompáñame —dije cogiéndola por el hombro—, ella lo hizo sin ganas y Sara me dirigió una mirada preocupada.

Una vez dentro del servicio no me anduve por las ramas.

—Venga, suéltalo de una vez —Rita evitaba el contacto visual, la cogí de la mano y conseguí que me mirara—. Por favor, me estás asustando, ¿qué es lo que pasa?

—Tengo la menopausia, Emma —contestó.

—Pero ¿qué dices? —no podía creer lo que acababa de oír—. Si sólo tienes 33 años.

Rita se encogió de hombros y miró hacia otro lado, sus ojos brillaban, estaba a punto de llorar, le acaricié el brazo intentando tranquilizarla, ella siguió hablando.

—Hace meses que no me baja la regla, fui al ginecólogo y me han hecho unas pruebas, está confirmado— su cara me rompía el corazón.

—¿Por qué no has dicho nada?

—No esperaba una cosa así y tú ya tenías bastante con lo tuyo...

Me sentí fatal al oír aquellas palabras y todas las veces que la había considerado una egoísta acudieron a mi mente, la gente siempre acaba sorprendiéndote.

—¿Eres tonta? —contesté—. Debiste decirlo. Además, hay medicación para eso.

—Lo sé, pero... seguramente no podré tener hijos— se cubrió la cara con las manos y lloró.

La abracé con fuerza para darle ánimos y pensé que Sara no podía haber escogido un día peor para darnos la noticia de su embarazo. Debía ser durísimo para Rita estar allí y verles tan felices. De repente, me di cuenta de que llevábamos allí dentro más de diez minutos.

—Tenemos que salir —dije cogiéndole por la barbilla para levantarle la cabeza.

—Sí, vamos —contestó mirándose al espejo para comprobar el estropicio de rímel.

—Hay que decirle algo a Sara, está muy preocupada.

—¡No le digas nada de esto! —dijo alarmada— ¡Hoy no! ¡No quiero estropearle el día!

—¿Y qué le decimos? —pregunté.

No sería fácil, Sara no iba a tragarse cualquier cosa, nos conocíamos demasiado.

—Dile que se me ha muerto un gato.

Lo medité unos instantes, podía colar. Rita adoraba a sus gatos, Sara no sospecharía.

Una vez se hubo retocado el maquillaje, volvimos a la mesa y nos sentamos a cenar. Sara me miró y le hice un gesto negando con la cabeza para indicarle que lo ocurrido no tenía demasiada importancia, pareció relajarse y el resto de la cena transcurrió con normalidad.

Sin embargo, Rita no pudo evitar beber más de la cuenta.

.....

—Está muy borracha —susurró Sara que caminaba a mi lado.

—¿Y qué esperabas? Se ha bebido ella sola toda la botella de vino —contesté.

—Está haciendo un drama de esto, joder. No quiero parecer insensible, pero sólo era un gato.

—Mujer, nosotras no lo entendemos porque no nos gustan los animales.

Miré a Rita que iba delante de nosotras e intentaba a duras penas caminar en línea recta.

—¡No puedo creer que vayáis a ser papás! —dijo cogiendo a Carlos por el hombro— ¡Qué fuerte!

Hablaba con voz gangosa y estaba más gritona de lo habitual, Sara y yo nos miramos de reojo, aquello no podía acabar bien.

Nos detuvimos delante de un local, que nos habían recomendado unos compañeros de trabajo de Carlos, para llamar a Leo, que iba a unirse a nosotros al cerrar el pub.

30! estaba abarrotado y lleno de humo, y me agobié al instante. Caminamos en fila india entre la gente hasta llegar a un hueco decente al final de la barra. Rita iba detrás de mí bailando.

—¿Queréis algo? —gritó Carlos por encima del hombro.

—No —contesté.

—Pídeme un whisky —dijo Rita sin dejar de bailar.

Sara se puso tensa y me suplicó con la mirada que hiciera algo, siempre me dejaba esas cosas a mí.

—No bebas más, por favor —dije con mucha diplomacia, Rita se volvía muy susceptible cuando bebía demasiado.

—¿Y por qué no? —contestó con la frente arrugada— ¿Eres mi madre o qué?

Noté que aquella vez no iba a ser una excepción y me encogí de hombros, no podía hacer nada más. Carlos pidió la copa y Rita me desafió con la mirada mientras cogía el vaso asegurándose de que no iba a hacer ningún comentario al respecto. Miré hacia otro lado fingiendo no darme cuenta, no tenía ganas de discutir.

—Mirad, esos se van —dijo Sara señalando una mesa—. Corred.

Nos sentamos a la mesa y observamos en silencio a la gente que bailaba animada una canción de The Cure. Nosotros no estábamos de humor.

—La música es algo antigua ¿no? —dijo Rita rompiendo el silencio tenso que había en la mesa.

—Es un pub para treintañeros, sólo ponen música de los ochenta y los noventa. De ahí le viene el nombre —contestó Carlos.

—¡Genial! —dijo con los ojos muy brillantes—. Voy a bailar.

Se levantó de la silla y vio a Leo que se abría paso entre la gente buscándonos.

—¡Leo! —gritó Rita abalanzándose sobre él.

Leo nos miró sorprendido por su reacción mientras Rita le estrujaba.

—Baila conmigo —dijo con voz suplicante colgándose de su cuello.

—No sé bailar —contestó él intentando quitársela de encima.

Ella hizo un gesto despectivo con la mano fingiendo que le daba igual y se metió entre la gente. Leo se sentó con nosotros sin dejar de mirar a Rita.

—Está algo descontrolada ¿no? —dijo.

—Se ha bebido una botella entera de vino —contesté.

—Es que se le ha muerto un gato —explicó Sara muy seria.

—Pero ¿qué dices? —dijo Leo mirando a Sara, ella no contestó.

Rita se había acercado a unos chicos y bailaba con ellos de una forma algo inapropiada para mi gusto. Por la cara que ponían los demás, todos estábamos pensando lo mismo. Rita levantaba los brazos y cantaba muy emocionada *99 red balloons* mientras uno de los chicos la cogía por la cintura y se acercaba a ella más de lo políticamente correcto. Leo apretaba los labios, molesto.

—Se está pasando —dijo levantándose dispuesto a acabar con aquello, le cogí del brazo.

—Yo iré, a ti te pueden partir la cara —a él le pareció buena idea.

Me acerqué a Rita y le toqué el hombro, ella me miró enfadada.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora Em?

—He venido a decirte que nos vamos a casa —estaba empezando a pasarse de la raya y yo

tenía un límite, siempre acabábamos enfadadas cuando se ponía en ese plan.

—Vale, pues yo me quedo— empezó a bailar de nuevo, su pareja de baile nos miraba sin saber qué hacer.

—¡De eso nada! ¡Tú te vienes con nosotros! —el chico decidió que aquello estaba dejando de ser divertido y volvió con sus amigos.

—¡Joder Emma! —levantó un brazo para que la soltara— ¡Tú sabes lo que me pasa! ¡Necesito divertirme, joder, os habéis vuelto una panda de muermos!

Leo se acercó a nosotras para echarme un cable, tenía más influencia sobre ella.

—Venga Rita, vámonos a casa —dijo tocando su codo, ella se volvió hacia él y suavizó su expresión, supe en ese momento que Rita estaba enamorada de él.

—¿Te quedas tú conmigo, por favor? —contestó acercando su rostro al de Leo como si fuera a besarle. Él estaba algo violento y la apartó con suavidad.

—No, nos vamos todos a casa, has bebido demasiado —ella le miró con tristeza y se dirigió a mí.

—¿Por qué crees que no me quiere? ¿Qué tengo yo de malo? —preguntó casi llorando, Leo me miró confuso.

—Venga cariño, ya está bien... Vámonos —contesté temerosa de que dijera algo más pero ella lo hizo.

—¿Es por Emma? —preguntó señalándome. La cara de Leo se crispó y yo me puse tensa—. Ya sé que te gusta mucho... —su comentario sonó desenfadado— ¡Podríamos hacer un trío! —se dio una palmada en la pierna riendo, pero Leo y yo no estábamos para bromas de ese tipo.

—Venga, déjalo ya, te acompañaré a casa... —Leo la cogió por los hombros y ella se aferró a él abrazando su cintura y apoyando la cabeza sobre su pecho, sentí su desesperación.

—Voy a llevarla a casa, esta noche me quedará con ella —dijo Leo.

—Si quieres me quedo yo... —contesté.

—No me importa, de verdad —la miró casi con ternura pero Rita no parecía escuchar nuestra conversación, seguía abrazada a Leo y para ella no existía nadie más en ese momento. Jamás la había visto comportarse así.

Leo la cogió de la mano y contemplé cómo se alejaban abriéndose paso entre la gente.

.....

La mañana siguiente, iba camino de casa de mi madre para recoger a Erin cuando sonó el teléfono.

—¿Diga? —contesté al cabo de media hora de búsqueda desesperada dentro de mi bolso.

—Emma, soy yo —Rita hablaba muy bajito con voz ronca.

—No sé si eres tú o una psicofonía.

—Sólo quería decirte que no recuerdo mucho de lo que pasó anoche pero creo que dije cosas que no debía y quería pedirte perdón —me costaba oírle pero entendí lo básico.

—No te preocupes por nada, ¿cómo te encuentras?

—Regular... He vomitado bastantes veces. No voy a volver a beber alcohol en mi vida.

—¿Cuántas veces habré oído la misma frase? —contesté— ¿Quieres dejar de engañarte a ti misma y confesar que eres alcohólica de una vez?

La risa de Rita se convirtió en una tos seca.

—Cállate, no me hagas reír, estoy fatal... voy a acostarme otra vez.

—¿Leo te ha cuidado bien? —necesitaba saberlo, sentía una curiosidad malsana.

—Sí, acaba de bajar a por comida.

—Entonces ¿todo ha ido bien? —pregunté tratando de sonsacarle información.

—No tan bien como me hubiera gustado —intentó que sonara carente de emoción pero noté su desilusión.

A pesar de que una parte de mí, muy egoísta, seguía intentando retener a Leo, me sentí muy triste por Rita. Entendía por lo que estaba pasando, yo también estaba enamorada de alguien al que no podía tener.

Capítulo 32

—¡Muy bien preciosa! —dijo mi madre dándole a Erin una cucharada de papilla, ella movió los pies y los brazos contenta por las palabras de su abuela—. Una más, bruuuuuummmmm —movió la cuchara arriba y abajo imitando el movimiento de un avión. Erin abría la boca impaciente.

—Mamá, no hace falta tanto rollo, ¿no ves que tiene hambre? —dije mirando por encima del hombro mientras llenaba el lavavajillas.

—Es más divertido así —contestó sin hacerme caso, como siempre.

Oí el móvil sonando en el salón y me quité los guantes para ir a cogerlo.

—Ahora vuelvo.

Mi madre asintió sin mirarme, concentrada en su tarea.

Entré en el salón buscando el teléfono; no recordaba dónde lo había dejado y lo encontré sobre la estantería vibrando casi a punto de caer al suelo. Miré la pantalla, era Leo.

—Hola —contesté dejándome caer en el sofá.

—Emma ¿qué tal?

—Muy bien ¿y tú?

—Verás... —dijo— te llamo para decirte que voy a estar fuera un par de días.

—¿A dónde vas? —pregunté sin mucho interés quitando una pelusa de un cojín.

—A Gales —su voz sonó apagada y me puse en tensión, algo le preocupaba.

—¿Pasa algo?

Leo hizo una pausa poniéndome nerviosa.

—Pues sí... —contestó—. Lynn ha llamado esta mañana. La madre de John murió anoche.

Apoyé una mano sobre mi frente, preocupada y volví la vista hacia la cocina en un gesto instintivo para comprobar que mi madre estaba bien.

—Tengo que ir al funeral, fue prácticamente mi suegra durante ocho años.

—¿Cómo ha pasado?

—Un derrame cerebral. Nadie lo esperaba, ha sido muy repentino.

—Qué horror —dije en voz baja—. ¿Estaban muy unidos ella y John? —pregunté.

—John quería mucho a su madre —contestó—. Su padre murió cuando Lynn y él eran muy jóvenes, les crió sola, no tienen mucha familia.

Vaya, tenemos algo en común.

—¿Cuándo te vas?

—Ahora mismo, en cuanto cuelgue el teléfono.

—¿Le dirás de mi parte que lo siento mucho? —pregunté.

—Claro que sí —contestó—. Tengo que dejarte, el taxi está en la puerta.

—¿Me llamarás en cuanto vuelvas? —pregunté de forma atropellada antes de que colgara.

—Lo haré, no te preocupes.

—Gracias por decírmelo —añadí antes de colgar.

Me quedé sentada un rato procesando la información. Me sentía fatal por John. Recordé la noche que nos conocimos y cómo su cara cambió al mencionar a su madre; estábamos dentro del coche y le pregunté si tenía familia en Gales. Pude sentir cómo se ponía triste y me vi obligada a cambiar de tema. Debía quererla mucho.

Me levanté y me dirigí a la cocina. Mi madre había acabado de darle la comida a Erin y le

limpiaba los restos de papilla de la cara con suavidad. Sonreí y sentí una oleada de amor por ella. A pesar de nuestros problemas no podía ni imaginar qué sería de mí cuando ella ya no estuviera. Noté cómo se me formaba un nudo en la garganta y mi madre me miró.

—¿Qué pasa cariño?

—Era Leo —contesté enseñando el móvil y dejándolo sobre la mesa—. La madre de John ha muerto y se va a Gales un par de días para asistir al funeral.

—Vaya... —contestó con el ceño fruncido—, pues lo siento mucho.

—Sí, yo también... —me senté en una silla y acaricié la pierna regordeta de mi hija.

—A fin de cuentas, era la otra abuela de Erin.

—Es verdad... —Erin movía la pierna como invitándome a hacerle cosquillas— ¿Crees que debería llamarle? —pregunté levantando la vista hacia mi madre que recogía lo que quedaba sobre la mesa.

—No lo sé Emma —contestó sin dejar de moverse por la cocina —eso debes decidirlo tú.

La miré, insatisfecha por su contestación.

—Pero ¿tú qué harías en mi lugar?

Ella se volvió hacia mí suspirando y apoyó las manos en las caderas, no le gustaba hablar de John.

—¿Cuánto hace que no sabes nada de él? —preguntó.

—Desde la carta, casi seis meses —fue una contestación demasiado rápida, mi madre frunció el ceño.

—¿Es que llevas la cuenta? —preguntó.

—No —mentí.

Movió la cabeza con afectación, no me había creído.

—Bueno... la verdad es que no creo que debas hacerlo —contestó por fin—. Ha pasado demasiado tiempo y tampoco es que hayáis estado en contacto exactamente.

Tenía razón.

Miré a mi hija que cumpliría un año en diciembre y ella me devolvió la mirada sonriendo con sus brillantes ojos azules iguales a los míos pero mucho más despiertos e inteligentes. No podía creer lo rápido que habían pasado los últimos meses, era como si hubiera estado dormida la mayor parte del tiempo viendo pasar mi vida como un simple espectador, casi sin ser participe en ella.

—Es cierto... —contesté aún pensativa—, llamarle sería una tontería.

Mi madre se dio por satisfecha con mi contestación y siguió recogiendo.

.....

—¿Cuándo vuelve Leo? —preguntó Rita secando con energía el pelo de Sara.

—Supongo que mañana —contesté— dijo que iba a estar fuera sólo un par de días.

—¡Au! —Sara se llevó la mano a la nuca y apartó la cabeza— ¡Me has quemado, joder!

—No seas tan delicada —dijo Rita—. ¡Y estate quieta! —la colocó recta en el asiento cogiéndola por el hombro con brusquedad.

Izabela que jugaba con Erin sentada en el suelo, me miró y sonrió. Siempre estábamos igual. Rita era muy delicada y solícita con sus clientes pero a nosotras nos trataba como a ganado. La confianza da asco, es una verdad como un templo.

Por fin, Rita acabó con su tortura y Sara se levantó del asiento con cuidado apoyando sus

manos en los riñones y echando el cuerpo hacia atrás para estirar la espalda.

—Dios, no estoy cómoda en ninguna posición —dijo con fastidio caminando hacia mí con las piernas separadas—, su barriga era tremenda para estar embarazada de sólo cinco meses.

—Pues aún te queda lo peor —contesté ojeando una revista.

—Esto no puede ser peor, me paso el día tirándome pedos.

Izabela, Rita y yo nos reímos y Erin nos imitó cubriéndose la boca con las manos como si hubiera entendido de qué hablábamos.

—Hija —le dije— tu tía Sara es una guarra.

—¿Gá? —contestó.

—Sí, caca —le dije tapándome la nariz con los dedos— Puajjj.

Erin se rió con más ganas.

—Pero qué cosas te enseña tu madre... —contestó Sara sin darle importancia dejándose caer en una silla a mi lado.

—¿Creéis que habrá hablado con él? —pregunté cambiando de tema.

—Supongo que sí —contestó Rita—, son amigos y hace tiempo que no se ven.

—Me refiero a si habrán hablado de mí.

—¡Ah! —exclamó pensativa—, pues no tengo ni idea...

—Yo no creo que hayan hablado de ti —dijo Sara—, son hombres, los hombres no hablan de sus cosas, no son como nosotras, ellos prefieren no meterse en los asuntos de nadie.

Izabela nos escuchaba sabiendo que hablábamos del padre de Erin aunque desconocía su identidad. Sara, Rita y yo éramos muy prudentes con ese tema ya que si esa información se filtraba, las consecuencias podían ser desastrosas.

—Mira Emma, lo mejor será que no te calientes la cabeza y esperes a que Leo llegue, él te contará lo que ha pasado —dijo Rita.

Sabía que tenía razón pero no podía evitar mi impaciencia, jamás había tenido tantas ganas de hablar con alguien.

.....

Leo llamó al día siguiente de su vuelta, como había prometido. Me conocía y sabía que a esas alturas no me quedarían uñas por la ansiedad de saber algo de John. Me pidió que fuera al pub para poder hablar en persona y, cogiendo a Erin, me dirigí allí lo más rápido posible, me moría de curiosidad por saber qué tenía que contarme.

Por el camino llamé a Rita y le pedí que se quedara media hora con la niña para poder hablar más tranquila con Leo. Cuando llegué, Rita estaba sentada en la barra y cuando Erin la vio, como siempre, se puso contentísima al verla. Era su tía preferida, los niños se le daban de maravilla. Era una pena lo que le estaba ocurriendo. Se puso en cuclillas delante del cochecito y le preguntó:

—¿Te vienes conmigo a peinar a una señora? —a Erin se le iluminó la cara, sonreí a Rita agradecida por el detalle y salió con mi hija dejándonos solos a Leo y a mí.

Me senté en un taburete y miré a Leo que estaba en el tirador de cerveza llenando una jarra. Esperé a que terminara de servir al cliente y se acercó a mí.

—Bueno, ¿cómo estaba John? —pregunté.

—No muy bien —dijo—. Él y Lynn estaban destrozados, aún era joven, ha sido una pena.

Sentía la muerte de aquella mujer, no soy un monstruo, pero la verdad era que no la conocía de nada y aunque intenté que mi cara mostrara algo de comprensión, Leo notó que sólo pretendía ir al

grano.

—Mira Emma, quiero que sepas antes de nada que tengo poco que contar sobre John porque no hablamos mucho.

Fue doloroso oír aquello, sin querer había puesto demasiadas esperanzas en aquel encuentro, esperanzas de obtener algún tipo de información que me hiciera salir de aquel estado vegetativo en el que me encontraba. Las malas noticias eran preferibles a la ausencia de ellas y me sentí decepcionada.

—Lo siento, había demasiada gente que quería hablar con él, no le dejaban en paz... me costó encontrar el momento ¿entiendes?

Asentí mirando algún punto detrás de él.

—Cuando por fin lo hice al día siguiente, estaba a punto de irse a Los Ángeles, está a mitad de un rodaje o no sé qué mierda.

—¿Qué te dijo? —pregunté.

—Me preguntó cómo estabais la niña y tú. Le dije que muy bien y sonrió pero le noté algo distante.

—¿A qué te refieres?

—No sé, John siempre ha sido más comunicativo conmigo, esperaba que me dedicara algo más de tiempo pero parecía evitarme, no sé... fue algo extraño —se quedó pensativo recordando—. Cuando me iba, oí que me llamaba y al volverme, me sonrió otra vez de esa forma extraña, forzada.

—¿Qué quería? —pregunté con curiosidad.

—Me dijo: “Cuídalas ¿vale?”, me dejó desconcertado.

Leo levantó un hombro e hizo un gesto indiferente con la mano como si lo que acababa de contarme fueran sólo imaginaciones suyas.

—Pero ¿por qué te dejó desconcertado? Explícate, joder.

Leo me miró y tras una pausa contestó:

—No sé, fue su forma de decirlo... Sonó como una advertencia.

Capítulo 33

Hacía un frío infernal y la gente caminaba encogida por la calle Colón pero a mi madre y a mí eso no nos detenía. Nos encantan las compras de Navidad, es como una tradición para nosotras, y teníamos que preparar el cumpleaños de Erin. Ésta estaba muy graciosa embutida en una especie de saco fucsia y un gorro de lana del que sólo se le veía la nariz. Mi madre caminaba delante de nosotras volviéndose de vez en cuando para darme prisa.

—¡Venga Emma! ¡No tenemos mucho tiempo!

—¡Mamá no puedo correr más! ¡Casi no siento las piernas!

Intentaba a duras penas andar más rápido pero era imposible, la niña ya pesaba mucho y llevaba las asas del cochecito llenas de bolsas.

—¿Qué nos queda? —preguntó parándose de repente y obligándome a frenar con brusquedad para no atropellarla.

—Encargar la tarta de Erin y comprar los adornos.

Habíamos organizado una comida con mis amigos el sábado 30 para darnos los regalos y celebrar el primer aniversario de mi hija. Sabía que era una tontería porque no iba a enterarse de nada y no tenía amigos de su edad pero era incapaz de dejar pasar esa fecha sin hacer algo especial.

Mi madre entró en el Corte Inglés y nos dirigimos a la sección de adornos navideños. La gente cargada de bultos intentaba avanzar a duras penas por los pasillos. Con el cochecito era prácticamente imposible moverse y después de pisarle el pie dos veces a una señora, decidí dejarlo en un rincón y coger a mi hija en brazos. Hacía un calor insoportable y me sentí mal por ver a Erin tan abrigada, estaba empezando a sudar.

—Mamá voy al baño a refrescar un poco a Erin, dejo los abrigos y el cochecito en esa esquina. Echa un vistazo de vez en cuando ¿vale?

Ella asintió sin mirar ni siquiera dónde lo había dejado, estaba demasiado ocupada examinando unas guirnaldas para el árbol.

Busqué algún cartel que me indicara dónde estaban los aseos, aquello parecía un laberinto, una dependienta pasó por mi lado:

—¡Perdona! —me miró con impaciencia, tenía muchas cosas que hacer—, sólo quiero saber dónde está el servicio.

—Allí —contestó señalando a su izquierda mientras se alejaba.

Me dirigí hacia los servicios andando muy rápido, tenía que darme prisa, no podía confiar en mi madre, seguro que a esas alturas ya me habían robado los abrigos, las bolsas y el cochecito de la niña.

Entré en los aseos y la senté sobre el banco cerca de un lavabo. Otra mamá a mi lado hacía lo mismo con un niño que no dejaba de berrear. La miré solidarizándome con ella y me sonrió agotada agradeciendo el gesto.

Abrí el grifo y Erin rió al instante al sentir el agua fresquita en la cara.

—Qué bueno ¿eh pequeñita? —dije dándole un beso en la frente.

Dos niñas de unos seis y tres años entraron corriendo y se escondieron detrás de la puerta riendo a carcajadas; huían de alguien. Las miré y la mayor se puso un dedo sobre los labios pidiéndome que no dijera nada, hice un gesto como si estuviera cerrando mi boca con llave y ella pareció alegrarse de haber encontrado un cómplice.

La madre entró preocupada unos segundos después. No la reconocí al principio porque estaba más pendiente de las niñas pero, entonces, le vi la cara a través del espejo y mi corazón se aceleró.

Era Lynn, la hermana de John.

No es posible.

Las niñas salieron de detrás de la puerta gritando para darle un susto, Lynn suspiró aliviada.

—¡No volváis a hacerme esto! ¡A mamá no le gustan estas bromas!

Me puse nerviosa; no sabía qué hacer e intenté no mirarle a los ojos y concentrarme en Erin para no captar su atención.

Pero, ¿de qué tenía miedo? Sólo nos habíamos visto una vez, era improbable que me reconociera.

Estaba muy equivocada, lo supe al instante.

Lynn nos miraba a través del espejo y su cara no dejaba lugar a dudas. Contemplaba a Erin como si hubiera visto un fantasma.

Lo sabe.

Un millón de preguntas sin respuesta acudían a mi mente mientras sentía cómo Lynn estaba allí parada sin saber qué hacer. No estábamos solas. Era incapaz de reaccionar delante de aquella desconocida y de sus hijas. Sentí cómo mi frente se llenaba de diminutas perlas de sudor. Quería salir de allí pero debía pasar por su lado. Recé porque diera media vuelta y dejara de mirarme como a un fenómeno de la naturaleza.

Lo peor era no saber qué estaba pensando. ¿Me odiaba o se alegraba de verme? ¿Quería romperme la cabeza o saludarme? Mi corazón latía muy rápido, me sentía acorralada, pero la suerte se puso de mi lado.

—Mamá, tengo pipi —la pequeña le estiró el pantalón con urgencia—. ¡Mamá, por favooooooooor!

Su hija le cogía de la mano y avanzaba en dirección al servicio y Lynn no tuvo más remedio que desviar su atención hacia la niña. Yo aproveché el momento para coger a Erin y salir de allí sin volver la vista atrás. Sólo había durado unos segundos, pero ya ocupaba un lugar muy alto en mi ranking de momentos embarazosos.

¿Cómo es posible que lo sepa?

La pregunta no dejaba de taladrarme la cabeza. Mi madre me vio llegar y noté cómo su cara reflejaba cada vez más preocupación conforme iba acercándome a ella.

—Hija ¿qué te pasa? ¿Es que has visto un fantasma?

.....

—Eso que dices no tiene sentido Emma —dijo mi madre dando un sorbo al café con leche humeante que tenía entre las manos.

Suspiré y moví la cabeza con frustración.

—Es imposible que te haya reconocido si sólo te vio una vez hace dos años —continuó.

—No es imposible mamá —crucé los brazos sobre la mesa— también la he reconocido yo.

Se encogió de hombros dándome la razón.

—Vale, puede que te haya reconocido pero ¿por qué estás tan segura de que sabe lo de la niña? —miré a Erin que dormía en el cochecito.

—No sé... —dije apoyando la barbilla sobre una mano y mirando por la ventana pensativa—

fue su forma de mirarnos... lo noté. Sabía lo de Erin.

—Mira cariño, creo que estás siendo algo paranoica, es un defecto congénito, tu padre hacía exactamente lo mismo.

—No digas tonterías por favor —la miré con desdén— tú no estabas allí, no viste su cara, estoy segura de que iba a decirme algo.

—¿Entonces por qué saliste del baño en vez de quedarte y oír lo que tenía que decir?

Me quedé en silencio unos instantes analizando mi respuesta.

—Creo que tuve miedo —contesté por fin.

—Miedo ¿de qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—De su reacción, no sé qué estaba pasando por su cabeza, se quedó petrificada ¿y si hubiera empezado a gritarme?

—¿Y por qué haría eso delante de sus hijas y su sobrina? No es una reacción muy madura Emma.

—No sé... puede que crea que estoy aprovechándome de su hermano, que sólo busco fama y dinero...

Abrió los ojos sorprendida por lo que acababa de oír.

—Eso es una chorrada y lo sabes bien —dijo— si buscaras fama y dinero haría tiempo que hubieras hecho algo al respecto, como avisar a la prensa o reclamar la paternidad pero ha pasado un año y has sido discretísima. Esa mujer sabe perfectamente que no eres una de éstas. ¿Y qué me dices del cheque que aún no has cobrado? —añadió exasperada abriendo las manos.

Miré hacia otro lado sabiendo lo que iba a pasar, el dichoso temita del cheque siempre nos hacía discutir.

—No sigas por ahí... —dije en voz baja.

—Pero es relevante en este momento —contestó suavizando su tono, ella tampoco quería enfadarse— ¿Crees que una mujer que buscara dinero guardaría un talón millonario sin cobrar en un bote de alubias?

Negué con la cabeza, tenía razón. Aunque no sabía si Lynn estaría al tanto del asunto del cheque era obvio que no buscaba el dinero de su hermano, siempre me había mantenido al margen intentando no perjudicar la carrera de John, ella debía saberlo. Esperaba que Lynn apreciara ese gesto por mi parte.

—¿Crees que ha sido John el que se lo ha contado? —preguntó mi madre.

—Sí, tiene que haber sido él. ¿Quién si no?

—Ese amigo tuyo... Leo. ¿No dices que fueron novios? Estuvieron juntos en el entierro hace un mes —contestó levantando una ceja, perspicaz.

—¿Y por qué iba a hacer Leo una cosa así? Es la discreción personificada.

—No sé... —continuó— es que no entiendo por qué ha tenido que decírselo a su hermana si no piensa hacerse cargo de la niña. A mí me daría vergüenza que mi familia supiera una cosa así.

—No sabemos qué tipo de relación hay entre ellos y desde luego yo no podría mantener ese secreto, necesitaría contárselo a alguien... ¿Quién mejor que tu propia hermana?

Mi madre asintió pensativa, empezaba a encontrarle sentido.

Capítulo 34

—Está buenísimo —dijo Carlos señalando el estofado con el tenedor.

—Muchas gracias Carlos, hay de sobra, puedes repetir si quieres —contestó mi madre sonriendo y limpiándose de forma muy delicada la comisura de los labios con una servilleta de tela. Casi se había arrancado el pelo al verme salir con las servilletas de papel.

Se las estaba ingeniando para ser simpática con todo el mundo, incluso con Sara y Rita que no dejaban de mirarme sorprendidas por su comportamiento. A mí no me extrañaba, era el cumpleaños de su única nieta, no iba a amargárselo haciendo de las suyas, hasta ella era capaz de autocontrolarse.

Comíamos casi en silencio, mi madre es una gran cocinera y todo lo que había preparado estaba increíble.

—¿Cómo hace para que la carne tenga este color tan bonito? —preguntó Sara entrando en terreno resbaladizo.

Mi madre jamás revelaba sus secretos de cocina y esperé una contestación evasiva pero, para mi sorpresa, decidió compartirlo, estaba de un excelente humor, era evidente.

—El truco está en añadir un poco de caramelo líquido a la salsa —le sonreí agradecida por el detalle y ella me guiñó el ojo.

—¿En serio? ¿Caramelo líquido? —Sara estaba sorprendida— Jamás se me hubiera ocurrido una cosa así.

—Bueno cariño... una ya tiene muchos años y guarda muchos ases en la manga.

¿Cariño? En la vida se había dirigido a Sara de aquella manera, si apenas la llamaba por su nombre. Ésta se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos. Mi madre estaba desconocida, empecé a temer que se hubiera tomado una pastilla o algo así.

—Ya me gustaría a mí llegar a su edad y estar tan guapa Carmen —dijo Rita poniendo de su parte.

Leo que estaba muy callado, se aguantaba la risa divertido ante tanta sobreactuación. A mí no me molestaba; puede que todo fuera algo falso pero el ambiente era distendido y no hubiera soportado una comida tensa en el cumpleaños de mi hija. Ellas me querían lo suficiente como para entenderlo y podían dejar a un lado sus desavenencias por unas horas.

Miré a Erin que ya había comido y jugaba en el suelo con unos cubos de plástico. Estaba guapísima con el vestido negro que le había comprado. Mi madre, por otro lado, no compartía mi gusto a la hora de comprarle ropa a la niña y era incapaz de comprender que no hubiera ni un solo vestido rosa en su armario.

—Bueno —dijo mirando a Sara— ¿cuándo nacerá la pequeña Julia?

—En marzo —contestó ésta sonriendo y cogiendo a Carlos de la mano.

Se miraron con los ojos brillantes, llenos de felicidad, como si no hubiera nadie más en la mesa y casi sentí envidia de ellos por poder pasar por todo aquello juntos. A veces me sentía tan sola con Erin... Carlos y Sara iban a ser unos padres estupendos, estaba segura.

—¿Y tú? —continuó mi madre fijándose en Leo.

—¿Yo qué? —contestó incómodo con la boca llena.

Lo sentí por él, sabía que odiaba estas situaciones sociales pero había hecho una excepción por el cumpleaños de Erin y le estaba muy agradecida.

—¿No tienes ganas de sentar la cabeza y tener hijos?

Todos en la mesa nos pusimos tensos, mi madre era impredecible. Aquella extraña tranquilidad que había reinado durante toda la comida desapareció de repente.

—Antes tengo que encontrar a la persona adecuada —contestó Leo.

Sara y yo nos dimos cuenta de que Rita bajaba la cabeza, abatida, aquello le había dolido. Sara me miró preocupada.

—Bueno —dije tratando de acabar con la tensión que empezaba a flotar sobre la mesa— voy a preparar café.

Rita, Sara, mi madre y yo nos levantamos a recoger, Carlos y Leo, por supuesto, no hicieron ni un amago de moverse. Hombres...

—Tú no cariño —dijo mi madre refiriéndose a Sara— nosotras nos encargamos, debes descansar en ese estado.

Sara me miró sin poder creer tanta amabilidad y volvió a sentarse en la silla.

En la cocina, mi madre preparaba el café mientras yo llenaba el lavavajillas y Rita abría la caja rosa que contenía el pastel de chocolate.

—No puedo creer que ya tenga un año... es increíble cómo pasa el tiempo... —dijo Rita pensativa poniendo la velita sobre la tarta.

—Dímelo a mí —contesté— parece que fue ayer cuando la tuve.

—Pues esperad a tener mi edad —añadió mi madre— pasa mucho más rápido todavía. Recuerdo con total claridad cosas como el día que conocí a tu padre o el día de mi boda —sonreí, era raro escuchar a mi madre hablando de esas cosas— y de repente ¡puf! me doy cuenta de que han pasado más de treinta años y de que soy abuela.

Rita le escuchaba asintiendo comprensiva, me hizo gracia verlas así, era la conversación más larga que habían tenido en los últimos 20 años.

Salimos con la tarta y cantamos cumpleaños feliz para Erin que metió casi todo el brazo dentro tratando de apagar la vela. Todos reímos y me invadió una sensación agradable por estar rodeada de aquellas personas en un día tan especial y en aquella época del año —la Navidad siempre me volvía un poco sentimental.

Nos disponíamos a tomar el café y a probar la tarta cuando el timbre de la puerta sonó. Mi madre se levantó a abrir y yo me quedé sirviendo el café.

—¡Emma! —dijo mi madre desde la entrada— ven por favor.

El tono de su voz me advirtió de que algo ocurría y dejé la cafetera sobre la mesa extrañada. Rita tomó el relevo y empezó a servir las tazas.

Atravesé la puerta del salón y me quedé paralizada al ver la cara de mi madre.

John estaba a su lado.

Capítulo 35

—Hola Emma —dijo con su media sonrisa rompiendo aquel incómodo silencio.

Mi madre tenía la cara desencajada y me observaba inquieta esperando mi reacción. Yo no era consciente pero me había llevado una mano al pecho como si pretendiera impedir que mi corazón saliera disparado.

No podía creer que estuviera allí, en mi casa, llenando toda la habitación con su presencia, casi esperaba que se desvaneciera como un fantasma. Aquello no podía ser real... Él me miraba indeciso desde la puerta, se le veía algo cansado y había adelgazado unos kilos, ya no lucía aquella barba tan sexy de guerrero vikingo y su pelo era mucho más corto, pero su atractivo seguía dejándome sin respiración.

—Emma... —dijo mi madre entre dientes, aquello se estaba alargando demasiado, tenía que reaccionar de alguna manera.

—Hola John —conseguí decir en voz baja.

Él avanzó unos pasos hacia mí, más relajado, y se agachó para darme un beso en la mejilla. Cerré los ojos cuando John se acercó, volver a oler su piel y su pelo era demasiado para mí. Mi madre se dio cuenta y decidió echarme un cable.

—Hola, soy Carmen, la madre de Emma —dijo dándose unos extraños golpes en el pecho y hablando muy despacio y en un tono más alto de lo normal, como si John fuera sordo y tonto.

—Encantado, soy John —contestó él en un español algo forzado.

—Puedes dejar ahí la chaqueta —mi madre señaló el perchero que había junto a la puerta, al ver que John no le entendía, fingió que se quitaba una chaqueta invisible y la colgaba en uno de los ganchos de madera. John sonrió y obedeció, divertido por los esfuerzos de mi madre.

Le observé mientras colgaba la cazadora, los guantes y la bufanda en el perchero intentando sobreponerme. La impresión había sido demasiado fuerte. Mi madre se acercó a mí y me pellizcó el brazo haciéndome daño.

—¿Quieres despertar de una vez? —susurró—. Esto es real, John está aquí.

Él fingió no darse cuenta de que estábamos hablando en voz baja y me sonrió de nuevo.

—¿Quieres pasar? —pregunté con timidez— Es... su cumpleaños.

—Lo sé —contestó.

Entramos en el salón donde todos hablaban con normalidad ajenos a lo que estaba ocurriendo. Rita que bebía de una taza fue la primera en ver a John y tosió haciendo que el café le saliera por la nariz. En otras circunstancias hubiera sido de lo más gracioso.

—Hola —dijo John levantando una mano y haciendo que el salón enmudeciera, todos le observaban petrificados. Erin jugando con los cubitos al otro lado de la mesa era el único sonido que se percibía.

Me sentí mal por él. Era una situación de lo más violenta y debía de tener ganas de salir corriendo pero, en vez de eso, mostraba mucha entereza. Pensé que era un gesto muy valiente por su parte el haberse presentado así sin tener ni idea de cuál iba a ser mi reacción.

Gracias a Dios, Leo se levantó de la silla y le dio un abrazo.

—Hola John ¿cómo estás? —dijo dándole unas palmaditas en la espalda.

—Bien —contestó éste agradecido por el detalle—. He venido a pasar estos días con Lynn que está algo desanimada. Todos los años íbamos a casa de mi madre por estas fechas —se encogió de hombros, parecía triste.

—Lo entiendo —dijo Leo—. Ven, te presentaré a los demás. Éste es Carlos —Carlos le tendió la mano y John se la estrechó.

—Encantado.

—Y ellas son Sara y Rita —continuó Leo.

Señaló a Rita que hacía una mueca parecida a una sonrisa. John le sonrió a su vez y se fijó en el embarazo de Sara.

—Enhorabuena —dijo señalando su barriga.

—Gracias —contestó ella acariciándola.

Erin salió gateando de detrás de la mesa y se puso de pie ayudándose de una silla. Miraba al recién llegado con curiosidad como siempre que veía a un desconocido. La cara de John cambió y la sonrisa se congeló en su rostro. Era la primera vez que veía la cara de su hija y todos pudimos notar su emoción. Avanzó hacia ella y se agachó para que sus ojos quedaran a la misma altura.

—¿Erin? —preguntó sonriendo, ella se tapó la boca con las manos riendo—. Tengo un regalo para ti —John lo dijo en un perfecto español, como si hubiera estado ensayando sus frases, me pareció entrañable y supuse que Lynn tenía algo que ver con eso. Erin abrió mucho los ojos al oír la palabra “regalo”. ¿Me das un beso? —John se señaló la mejilla y Erin obedeció ensuciándole de chocolate.

Sara, Rita y mi madre me miraron preocupadas, la escena era muy emotiva, mi barbilla temblaba incontrolable y mis ojos se estaban llenando de lágrimas. John se levantó y se volvió hacia mí sonriendo y limpiándose el chocolate con el dorso de la mano pero al ver mi cara, su sonrisa desapareció.

—Lo siento Emma, tenía que haber llamado, ha sido un error presentarse así.

No contesté, no podía hablar, mis manos se aferraban con fuerza a una silla en un intento por tranquilizarme. No quería montar una escena pero las lágrimas empezaban ya a rodar por mis mejillas. Todos me miraban como si fuera una bomba a punto de estallar.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó John en voz baja preocupado.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó mi madre a Leo, él repitió las palabras de John en voz baja y mi madre se acercó a él preocupada.

—¡Nonono, no te vayas! ¡Sólo tiene que tranquilizarse! —suplicó mi madre aferrándose al brazo de John, él asintió al notar su preocupación. Mi madre, más tranquila, se acercó a mí y acarició mi mano con suavidad—. Emma cariño, tenéis cosas de qué hablar. Nosotros nos vamos, voy a llevarme a Erin para que estéis más tranquilos ¿vale? —asentí con la cabeza y miré a la niña que me observaba con el ceño fruncido, sabía que algo raro estaba pasando.

Mi madre cogió a Erin del suelo y le puso el abrigo. Leo me miró e hizo un gesto con las cejas. ¿Estás bien?, me preguntaban sus ojos pero yo no podía relajar la cara a pesar de que lo intentaba con todas mis fuerzas.

John se dio cuenta y le sonrió tranquilizador. *Yo me encargo.*

Leo le devolvió la mirada intranquilo, parecía preocupado por verme así pero Rita le cogió del brazo.

—Venga, vámonos... —la conocía y sentí su inseguridad al ver a Leo tan protector conmigo. John también parecía algo molesto por su desconfianza.

Leo nos miró una vez más, indeciso, y él y Rita salieron del salón. Al cabo de unos segundos, oímos la puerta cerrarse tras ellos, estábamos solos.

—Vaya —dijo John suspirando— creo que esto ha sido incluso más embarazoso que cuando tuve que cantar *Last Christmas* en la función de Navidad del instituto.

Le miré desconcertada unos segundos y empezamos a reír a carcajadas, pero mi risa, lejos de

parecer natural, sonaba histérica, nerviosa. John se dio cuenta y se acercó a mí, preocupado, sabiendo que iba a estallar.

—Tranquila Emma —dijo con suavidad—, no pasa nada.

Me cubrí la cara con las manos y empecé a sollozar, aquello tenía que salir de alguna manera. John me abrazó con fuerza.

—Shhh. Tranquila, tranquila... —me susurraba al oído.

.....

—Siento mucho haberos estropeado el cumpleaños.

Estábamos sentados en la cocina y John observaba intranquilo cómo me bebía la infusión. Por fin había conseguido serenarme aunque mi cara era un desastre de manchas rojas, como siempre que lloraba.

—Tú no has estropeado nada —contesté— la que ha montado la escena he sido yo.

—Tenía que haber avisado...

—Déjalo, no te preocupes más —le sonreí para que no se sintiera culpable, mi comportamiento había sido bastante lamentable y la vergüenza me estaba matando—. Por cierto —continué deseando cambiar de tema— he sentido muchísimo lo de tu madre.

John se encogió de hombros y puso cara de resignación.

—Ha sido algo inesperado, era una mujer muy sana, pero supongo que es ley de vida... Mi hermana lo lleva peor que yo.

—¿Sabes que... me encontré con ella el otro día? —necesitaba confirmar mis sospechas acerca de Lynn.

—Me lo ha dicho.

Sabía que no estaba equivocada, mi madre se iba a enterar.

—¿Ella sabe... lo nuestro? —pregunté con timidez, John me miró con la cabeza apoyada en la mano.

—Sí —sonrió— tuve que contárselo el día que enterramos a mi madre, necesitaba desahogarme con alguien ¿sabes? —asentí y bebí un sorbo de la taza sin dejar de mirarle—. La verdad es que no dejo de pensar en la niña, lo he intentado pero no puedo... —cruzó los brazos sobre la mesa y volvió la vista hacia la ventana— fue durísimo para mí que mi madre muriera sin saberlo, tuve que decírselo a Lynn.

—Me sorprendió que me reconociera, sólo nos hemos visto una vez... —sentía curiosidad.

—Lynn jamás olvida una cara —dijo en dirección a la ventana sonriendo— y, para serte sincero, le hablé de ti después... de aquella noche —se ruborizó.

Me encantaba cuando hacía eso, se le veía vulnerable y John siempre parecía muy seguro de sí mismo.

—Incluso le conté que viniste a Islandia —añadió.

No podía creer lo que estaba oyendo, le había marcado más de lo que pensaba, con lo insegura que me había sentido... Pensé que no habíamos sabido comunicarnos en su momento, quizá por la distancia o por nuestros propios temores y después las cosas se habían complicado demasiado. Nuestra historia había sido muy triste y desafortunada casi desde el principio.

No pude evitar preguntarme si sería demasiado tarde.

John siguió hablando.

—Luego, cuando me preguntó cómo nos había ido... le dije que no había funcionado y no

volví a hablarle de ti hasta el día del entierro —me miró serio esperando mi reacción.

—¿Qué te dijo cuando se enteró de lo de Erin?

Se encogió de hombros.

—Eso da igual, Emma...

—Quiero saberlo —insistí.

—Bueno... —puso sus manos detrás de la cabeza y se apoyó en el respaldo pensativo— al principio no entendió por qué habías decidido tener a la niña pero después se dio cuenta de que no intentabas... hacerme daño —noté que le había costado encontrar las palabras adecuadas para evitar el tema del dinero.

—Nunca he querido...

—Emma —contestó sin dejarme terminar—, no hace falta que lo digas, lo has demostrado con creces.

Le sonreí, me alegró que lo dijera en voz alta, Dios sabe que necesitaba oírlo.

—De hecho —continuó— si estoy aquí es porque ella me ha animado a venir. Yo quería hacerlo hace tiempo pero... no sé... supongo que no me atrevía, necesitaba un empujón.

—¿Por eso dejaste aquel paquete y te fuiste sin llamar? —me miró avergonzado.

—Sí, soy un cobarde, me temo —se rascó la frente nervioso.

Me hizo gracia verle así, comportándose como un niño que se ha portado mal y espera una reprimenda pero a mí me resultaba imposible enfadarme con él, estaba demasiado feliz por tenerle allí, a unos centímetros y poder tocarle con sólo alargar mi brazo.

—¿Por cierto! —dijo chasqueando los dedos como si acabara de recordar algo— ¿Quieres explicarme qué hiciste con el cheque? Me muero de curiosidad.

Me levanté de la silla y abrí la despensa. John me miraba sin perder detalle, atento a todos mis movimientos. Cogí el tarro de alubias y lo dejé sobre la mesa entre los dos, él vio el papel dentro y se dio una palmada en el muslo, riendo.

—¿Lo has tenido ahí todo este tiempo? ¿En un bote de alubias?

—Sí, no he tenido valor para romperlo —contesté.

John me miró con cariño sonriendo de aquella forma tan familiar y tan bonita, la misma sonrisa que Erin, y volví a sentir un nudo en la garganta. Nunca podría dejar de querer a aquel hombre, aunque viviera mil años, sabía que era imposible. Quise acercarme a él y besarle, hacía tanto tiempo...

—¿Y por qué ibas a romperlo? —preguntó con suavidad— Hace tiempo que tendrías que haberlo cobrado, ese dinero es tuyo.

—Sabes que no quiero tu dinero.

Sólo te quiero a ti, pensé mirándole a los ojos y deseando que leyera mi mente.

John movió la cabeza, resignado por estar ante semejante cabezota.

—Está bien —dijo jugando con el tarro— ¿qué propones entonces?

—¿Qué quieres decir? —pregunté extrañada.

—Bueno... como te expliqué en la carta, no puedo estar al margen, necesito colaborar de alguna manera.

—Pero no tienes que sentirte culpable, John. Erin es responsabilidad mía —me señalé el pecho—. Fui yo la que decidió tenerla, no tú.

—Lo sé —contestó levantando las cejas—. No lo hago porque me sienta culpable. ¿Por qué te cuesta tanto entenderlo? —cogió mi mano y la apretó con fuerza para dar énfasis a sus palabras y mi corazón se aceleró al sentir su contacto-, lo hago porque quiero hacerlo, quiero responsabilizarme de ella, Emma. No puedo seguir con mi vida ignorando que existís... por eso

he venido.

—¿Y qué quieres que hagamos entonces? —pregunté.

Evaluó la respuesta concentrado en el bote de alubias sin soltar mi mano y al cabo de unos segundos contestó:

—¿Aceptarías que habláramos con un abogado y estipuláramos una cantidad mensual para la manutención de Erin?

—No lo sé... —contesté, estaba muy confusa.

—Podrías elegir un abogado de tu confianza y decidir una cantidad, la cantidad que tú consideres oportuna.

Tenía que hablar con Carlos de todo aquello pero, en principio, no podía poner ninguna objeción y sabía que John no iba a aceptar una negativa.

—Está bien... lo haré siempre que no sea una cantidad excesiva.

John puso los ojos en blanco y miró al techo, no daba crédito.

—El dinero no es problema Em, por Diiios.

—¡Sólo aceptaré lo que sea justo! —dije en voz alta— ¡Eso no es debatible!

—Lo que quieras —me miraba divertido como si estuviera tratando con una loca de atar. Mi madre iba a matarme, estaba segura—. Piensa en ello y cuando decidas algo, sólo tienes que decírmelo, haré lo que tú quieras ¿vale? —asentí y John se dio por satisfecho.

Nos quedamos en silencio mirándonos a los ojos, un silencio cómodo, los dos nos sentíamos bien por haber hablado por fin después de tanto tiempo de incertidumbre. Sin embargo, había una pregunta que necesitaba hacerle, no podía dejar que se fuera de allí sin saber la respuesta porque todas mis decisiones sobre Erin iban a depender, de alguna forma, de lo que John me contestara. Le observé mientras bebía de la taza y decidí armarme de valor.

—¿Qué va a pasar ahora... con nosotros?

Dejó la taza sobre la mesa despacio y su cara pareció marchitarse.

—¿A qué te refieres Emma? —estaba algo avergonzada por haber formulado la pregunta pero necesitaba conocer la respuesta.

—Me refiero a si vendrás a verla... a vernos —corregí— a si formarás parte de nuestra vida.

John alargó su mano y acarició mi cara con tristeza, supe que no iba a gustarme su contestación.

—No estoy muy seguro de que eso sea lo mejor para ella...

Bajé la vista hacia la mesa intentando asimilarlo. Él volvía a desaparecer una vez más, aquello parecía no tener fin.

Puso el dedo índice bajo mi barbilla obligándome a mirarle.

—Piénsalo, Emma —dijo casi susurrando— sólo podría venir a verla muy de vez en cuando, siempre estoy de aquí para allá... —suspiró y cruzó los brazos sobre la mesa acercándose a mí—. Ser padre es un papel muy importante, no es algo que se pueda hacer a tiempo parcial ¿entiendes? —no contesté y él pareció preocupado—. Es más fácil para todos si me mantengo al margen, seré un benefactor en la sombra, una especie de papá piernas-largas... —sonrió por su ocurrencia—. Tú podrías ponerme al día de vez en cuando y más adelante, cuando Erin empiece a hacer preguntas, decidiremos qué hacer entre los dos.

Asentí con poca convicción.

—Creo que es lo mejor —continuó— de otro modo, acabaremos sufriendo los tres.

—¿Más de lo que sufro ahora? Imposible —contesté sonriendo con ironía.

John ladeó la cabeza, sorprendido por lo que acababa de oír.

—No digas eso, Emma, tienes mucha suerte —dijo muy serio—. Estás rodeada de gente que te

quiere. Tienes a tu madre, a tus amigos, a Leo... —me extrañó que mencionara a Leo aparte pero, en aquel momento, no le di mayor importancia—. Y tienes a Erin.

—Sí, pero... —puso un dedo sobre mis labios para que no continuara.

—No hay peros —dijo—. Sé que lo has pasado mal, a mí me ha ocurrido lo mismo, créeme — le miré a los ojos y noté que decía la verdad— pero ahora estás bien, estás rehaciendo tu vida y yo no haría más que interferir si estuviera entrando y saliendo de ella continuamente.

Sonreí con tristeza, sabía que tenía razón. Si no íbamos a estar juntos era mejor para Erin que John no estuviera. Sería horrible que ella le tomara cariño y tuviera que decirle adiós una y otra vez, ya tendría tiempo más adelante de explicarle las cosas, cuando fuera lo bastante mayor para entenderlas.

Pero, en cuanto a mí, que John estuviera o no, era indiferente, él siempre estaría en mi cabeza. Aunque llegara a rehacer mi vida junto a otro hombre, sabía que nunca podría olvidarle. Tenía que vivir con eso.

John se levantó de la silla.

—Tengo que irme ya.

—Espera —dije— quiero darte algo.

Entré en la habitación de Erin y cogí el álbum de fotos. Al salir, vi que John había salido afuera y cogía algo del coche. Le esperé en la entrada y él regresó con un paquete, el regalo para su hija.

—Es un juguete, una tontería que me ha recomendado Lynn —dijo disculpándose.

—Tranquilo, después de lo del cheque sé que no eres ningún tacaño —sonrió por la broma.

—Tenía que compensar lo de los dados de peluche —contestó.

—Ese regalo sí que fue decepcionante.

Me miró de nuevo con cariño. Los dos nos sentíamos tristes por tener que despedirnos pero, al mismo tiempo, nos alegrábamos de haber aclarado las cosas.

—Toma —dije entregándole el álbum de Erin— aquí tienes todo lo que te has perdido.

John lo cogió y echó un vistazo pasando las hojas lentamente, contemplando las fotos que yo había ido recopilando a lo largo del último año. Erin y yo en el hospital el día de su nacimiento, Erin sonriendo con la cara llena de papilla, un mechón de su pelo, Erin junto al oso del impermeable amarillo...

Él se mordía el labio superior intentando contener la emoción que sentía al mirar aquellas fotos y supe que, en el fondo, había estado rellenando aquel álbum para él. Lo cerró con cuidado y me sonrió agradecido, noté que iba a llorar de nuevo pero no me importó, John también tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias por esto —dijo levantando el álbum— significa mucho para mí.

—De nada —contesté sonriendo y llorando al mismo tiempo.

John suspiró con afectación y caminó hacia mí despacio.

Me quedé muy quieta y cerré los ojos mientras él se acercaba y posaba sus labios sobre mi mejilla, prolongando el beso algunos segundos, como si no quisiera separarse. Al sentir el contacto, no pude evitarlo y le abracé con fuerza intentando que aquel momento durara lo máximo posible, con miedo de soltarle y no volver a verle nunca. John apoyó su frente sobre la mía y, poco a poco, acercó su rostro y sus labios rozaron los míos con suavidad. Fue sólo un instante, como si mis labios ardieran y tuviera miedo de quemarse.

—Adiós Emma —dijo susurrándome al oído, le solté y salió de mi casa sin mirar atrás.

Capítulo 36

Un frío lunes a mediados de enero fui a comer con Carlos a un restaurante cerca del bufete para hacer lo que John me había pedido. Acordamos una cantidad después de muchas discusiones y quebraderos de cabeza. Carlos no entendía que me conformara con tan poco dinero teniendo en cuenta con quién estaba tratando pero, al final, comprendió mis motivos y reconoció que aquella cantidad era más que suficiente para mí. Pedir más hubiera sido pura avaricia. Él mismo se encargó de ponerse en contacto con John y arreglar todo el papeleo con sus abogados que, naturalmente, se mostraron encantadísimos con el acuerdo al que habíamos llegado.

A mi madre le costó un poco más de entender pero también acabó transigiendo.

Salí del restaurante un poco antes de lo previsto y decidí dar una vuelta. Erin aún estaría durmiendo la siesta en casa de mi madre así que no tenía prisa y me apetecía disfrutar de un par de horas de libertad.

Casi de forma inconsciente me dirigí al cine más cercano, tenía la intención de ver la última película de John, *El próximo año a la misma hora*. Hacía tiempo que quería verla pero no había tenido oportunidad de hacerlo. Las críticas aseguraban que no desmerecía en nada a la versión antigua y ya se rumoreaba que John sería uno de los candidatos al Oscar por aquel papel.

.....

La sala estaba prácticamente vacía por ser un día laborable pero, aún así, me sentí algo incómoda subiendo por los escalones enmoquetados con mi paquete de palomitas. Jamás había ido sola al cine y me dio la sensación de que las cuatro personas que poblaban la sala me miraban y sentían compasión por mí, pobre alma solitaria. No obstante, la película me envolvió de tal forma que olvidé mi situación y disfruté de ella de principio a fin.

A pesar de que no alcanzaba el nivel de la primera y yo nunca he sido fan de los *remakes*, tuve que reconocer que era una gran película. John era un cómico excelente y estaba perfecto en el papel de George; tenía ese punto irónico pero dulce al mismo tiempo que hacía al personaje tan entrañable. Me reí y lloré sintiéndome como una idiota y pensando que aquella historia de amor era tan complicada como la nuestra y preguntándome si él también había sido consciente de ello.

Una parte de mí estaba segura de que sí.

Salí del cine con un buen sabor de boca. Ya no hacía tanto daño ver una película suya, me había acostumbrado a su ausencia y después de aquella inesperada visita el día del cumpleaños de Erin, sentía que estábamos en paz, que todo había quedado claro entre nosotros y el círculo se había cerrado.

Capítulo 37

—Ten cuidado con esa, joder, es la cómoda —dijo Rita con brusquedad viendo cómo Leo dejaba caer, exhausto, la caja en el suelo.

—¿Quieres dejar de darme órdenes? —contestó levantándose y estirando la espalda.

Tenía el pelo apelmazado sobre la frente y la cara completamente roja de subir y bajar escaleras.

—Estás empezando a tocarme los huevos —dijo.

Rita le perdonó la vida con la mirada y siguió colgando la ropa de Julia en el armario. Habíamos pasado el día ayudando a Sara y a Carlos a preparar la habitación del bebé, algo que se estaba convirtiendo en una especie de rito iniciático en nuestras vidas. Sara rió el comentario de Leo sentada en una silla mientras comía un paquete de Doritos, se estaba poniendo como una vaca.

—Eres lo peor —le dijo una vez que Leo hubo salido de la habitación apretando los dientes—. Dale un voto de confianza al pobre, llevas machacándole todo el día —se chupó los dedos llenos de un polvo naranja fosforescente.

Rita no contestó y siguió colgando la ropa, estaba muy tensa.

—Si sigues así, acabará yéndose a casa —añadí abriendo la caja que Leo acababa de subir.

—Ya —contestó ella mirándome con desdén—. Perdona, no me acordaba de que eres su ángel de la guarda.

Sara nos miró sorprendida por el repentino giro que había tomado la conversación. Me incorporé y puse los brazos en jarras.

—¿Qué has querido decir con eso?

Erin dejó de jugar con el papel de burbujas y se volvió hacia nosotras. Cuando su mamá ponía esa voz no presagiaba nada bueno.

—Nada, déjalo, no importa —contestó Rita doblando un pijama.

—No, no, no, no, no —dije moviendo el dedo índice a un lado y a otro—. No puedes decir una cosa así y después hacer eso. Si tienes algún problema más vale que lo sueltes ahora mismo.

Carlos entró por la puerta con otra caja y se quedó paralizado al ver la tensión que se respiraba en el ambiente. Rita y yo nos mirábamos desafiantes en silencio.

—Vale —dijo indiferente poniéndose un mechón de pelo detrás de la oreja— estoy hasta las narices de que siempre me hagas sentir como la mala de la película —puso una voz aguda y desagradable tratando de imitarme— no le hagas esto, no le hagas lo otro... —me estaba poniendo furiosa.

—¡No tendría que hacerlo si dejaras de comportarte como una niña caprichosa y le mostraras algún respeto!

Carlos y Sara contemplaban la escena sin atreverse a intervenir. Leo entró en la habitación.

—La furgoneta está vacía, creo que deberíamos... —dejó de hablar al sentir el silencio y nos miró con el ceño fruncido— ¿Qué pasa aquí?

—¿Yo caprichosa? —dijo Rita ignorando a Leo— ¡Eres tú la que ha estado coqueteando con él todo este tiempo mientras esperabas a otro! ¿Y soy yo la caprichosa? —se señalaba el pecho con el dedo índice.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo Leo en voz baja, ruborizado.

Le miré sin contestar. Sabía que Rita se sentía algo celosa cuando Leo se ponía en plan

protector conmigo pero aquella reacción me pillaba completamente desprevenida, no tenía ni idea de la cantidad de rencor que tenía reservado para mí.

—Rita, te estás pasando... —contesté—. Ten cuidado con lo que dices...

—¿Y respeto? —siguió como si no hubiera oído lo que acababa de decirle— ¿Has dicho respeto? —sonrió con ironía— ¡He estado dos putos años! —levantó dos dedos y Sara miró a Erin preocupada por las palabrotas— ¡Dos años pendiente de ti y de tu rollo con ese tío! ¿Y cómo me lo pagas tú? Dejando que me acostara con él sabiendo que estaba enamorado de ti —señaló a Leo y éste no pudo contenerse por más tiempo.

—¡Parad ya, joder! —pero sólo miró a Rita.

Ella le miró más ofendida aún por ver que había salido de nuevo en mi defensa.

—Estoy harta de que siempre estéis de acuerdo y de vuestras miraditas de complicidad —continuó—. Pudiste tener a Leo hace tiempo pero preferiste esperar a John y ahora les has perdido a los dos, resígnate de una puta vez.

Aquello fue demasiado, no podía articular palabra y peor aún, no creía que pudiera perdonar lo que me había dicho, así que, cogí a la niña del suelo y salí de la casa.

.....

El teléfono sonó un par de horas después, era Sara.

—Dime —contesté sin demasiadas ganas de hablar.

—Menuda escenita... ¿eh? —dijo intentando hacerme reír— ha sido de lo más violento...

—¿Tú sabías que estaba así conmigo? —pregunté yendo directa al grano.

Sara vaciló unos instantes.

—Bueno... ya la conoces, le has robado el protagonismo durante mucho tiempo, ella necesita ser el centro de atención.

—¿A estar dos años hecha una mierda le llamas “robar el protagonismo”? —contesté extrañada.

—Emma, no está pasando por un buen momento con eso de la menopausia y lo sabes...

—Lo siento, no puedo perdonarla, aún no, así que si llamas por eso, estás perdiendo el tiempo.

Oí como suspiraba resignada.

—Mira, no voy a disculpar lo que ha hecho —dijo— se ha pasado, lo reconozco, ha sido una reacción completamente desproporcionada pero debes ponerte por un momento en su lugar.

—Sara, no sé a dónde quieres llegar pero me está dando la impresión de que tú también me echas la culpa de algo y no quiero seguir con esta conversación —contesté empezando a enfadarme.

—Yo no te echo la culpa de nada —dijo consciente de que debía ir con pies de plomo— es sólo que está celosa... y tú sabes tan bien como yo que tiene motivos para estarlo.

—¿Yo no estoy interesada en Leo, joder! ¿Es que aún no tenéis claro que no puedo olvidarme de John?

—Ya sé que no estáis enamorados pero... —dudó unos momentos— a veces... no da esa sensación. Es fácil confundirse si lo ves desde fuera. ¿Entiendes?

—No, no te entiendo —contesté en un tono más brusco de lo que pretendía.

Sara se quedó en silencio pensando en cómo decírmelo.

—No sé Emma... es vuestra forma de miraros, la forma en que él te protege, parece siempre

tan pendiente de ti...

—¡No es culpa mía que Leo no sienta lo mismo que ella!

—¡Lo sé, lo sé! —dijo rápidamente para apaciguarme.

—¿Qué quieres que haga yo? —pregunté aún enfadada.

—Si no quieres a Leo, deberías acabar con este rollo, Emma. Es la primera vez que Rita se enamora... ¿es que no lo ves?

—Sí, claro que lo veo... —contesté más calmada.

Una parte de mí sabía que tenía razón, recordé la cara de Rita el día del cumpleaños de Erin y cómo le molestó que Leo se quedara mirando a John como si estuviera dispuesto a partirle la cara. A John tampoco le gustó.

En aquel momento una especie de sospecha se cernió sobre mí.

Es fácil confundirse si lo ves desde fuera...

Capítulo 38

—Hija, de verdad, no puedo creer que te acostaras con ese hombre... Deberías contarme los detalles.

—¡Mamá! —contesté riendo— ¡No pienso hacerlo!

Le estaba dando la papilla a Erin mientras mi madre miraba un programa de cotilleo. John luciendo un esmoquin ocupaba toda la pantalla del televisor y sonreía mientras los flashes le iluminaban la cara; acababan de anunciar su candidatura a los Oscar.

—Cada vez se le parece más ¿verdad? —preguntó mirando a la niña.

—Sí —contesté.

Erin tenía la misma expresión que John, siempre divertida, como si supiera algo que los demás desconociéramos. Lo único que había heredado de mí era mi palidez y un color de ojos azul turquesa.

—No importa —continuó—. John es un hombre guapísimo y encantador.

Me alegré de oír aquello. Hacía tiempo que mi madre había dejado de referirse a John como “ese hombre” en tono despectivo y había empezado a llamarle por su nombre.

—¿Sabes algo de él? —preguntó.

—No, lo aclaramos todo, no quedaba nada más por decir —contesté limpiando la boca de Erin con la cucharita de silicona—. Sólo me pidió que le pusiera al día de vez en cuando.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—No sé —me encogí de hombros—. Supongo que un par de veces al año le escribiré y le mandaré algunas fotos.

—¿Eso es suficiente para ti? —preguntó mirando a John que posaba con su compañera de reparto.

—No, pero... ¿qué le voy a hacer? —contesté con resignación.

Mi madre me miró con tristeza, lo noté por el rabillo del ojo pero fingí no darme cuenta.

—Podrías haberle dicho que le quieres...

—Creo que lo hice mamá —contesté volviéndome hacia ella—. Bueno... puede que no lo dijera directamente pero no hacía falta ser un lince para darse cuenta.

—¿Qué le dijiste exactamente?

—Le pregunté si formaría parte de nuestras vidas y dijo que no —Erin abrió la boca impaciente y le di una cucharada—. Prefería estar a la sombra y no interferir, dijo que era lo mejor para los tres o algo parecido...

Se quedó pensativa y volvió a dirigir su atención hacia el televisor. La noticia sobre John había terminado y una presentadora con el pecho operado hablaba de los problemas de drogas de un rapero de nombre impronunciable.

—No sé Emma... —dijo mi madre moviendo la cabeza— Yo estaba allí y vi cómo te miraba, todos lo vimos, incluso lo comentamos al salir... —me miró algo insegura como si no se atreviera a expresar en voz alta lo que le pasaba por la cabeza.

—Suéltalo.

Ella dudó unos instantes más, pero lo hizo.

—Bueno cariño... como sabes, tengo más años que tú y por lo tanto más experiencia...

—No te enrolles, mamá... —contesté impaciente.

—Yo diría que te quiere —dijo con mucha seguridad—. Es más, pondría la mano en el fuego.

Cuando un hombre mira así a una mujer es que está enamorado, no hay vuelta de hoja.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —contesté sonriendo con ironía—. Si me quisiera tanto como dices, hubiera hecho algo al respecto ¿no?

—¿Le has preguntado si te quiere? Con esas mismas palabras...

—No pero...

—Entonces tú tampoco puedes estar segura de lo contrario. Puede que algo se lo impida Emma...

—Pero ¿qué? —contesté haciendo un gesto brusco con los brazos y ensuciándome el suéter de papilla.

—Si aún lo dudas es que os quedan más cosas por aclarar de las que pensabas.

No supe qué contestarle, tenía toda la razón del mundo.

Capítulo 39

—No sé a qué esperáis para hacer las paces Em, no podéis continuar así, ha pasado casi un mes —dijo Sara examinando un chupete.

Había insistido en que la acompañara a comprar las cosas para el bebé; los tiempos en los que se me consideraba una inepta en todo lo referente al mundo infantil habían quedado atrás, me sentí muy vieja.

—Ese chupete es para bebés de más de seis meses, busca los de recién nacido.

—No cambies de tema, guapa —contestó volviendo a dejar el chupete en su sitio.

—¿Qué quieres que te diga? —dije enfurruñada—. Fue ella la que perdió los papeles, no soy yo la que debe disculparse.

—Ya, pero sabes que es muy rencorosa... —ponía ojitos de cordero degollado pero no consiguió ablandarme—. Y Leo también lo está pasando mal —continuó— odia ser el motivo de vuestra discusión, se lo contó a Carlos el otro día.

—No pienso hacerlo Sara, no insistas —cogí el chupete adecuado de la estantería y se lo di con brusquedad haciéndole reír.

—No te da pena ni una mujer a punto de reventar, eres la dama de hielo.

—Si te has puesto ciega de Doritos y Coca-cola no es problema mío —contesté señalando su enorme tripa de ocho meses.

Sara me sacó la lengua y continuó examinando la estantería.

—Por cierto —dijo— los oscars son la semana que viene, ¿crees que John ganará?

—No sé —contesté— es poco probable, no ganó el Globo de Oro.

—Pero sí le dieron el BAFTA —contestó.

—Ya...

—Me gustaría que ganara, me cae bien —me miró para ver mi reacción y le sonreí.

—Sí, a mí también —contesté distraída mirando a mi alrededor—. ¿Es que en este sitio no hay dependientas o qué?

.....

Oí que llamaban a la puerta justo al dejar a Erin en la cuna, siempre me pasaba lo mismo.

¿Es que la gente no descansa ni los domingos por la tarde?, pensé dejando el walkie sobre la mesa de centro.

Abrí la puerta de mala gana y vi a Rita en el umbral.

—Perdona por la hora ¿está durmiendo Erin? —preguntó.

—Acaba de dormirse —contesté con brusquedad—. ¿Qué haces aquí?

—Bueno, ya sabes lo que dicen... si Mahoma no va a la montaña... —dijo pasando por mi lado y quitándose el abrigo para colgarlo en el perchero.

Por el tono desenfadado de su voz supe que estaba allí para hacer las paces pero no quería ponérselo fácil. Me había hecho mucho daño y aunque no tenía ninguna duda de que le había costado dar ese paso, las dos éramos muy orgullosas y habíamos llegado a estar más de dos meses sin dirigirnos la palabra. A Sara le ponía enferma que nos comportáramos así.

—No esperarías que fuera yo la que pidiera perdón ¿verdad? —pregunté entrando en el salón

y sentándome frente a ella.

—Mira Emma —dijo— ya sé que me pasé y lo siento, pero tienes que admitir que yo también tengo motivos para estar cabreada.

—Dime cuáles —abrió los ojos sorprendida por tener que explicármelos.

—¿Por qué me dejaste ir detrás de Leo si sabías que te quería a ti? —preguntó.

Evalué la respuesta unos segundos, no quería meter la pata.

—Rita, tú siempre coqueteas con los hombres, era imposible saber que iba en serio...

—Hiciste que me sintiera insegura porque no me hacía caso, dejaste que pensara que era culpa mía —estaba enfadada y me sentí mal por no habérselo dicho.

—¿Cómo te diste cuenta? —pregunté.

—Por la cara que pusiste cuando te dije que me había acostado con él, intentaste disimular pero nos conocemos demasiado.

Recordé aquel día, acababa de llegar a casa del hospital con Erin. Que Rita me diera la noticia hizo que me sintiera más triste de lo que ya estaba por la llamada de John.

—Después Leo empezó a evitarme y sólo tuve que observaros — continuó.

—Pero ¿por qué te lo has callado tanto tiempo? —contesté—. Si estabas tan enfadada tenías que habérmelo dicho, no es propio de ti hacer eso, siempre has sido muy directa.

—Emma, tú no estabas para nada... —contestó, su voz sonaba triste y me sentí fatal por saber que se había preocupado por mí a pesar de lo mal que me había portado con ella.

—Lo siento Rita, tenía que habértelo dicho —reconocí.

Me sonrió con dulzura contenta de oír aquellas palabras.

—Bueno, yo también tengo que pedirte perdón, me pasé bastante montando aquella escenita...

—Un poco —contesté alargando el brazo para cogerle de la mano— pero ya no importa, de verdad.

—No es que quiera justificarme ni nada de eso pero... —desvió la vista hacia la ventana— la verdad es que estoy tomando una medicación por lo de la... por mi problema —volvió a mirarme para comprobar si le entendía—. Hace que tenga unos arrebatos extraños ¿sabes? —asentí.

—No te preocupes —contesté— lo importante es que estés bien.

La miré con cariño y le acaricé la mano, Rita la apretó con fuerza.

—Además, los arrebatos no son nada nuevo —añadí haciéndole reír—. ¿O es que no te acuerdas de aquella noche que agujereaste varias veces con un cigarro el vestido de la tía esa que nos caía tan mal?

Se tapó la cara con las manos avergonzada.

—¿Cómo me pasé! —dijo mirándome entre los dedos—. Pobrecita, seguro que tuvo que tirarlo a la basura...

Nos reímos las dos a carcajadas recordando aquella noche, éramos un peligro cuando bebíamos.

Su móvil sonó y se levantó a coger el bolso. Le oí hablar en voz baja desde la entrada y entró en el salón con el móvil apoyado en el pecho y el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —pregunté extrañada.

—Es Leo, dice que ha estado llamándote pero no contestabas.

—He puesto el silencio para no despertar a Erin —contesté—. ¿Pasa algo? —Rita ponía una cara extraña y estaba empezando a asustarme.

—Ponte —me alargó el móvil muy seria.

Lo cogí sin dejar de interrogarla con la mirada, ella hizo un ademán con la cabeza instándome a responder al teléfono.

—Dime Leo —contesté—. ¿Qué pasa?
—Emma —dijo—, Lynn va hacia tu casa.
—¿Qué? —me invadió el pánico, Rita me miraba expectante.
—Ha venido al pub hace una media hora para preguntarme tu dirección, he tenido que dársela.
—Joder, joder... ¿y me avisas ahora? —dije apoyando una mano sobre mi frente.
—Te-he-llamado —dijo con sarcasmo— pero no cogías el puto teléfono y no sabía que Rita estaba contigo, lleváis un mes sin hablaros, joder.
—¿Sabes qué es lo que quiere? —pregunté ignorando su explicación.
—No tengo ni idea Emma, no me lo ha dicho y tampoco iba a preguntárselo, no es asunto mío.
—¿Y qué hago? —me sentía como una animal acorralado.
—Lo primero, tranquilizarte, no va a arrancarte la cabeza...
—¿Y tú qué sabes? —contesté con brusquedad colgando el teléfono—. ¿Qué querrá? —pregunté mirando a Rita con los ojos desorbitados.
—No lo sé, Emma, querrá hablar contigo de algo...
—Tengo que cambiarme de ropa... —llevaba el dichoso chándal negro, cómo no.
El timbre de la puerta sonó.
—Creo que no te da tiempo —contestó Rita con voz cantarina desde el sofá.

Capítulo 40

—Hola, soy Lynn —dijo desde el umbral sonriendo—. Supongo que sabes quién soy ¿no?

Era una mujer muy guapa, más o menos de mi edad. Llevaba un abrigo negro que resaltaba sus ojos verdes y el pelo moreno recogido de forma descuidada pero sin dejar de ser elegante. Mirándola no se me ocurrió otra estupidez más que alegrarme de que mi hija poseyera la mitad de los genes de aquella familia.

—Sí, lo sé, pasa por favor.

Rita que estaba detrás de mí se puso a mi lado.

—Yo ya me voy... —Lynn le miró sonriendo mientras ella se ponía el abrigo deseando salir de allí— Encantada —dijo levantando la mano a modo de despedida.

—Lo mismo digo —contestó Lynn.

Rita cerró la puerta tras ella y Lynn y yo nos quedamos a solas mirándonos la una a la otra con detenimiento por primera vez. Gracias a Dios ella me sonrió.

—Perdona por presentarme sin avisar, ha sido un impulso.

—No importa... —claro que importaba, llevaba el chándal negro, por Dios—. Quítate el abrigo y pasa, por favor -tenía que intentar dejar de decir “por favor” cada cinco segundos.

Ella obedeció y pasamos al salón.

—¿Dónde está... ella? —preguntó con timidez.

—Está durmiendo...

—Vaya, espero no haberla despertado.

—Duerme como un tronco, no te preocupes —era mentira, claro, pero ¿qué iba a decirle?-. Por cierto, hablas muy bien español —Lynn sonrió.

—Eso espero, llevo viviendo en Valencia casi quince años —no fue su intención pero jamás me había sentido tan estúpida.

Volvimos a quedarnos en silencio, aquello estaba siendo de lo más embarazoso. Necesitaba saber qué estaba haciendo allí y Lynn pareció leerme el pensamiento.

—Te estarás preguntando qué hago aquí —tenía una sonrisa muy dulce, tranquilizadora.

—La verdad es que sí... —contesté con algo de miedo, debo reconocerlo.

—Mira Emma, soy una persona muy directa ¿podemos hablar sin tapujos?

Me encantó la idea, la sinceridad siempre es la mejor opción en situaciones violentas.

—Claro que sí —contesté aliviada.

—Perfecto.

Nos sentamos una frente a la otra y noté por su expresión que le resultaba muy difícil empezar a hablar.

—Estoy aquí porque no he podido dejar de pensar en vosotras desde que os vi en navidad.

—Siento mucho mi reacción... —bajé la cabeza avergonzada, ella sonrió.

—No importa... no sé qué hubiera hecho yo en tu situación así que... —se encogió de hombros y me relajé, parecía de lo más comprensiva, me cayó bien.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un café? —pregunté dándome cuenta de lo grosera que había sido.

—No, no te preocupes, no me quedará mucho rato.

—¿John sabe que estás aquí?

Lynn abrió mucho los ojos y movió la cabeza a un lado y a otro.

—No y me mataría si supiera que he venido así que te agradecería que....

—No le diré nada —contesté—, no te preocupes.

—Gracias, Emma —sonrió agradecida y añadió tras una larga pausa— supongo que la sangre tira mucho ¿no?

—Sí.

—No podía seguir así —explicó— tu hija es... es parte de nosotros —me miró esperando mi reacción y asentí— me cuesta mucho asimilar que mi madre muriera sin saber que tenía otra nieta. Es horrible, siempre estaba machacando a John para que sentara la cabeza y tuviera hijos... —bajó la cabeza y se quedó pensativa, sus ojos se humedecieron pero sacudió la cabeza con brusquedad para alejar los pensamientos—. ¡Bueno! —dijo con determinación— No quiero ponerme triste, lo hecho, hecho está.

—Lo siento, de verdad —contesté con suavidad.

—No importa... —me estudió unos instantes, dubitativa— ¿Puedo preguntarte algo? No hace falta que me contestes si no quieres...

—Claro.

Ella me observaba sin acabar de decidirse, temerosa de mi reacción. Al fin y al cabo, acabábamos de conocernos, debía ser muy violento para ella hacer preguntas personales a una desconocida, pero noté por su forma de mirarme que era más poderoso el deseo de saber que la vergüenza que sentía.

—¿Por qué decidiste tener a la niña? —no había maldad en su pregunta, sólo curiosidad.

Era una pregunta difícil de responder, sobre todo, teniendo en cuenta quién era ella, pero se merecía una contestación.

—No sé si mi explicación te parecerá razonable —dije.

—Da igual, inténtalo —inclinó el cuerpo hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas para prestarme toda la atención posible.

Le conté lo del viaje a Islandia y mi intención de hablar con John para tomar una decisión entre los dos, lo del sangrado y todo lo que pasó por mi cabeza en aquel momento. Ella me escuchaba en silencio y asentía de vez en cuando para dar a entender que me comprendía, también era madre.

—Te entiendo. Sé lo que es quererles incluso antes de haber nacido.

—Nunca he pretendido hacer daño a nadie, no fui capaz de abortar, eso es todo.

—Debe haber sido duro ¿no? —preguntó.

—A veces... —contesté— pero, gracias a Dios, estoy rodeada de gente que me quiere mucho.

—Sí, John me lo ha dicho. No puedo hablar por los demás porque no les conozco pero te aseguro que Leo es... —hizo una pausa y su expresión se volvió soñadora recordando los viejos tiempos, noté que le apreciaba mucho— Leo es simplemente genial.

—Estoy de acuerdo.

—Tienes suerte de tenerle.

Una sensación extraña me recorrió el cuerpo. ¿A qué se refiere?, pensé. Entonces Lynn formuló una pregunta que me hizo comprender lo que estaba ocurriendo de una forma tan drástica que me costó reaccionar.

—¿Cuánto hace que estáis juntos?

La miré con el ceño fruncido, los pensamientos se agolpaban en mi mente con tanta rapidez que me sentía abrumada, recordé situaciones, conversaciones y todo empezó a cobrar sentido de repente.

Cuidalas ¿vale?...

Sonó como una advertencia...

John en mi cocina cogiéndome de la mano.

Tienes a tu madre, a tus amigos, tienes a Leo...

Le mencionó aparte, lo recordaba con claridad, como si Leo no entrara en la categoría de amigos.

Yo no haría más que interferir...

Lynn me contemplaba algo asustada por mi silencio y mi expresión.

—¿Qué pasa Emma? —preguntó— ¿He dicho algo que no debía?

Salí de mi ensoñación y volví a centrarme en ella, esperaba mi respuesta sentada en el borde del sofá, preocupada. Contesté con voz casi inaudible.

—Pero... yo no estoy con Leo, es sólo un amigo... nunca ha sido nada más.

Es fácil confundirse si lo ves desde fuera...

La cara de Lynn cambió y sus ojos se fueron abriendo hasta alcanzar una expresión de sorpresa.

—Pero John me dijo que estabas con él —añadió sin entender lo que acababa de pasar— te vio besándole cuando vino a traer el cheque para Erin.

Mi mente estaba embotada, sobrecargada por tanta información.

John había ido a mi casa, seguramente dispuesto a entrar y hablar conmigo pero me encontró con otro hombre.

Dios..., me vio besándole.

—Aquello no significó nada... —contesté.

Lynn también analizaba la información que acababa de recibir y evitaba el contacto visual, incómoda por haber hablado más de la cuenta.

¿Sería ese el motivo por el que John se mostraba tan distante?

Seguramente sí. Leo era su amigo.

¿Era posible aquello? ¿Era posible que todo mi dolor se debiera a un estúpido malentendido?

Creo que te quiere...

Todos lo comentamos al salir...

No dejaba de oír la voz de mi madre.

Puede que algo se lo impida...

Recordé a John de pie en el salón el día del cumpleaños de Erin, molesto por la reacción protectora de Leo, igual que Rita...

—Pero Lynn ¿cómo ha podido deducir que estaba con él sólo por un beso? —necesitaba respuestas.

—Os vio juntos más de una vez, Emma —contestó.

—Pero ¿cuándo?

Lynn movió la cabeza.

—Lo siento... Me resulta incómodo hablar de esto... John se enfadaría mucho conmigo si supiera lo que estoy haciendo...

Sentí deseos de zarandearla para que hablara pero, en el fondo, la entendía, no quería traicionar la confianza de su hermano y yo no podía presionarla más.

—¡Mamá!

Lynn y yo estábamos en tensión y miramos sobresaltadas el walkie que había sobre la mesa. Erin se había despertado.

—Perdona... —dije levantándome del sofá.

—¿Te importa que me quede a conocerla? —preguntó con timidez.

—Claro que no —contesté.

Erin me esperaba de pie en la cuna saltando impaciente, tenía el pelo alborotado y las mejillas rojas y llenas de marcas por los pliegues de las sábanas. Estaba preciosa.

—¡Ma-má! —dijo nerviosa, quería salir de allí.

—Ya voy pequeñita —contesté cogiéndola en brazos, ella se agarró a mi cuello como una lapa, qué bien olía.

Le cambié el pañal y la aseé un poco para que Lynn la viera guapa.

Caminé despacio por el pasillo con Erin a mi lado. Hacía poco que había empezado a caminar y se negaba a darme la mano. Le gustaba tanto sentirse independiente que a veces resultaba incluso temeraria, era todo un carácter.

Lynn nos esperaba de pie en el salón, nerviosa.

Al ver a la niña, su cara se iluminó y pude ver cómo luchaba por contener las lágrimas. Se acercó a nosotras y Erin miró hacia arriba extrañada por encontrar a una desconocida en su casa. Lynn se puso en cuclillas delante de ella.

—Hola Erin —dijo con suavidad—, soy Lynn ¿cómo estás?

—Di hola, Erin —le apreté un poco la mano para que reaccionara.

—Hola —contestó ésta con poca convicción.

Lynn le acarició el pelo.

—Tienes el pelo precioso ¿sabes? —Erin sonrió y Lynn se cubrió la boca con la mano sorprendida.

—Sonríe como él ¿verdad? —dije. Lynn asintió a punto de llorar y se levantó despacio.

Erin decidió que aquello había dejado de interesarle y se dirigió al rincón donde estaban sus juguetes. Lynn la observó unos instantes en silencio con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento —dijo—. Me ha impresionado verla sonreír —se limpió una lágrima que rodaba por su mejilla—. Ha sido como verle a él... o a mi madre, ella sonreía igual.

—Tranquila...

Se sentó en el sofá y bajó la cabeza, pensativa. Decidí sentarme también, podía intuir que iba a decirme algo importante.

—Emma... —dijo en voz baja—, tengo que hacerte una pregunta muy personal.

—Adelante —contesté apretando las manos.

Lynn veía jugar a Erin intentando reunir el valor suficiente para empezar a hablar mientras yo esperaba con el corazón en un puño. Por fin, centró su atención en mí.

—Tú... ¿quieres a John? —preguntó.

Sentí que debía decirle la verdad; una parte de mí era consciente de que la respuesta que le diera iba a alterar el curso de los acontecimientos.

—Le quiero muchísimo.

Lynn pareció satisfecha, como si no necesitara saber nada más y sonrió mirando a Erin.

—Tengo que irme, Emma —se levantó del sofá—. Mañana me voy de viaje y tengo que hacer las maletas de cuatro personas.

—Está bien —contesté algo confusa por lo que acababa de pasar.

—Ha sido estupendo conoceros —añadió.

Parecía algo indecisa pero decidió acercarse a mí y darme un fuerte abrazo, le respondí de la misma manera, ya éramos amigas.

—Gracias por haber venido —dije por encima de su hombro y poniendo fin al abrazo.

Lynn se arrodilló junto a Erin y le acarició el pelo de nuevo.

—Adiós cariño —dijo.

Erin levantó la vista hacia ella un momento y volvió a centrar su atención en los cubitos de

plástico. Lynn se levantó y se colocó bien el jersey mientras la acompañaba hasta la puerta.

—Es preciosa —dijo antes de salir.

—Gracias —contesté.

La acompañé hasta la verja y la vi dirigirse a un coche familiar que estaba aparcado en la acera. Antes de subir, me miró y se despidió con la mano sonriendo. Algo me dijo que había encontrado a mi mejor aliada.

Me quedé pensativa viendo cómo se alejaba, eran muchas las dudas que rondaban por mi cabeza.

No tenía ni idea de qué iba a hacer Lynn con la información que le había dado. ¿Iba a contarle a John que estaba equivocado respecto a mí y a Leo o simplemente iba a ocultarle que había hablado conmigo? ¿Por qué me había preguntado si le quería?

Necesitaba saber si John hubiera actuado de otra manera de no ser por ese absurdo malentendido.

Capítulo 41

Necesito un café, pensé entrando en la cocina como un zombie.

Era muy temprano pero quería trabajar un rato, después me resultaba imposible con la niña correteando por toda la casa, por lo que no podía descuidarme ni un segundo. Erin no era un angelito precisamente. Los días en que me levantaba a las 9 habían quedado atrás; ahora debía aprovechar sus horas de sueño para poder hacer algo.

La cocina estaba iluminada por una luz grisácea, invernal y miré por la ventana pensando en que debía buscar una solución a mi problema. Era irracional pero me resistía ante la idea de dejarla en una guardería; se me antojaba el equivalente a abandonarla en un campo de concentración. La mente se me llenaba de nítidas imágenes de niños llorosos, abandonados a su suerte y llenos de mocos, comiendo clavos o jugando entre cristales rotos.

Mi madre decía que me había convertido en una neurótica y que la niña iba a acabar por desarrollar problemas de relación con los demás, cosa que, debo admitir, también me quitaba el sueño.

Esperé a que la cafetera llenara mi taza y mi móvil me sobresaltó emitiendo dos pitidos casi ensordecedores en medio de aquel silencio.

Había recibido un mensaje pero ¿quién podía ser a aquellas horas?

Me dirigí al salón y cogí el teléfono del aparador, un mensaje de Sara.

“¿Estás despierta?”, preguntaba sin dar más explicaciones.

Decidí llamarla, no podía tratarse de ninguna tontería, Sara no me molestaría a aquellas horas por nada.

—¡Emma! — dijo muy excitada— ¡Menos mal que estás despierta!

—¿Qué pasa? —pregunté algo asustada.

—¡John ha ganado!

—¿Qué? —todavía estaba algo adormilada y me costaba entender lo que me decía.

—¡Que John ha ganado el Oscar, joder!

Me alegré por él pero seguía sin entender por qué Sara estaba tan nerviosa.

—¿Estás ahí? —preguntó.

—Sí, estoy aquí —contesté impasible dando un sorbo al café.

—¡Emma ha sido increíble! ¡Vas a alucinar!

—¿Es que has visto la ceremonia? —pregunté con el ceño fruncido.

—¡Sí la he visto y ha valido la pena créeme!

Sonreí, estaba alteradísima.

—¿Cuántos cafés te has tomado? —pregunté.

—¡Unos cuantos! —dijo— pero no estoy así por eso... ¡¡Pon la CNN!!

—¿Qué?

—¡¡Coño Emma!! ¡¡Pon la puta CNN!!

Me sobresalté y en un acto reflejo encendí el televisor de la cocina.

Una avispa encorsetada estaba anunciando los nombres de los nominados al mejor actor, podía ver la cara de John en un cuadrado diminuto a la derecha de la pantalla.

—¿Lo estás viendo? —preguntó Sara con la misma voz gritona.

—Sí —fue mi única respuesta.

—¡No quiero que pierdas ni un detalle! ¿Me oyes? —no contesté— ¿Me o-yes? —repitió.

—Shhhhhh, calla.

—Y el Oscar es para... —la avispa sonrió de oreja a oreja y exclamó —¡John Davies por *El próximo año a la misma hora!*

Pude oír la banda sonora de la película mientras John se levantaba del asiento, sereno pero feliz y abrazaba a la gente que tenía alrededor.

Lynn estaba sentada junto a él, elegantísima.

Me voy de viaje, tengo que hacer las maletas de cuatro personas...

Se levantó del asiento, llorosa y besó la mejilla de John sin dejar de aplaudir.

Empezaba a estar nerviosa mientras le veía subir por las escaleras hasta el escenario. ¿Qué iba a pasar a continuación? Quise preguntárselo a Sara pero ésta permanecía muda al otro lado de la línea.

La avispa le entregó la estatuilla sin perder la ocasión de besar y abrazar a John, que estaba radiante con su traje negro. ¿Qué mujer iba a dejar escapar una oportunidad así? Sonreí mirando el televisor y pensando que parte de su encanto residía en que no parecía darle importancia a los sentimientos que despertaba entre las mujeres. Seguía siendo una persona sencilla a pesar de la vorágine que le envolvía y aquello tenía muchísimo mérito para mí.

El teatro enmudeció y John empezó a dar su discurso:

—Sé que sólo tengo unos 45 segundos para expresar lo que siento y agradecer este premio a cientos de personas, lo cual, dicho sea de paso, es imposible y algo abrumador... así que intentaré ser lo más breve posible.

Mientras le oía agradecer el premio a sus compañeros de equipo y de reparto, el corazón me latía muy rápido y la taza temblaba en mi mano, no sabía por qué. Si alguien me hubiera tocado la espalda en aquel momento hubiera acabado colgada de la lámpara, estaba segura.

—Sin embargo y con esto no quiero desmerecer ni ofender a nadie... son las personas que te rodean y que están a tu lado en los malos momentos las que realmente importan y a las que tenemos mucho más que agradecer —se detuvo unos instantes y miró en dirección a Lynn—. Quiero dedicarle este premio a mi madre que murió hace unos meses y a mi hermana Lynn que me acompaña esta noche y está preciosa.

La cámara enfocó a Lynn que miraba a su hermano llena de orgullo y con lágrimas en los ojos. Fue un momento tan bonito que yo también sentí que iba a emocionarme. Lynn le lanzó un beso y John sonrió y continuó con el discurso.

—Ninguna de estas dos mujeres pestañeó ni puso mala cara cuando les comuniqué que iba a dedicarme a la interpretación y abandonar mi “prometedora” carrera como vendedor de seguros.

Risas.

—Estuvieron en primera fila en todas y cada una de las obras de teatro que interpreté, no importó que fuera el protagonista o el soldado número 2, ellas siempre estuvieron allí aplaudiendo a rabiar y sin dejar de sonreír. Y creedme —añadió guiñando el ojo y sonriendo— algunas debieron ser una completa pesadilla...

Más risas.

—Y, para acabar... me gustaría mencionar a otras dos mujeres que llevan menos tiempo en mi vida pero son igualmente importantes para mí...

A aquellas alturas me encontraba totalmente paralizada, apenas podía parpadear.

—Mi preciosa hija y su madre, Emma... —hizo una pausa consciente de lo que iba a significar aquella declaración, pero tragó saliva y decidió seguir adelante—. Emma, a lo largo de los dos últimos años me has enseñado que aún existen personas honradas en este mundo cuando ya casi había dejado de creer en ello.

Todo mi cuerpo temblaba, ni siquiera era consciente de que estaba derramando el café sobre la mesa de la cocina.

—A pesar de que no me considero un actor de método, he de reconocer que si mi interpretación de un hombre enamorado ha resultado creíble y merecedora de este premio, se debe a que estuve pensando en ti cada segundo —sonrió y levantó la estatuilla—. Esto también es tuyo.

Y así fue como el soltero de oro de la industria cinematográfica al que no se le conocían relaciones más largas de dos meses, no sólo confesó su amor por mí sino que reconoció públicamente a su hija delante de millones de personas.

La sala entera empezó a aplaudir mientras John se dirigía al fondo del escenario acompañado por una azafata y casi se pudo percibir el zumbido de la prensa agitándose ante la magnitud de tales declaraciones, como una colmena de abejas aporreada por un palo, preparándose para atacar.

—¿Estás ahí? —preguntó Sara.

Me dejé caer en una silla incapaz de responder a aquella sencilla pregunta.

::

—¡Ha sido increíble! —dijo mi madre quitándose el abrigo y entrando como un torbellino por la puerta, estaba eufórica— ¡Ha sido lo más bonito que he visto en mi vida! ¡No puedo creer lo que ha hecho!

—Yo tampoco —contesté.

Había necesitado varias horas para asimilar lo que acababa de presenciar. Seguía pareciéndome algo irreal. Ni en sueños se me hubiera ocurrido que John fuera a hacer algo tan maravilloso, aunque sospechaba que Lynn había aportado su granito de arena.

Bueno, estaba segura.

—Pero ¿qué ha cambiado? —continuó mi madre mientras se sentaba en el sofá —¿qué le habrá hecho decidirse a dar este paso?

Le conté lo de la visita de Lynn y ella me escuchó asintiendo sin perder detalle.

—Sabía que te quería —me apuntaba con el dedo índice como una profesora regañando a un alumno—. Te lo dije —dio unos golpecitos con el dedo sobre mi nariz haciéndome sonreír—. Eres una descreída, tienes que hacer más caso a las sabias observaciones de tu madre.

—¿Aunque sean sobre culos? —pregunté.

—Especialmente si son sobre culos —contestó haciendo que las dos empezáramos a reír.

Erin nos miraba divertida sin entender lo que ocurría.

—Deberías llamarle, no puedes obviar lo que ha hecho —dijo mi madre más serena.

—Lo he intentado pero no consigo dar con él.

Era cierto, mi primer impulso había sido ponerme en contacto con John pero su teléfono debía estar saturado de llamadas y había resultado imposible.

—Bueno, pues pon la tele —dijo—, a lo mejor nos enteramos de algo más.

Viendo las noticias pude intuir que la vida de John iba a convertirse en una completa pesadilla. La prensa no iba a parar de acosarle hasta descubrir quién era aquella misteriosa mujer que le había dado una hija y, cómo no, su paradero. Tarde o temprano a mí me ocurriría lo mismo y no había pensado en ello hasta ese momento.

Me quedé paralizada. La posibilidad de convertirme en un foco mediático no había pasado por mi cabeza. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua? Estar con él implicaba entrar de lleno en la

voráGINE de la fama, en ser perseguida, difamada, criticada...

No pude evitar preguntarme si lo que John había hecho era lo más inteligente.

—No te preocupes —dijo mi madre intuyendo mi preocupación—. No ha mencionado tu apellido ni el nombre de la niña. De momento, estás a salvo. ¿Sabes cuántas “Emmas” hay en el mundo?

—Espero que tengas razón, no estoy preparada para una cosa así.

—Pues si quieres estar con él ya puedes ir acostumbrándote —contestó sorprendida por mi respuesta.

De repente, sentí muchísimo miedo.

.....

Pasé casi toda la tarde delante de la tele en pijama viendo la misma escena una y otra vez y saltando cuando sonaba el teléfono. Esperaba ansiosa su llamada. Me debía una explicación por lo que había hecho, no podía dejarme así, pero siempre eran Sara o Rita eufóricas con ganas de comentar lo que estaba ocurriendo.

Mi madre se quedó conmigo un rato más después de acostar a Erin, preocupada por mi estado de ansiedad, pero se fue sobre las diez y media de la noche, más o menos cuando llamaron a la puerta.

—Hola Emma —dijo Leo desde el umbral con las manos en los bolsillos.

—Hola Leo —contesté con una sonrisa, no había podido dejar de sonreír en todo el día— pasa.

Me alegré de su visita, estaba demasiado excitada para dormir.

—Estás radiante... —dijo él mientras colgaba su abrigo.

—Imagino que sí —contesté— ¿Quieres un café?

—Vale.

Entramos en la cocina y Leo se sentó a la mesa, observándome mientras preparaba la cafetera.

—Lo que ha hecho John ha sido increíble —dijo detrás de mí— lo más romántico que he visto en la vida real.

Sonreí sin contestar, no hacía falta.

—En el fondo siempre lo he sabido —dijo clavándome sus ojos azules, tan intensos e impredecibles.

—¿El qué? —pregunté sentándome frente a él con las tazas.

—Que volvería a por ti —contestó—. Fue una de las razones por las que me mantuve al margen. Estaba seguro de que lo haría.

—Nunca me lo dijiste.

—No quería crear falsas esperanzas.

—Pero ¿cómo estabas tan seguro de ello? —pregunté.

Él expulsó aire por la nariz y movió la cabeza, divertido por mi pregunta.

—Una vez, sentado en esta misma mesa, te dije que sólo un imbécil dejaría pasar la oportunidad de estar contigo ¿te acuerdas?

Claro que me acordaba, fue la noche que estuvimos a punto de hacer el amor pero acabamos hablando de John hasta que se hizo de día.

—Sí me acuerdo —contesté.

El recuerdo de aquella noche y de sus amables palabras hizo que sintiera una oleada de afecto

por Leo. Él lo notó.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Gracias —le dije muy seria.

—¿Por qué? —preguntó intrigado.

—Por haber sido mi amigo todo este tiempo, a pesar de lo que sentías por mí.

Leo se ruborizó pero consiguió mantener su mirada.

—Me he sentido muy protegida por ti.

—No quería que sufieras, cualquier amigo hubiera hecho lo mismo que yo — contestó.

Sus palabras hicieron que pensara en Rita y en lo mal que lo estaba pasando por nuestra culpa.

—Pero esto tiene que acabar —dije con tristeza.

Leo me miró sabiendo a qué me refería.

—Tienes que dejar de preocuparte por mí —continué—. No es justo para ti.

—A veces pareces tan frágil que despiertas mi instinto de protección, no puedo evitarlo — contestó sonriendo.

—Rita está sufriendo.

—Sí, ya lo sé.

—¿Sientes algo por ella? —pregunté.

Leo se apoyó en el respaldo, pensativo.

—A veces... pero entonces, apareces tú y ella pasa a un segundo plano.

Suspiré y moví la cabeza con afectación.

—Rita no se merece que acabe con ella por despecho, Emma —contestó— por eso la evité después de acostarme con ella.

—¿Por qué no hemos hablado de esto antes? —pregunté.

Leo se encogió de hombros.

—Es todo tan difícil... —dije mirando hacia la ventana.

—Las relaciones son difíciles —contestó— pero ahora debes disfrutar el momento. Él te quiere, Emma. Es lo que has estado esperando todo este tiempo.

—¿Estarás bien? —pregunté cogiendo su mano.

—Ya lo estoy —contestó levantándose para irse—. Hace tiempo que lo estoy.

Le acompañé hasta la entrada y de repente, caí en la cuenta de que hacía tiempo que deseaba preguntarle algo.

—Tu nombre... —dije haciendo que se volviera hacia mí con curiosidad—. Aún no me has dicho de dónde viene tu nombre —Leo movió la cabeza divertido—. ¿Es Leopoldo? ¿Leonardo?... ¿Leocadio?

Él me miró con una sonrisa y dijo abriendo la puerta.

—Jamás te lo diré.

.....

Después de despedirme de Leo, pensé que lo mejor sería irme a la cama, a pesar de saber con total seguridad que no podría pegar ojo en toda la noche.

Estaba lavándome los dientes cuando el teléfono volvió a sonar.

Esta vez era John.

—Hola Em.

Se le oía muy cerca, casi como si estuviera junto a mí y no al otro lado del Atlántico.

—Hola —contesté con el corazón desbocado.

—Supongo que te debo una explicación —dijo medio en broma, como siempre.

—No hace falta —contesté siguiéndole la corriente— estas cosas me pasan a menudo, estoy acostumbrada.

Hizo una pausa y preguntó fingiendo desilusión:

—¿Entonces no es la declaración más romántica que te han hecho?

—No.

Mi impasividad nos hizo reír a los dos.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunté.

Tardó unos segundos en contestar.

—¿Recuerdas aquella noche cuando me dijiste que no eras una tía fácil?

¿Y cómo iba a olvidarla? No podría olvidar aquella noche aunque viviera mil años.

—Sí.

—Bien, pues tenías razón —contestó— y se me ocurrió que haciendo algo a lo grande conseguiría ablandarte.

Era incorregible.

—¿Podemos hablar en serio un momento, por favor? —pregunté.

—Claro que sí.

—Me cuesta un poco entender lo que está pasando.

—No hay nada que entender Emma —hablaba con voz suave.

—Dijiste que...

—Olvida eso —contestó sin dejarme acabar la frase—. Todo lo que dije fue pensando que te encontrabas en otra situación.

—Pero ¿por qué pensaste eso?

—Emma eso ya da igual, no importa, de verdad —su voz sonaba cansada— ya habrá tiempo de explicártelo, ahora sé que estaba equivocado, no le des más vueltas.

Decidí hacerle caso y dejar de preguntar. Nuestra relación había sido un cúmulo de malentendidos y problemas de comunicación desde el principio y entendía que no quisiera perder el tiempo aclarándolos y estropear la magia del momento.

—Daría lo que fuera por estar ahí contigo... —dijo John cambiando de tema y convirtiéndome en la mujer más feliz sobre la faz de la tierra.

Cerré los ojos intentando retener cada segundo para grabarlo bien en mi memoria, llevaba soñando con esas palabras tanto tiempo...

Me acurruqué en el sofá imaginando que él estaba a mi lado abrazándome. Sujetaba con fuerza el móvil cerca de mi oído, no quería perder ni un detalle de lo que me decía, quería oír su respiración.

—Pues ven —contesté — coge un avión ahora mismo.

—Ojalá pudiera...

—Ven... —supliqué— por favor....

Le necesitaba a mi lado, no podía hacer aquello por teléfono, no era justo.

—No puedo Emma... —contestó con tristeza— si voy ahora todo será una locura, no me dejan en paz. Tenemos que dejar pasar unos días para que todo vuelva a la normalidad; no quiero haceros eso a ti y a Erin, todavía no.

Tenía sentido, ahora estaba en el ojo del huracán, había visto cómo le acribillaban a preguntas en la sala de prensa después de recoger el premio y la cosa no había hecho más que empezar. Debía tener paciencia, pero el deseo de estar junto a él era demasiado fuerte.

—Es tan difícil... —contesté.

—Sí, lo es.

—¿Cuándo nos veremos entonces? —pregunté resignada.

—Pronto —dijo con resolución intentando animarme—, en cuanto dejen de acosarme.

—¿Y cuándo será eso, joder? —dije enfadada con el mundo en general.

A John le hizo gracia mi reacción.

—Llevamos así dos años y ¿ahora no puedes esperar ni unos días?

—¡No! —contesté cabreada.

—Eres increíble.

Tú sí que eres increíble.

—Siempre has tenido muy mal genio —dijo.

—¿Yo? —abrí los ojos sorprendida— ¡Pero si soy muy pacífica!

Oí cómo reía, tenía una risa tan contagiosa, tan fresca, me volvía loca.

—Ya —dijo divertido— así que pacífica... ¿no?

—Sí —contesté sonriendo.

—Tengo tantas ganas de verte...

Mmmmm.

—Te quiero, Emma.

Pensé que iba a morirme allí mismo en pijama sobre el sofá.

—Yo también te quiero —contesté a punto de llorar.

—Nos vemos en unos días ¿vale?

—Vale —contesté con voz casi inaudible, la congoja me estaba matando— ¡John! —dije antes de que colgara.

—Dime.

—Dale las gracias a Lynn.

No podía verle la cara pero estaba segura de que esbozó una sonrisa.

—Lo haré —contestó.

Capítulo 42

Adoro conducir, me relaja muchísimo.

Poner la música alta y cantar mientras el sol me da en la cara es de lo más gratificante, me siento libre de preocupaciones y aquella mañana estaba eufórica mientras conducía hacia el hospital.

Sara había dado a luz.

Dejé el coche en un aparcamiento público y caminé hacia el edificio de ladrillo gris.

Entré por la puerta principal y me dirigí a los ascensores. Aquello no tenía nada que ver con un hospital público, los pasillos eran anchos, los suelos relucientes y se respiraba calma en el ambiente.

Subí a la quinta planta y caminé hacia la habitación de Sara intentando que mis pisadas no hicieran demasiado ruido. Reinaba un extraño silencio, como si el hospital estuviera vacío.

Di un par de golpes suaves a la puerta y la abrí despacio. Todos estaban allí, Rita y Leo sentados en un sofá bajo la ventana y Carlos de pie junto a la cama en la que Sara descansaba con la cara aún abotargada por el esfuerzo del parto.

—Hola —dije hablando en voz baja para no despertar a la pequeña Julia.

—Hola —contestó Carlos imitando mi voz.

Le saqué la lengua y me acerqué a la cunita. Julia era un bebé precioso, rojita con el pelo negro y llena de lazos rosas. Sonreí, a mi madre le hubiera encantado que vistiera así a Erin, odiaba que le pusiera camisetas de Los Ramones.

—Es preciosa —dije dirigiéndome a Sara que me miró con grandes medias lunas moradas bajo los ojos.

—Gracias —contestó con voz cansada—. Estás guapísima, Emma.

—Es verdad —dijo Rita— tienes el cutis precioso.

Me ruboricé, nunca he sabido aceptar un cumplido.

—Gracias —contesté.

Era John el que causaba ese efecto en mí.

Ahora que sabía que me quería, todas las dudas y el dolor habían desaparecido y yo había experimentado una especie de metamorfosis, como si mi vida hubiera pasado de los tonos grisáceos a una explosión de colores propia de una alucinación por LSD.

—Bueno... ¿qué tal se ha portado la parturienta? —dije intentado desviar la atención hacia la que realmente se lo merecía.

Sara no soportaba muy bien el dolor, era un incordio cuando estaba enferma.

—Hubo un par de momentos incómodos, pero bastante bien... —dijo Carlos acariciando el pelo de Sara que le miró extrañada por su respuesta.

—¿A qué te refieres? —preguntó con el ceño fruncido.

—Bueno... has llamado puta un par de veces a esa enfermera tan flaca.

Todos reímos imaginando la escena.

—Ya me gustaría ver a esa estúpida con contracciones... —contestó.

Carlos nos miró suspirando con resignación por el mal humor de su mujer.

—Pero han valido la pena ¿no? —dije tocando los diminutos deditos de Julia, ya ni me acordaba de Erin recién nacida.

—Claro que sí —contestó Sara con el semblante más relajado.

Me acerqué a ella y le di un beso en la frente con mucho cariño, Sara me apretó la mano con fuerza.

—¿Sabes algo de él? —preguntó.

—Aún no, dijo que me llamaría cuando hubiera pasado todo.

—Me alegro tanto por ti... —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Lo sabes ¿no?

—Claro —contesté divertida al ver su reacción.

—Lo siento, no puedo dejar de llorar —se secó los ojos con un pañuelo y me sonrió—. Putas hormonas.

.....

Llegué a casa después de comer con ellos y todo parecía demasiado tranquilo sin Erin correteando por allí.

Me puse el pijama y me tumbé en el sofá dispuesta a disfrutar de un par de horas de relajación hasta que mi madre la trajera después de la siesta.

Empezaba a adormilarme cuando el móvil sonó dándome un susto de muerte.

—¿Diga? —carraspeé.

—Hola dormilona —contestó John al otro lado de la línea haciendo que me incorporara de un brinco—. ¿Qué hacías?

—Nada especial —conseguí decir sin haberme repuesto aún del susto.

—Siento haber tardado tanto en llamar, esto ha sido una locura.

—Sí, lo he visto —contesté.

No hacía falta que lo dijera, había sido testigo de las persecuciones a las que había sido sometido y cómo en las ruedas de prensa, los periodistas centraban más sus preguntas en averiguar quién era aquella desconocida Emma y su paradero que en el premio, que había quedado relegado a un segundo plano.

—Bueno —continuó suspirando— parece que ahora me han dado tregua, por lo visto Charlie Sheen ha hecho una de las suyas...

—¿Qué hotel ha destrozado esta vez? —pregunté haciéndole reír.

Cerré los ojos y disfruté de su risa contagiosa, no me cansaba de oírla.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—Te he mandado una cosa —contestó ignorando mi pregunta— ¿Puedes comprobar el correo electrónico?

—Claro.

Me dirigí al despacho y encendí el ordenador.

—¿Qué es? —pregunté mientras se iniciaba.

—Es una canción —contestó.

—¿Qué canción?

—Es la canción que me hizo darme cuenta de que estaba enamorado de ti.

Diosdiosdiosdios.

No dije nada, no podía articular palabra.

—Iba conduciendo hacia mi casa una tarde de agosto —continuó— y pusieron aquella canción en la radio. Ni siquiera me gusta ese tipo de música, pero fue una especie de señal, era como si hubiera sido escrita para mí. Tuve que parar en el arcén, te necesitaba tanto que me dolía el estómago.

Sonreí. Cuántas veces había sentido lo mismo por él.

—¿Ya está? —preguntó refiriéndose al correo.

—Casi.

El programa se cargó al cabo de lo que me pareció una eternidad y abrí su mensaje, no había nada escrito, sólo un enlace a la canción, la curiosidad me estaba matando.

Apreté el enlace. Era una canción de Michael Bublé, se llamaba *Home*.

—Ahora quiero que cierres los ojos, obvias que soy un cursi y escuches la canción conmigo en silencio.

Le obedecí y cerré los ojos tal como me había pedido y me concentré en la letra de aquella canción.

Otro día de verano, llega y se va

En París o en Roma

Pero quiero volver a casa.

Rodeado de millones de personas

Y sigo sintiéndome solo

Sólo quiero volver a casa

Te echo de menos ¿sabes?

Sentí que empezaba a llorar, aquello era tan romántico que parecía irreal. ¿Cómo podía hacer que me sintiera así?

Otro avión, otro lugar soleado

Tengo suerte, lo sé

Pero quiero volver a casa

Tengo que volver a casa

Déjame ir a casa

Estoy tan lejos de ti...

—¿Es bonita verdad? —preguntó John.

—Sí —contesté con un nudo en la garganta.

—¿Sabes de qué me di cuenta aquella tarde en mi coche?

—No —contesté.

John hizo una larga pausa.

—Me di cuenta de que mi casa siempre estará donde estés tú —dijo por fin.

Cerré los ojos y una lágrima rodó por mi mejilla, aquello era horrible, me pareció una crueldad que me hiciera eso por teléfono.

Oí el zumbido del interfono y me sobresalté, mi madre era de lo más inoportuna, joder.

—John, espera un momento, están llamando a la puerta, mierda —dije apretando el interruptor de la verja.

—No pasa nada Emma —contestó— tengo que colgar de todas formas.

—Nononono, por favor, no cuelgues, John.

Era tarde.

Oí cómo cortaba la comunicación y sentí el impulso de lanzar el móvil contra la pared. ¿Cómo había podido dejarme así, a medias, en medio de la conversación más relevante de toda mi vida?

Casi sentí odio hacia mi madre por interrumpirnos de aquella forma mientras abría la puerta.

Mi corazón se detuvo.

John estaba de pie en el porche con el móvil aún en la mano, sonriéndome de aquella forma tan familiar mientras yo le contemplaba con el ceño fruncido, aún cabreada.

Seguí allí parada unos instantes sin reaccionar mientras los recuerdos empezaban a agolparse en mi mente.

John en la Sala Retro buscándome entre la multitud.

¿Dónde te habías metido?

Sara y Rita gritando como dos adolescentes en el salón de mi casa cuando les conté que había pasado la noche con él.

Recordé a John en Islandia, en medio de aquel paisaje volcánico caminando hacia mí y sonriendo con su barba y la malla de acero, recordé cómo me temblaban las piernas y la sensación de alivio cuando me besó en la caravana.

Hacía tanto tiempo...

Pensé en lo nerviosa e insegura que me sentía entonces. Ahora no era lo mismo, todo aquello había quedado atrás, estaba en paz, relajada, todo era diferente.

Yo era diferente.

John seguía observándome radiante desde el umbral, feliz de estar allí por fin.

¿Por qué has tardado tanto? Me estaba volviendo loco.

Recuerdo que salté sobre él casi haciendo que perdiera el equilibrio y la risa de John mientras intentaba a duras penas sujetar mis piernas alrededor de su cintura, recuerdo la desesperación que sentíamos al besarnos y el olor de su piel, recuerdo cada pequeño detalle de lo que sucedió aquella tarde en mi casa pero lo que más recuerdo es nuestra canción sonando todavía desde el despacho.

Todo irá bien

Estaré en casa esta noche

Estoy volviendo a casa

Fin